

JUAN FRANCISCO FERRÉ

---

*Revolución*



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

# REVOLUCIÓN

JUAN FRANCISCO FERRÉ



---

**ANAGRAMA**  
Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: mayo de 2019

© imagen de cubierta, Dionisio González. [www.dionisiogonzalez.es](http://www.dionisiogonzalez.es)

© Juan Francisco Ferré, 2019

© Del poema «Nocturna bola», C. Velasco Rengel, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4032-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

*En memoria de Marcel*

*El mundo no camina hacia su destrucción sino hacia su renacimiento.*

*Reinicio.*

*Nada. No soy nada. Solo un paquete de carne en mal estado. Mal nutrida, mal envasada, a punto de consumirse.*

*Para las religiones, nada más que un saco de podredumbre y corrupción.*

*Para la neurociencia y las ciencias cognitivas, un error sin sentido, un cerebro que apenas si puede comprender sus motivaciones, sus deseos, sus razones, sus procesos, sus emociones y sentimientos.*

*Nacido para sufrir y morir, mientras la vida se me escapa en el tiempo sin poder vivirla. Imposible.*

*Si nada de lo que haga o piense es realmente mío, ni responde a necesidades humanas, puro producto de las ilusiones y fantasías de mi yo, esto más que una prueba de mi debilidad debo considerarlo una demostración de fuerza y, sobre todo, una garantía de libertad.*

*Es el futuro. El tiempo de la libertad absoluta. El tiempo de la revolución.*

GABRIEL ESPINOSA

# **1**

## **ANAMORFOSIS**

# DÍA 1

El aburrimiento.

El aburrimiento.

Estoy realizando uno de mis experimentos más delicados. Paseando por estos pasillos en pos de mujeres desconocidas. No busco mucho. Solo interrogar su mirada. Pararme delante de ellas con cualquier excusa y mirarlas a los ojos. Durante un segundo transmitirles la idea de que no hay nada en mi gesto que deba preocuparlas. Mientras tanto, mis ojos leerán en los suyos la información preciosa que atesoran. El aburrimiento. El deseo insatisfecho. El placer con el que tocan los objetos, con que examinan los precios o las etiquetas, la curiosidad que sacian recorriendo planta tras planta estos grandes almacenes, todo eso guarda una información, puede traducirse a un código preciso cuya lectura mis ojos encomiendan al azar. Mi método es simple. Se parece a una cacería. La fase ojeo es la primera. Las observo desde lejos, paradas frente a una estantería, consultando a una empleada, revisando los colores de unas sábanas, las cualidades de un electrodoméstico o el plisado de un mantel. Las elijo por razones establecidas de antemano. La ropa, el pelo, la cara, la forma de sostenerse sobre los pies o de apoyar las manos o los codos. Me acerco con cautela. Las rodeo. Mi asalto comienza por la espalda, las recorro de arriba abajo, me pierdo en los detalles, las pantorrillas, las nalgas, los pechos, al entrar en su campo de visión ya no hay marcha atrás. Con gran decisión, miro su boca, su nariz, y ya sin rodeos enfrento sus ojos. El tiempo de su respuesta forma parte del experimento. Unas no tardan en esquivar mi mirada, otras me miran fijamente para rechazarme, otras muestran interés o lo fingen, creyendo que tengo algo importante que decirles, un consejo, una sugerencia, incluso una pregunta. Piensan que podrían servirme de ayuda llegado el caso. Imposible. Solo me interesa la información cifrada en su

mirada. Los datos que extraigo a toda velocidad de sus ojos. Los valiosos datos que almaceno en mi cerebro antes de clasificarlos en alguno de sus compartimentos para estudiarlos después, cuando esté solo y nada pueda perturbar su análisis. Solo hay algo que puede estropear esa primera lectura. De pronto pienso en Ariana, mi mujer. Por qué no está aquí. Dónde está. Con quién. Haciendo qué. Esa pregunta es la única que puede traicionarme cuando miro a los ojos de una mujer extraña cuyo único error es haber aceptado carearse conmigo sin preguntarse antes por mis intenciones. Cuando detecto que buscan intimar, que su deseo se transmite a mí con la nitidez con que sopesan los artículos que han reclamado su atención, es cuando me digo que es hora de interrumpir el experimento. No me interesa ir más lejos. Solo persigo obtener un código borroso que deben transmitirme sin darse cuenta, cuando se vuelven transparentes para el observador, distraídas con la compra, la gestión de tarjetas y la adquisición de objetos. Es entonces cuando aparezco en escena sin avisar y les robo todos sus secretos. El aburrimiento, sí, el aburrimiento. El mío y el de ellas. Este juego se basa en el aburrimiento. Como todos los juegos del mundo.

No sé si han estado antes con otros hombres, jugando en una habitación con hombres que no eran sus maridos, o que podrían serlo. No me preocupa. Sé que están aquí porque, hayan estado o no en esa situación comprometida, no encontraron allí todo lo que buscaban o esperaban encontrar. Esa información es la que atesoran sus ojos y solo yo sé extraerla de ellos, accediendo a su psique sin violencia. Esa información personal no vale nada en el mercado, pero para mí sí. Mucho. Es uno de mis experimentos preferidos, pero no el único. Desde que decidí jugar a este juego con la realidad, es el que más me divierte. Al menos hasta que el recuerdo de Ariana, esa misma mañana, guiñándome un ojo desde detrás de una taza de café, durante el desayuno, me devuelve a la realidad.

Regreso a casa con las manos vacías, pero cargado de información. Como siempre. Ariana no ha vuelto aún. Cada uno de los niños está encerrado en su habitación entregado a actividades que se me escapan y apenas me preocupan. Esas actividades son tan inofensivas para el orden del mundo como quizá mis experimentos. Pero al menos estos me mantienen vivo, en contacto con la realidad exterior. Nutriendo mi cerebro de una información que algún día alguien sabrá utilizar con fines inimaginables para mí.



Me desnudo, me ducho, enciendo la televisión del dormitorio. Mi ánimo no está preparado ahora para la dosis de información banal que un telediario vespertino puede transmitir. Esa visión del mundo tergiversada por la necesidad de preservar la ingenuidad de los espectadores. Tampoco un concurso donde un desconocido gane millones para realizar sus sueños. Sueños que a mí me dan escalofríos.

Me siento en el borde de la cama, desnudo, a esperar el regreso de Ariana. Pasan dos horas y no me entero. He debido de estar procesando toda la información acumulada durante la mañana y la tarde en mis paseos por los grandes almacenes y las tiendas del centro. No estoy en paro. Soy un funcionario en excedencia. Al principio estuve de baja por depresión. Y luego solicité la excedencia voluntaria. No aguantaba más. Era profesor. Profesor de filosofía en un instituto de barrio. Llevo así ocho meses y, desde el primer día, no he perdido un minuto de mi vida. He aprovechado todo ese tiempo para ponerme al día y actualizar mis conocimientos. Tras años de dedicación profesional y familiar, con vacaciones igualmente desperdiciadas, me había desconectado de la realidad hasta el punto de creer que la vida era esto. Trabajar para mantener a mi familia y pagar deudas de la casa y del coche o de las vacaciones en lugares gregarios. Mi depresión era una forma de rebelión contra la gran costumbre de vivir. Ariana lo sabe y me lo hace pagar a su deliciosa manera. Ella también está deprimida, como yo, pero por razones distintas. El amor que nos profesamos desde hace casi catorce años sigue intacto, pero yo he cambiado tanto desde que esto empezó que no sé si ella sabría reconocer mis sentimientos en este momento. Imagino que si pudiera verlos esquematizados en una gráfica o en una pantalla de ordenador daría un paso atrás horrorizada. O asqueada. O escandalizada.

Ariana es guapa a su manera especial y posee aún, a sus cuarenta y un años, un cuerpo espléndido y sensual que se empeña en encubrir bajo vestidos amplios, de telas y colores neutros, que disuaden a la mirada masculina de proseguir cualquier avance hacia su intimidad excepto cuando ella acepta ser seducida y su conducta abandona entonces toda restricción o límite. Desde la primera vez que la vi supe que mi deseo hacia ella, no era amor todavía, sería siempre inversamente proporcional a la cantidad de información que su cuerpo transmitía sobre su estado o sus procesos. Con el tiempo, aprendí que era su forma discreta de relacionarse con los otros, no menos apasionada que la de

tantas mujeres que hacen de la exhibición y la ostentación de atributos carnales un imperativo sexual. Para muchos amigos nuestros, Ariana pasa por ser una mujer reservada, distante, enigmática, pero no por ello menos atractiva para conocidos y desconocidos. Tocarla, para mí, se ha convertido en todos estos años en una extraña necesidad, como apretar en el puño un cubito de hielo hasta que se funda contra mi piel.

Oigo cerrarse la puerta de la entrada y cuento los minutos que tarda en subir la escalera, saludar a cada uno de nuestros tres hijos encerrado en su cuarto, interesarse por lo que están haciendo, caminar por el pasillo hasta nuestro dormitorio, descalzarse antes de entrar, abrir la puerta y sentarse a mi lado en la cama sin decir nada. Mirar la tele unos segundos, robarme el mando a distancia, apagarla, empezar a desnudarse y abrazarme antes de que, una vez más, mientras eyaculo en su vagina mirando su cara para recordarla después, cuando el insomnio se apodere de mí y me obligue a buscar distracciones mentales en la oscuridad, pensando en todo lo que habrá hecho durante el día y no en el cuerpo de las mujeres que he examinado hoy, me pregunte sin asomo de ironía si la sigo queriendo todavía, si a pesar de todo, a pesar del paso de los años y la erosión de la carne, la rutina de nuestro matrimonio y sus adulterios reiterados, añado, la quiero todavía. Mucho, respondo, cada día más. Y confesarme, sin parpadear, que ella también me ama cada día más. Cerrar los ojos y quedarse dormida debajo de mí es una consecuencia lógica de la conversación mantenida. Dentro de un rato se activará de nuevo y me obligará a seguirla para preparar la cena y reunirnos alrededor de la mesa con nuestros hijos. Como cada noche.

Nos sentamos a la mesa para escuchar nuestras oraciones de todas las noches mientras consumimos lentamente los platos preparados por Ariana con mi pequeña contribución culinaria.

—Hoy han muerto quinientos rusos en un bombardeo de la aviación turca. La OTAN dice que ha sido por error.

Ensalada de zanahorias ralladas con salsa vinagreta, pechugas de pollo caramelizadas, compota de manzana verde.

—En el vídeo se ve un erizo salvaje en cautividad. Los niños lo mantienen encerrado en una habitación donde no hay un solo mueble.

Ariana preside la mesa. Yo me coloco a su derecha. Sofia se sitúa enfrente de su madre, a la que necesita atender todo el tiempo.

—Hay miles de goles en la historia del fútbol que son espectaculares y no han servido para nada.

Aníbal y Pablo se sientan juntos una noche más para poder hablar entre ellos, sin interferencias maternas ni paternas. Es la única hora en que comparten información recopilada durante el día sobre temas que interesan a los dos. Apenas se sobresaltan con los descubrimientos que ha hecho el otro, los reciben con naturalidad, como si pertenecieran a un orden común de cosas.

—Por más tipos de rojo que vea siempre pienso en el color rojo. Con el azul es ligeramente distinto.

Sofía y Pablo son nuestros hijos biológicos. De Ariana y míos. Gemelos. Aníbal es adoptado. Cuando Ariana y yo tomamos esta decisión no estoy seguro de que lo hiciéramos por las mismas razones, a pesar de que lo hablamos una y mil veces antes de solicitar la adopción. Ella buscaba completar una fotografía de familia que se le antojaba inacabada y ya no le parecía pensable remediar de otro modo con las mismas garantías de éxito.

—Desde el punto de vista de la neurociencia, la distancia entre la inteligencia de un aldeano analfabeto y un genio de la física es insignificante. Solo un poco superior al chimpancé y al ratón.

Aún no entiendo por qué acepté hacerlo. No veía la necesidad de tener un nuevo hijo compartiendo el hogar y adaptándose a las excentricidades de la familia. Al mismo tiempo, tampoco veía en nombre de qué podía negarme. Puedo reconocer que Ariana me convenció. O que supo proponerme que lo hiciéramos en el momento más oportuno. Cuando mi cerebro encontró en ello la solución a problemas de otro tipo que quizá no admitían, o no hallaban, otras respuestas más satisfactorias.

—Si te digo que me encanta la compota de manzana que has cocinado es porque mi cerebro, en realidad, quiere que te diga que te encuentro muy atractiva.

Así que dije que sí, que veía bien adoptar a Aníbal, pero no por ello dejé atrás las frustraciones de la edad, el empobrecimiento de mi vida sexual, la tortura intelectual de no haber hecho nada de provecho antes de los cuarenta, y los celos hacia Ariana, cada vez mayores. La tentación de separarnos y la fuerza para mantenerla a mi lado.

—Una amiga me ha enseñado en internet los cuadros y las fotografías de un artista ucraniano que amplía en gran tamaño imágenes de bacterias y

microorganismos de todo tipo y las hace pasar por creaciones originales.

El problema es que Aníbal era un superdotado y no lo sabíamos. Alguien cuya capacidad de adaptación a un entorno doméstico normal lindaba con el autismo. Y, sin embargo, había conseguido desde su llegada establecer una relación de cariño y ternura con sus dos hermanos. Más con Pablo que con Sofía, desde luego. Pero se relacionaba con ambos, se comunicaba con ellos con regularidad y permitía que compartieran con él una parte de las actividades que ocupaban sus días e incluso, contra la voluntad de su madre, sus noches de actividad insomne.

—En Europa hay en este momento más del doble de viviendas vacías que de personas sin hogar. Más de 11 millones de viviendas para solo 4,5 millones de gente sin hogar. Solo en Francia son dos millones, en España un millón.

Miro a Sofía manejando el tenedor como si fuera un violín y, sin saber por qué, pienso en su futuro. La imagino casada con un patán engréido con un gran puesto directivo en alguna empresa tecnológica y cargando con un número excesivo de hijos y con un trabajo rutinario y todas las tareas de la casa encomendadas a ella, por defecto. Sofía solo se parece a su madre en el sexo, en todo lo demás es perfectamente diferente. Cualquiera diría que ni siquiera es su hija. Tal vez tampoco lo sea mía. Es lo de menos.

—La idea del silencio no tiene que ver con la ausencia de ruido sino con la distancia de los ruidos. Una masa de ruidos diferenciados situada a partir de un radio de treinta metros puede considerarse silencio. El silencio es imposible con un ruido único situado a menos de diez metros de distancia, por arriba o por abajo, a izquierda o derecha.

El efecto benéfico de las cenas en familia se deja percibir, sobre todo, al terminar, todos dedicamos unos minutos inútiles a permanecer juntos, una vez que hemos abandonado la tarea de trocear el alimento o masticarlo, y lo hacemos en silencio, con calma, mirando a nuestro alrededor sin un objetivo fijo, sonriendo levemente en el caso de cruzarnos con la mirada de alguno de los otros miembros sentados a la mesa.

—Se acaba de inaugurar en una galería de Londres la exposición de un artista político llamado Arno Wegener. Ha pasado tres años fotografiando toda clase de parásitos por el mundo y ahora muestra los resultados de su trabajo en una exposición multimedia titulada *Lucha de clases*. Está teniendo mucho éxito. Colas interminables de gente ansiosa por participar en el acontecimiento

como si fuera una revolución social.

Después de la cena, aprovecho para leer en el salón el correo postal del día. Ariana ha subido al dormitorio a ver la tele sola, un concurso de premios millonarios que la tiene fascinada por su mecánica compleja y los recursos singulares de los concursantes elegidos para superar las grandes pruebas de supervivencia económica que se les proponen durante las tres horas de emisión en directo. Cada uno de los niños se ha encerrado en su madriguera a continuar con las actividades inconfesables que interrumpieron antes de la hora de la cena. El correo de hoy se reduce a cinco envíos publicitarios, dos comunicaciones del banco y una carta misteriosa que es la copia perfecta de la misma que recibí el mes pasado y el anterior. Una carta cuyo contenido literal lleva repitiéndose, con solo cambiar la fecha, en los últimos dos años.

Hace siete años escribí un ensayo farragoso y fantasioso de más de cuarenta páginas titulado *El cerebro es Dios. Prolegómenos a una revolución cognitiva en la vida humana*. No se basaba en ideas del todo nuevas, pero estaban formuladas con tal convicción que sonaban verdaderas y, lo que era peor, desesperadas. Defendía en él, de un modo autodidacta y naíf, la necesidad de trabajar para evitar la producción de computadoras superinteligentes y la conveniencia de financiar programas de desarrollo de las habilidades y capacidades del cerebro humano. El ensayo se publicó, a pesar de que yo no era un experto en la materia, en una oscura revista científica (*Tabla Rasa*) de un minoritario departamento de la Universidad Paneuropea de Millares. Excepto el comité académico de la revista, no creo que nadie más prestara atención a lo que afirmaba en él, con un discurso tan escasamente fundamentado como inexacto y categórico, sobre los riesgos de la superinteligencia artificial. Y mucho menos al cabo de tanto tiempo. Hasta que empezaron a llegar las cartas con una periodicidad sospechosa, cada tres meses el primer año, una al mes durante el segundo. «Estimado Sr. Gabriel Espinosa: Nos complacería mucho que viniera a conocer las instalaciones de nuestro campus y del parque tecnológico en que se ubica. Sería para nosotros un gran honor recibirle como visitante. En caso de que acepte esta invitación, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros a través del email o los teléfonos que constan al pie de esta carta.» Etcétera, etcétera, etcétera.

Sonrío, sí. Por primera vez en todo el día, con todo lo que he visto y escuchado en todas esas horas vacantes, sonrío cuando guardo la carta ya

clasificada (es la número dieciséis de una serie abierta) en el cajón superior derecho de mi escritorio, donde va a reunirse con el resto de la lamentable documentación sobre el caso. Eso me permite recordar que, en aquel sesudo ensayo, yo llegaba a especular con la urgencia moral de intervenir en el código genético para obtener seres humanos más inteligentes, y de morfología menos defectuosa, a fin de contrarrestar el imperio de las máquinas.

Cuando lo escribí, estaba harto de la filosofía, que era mi especialidad, lo que había estudiado desde el final de la adolescencia con una vocación y una dedicación dignas de mejor causa. Había llegado a la conclusión tardía de que la filosofía no correspondía, ni por su lenguaje ni por su método ni por sus metas, a ninguno de los sueños que los seres humanos habían deseado ver realizados sobre la Tierra. Cuando esta verdad se me impuso donde se impone todo, en los sentimientos, las emociones, los afectos, las sensaciones, es decir, en la piel y en las entrañas, cuando dejé de creer en las verdades de la filosofía, o me parecieron falacias e infundios de gran calibre, mitos intelectuales para distraernos de la esencial ineficacia de nuestra mente, todo se desplomó en mi vida, excepto el amor de Ariana y la posibilidad de reinventar la vida a través del amor de una mujer extraordinaria como ella.

Entro en el dormitorio y la televisión está encendida. Ariana se ha quedado dormida encima de la colcha, abrazada a su tableta electrónica, en la que debía de estar consultando datos necesarios para poder concluir la jornada con la sensación de que había sido provechosa y no, como todas, una pluscuamperfecta inutilidad. Apago la televisión sin mirar siquiera lo que están poniendo, prefiero ignorar qué concatenación de ideas e imágenes la condujeron a ir retirándose de la pantalla televisiva para concentrar su atención en la pantalla operativa de la tableta antes de sucumbir al gran tema de la mente humana. El aburrimiento.

La desnudo con mimo, desprendiendo las escasas prendas que había decidido conservar, y la ayudo a meterse bajo las sábanas en su parte de la cama. Sé que mañana me reprochará que le haya permitido acostarse sin cepillarse los dientes. Prefiero no desvelarla y soportar luego, durante gran parte de la noche, su adicción a la pantalla luminosa y sus informaciones imprescindibles. Sería ella la que me desvelaría de nuevo a mí.

Ya en el cuarto de baño, me miro al espejo y observo con detenimiento las nuevas arrugas que han puesto cerco a mi boca y a mis ojos. El ejército

enemigo avanza minuto a minuto, asediando las zonas más vulnerables, y mi piel es la principal víctima de sus victorias. Con el cepillo raspando a fondo las encías y el marfil de la dentadura, dedico un par de minutos a pensar en lo que estarán haciendo los niños, refugiado cada uno en su cuarto huyendo de la catástrofe familiar.

En cuanto me meto en la cama y adopto la posición lateral de siempre, intuyo que tardaré en dormirme o que no pegaré ojo en toda la noche, como suele ocurrirme, mi cerebro se ve inundado de trozos de ideas sueltas y recuerdos vagos y fogonazos de frases absurdas e imágenes que lo mantienen hiperactivo a una hora en que debería tender a desconectar de la realidad de este lado, apagarse para descansar, sumirse en otro régimen más gratificante, dejarse inundar por la marea roja, aceptar su desaparición, eclipsarse.

En medio de este debate estéril, tomo la decisión de escribir un email mañana sin falta a la Universidad Paneuropea de Millares rogándoles que no me envíen más cartas invitándome al campus. No pienso aceptar nunca.

Cierro los ojos al fin sin saber si los volveré a abrir alguna vez.

## DÍA 2

La vida es un error.

La mía, al menos, lo es sin discusión.

Un error total.

Me despierto sudando y aún no sé si estoy vivo o muerto.

Ariana respira pesadamente. Recuerdo que durante la noche han pasado cosas. Me eché encima de ella o ella se abalanzó sobre mí. A mí me rechinaban los dientes y ella se había olvidado de cepillárselos. La penetré con ganas. Nunca me ha gustado penetrarla, desde la primera vez. Es un gesto que me pone nervioso e incómodo. Siento que abuso de mi fuerza. A ella, en cambio, le encanta la penetración. La hace sentirse viva, eso me ha dicho en alguna confesión nocturna, ser penetrada es un modo de participar de una fuerza que la traspasa literalmente, desborda el mundo del cálculo y la rutina, la arrastra a otro nivel de conciencia de sí.

Hoy me toca llevar a los niños al colegio. Aníbal se sienta atrás para poder consultar su móvil sin intrusiones. Sofía a su lado, intentando fisgar en las búsquedas de su hermano adoptivo. Pablo a mi lado, como casi siempre cuando su madre no nos acompaña, aprendiendo los gestos necesarios para dominar los mandos del coche y leer las señales correctas, como nos dijo un día, para ser un buen conductor.

No llevamos ni un kilómetro cuando se desata la tormenta cerebral.

—Una parte de los profesores del colegio están asistiendo a un seminario donde se les enseña que el álgebra y la lengua son disciplinas inútiles.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho una profesora que asiste. La señorita Peñalver. Está escandalizada.



—Ya veo. ¿Y por qué te lo ha dicho a ti?

—¿Y por qué no?

Aprovecho la parada en el semáforo para mirar por el retrovisor y descubro a Aníbal más concentrado de lo normal en el contenido de la pantalla de su móvil.

—¿No habrás vuelto a las andadas?

No se molesta en responder. Levanta la mirada de la pantalla un segundo y me guiña un ojo con picardía impropia de la edad. Trece años cumplidos. Prefiero no saber qué atrae su atención en este momento. Hace unos meses, espiando el historial de sus conexiones descubrí su interés por los cuerpos transexuales. Su interés particular por una de ellos: Mary Jane Kipple. Así se hacía llamar el hombre hembra que mantuvo abducida la mente de mi hijo Aníbal durante semanas. Una estrella angelina que se ofrecía desnuda en su webcam y donaba a los incontables fans de su belleza de morena puertorriqueña, a cambio de una suscripción barata, breves videoclips de sus actuaciones más calientes, donde se la veía masturbándose en un sofá o follando con jóvenes sementales, con otros transexuales y con chicas libertinas, o lavándose a fondo sus partes íntimas en la ducha. Aníbal estaba intrigado con esa anomalía psicósomática y se conectaba cuarenta veces al día para vigilar sus actividades privadas. Ariana intervino con rudeza, cuando se lo dije, horas después, culpándome de cobardía o debilidad, y canceló su acceso a internet durante una semana. El odio de Aníbal hacia mí, no hacia su madre adoptiva, era exponencialmente superior a su pasión por la transexual californiana.

—El erizo enfermo está encerrado en un cuarto sin ventilación. No le dan agua ni comida. Lo graban todo con una cámara, hora tras hora, y suben los vídeos a internet todos los días. ¿Quieres verlos?

En ese tiempo Aníbal me transfirió su morbosa curiosidad por la anatomía transexual y su peculiar flexibilidad en las relaciones eróticas.

—Los transexuales están convencidos de que pueden ofrecerle al hombre heterosexual mucho más que las mujeres. Un suplemento innombrable pero eficiente.

Con su perspicacia habitual, Ariana se dio cuenta enseguida de mi fascinación malsana, no le hizo falta esperar al momento de audacia y descaro en que le pregunté, por primera vez, si podía penetrarla analmente.

—Sería repulsivo como espectáculo si no fuera también un medio para concienciar al espectador. Los mensajes que aparecen en pantalla cada vez que se ve sufrir al animal proclaman que eso es lo que les hacemos los humanos al medio ambiente y a las especies amenazadas.

Sofía se baja del coche detrás de Aníbal sin despedirse de mí, su obsesión por el hermano adoptivo y sus derivas mentales está llegando demasiado lejos. Pablo, en cambio, abre la puerta delantera y se queda sentado mirando al frente, a través del parabrisas, antes de volverse hacia mí.

—¿Vendrá mamá a recogernos?

Vuelvo a casa mientras comienza a diluviar y pienso que sería una buena excusa para no salir en todo el día, como cuando era niño y mi madre me permitía no ir a la escuela cada vez que llovía con la suficiente intensidad como para temer inundaciones. Espero que Ariana no haya vuelto aún del supermercado cuando abro la puerta de la casa. El silencio es un estruendo familiar. Todo está como lo dejé hace una hora. Me encierro en mi estudio. Enciendo el ordenador. Abro el programa y redacto un breve mensaje dirigido a la Universidad Paneuropea de Millares. Entro en mi bandeja de correo y lo envío. Me lo rechazan en dos ocasiones. Al cerrar el programa de correo no estoy seguro de que mi mensaje haya llegado a su destinatario.

Ayudo a Ariana a sacar las bolsas de la compra del coche y a meter las cosas en los armarios de la cocina. Me fascinan algunos de los envases de comida preparada. Las etiquetas repletas de datos precisos sobre su contenido. Nombres de ingredientes y porcentajes exactos. Los alimentos frescos, en cambio, me dejan indiferente y dejo que Ariana se encargue de sacarlos de las bolsas y guardarlos donde corresponda.

Tiene turno de tarde en el hospital, así que me da instrucciones para preparar la cena antes de marcharse dando un portazo que resuena en mis oídos como una explosión devastadora.

Nada más irse Ariana, llaman a la puerta, abro sin pensar, creyendo que es ella que se ha olvidado algo, y me encuentro a un mensajero sonriente, me trae un paquete con un libro, a mi nombre, recuerdo haberlo pedido hace un mes, recuerdo que el libro estaba descatalogado y que me avisarían de cuándo estaría otra vez disponible. No ha sido así. Me hubiera gustado recibirlo de otro modo, pero no me quejo demasiado. El libro ha llegado hasta mí sin demasiados problemas. Firmo en la pantalla y cojo el paquete. No hay nada en

el libro que pueda convertirme en terrorista, pero el modo nervioso y alterado en que lo recibo me hace parecer sospechoso ante el mensajero, como si fuera un manual de instrucciones para fabricar armas destructivas a domicilio, o una guía efectiva para convertirse a una cualquiera de las religiones e iglesias fundamentalistas del día y hacerse terrorista fanático de la noche a la mañana.

La realidad a veces se mueve a cámara lenta y no tarda en parecernos antigua a los que observamos sus procesos cotidianos con cierta extrañeza y perplejidad.

Pienso que hay muchas formas de terrorismo como hay muchas formas de terror, una de ellas es imperceptible y la practica mucha más gente de lo que se cree. Consiste en ir apartándose de la vida poco a poco, asumiendo una distancia creciente, un odio latente, un desprecio incontrolable. Y ya está la mecha encendida. Esas personas nunca pondrán una bomba ni, con suerte, matarán a nadie, pero la semilla está sembrada, ha encontrado el suelo abonado, crecerá o no, será exuberante o demacrada, pero estará ahí aguardando su momento oportuno para germinar. Es un proceso que forma parte de la vida. Es el instinto de muerte. Siento, sin embargo, que es la vida, el instinto de vida, el que se apodera de mi cuerpo en este momento, cuando abro el paquete, elimino todo el envoltorio de plástico profiláctico con que viene rodeado para protegerlo del enemigo y me precipito a ojearlo con ansiedad inexplicable. Página a página, sin leer cada letra o frase, cuando llego al final he satisfecho un placer similar al sexual, aunque también completamente diferente.

Disimulo, cuando recojo a los niños a la salida del colegio, trato de disimular ante ellos. Han estado todo el día dedicados a tareas nobles reconocidas por la comunidad, tareas de aprendizaje y socialización, tareas de relación e instrucción, mientras su padre dedicaba su ocio interminable a leer un libro que no le servía, en apariencia, para nada significativo.

Después de cenar, nos ponemos los cinco a ver la tele. No es fácil estar de acuerdo. Elegimos por votación mayoritaria ver una superproducción de gran éxito cuyo estreno televisivo ha sido muy publicitado en diversos canales de pago a los que estamos suscritos. Es viernes noche y Ariana se empeña de todas las maneras posibles, con la complicidad de Sofía, en convencernos a los tres miembros masculinos de la familia de que esta experiencia común es decisiva no solo para el presente sino también para el futuro individual de

cada uno. Una especie de eucaristía doméstica. Como si lo hubieran acordado de antemano, los dos hermanos abandonan el salón, con una diferencia de cinco minutos entre ellos, pretextando tener cosas más importantes que hacer en sus cuartos respectivos. Sofía se queda dormida en el sofá, tumbada junto a su madre, y yo me distraigo rememorando pasajes de mi lectura de hoy mientras me preparo para desertar de la misión familiar a poco que Ariana también se quede dormida.

Estoy terminando de releer un largo capítulo cuando Ariana irrumpe en la habitación.

—Todo el mundo duerme. Solo tú y yo mantenemos el rumbo de la nave, ¿no te excita la idea?

En cuanto comienza a desnudarse arrojé el libro lo más lejos posible de la cama para que no se convierta en un estorbo. No sé con quién habrá estado hoy flirteando, en la calle, en el aparcamiento o en el trabajo, entrando y saliendo de habitaciones donde los enfermos y sus familiares te hacen sentir con creces el peso insostenible de la condición humana, pero se siente muy excitada y se lo noto en cuanto se pone a mi alcance para pedirme que me desnude de prisa con un beso en la boca. La deseo de un modo muy especial, como si yo fuera otro, así me siento cuando la penetro sin preámbulos, atendiendo a sus demandas, y veo cómo cierra los ojos. Hacerlo a ciegas imprime a nuestros actos más premeditados una intensidad renovada. Tendidos uno junto al otro al terminar la tercera vez, ella ha tenido una cadena de orgasmos que me han vuelto a asombrar con su puntualidad clínica, no nos queda nada que decirnos que no podamos encomendárselo a las manos o las bocas. Hemos cumplido el programa del contrato hasta la cláusula más complicada y, a pesar de todo lo que conspira a diario para sumirnos en la tristeza y la depresión, nos sentimos particularmente felices por ello.

Esto anoté esa misma noche, con el cuerpo fatigado y la mente despierta como nunca antes, en mi cuaderno privado, ese en el que pensaba reflejar paso a paso la llegada al horizonte de los cuarenta y el paso más allá, que se me antoja angustioso.

El cumplimiento de otro programa más secreto, como se verá, es el que me mantendrá vivo llegado el momento. Hasta el final.

La nueva ciencia de la realidad, como me gustaba llamarla en mis clases para estupor de mis alumnos, cuando aún era profesor y creía en la función

educativa.

La nueva ciencia es contraria a toda forma de ciencia.

## DÍA 3

He soñado con una mujer desnuda que se transformaba en erizo, acomodando púas y pelos y alargando el hocico, sin abandonar su anatomía femenina, y me hablaba de la difícil vida en las calles de un transexual amigo suyo. Luego me besaba de repente en los labios con dulzura preguntándome si la prefería como erizo o como mujer y recuerdo con nitidez, porque me desperté sobresaltado en ese mismo momento al reconocer la cara de Ariana en el amable monstruo, que yo le respondía sin titubear: ¿Debo elegir?

Me doy cuenta de que aún no he mencionado dónde vivimos. Tiene importancia. Nuestra modesta urbanización de clase media se construyó a comienzos de este siglo, cuando la explosión inmobiliaria que se había apoderado no solo de la economía sino de la fantasía de miles de familias de ingresos decentes y ambiciones indecentes estaba a punto de entrar en decadencia. Chalets adosados unos a otros, como en la pesadilla de un planificador de otro siglo más antiguo, un falansterio familiar en que la convivencia fomentaba el aislamiento en unidades mínimas de relación, apenas reducidas a los más fastidiosos vecinos inmediatos y a los miembros de la familia en cuestión.

Cuando Ariana y yo llegamos a esta casa, a mediados de los años veinte del nuevo siglo, éramos una joven pareja sin hijos, Pablo y Sofía nacieron aquí un año después de mudarnos, en 2026, y Aníbal apareció a los cuatro años. En principio nuestra llegada a la urbanización tenía un solo motivo, salvar el matrimonio, impedir que antes de tener hijos nuestra pareja naufragara entre miserables obligaciones profesionales y económicas y el adulterio consolador como solución del paso a la treintena.

Con sus aires de escandinava meridional y su sensualidad ambigua, Ariana era objeto y sujeto de tentaciones sin cuento, de ambos sexos, a las que en

varias ocasiones no pudo evitar sucumbir, antes y después de que nos casáramos. En aquella época de transición, esta suerte de libertinaje pequeñoburgués tenía mejor prensa que hoy, desde luego. Entonces se veía como una segunda oportunidad, tras los esplendores de la primera juventud, antes de adentrarse en las rutinas conyugales y familiares de la madurez. Yo también aproveché la laxitud de ambos en este terreno para fortalecer nuestro matrimonio poniéndolo a prueba con amoríos sin futuro. Hubo, sin embargo, un período crítico en el que Ariana perdió el control por culpa de un compañero de trabajo, un médico más joven, y puso en grave riesgo nuestra relación. Tras semanas de turbulencias sentimentales, decidimos afrontar juntos el futuro, pero para ello no bastaba con un compromiso de palabra, había que cambiar de lugar de residencia y hasta de forma de vida, alejándonos lo más posible de esas personas que se instalan de por vida en la eterna juventud del sexo y las relaciones.

Así llegamos a este complejo de viviendas con fachadas uniformemente pintadas con una variante puritana del fucsia, tres plantas sobre el suelo, más de trescientos metros cuadrados habitables, piscina comunitaria, antena colectiva conectada a las transmisiones de los satélites globales y ruidosos patios traseros de una promiscua contigüidad. Llevamos viviendo aquí algo más de doce años y nuestro grado de felicidad nunca alcanzó la media estadística, ni con la casa ni con el vecindario, compuesto en su mayoría de gente mediocre que esperaba que le tocara la lotería de un vecino notorio con el que entablar una próspera amistad personal y profesional. Hoy sobrevivimos por comodidad al deseo de cambiarnos y apenas si nos planteamos como fantasía esa posibilidad. Al menos Ariana, resignada a que el tiempo de vida adulta que le resta, antes del dramático eclipse de la vejez anunciada, lo vivirá aquí como una condena penitenciaria.

De todas formas, Ariana es la criatura menos conformista que he conocido. Y esto para mí, que lo soy en mayor medida, es un factor de perturbación emocional asegurado. Sé que prosiguió durante años, a pesar de todas sus promesas y de nuestra mudanza acelerada, coqueteando con la idea de recuperar esas relaciones que la hacen mantenerse joven, o alejan de su mente el espectro de la vejez. Sé que comenzó a recuperarlas después del parto de la niña, nuestra querida hija Sofía fue el último eslabón biológico con el pacto de estabilidad que acordamos antes de instalarnos en esta urbanización. Aníbal,

en cambio, es la prueba viviente de que Ariana ha preferido gozar de su libertad hasta el último sorbo y no sacrificarse una vez más en nombre de una relación amorosa que no le parece completamente satisfactoria. No tanto, al menos, si se veía obligada a renunciar a esa parte de sí misma, a esa otra identidad alternativa que se generaba cada vez que tenía con alguien una aventura o un lío, los nombres me importan menos que lo que significan en realidad, las designaciones verbales tratan de cercar los significados sin alcanzar a entender la singularidad que para cada uno de nosotros encierran.

Prefiero ignorar los detalles, por conveniencia, pero sé que al menos una vez por semana, si no más, Ariana se encuentra en privado con otros hombres y, en alguna ocasión especial, con otras mujeres para resucitar el éxtasis libidinal que alcanzó durante los años universitarios. A menudo su búsqueda es improductiva y se arrepiente con frecuencia de sus escauceos, la oigo llorar, finjo no ver su cara de tristeza, disimulo y no reparo en su mal humor, su aflicción o sus sarcasmos cada vez que la cosa no ha funcionado como ella deseaba. Ahora usa una nueva aplicación de móvil para concertar sus citas privadas con desconocidos. Lo sé porque he fisgado en él a conciencia, rastreando todas las pruebas disponibles, algunas borradas, enviadas a la papelera o eliminadas de prisa y corriendo, he visto algunos de esos nombres, masculinos y femeninos, he escrutado los signos impresos en esas caras indiferentes en busca de una respuesta, y sigo sin encontrarla. Esa aplicación ha terminado infiltrándose en mis sueños y me he visto en ellos eligiendo nombres y caras para que Ariana esté contenta con su suerte. A ella no le importa que yo lo sepa, creo que lo prefiere aunque también prefiera no compartir conmigo los detalles ni las circunstancias de cada encuentro esporádico. Los dos sabemos que nuestra relación y lo que esta significa para nuestros hijos necesita que uno de los dos no se deje arrastrar al juego de la vida. De momento, por razones obvias, ese papel ingrato me corresponde a mí.

Los niños están de excursión durante el largo fin de semana, cada uno en un sitio distinto, es imposible conseguir que alguna vez viajen juntos. Y me siento libre para pasar todo el día aprendiéndome de memoria los conceptos del libro sobre la inteligencia y la superinteligencia que recibí la semana pasada. Existen tres opciones para la humanidad si quiere evitar la catástrofe programada. O genera inteligencia superior entre sus congéneres a través de la cirugía y las drogas, o altera el programa genético de la especie para producir



individuos más inteligentes que configuren una potente red de cerebros biológicos, o bien activa programas más eficaces para favorecer la interacción entre cerebros humanos y cerebros artificiales. De otro modo, como ya supe intuir en mi ensayo primerizo, ese mismo que tanta influencia y aceptación tiene ahora, por lo que me dicen las cartas, entre algunos especialistas cualificados, estamos condenados a padecer la dictadura de inteligencias artificiales que organizarán el mundo a su medida inhumana, relegándonos a los seres humanos a la condición subalterna de esclavos serviciales o mascotas domésticas.

Cuando Ariana vuelve al amanecer del hospital, ha tenido guardia nocturna y se muestra muy fatigada, ha sido una auténtica noche de pesadilla, me dice, antes de meterse en la cama desnuda, sin ganas de nada, y quedarse dormida sin pedirme que apague la luz de la lámpara que me ha mantenido despierto hasta ahora leyendo y releiendo.

—Te quiero.

Cierro el libro sin marcar la página, apago la luz y abrazo a Ariana por detrás, como más me gusta, sintiendo sus nalgas blandas contra mis genitales y mi pecho contra su espalda rígida, sé que por la mañana, cuando se despierte, haremos el amor de nuevo como si fuera la primera vez.

De ilusiones como estas viven los matrimonios felices.

Y también los infelices.

## DÍA 4

Vuelvo a casa entusiasmado.

En mi ausencia llegó esta mañana una carta certificada que no me pudieron entregar ayer porque había ido a llevar a los niños al colegio y no había nadie más en la casa. Con el aviso en mano y tras firmar la entrega, acabo de recogerla en la oficina de correos. Al mirar el membrete del sobre ya sé qué clase de mensaje puede contener. A pesar de mi resistencia y mis múltiples negativas, la Comisión de Rectores de la Universidad Paneuropea de Millares me ha vuelto a escribir invitándome, a instancias del departamento de Filosofía y Ciencias Cognitivas, a visitar el campus y pasar una entrevista de trabajo. Me ofrecen un puesto temporal de profesor investigador en ese prestigioso departamento. Bien remunerado y con posibilidades de renovarlo cada dos años.

Dedico varias horas estériles a mirar por la ventana, solo distraído por las innumerables entradas y salidas de mis vecinos de la casa situada a la derecha de la nuestra: una familia de tres miembros hiperactivos, la madre hiperactiva viviendo con entusiasmo inexplicable su segundo matrimonio, el padre hiperactivo viviendo su tercer matrimonio con euforia sospechosa, el hijo hiperactivo de once años viviendo cada día de su vida única como si fuera el último de una larga vida de psicópata reprimido.

Pasan las horas sin que pueda concentrarme en nada que no sea el contenido de la carta, la decimoséptima de la serie, fantaseando con las posibilidades del puesto y preguntándome, al mismo tiempo, por qué hasta ahora me había resistido tanto. Por qué cada vez que llegaba una carta de este tipo me negaba siquiera a considerar lo que me ofrecía, y por qué de pronto algo había cambiado en mí de tal modo que me alegraba de recibirla, sin motivo aparente.

El único problema que podía suscitar reticencias en los niños es la necesidad de mudarnos de ciudad e irnos a vivir a una nueva casa en la urbanización que la Universidad habilita para sus empleados más distinguidos. A su vez Ariana tendría que dejar temporalmente su trabajo, aunque existe la posibilidad de que en el hospital clínico de la Universidad puedan acomodarla, después del primer año, en algún puesto afín a sus competencias profesionales.

Me entretengo recorriendo en internet todas las páginas de información disponible sobre la Universidad. Realizo una visita virtual al campus y a sus modernas instalaciones que me confirma la pertinencia de su invitación. Encuentro en sintonía con mis gustos la filosofía académica de la institución y sus programas de estudios. La torre de ciencias, una impresionante pirámide de cristal de cien metros de altura, y las múltiples pistas deportivas, me parecen lo más llamativo de la arquitectura del campus de excelencia que se define en la web como tecnológico y experimental.

Como no aguanto más mi excitación y Ariana se encarga hoy de recoger a los niños para llevarlos después de compras, necesitan ropa y zapatos y ella suele tener más tino que yo para acertar en esa clase de gestiones delicadas, me lanzo a la calle después de almorzar, no sin antes depositar el sobre abierto de manera ostentosa en un lugar visible de la cocina, junto a la pequeña caja de plástico donde guardamos la llave del sótano.

Descarto por previsible el espacio de los grandes almacenes en que había centrado mis experimentos en los últimos meses y vuelvo a mi centro comercial preferido, situado en un barrio popular de las afueras de la ciudad. Me siento justificado y, tras desechar un par de presas anteriores, me precipito sobre una mujer madura que me pregunta en una tienda de marca por el precio exacto de un bolso tomándome por un dependiente. Viste de manera vulgar, su rostro es vulgar y su forma de hablar también. Eso la convierte en la candidata ideal para el experimento que quiero llevar a cabo con su ayuda inestimable. Le propongo darle cien euros si me acompaña, sin hacer preguntas, a un cercano hotel de carretera donde podremos estar más cómodos. Ella entiende algo sexual en la propuesta y ni siquiera se muestra sorprendida. El anillo de casada en el anular derecho no le impide aceptar enseguida, sintiéndose halagada, mi invitación.

Me ahorro la descripción de los pormenores, el alquiler de la habitación

por unas horas, los intervalos de silencio expectante en el ascensor, el rancio pasillo, la apertura de la puerta de cerradura maltrecha. Me siento en la cama blanda, un prometedor colchón de agua, y le ordeno que se desnude. Lo hace con visible facilidad. Como si lo deseara tanto como yo. En cuanto está desnuda se me echa encima y pretende desabotonarme la camisa y el pantalón. Le digo que no me interesa, que se aparte, solo quiero que me cuente su historia. En ese momento, se lleva los brazos al pecho para ocultar unas tetas gordas y caídas que me da pavor mirar. Malos recuerdos. Le digo que no se preocupe, no me interesa su cuerpo, el desnudo era una especie de prueba, se coloca el sujetador y las bragas, se sienta en el único sillón que hay en el cuarto, al lado de la ventana que da al aeropuerto y a la red de autopistas que lo rodean como anillos planetarios.

Cuarenta y cuatro años, casada, con dos hijas, marido en paro, trabaja de funcionaria de urbanismo en un ayuntamiento de la costa, ha venido a visitar a su hermana y se queda en su casa a pasar la noche.

Le miro los ojos mientras habla, no miente, la dilatación de las pupilas, en cambio, muestra que todo lo que dice le produce una emoción íntima difícil de controlar. Me temo que sexualmente está excitada, más de lo normal. Me pregunta si lo que quiero es que se masturbe para mí. Le digo que no me importa, si ella quiere hacerlo. Mientras habla conmigo a distancia su mano izquierda se desliza bajo la braga de encaje que se había puesto por si ligaba, me confiesa. Cada vez que viene a la ciudad viene a eso. Se queda en casa de la hermana como excusa para su marido e hijas y espera encontrar un hombre con quien vivir una aventura episódica. De hecho era lo que pretendía hacer cuando me preguntó por el bolso que no iba a comprar ni le interesaba, aunque yo sí como posible amante. Al contrario que ella, no me siento halagado. Cuando le hice la oferta económica le pareció un aliciente. Le dije que a mí también. Muchas relaciones mejorarían si el dinero las activara o reactivara, le digo sin pensar en las consecuencias. Se me queda mirando mientras tiene un primer orgasmo. No siento ninguna reacción especial en mí. Solo curiosidad. Ariana posee en exclusiva la llave de mi libido desde hace años, el código hermético del mecanismo que pone en marcha mi deseo, y es difícil pensar que ninguna otra mujer pueda conseguir resultados similares con sus maniobras de seducción. Aprecio cómo su rostro se vuelve menos vulgar, pierde la pátina mediocre que lo afeaba, como suele ocurrir, en cuanto

comienza a gozar sin restricciones mentales. Una vez concluido el segundo orgasmo, sigue acariciándose, se quita la braga con prisa y me enseña su sexo depilado, la vulva lustrosa, percibo que se me insinúa, desea que la penetre ahora, me muestro indiferente. Como un profesional. Me controlo.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—¿Es esta su experiencia sexual más extraña?

Sé que no lo es, ni lo puede ser, por lo que deduzco de su actitud, pero prefiero formular así mi pregunta para inducir en ella una respuesta menos previsible, forzarla a decirme la verdad.

—No, fue con un amigo camionero de mi marido, hace dos años, durante una fiesta de cumpleaños en mi casa, nunca lo había deseado, ni me parecía atractivo, no lo es, me convenció para que le enseñara la nueva decoración de la habitación de mis hijas, él también tenía hijas y quería informarse, sentí que estaba en sus manos desde que subimos la escalera, él detrás y yo delante, y sus manos me tocaron las nalgas a través del vestido, no pude resistirme, nada más entrar en la habitación de las niñas me arrojó sobre la cama boca abajo, dándome un empujón, cerró la puerta, levantó las faldas del vestido, me arrancó las bragas, no sé lo que él hizo después aunque me lo imagino, se bajó los pantalones y los calzoncillos, debió de untarse de saliva su cosa o no, porque me dolió mucho al principio, cuando comenzó a penetrarme, luego ya no, luego me gustó mucho, no lo había hecho nunca y no me imaginaba que pudiera sentirse eso, tanto dolor como placer. Al acabar la primera vez, sin sacarla, comenzó a besarme como loco, primero en la nuca y el cuello y luego en la mejilla, me di la vuelta y lo besé con toda la boca, la lengua, le pedí que por favor volviera a hacerlo, si era capaz, y lo hizo una segunda y una tercera vez. Todo el tiempo estuve debajo de él, sin moverme, tapándome la boca con las manos, para que nadie oyera mis gritos, dejando que me enclara como un salvaje, el amigo de mi marido. Cuando acabó, le pedí que me dejara levantarme, así lo hizo, fui al cuarto de baño, me aseeé, bajé las escaleras arreglándome el pelo, secándome el sudor con un pañuelo de papel, salí al patio y allí estaba mi marido jugando con mis hijas y con las hijas de su amigo, su mujer estaba sentada en un sillón de playa, mirándome la cara desde detrás de sus gafas de sol, lo sabía todo, lo sufría todos los días, hoy me había tocado a mí relevarla, ocuparme de la bestia...

No quería saber más. Era suficiente por hoy. No podía negar que me había

excitado, pero preferí disimular y dejar que el pánico decidiera por mí. Le dije que se fuera, le di los cien euros prometidos y una propina de veinticinco, por las molestias, cerré la puerta de la habitación y corrí a abrir la ventana, la atmósfera era irrespirable, desde arriba vi salir a la mujer por la puerta del hotel y subirse a un taxi tan tranquila. Esperé treinta minutos, sentado en el mismo sillón desde el que ella me había hecho el relato erótico, sin pensar en nada, mirando despegar y aterrizar aviones en silencio.

Me gustó la experiencia. No será la última vez, me dije. El experimento avanzaba en la buena dirección. Ahora debía volver a casa. Con los míos.

Nada más entrar por la puerta de casa, los niños me asaltan con la noticia. Grandes titulares escritos en todas las caras, sonrisas grandilocuentes grabadas en todas las bocas. Mamá les ha leído la carta, se sienten muy orgullosos y contentos, mamá también. Cenamos comida rápida que han comprado al venir, hamburguesas de pescado y pizzas de varios sabores, disfrutamos de una feliz velada familiar, luego nos reunimos en torno a la tele para consumir una noche maravillosa, ponemos un canal cualquiera y discutimos los detalles del asunto sin prestarle atención. Todos emiten sus opiniones, sus deseos, sus sueños. Surgen los desencuentros, las diferencias previsibles. Los primeros bostezos se manifiestan y alguien propone dejar la conversación para mañana. Es una buena idea.

Es mi noche y me aprovecho. Le propongo a Ariana que me haga una felación. Le encanta el atrevimiento de la petición, pese a que la encuentre degradante, y no tarda en ponerse a ello con disciplina bien aprendida desde que era una adolescente. Todo el tiempo tengo en mente a la mujer del hotel. ¿Cómo se llamaba? ¿Sandra? ¿Soraya? ¿Irina? ¿Teresa? Cuando me corro tengo su nombre en la punta de la lengua, pero me lo callo, por respeto a Ariana, que se marcha corriendo al cuarto de baño, a escupir en el lavabo el amargo elixir de nuestro amor y cepillarse después los dientes a conciencia, mientras yo me quedo amodorrado pensando en que ha sido un gran día.

Un día irrepetible.

*Revolución*, en el diccionario Espinosa de la vida cotidiana, significa completar una trayectoria circular, de principio a fin, a mayor o menor velocidad, de la mañana a la noche.

Me río pensando en la alegre divinidad del círculo vicioso que inflamaba mi intelecto cuando yo era muy joven e ingenuo y los profetas hirsutos y

desgreñados en que creía con pasión eran todos defensores de la revolución cíclica del tiempo.

La doctrina del eterno retorno.

Otro consuelo para onanistas.

La vida no se repite.

La vida pasa.

## DÍA 5

—La cultura de la muerte encarna en innumerables ejemplos, desde la tortura animal a los fastos religiosos, las matanzas étnicas y los excesos del consumo.

¿Quién ha dicho esto? ¿Por qué? ¿Con qué intención?

No tengo la respuesta a ninguna de estas preguntas. Una voz masculina anónima, una voz superpuesta a las imágenes del vídeo que estoy viendo en el móvil de Aníbal, que está enfermo y se ha quedado en casa por prescripción materna. Es espeluznante. El erizo lleva recluido en esa habitación al menos dos semanas, si atiendo al contador situado al pie de la pantalla. Sin comer ni beber. Su aspecto es demacrado, si es que esto tiene algún sentido tratándose de un animal salvaje de esta especie. Debilitado, malsano, como el pobre Aníbal esta mañana, que está empezando a establecer una empatía neurótica con el animal. Las púas defensivas se le caen a puñados y su lomo, según me cuenta Aníbal, va descubriendo progresivamente un ralo pelaje como de rata mojada por la lluvia. Parasitado por los ácaros y los hongos. No puedo soportarlo más. No entiendo por qué, o en nombre de qué, alguien experimenta de ese modo con animales, aunque pretenda justificar su crueldad con grandes principios ecológicos.

Obligo a Aníbal a prometerme que no volverá a descargarse los vídeos del erizo moribundo ni a contemplar esas imágenes de la tortura y el horror. Me mira con sus grandes ojos de ciervo enamorado y asiente con mansedumbre. Salgo de su habitación mientras la grosera cacofonía de los perros del vecino de la izquierda atruena nuestros oídos. Cada ladrido implica un ronco anuncio de muerte para su emisor. Cuento cinco seguidos, de un segundo de duración cada uno, y me parece un presagio demasiado optimista.

Empiezo, como siempre en estas circunstancias, a echar de menos a Ariana. Después de la sensata conversación de la mañana, en que sopesamos



los pros y los contras del ofrecimiento de la Universidad Paneuropea de Millares y decidimos que eran más los primeros que los segundos, se marchó con la excusa de contárselo a una amiga del trabajo a ver lo que pensaba ella. No he vuelto a saber nada. Tiene el móvil apagado y son más de las cuatro de la tarde.

Pienso en Pablo y en Sofia. Si su madre no se acuerda de recogerlos a tiempo tendrán que volver a casa a pie, después de realizar la llamada del pánico. Pensando en esto, me acuerdo de pronto de por qué decidí abandonar el instituto. ¿Era esto algo que pudiera llamarse educación?, me preguntaba cada vez que salía de clase hasta que acabé escribiéndolo en una carta contundente que envié a las autoridades educativas. Recibí enseguida la visita del inspector. Se encerró conmigo en un aula vacía y me explicó que si esa carta llegaba a algún medio, ya fuera periódico digital, radio, televisión o internet, si lo que en ella denunciaba con mi nombre y apellidos se hacía público por alguna vía, pagaría las consecuencias. Lo denuncié. Perdí. Yo debía entender que educar era eso y que aceptar ser un educador en tiempos difíciles como estos era saber aceptar lo bueno y lo malo que conllevan los tiempos, según me explicó, semanas después, el jefe del inspector, la voz de su amo, un representante del poder estatal que me pagaba el salario mensual por realizar un trabajo infame, en mi severa opinión.

Entraba en clase con desgana calculada y salía con satisfacción incontrolable, entre esos dos momentos no hacía otra cosa que permitir que el tiempo malgastara su absurda carrera contra sí mismo. Unas veces la velocidad imponía sus leyes desenfrenadas y el tiempo se volvía mi cómplice y otras veces el tiempo detenía su curso hasta exasperarnos de tal modo que la violencia era el único remedio a la situación. Hubo una ocasión fatal en que esa violencia no se aplicó entre alumnos sino contra mí. Todo empezó con una inverosímil batalla de bolas de papel con que los alumnos festejaban mi apatía manifiesta. Se produjo un cambio crítico en ese intercambio de proyectiles y yo me volví de pronto el objetivo más interesante de los bombardeos. Un alumno chismoso al que, según su versión, había ofendido y humillado ante sus compañeros se levantó indignado de su mesa, se abalanzó sobre mí y, sin previo aviso, me golpeó varias veces con los puños en la cara hasta que me noqueó. Caído en el suelo y a punto de perder el conocimiento, pude ver aún cómo me escupía y cómo invitaba a los otros alumnos a imitar su gesto

despectivo hacia el profesor pasivo, como me llamaban. Algunos lo hicieron y otros no, dicho sea en descargo de una parte de la humanidad, no todos sus miembros son cómplices siempre de la abyección y la maldad. Las cámaras de seguridad lo grabaron todo en plano general y los móviles de los alumnos completaron el trabajo con primeros planos repulsivos. Al terminar el espectáculo, ponerme de pie sin ayuda de nadie y abandonar la clase en dirección al despacho del director, estaba convencido de haber logrado una triste victoria sobre la barbarie, un triunfo masoquista que podía servir a la causa perdida de otros profesores y profesoras víctimas de una equivocada política educativa. Me engañaba. No había nada que hacer. Los padres, los directivos, los inspectores, los alumnos, todos se negaron a reconocer la versión que yo transmitía de lo sucedido. La tildaron de reacción exagerada a un acto irresponsable. Comprendían la tensión de la situación personal por la que estaba pasando, pero no era para tanto, en realidad. El alumno recibiría un castigo, desde luego, pero ahí se quedaría todo.

Ariana me apoyó hasta el final y, tras seis meses de baja por supuesta depresión, en julio solicité la excedencia voluntaria. No estaba dispuesto a encubrir con mentiras una realidad insostenible. Hay gente que cobra por hacerlo. Yo no. Nos extraña que en circunstancias aún peores una parte de la población se negara a darse por enterada de lo que le estaba pasando a otra parte amenazada de la población. Cuando uno ha visto lo que yo he visto, la violencia e ineptitud de los alumnos y la tolerancia y pasividad de los directivos y la falacia de un sistema educativo que no es tal, no le quedan muchas ganas de discutir sobre lo divino y lo humano con mequetrefes al servicio del poder.

Durante el largo período de baja, me negué por sistema a visitar a ningún psicólogo, me negué a colaborar con cualquier terapia recomendada que sirviera para expandir el simulacro, o justificarlo, más allá de lo razonable. Me encerré en mi casa, en mi familia, con mi mujer, mis lecturas y mis fantasías egoístas. Durante medio año no necesité más. Y luego pedí la excedencia, sin dudarle mucho. Durante ese tiempo elaboré un plan de venganza que ahora, ocho meses después, empieza a poder realizarse. En la vida no hay mucho que ganar, nunca me engañé sobre esto, pero al menos siempre nos quedará el placer de la venganza. La retribución de los males causados e infligidos al otro.

Se me ocurre de pronto llamar por teléfono a Vicente Muñoz, un antiguo compañero del instituto, para saber cómo le va y pedirle su opinión. Profesor de matemáticas y veterano de todos los discursos críticos y las batallas dialécticas de la vida. El solitario Vicente se alegra de oírme después de tanto tiempo, a pesar de todo. Él siempre consideró mi abandono docente como una forma de deserción. Una claudicación vergonzosa ante la fuerza del enemigo. Hablamos del pasado para deshelar las relaciones y disminuir la tirantez inicial. Luego comentamos las elevadas tarifas de los sistemas de comunicación más avanzados. No todos los sueldos medios pueden permitírselos y ya nadie sabe explicar con claridad a otros usuarios si es más barato o más caro adquirir los dispositivos translúcidos necesarios para acceder a la red sin control policial o financiar las conexiones seguras que ofrece el mercado, aquellas que te garantizan el anonimato de una vigilancia remota y no una fiscalización personalizada e insidiosa.

—No nos dimos cuenta a tiempo de lo que suponía ese paso tecnológico y nos han colado un mecanismo de control económico contra el que no hay nada que hacer como no sea desconectarse. Me lo estoy pensando seriamente, no creas.

Según me informa, volviendo al tema escolar, común desde siempre entre nosotros, la guerra fatal contra la barbarie y la incultura la están perdiendo todos, los bárbaros y los civilizados. Le cuento, llegado el momento oportuno, lo de la carta de invitación. Mis planes para el futuro inmediato. Percibo entonces su antipático cambio de tono, su fastidio incluso.

—Te vas a arrepentir. Hazme caso. No aceptes.

Escucho abrirse la puerta de entrada y cuelgo el teléfono enseguida, esbozando una vaga despedida.

—Te llamaré a mi regreso. Cuídate mucho.

Es Ariana, con los niños. Me dice que no se encuentra bien y no tiene ganas de cenar. Aníbal tampoco tiene hambre y prefiere quedarse durmiendo en su cuarto. La armonía familiar naufraga. Me llevo a Sofía y a Pablo a la hamburguesería más cercana. Volvemos en una hora. Ariana está en el salón viendo una teleserie juvenil de la que se empeña en seguir la tercera temporada sin conocer de la primera y la segunda más que algunos episodios sueltos. Se lo he desaconsejado mil veces pero no me hace caso. Mando a los niños a la cama y me quedo con ella. La abrazo con fuerza. Me mira a la cara y

emite su sentencia.

—No creo que debamos aceptar. No va a ser bueno para los niños y tampoco para nosotros. No podemos obligarlos a cambiar de vida así de repente. Y para nosotros va a ser peor, ya lo verás, por mucho que te atraiga la experiencia.

—Ya tengo los billetes de avión. Iré solo a la entrevista, para entrar en contacto, ver qué pretenden realmente. Cuando vuelva hablaremos otra vez y tomaremos la decisión entre todos.

—Haz lo que quieras. Es tu historia.

Ariana se levanta del sofá y sube al dormitorio sin decir nada más.

Me quedo solo ante el televisor, desarmado, no aguanto la teleserie y cambio de canal, tengo la sensación de que hay horas en que todos los programas se parecen entre ellos como si los produjera la misma gente con las mismas ideas estrechas y todos los canales emitieran la misma clase de basura audiovisual producida para la misma clase de audiencia basura.

En la teletienda de una televisión local me ofrecen, a un módico precio si la adquiero a plazos semanales, una máquina cortacésped de última generación, capaz de imprimir formas artísticas al césped de tu jardín.

Esta noche me quedo a dormir en el sofá.

Según los estrategas más inteligentes, las primeras escaramuzas de una guerra pueden causar más bajas que la guerra misma, así como imprimir un sesgo definitivo a esta, y conviene por ello evitarlas o retardarlas lo más posible.

Mi vida no es una teleserie.

## DÍA 6

He cogido un taxi para ir al aeropuerto. No me despido de nadie y nadie se despide de mí. Ariana duerme, los niños duermen, al final creo que escogí el vuelo tan temprano para evitar la desnudez de las miradas, la sinceridad de los gestos, la crudeza de las palabras pronunciadas con la voz del sueño reciente. No me olvido de echar en el bolso un gastado ejemplar de la revista universitaria *Tabla Rasa* en que publiqué el ensayo que posibilitó este viaje.

El embarque y el vuelo no llevan más de tres horas. Duermo todo el tiempo en el avión. Al desembarcar, como no tengo que recoger equipaje, camino directamente hacia la salida. Allí me espera un chófer. Me conduce al aparcamiento del aeropuerto, me traslada en coche al lujoso hotel de cinco estrellas donde me han instalado. Subo a la habitación asignada, la 1737, en la cabina de cristal del ascensor que se eleva desde el atrio luminoso a cámara lenta, planta tras planta, permitiendo disfrutar al viajero de la ornamentación del espacio en movimiento mientras suena una música que no tardo en reconocer.

Es la banda sonora omnipresente del hotel.

Con retraso, descubro que me alojo en un hotel temático consagrado a la figura y las hazañas cinematográficas y televisivas de los agentes secretos de otra época. Con James Bond como protagonista estelar del montaje arquitectónico y audiovisual.

Al cerrarse el ascensor a mis espaldas, hago todo lo posible para no escuchar la melodía letal del agente 007 que suena a mi paso acompañándome por todo el pasillo hasta la puerta de la habitación, como una banda sonora que viriliza al cliente en momentos clave, pero mi esfuerzo resulta inútil.

Cuando entro en la habitación, donde impera el silencio, experimento el mismo sentimiento de muchas otras veces en situaciones similares. La idea de

que una de mis vidas posibles, tal como soñaba esto cuando era joven para huir de la angustia, hubiera sido la de un representante de artículos deportivos de alta gama que viaja año tras año de ciudad en ciudad, de hotel en hotel, de convención en convención, conociendo el país desde una perspectiva que se me antojaba más estimulante que otras, no entiendo por qué.

Desde la terraza de la habitación, contemplo por primera vez las atractivas vistas de la pequeña ciudad de Millares. Tomo varias fotos y se las envío enseguida a los móviles de mis hijos. Me gustaría que Ariana estuviera conmigo ahora, echo en falta la confianza y seguridad que la presencia de su cuerpo confiere al mío en las circunstancias más adversas. Guardo las cosas en el armario, me desnudo y llamo al servicio de habitaciones para pedir el almuerzo. Después de comer, tendido en la gran cama matrimonial, intento releer el viejo ensayo desde el principio, como una obligación académica, fracaso en cada línea, se me cierran los ojos y me quedo dormido como un estudiante perezoso la víspera de un examen final.

Me despierta el teléfono de la habitación a eso de las seis. Una voz desconocida, femenina, seductora, concreta los detalles del día siguiente. La hora de recogida, muy temprano en la mañana, el guión de las entrevistas, breves, la visita turística al campus, la charla y la cena protocolaria. Nos despedimos expresando deseos mutuos de conocernos. Me extraña que Ariana no se haya puesto en contacto conmigo en todo el día. La llamo al móvil. Una vez, dos veces, tres veces. No descuelga. Al cabo de diez minutos me llama ella al teléfono del hotel. Es más económico, se justifica.

—Me estaba duchando.

—¿Y los niños?

—En su habitación.

No tengo nada que decir, pero me mantengo a la escucha, espionando los signos que brotan del largo silencio como un mensaje cifrado solo para mis oídos.

—¿Podemos hablar?

—¿No puedes esperar a mi regreso?

—Es importante.

Trago saliva, se me encoge el estómago, estoy tirado en la cama, desnudo, y percibo un seísmo nervioso en el colchón. Trato de controlarme.

—¿Vas a hacer una confesión completa de tus crímenes?

—No tiene gracia. Me parece necesario tratarlo ahora, así, por teléfono, más que cara a cara.

—Te escucho.

—No quiero que te limites a escucharme, quiero tu opinión. Es más, quiero tu reacción. La necesito.

—Cuenta con ella.

—No siento que pueda irme contigo ahora. No creo que nuestras vidas estén sincronizadas en este momento.

—¿A qué te refieres? ¿Me vas a decir que no te atrae la idea de cambiar de vida? ¿De irnos a vivir a otra ciudad? Vista desde la terraza de la habitación esta ciudad promete. Créeme.

—No seas infantil, ¿quieres?

—No me gusta nada el tono dramático con que me hablas. Lo encuentro inapropiado. Me estás haciendo daño. Quizá no lo pretendas, pero es así. Has elegido un mal momento para ser sincera conmigo, ¿no te parece?

—Hay alguien en mi vida actualmente.

—¿Un hombre?

—Sí.

—No quiero saber su nombre. Te agradecería que no lo pronunciaras en ningún momento de esta conversación.

—No te preocupes. No pensaba decírtelo. No es imprescindible para lo que voy a decirte.

No necesito esforzarme para mantenerme en silencio. Necesito esforzarme para no salir corriendo de la habitación, para no meterme bajo la ducha fría, para no saquear las reservas del minibar, hace años que no pruebo el alcohol, y beberme de una sentada todos los botellines de whisky, vodka y ginebra que la camarera haya colocado allí por la mañana, al terminar de limpiar la habitación que otro extraño vendría a ensuciar y consumir después del mediodía.

—No estoy enamorada de él, ya veo que es lo que más te interesa saber.

—Ya estoy más tranquilo. ¿Me vas a abandonar? ¿Nos vas a abandonar?

Me aprovecho de su llanto, al otro lado del teléfono, la escucho moqueando. Sé que no es fácil para ella. Tampoco para mí. Espero que ninguno de los niños descuelgue el teléfono y compruebe que una vez más

papá ha hecho llorar a mamá por tonterías sin sentido.

—¿Esto es un chantaje emocional? ¿Es eso?

—Te recuerdo que yo no he empezado esta conversación.

—Vale, estoy de acuerdo, te llamo más tarde, ahora mismo no me siento con fuerzas para seguir hablando. Me duele demasiado, no me siento bien y no quiero decirte nada de lo que luego me arrepienta.

No ha dejado de llorar, pero al menos tiene despejada la nariz y no suena como si me hablara desde debajo del agua, con la cabeza sumergida en una piscina para neutralizar el impacto emocional de sus palabras.

—Me gustaría acabar esta conversación. No sé si podré aguantar mucho tiempo sin saber qué quieres decirme. ¿O es que tienes que pedirle permiso a él para contarme vuestra relación?

—No te comportes así, conmigo no, por favor, no me lo merezco.

—Trata de comprender mi posición.

—Estoy confusa. Te llamo luego.

—¿Cuándo?

—No lo sé, no preguntes.

Cuando cuelga, con el teléfono aún pegado a la oreja, me inunda una sensación de extrañeza y hastío, me siento desorientado, vacío, exhausto, como si hubiera asistido a la discusión entre dos personas desde detrás de un cristal y tuviera que reconstruirla en su integridad soldando pedazos de frases captadas al azar.

Mi ingenuidad no tiene límites.

Abro el minibar con violencia, ahora sí, y me ruge como una tigresa enferma para proteger a su escasa prole. En su vientre metalizado solo hay botellines de agua y latas de refrescos. Me apropio de la única bebida isotónica del lote para recuperar el ánimo y el mecanismo eléctrico del minibar se enfada conmigo, como cliente anónimo, por mi previsible elección apagando la luz interior que encubre los frutos secos y las galletas saladas. Me bebo de un trago el líquido vigorizante con sabor a naranja sintética. Me tumbo en la cama de lado, cojo a desgana la revista, localizo la página del ensayo, marcada desde siempre con un amarillento recorte de periódico, una noticia indiscreta sobre un personaje antaño famoso, con el que me propuse fechar la primera vez que lo leí. No puedo leer una sola línea seguida, cada



vez que llego al final he olvidado el principio, los párrafos se difuminan en una masa irreconocible de letras, paso las páginas adelante y atrás y el texto se vuelve invisible, como si no estuviera impreso o necesitara gafas especiales para distinguir su configuración.

Suena el móvil otra vez. Creo que es Ariana y me precipito a contestar sin mirar.

—El erizo ha muerto. Es insoportable.

Es Aníbal, está llorando a lágrima viva, destrozado por la muerte de su mascota virtual, como la llamaba, me dice que su madre está encerrada en el dormitorio principal y no le hace caso ni le abre la puerta. Pablo y Sofía tampoco. Se siente solo. Quiere saber por qué no he vuelto todavía a casa.

—Está patas arriba en la habitación, con las púas aplastadas contra el suelo, los ojos abiertos como dos agujeros negros y la boca también, la lengua rosa colgando a un lado del hocico. Es demasiado horrible. Papá, haz algo, por favor. Denúncialo.

—Te dije que dejaras de mirar esos vídeos, ¿te lo dije o no?

Recibo un mensaje de Ariana. Está intentando hablar conmigo y no respondo. Le digo a Aníbal que voy a hablar con su madre. Llamo a Ariana y le digo algo de lo que luego, nada más decirlo, me arrepiento.

—Abandona tu posición de falsa víctima y ocúpate de tu hijo. Aníbal te necesita.

Sin permitirle añadir nada, corto la comunicación.

Me asomo al balcón, descubro una silla de madera, me siento a ver las luces de la ciudad irradiando el cielo nocturno. Es una buena técnica para interrogar la vida urbana antes de conocerla en directo. Como tantas otras veces en circunstancias similares, me entran ganas de salir a conocerla. El impulso de perderme en sus calles, de noche, cuando están despobladas y ofrecen al visitante una parte importante de sus secretos. Esos que durante el día las ciudades encubren para preservar la imagen de normalidad y orden que venden a los turistas y a los nativos por igual. Si no fuera porque tengo que madrugar saldría aunque fuera a dar un paseo sin rumbo. En los alrededores del hotel, por lo que veo desde aquí, no hay nada más que autopistas y descampados, tendría que coger un taxi al centro y no merece la pena. Aún me queda la noche de mañana, pienso para calmarme, sabiendo que mañana, con toda seguridad, mi único deseo será el de volver a casa cuanto antes. De

hecho, la segunda noche de hotel me la ofrecieron ellos en el caso de que la apretada agenda del día me impidiera tomar el último vuelo de la tarde.

No puedo reprimirme por más tiempo y llamo a Ariana.

—Quiero que sepas que no te juzgo y que te quiero como siempre.

—Para decirte lo que voy a decirte prefiero no haber oído esto. No vuelvas a decírmelo hasta que no hayas entendido la situación. ¿De acuerdo?

Pienso que mi silencio puede servir de anuencia. Error.

—¿De acuerdo?

—¿Hay que ser tan explícitos?

—Sí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Quieres saber cómo lo conocí?

—¿Es imprescindible?

—Creo que sí.

Tragué saliva de nuevo, enmudecido, y sentí la extraña vibración en el estómago que me asaltó en el hotel con la mujer desconocida hace unos días. Una mezcla de excitación y pánico. Pero Ariana era mi mujer y no la mujer de otro, así que la excitación era menor y el pánico ponzoñoso. Mis celos no eran posesivos, no lo habían sido nunca, pero sí atávicos, cervales, antropológicos.

—Fue por azar. Cuando estás acostumbrada a las aplicaciones de encuentros y citas llega un momento en que refinas los criterios. No quiero aburrirte. Estaba tomando unas cervezas con unas amigas después del trabajo, era antes de las últimas vacaciones de verano, y tenía ganas de jugar. Establecí como pauta de contacto el reconocimiento de un cuadro de Magritte que me gusta mucho, ya sabes cuál. Y él lo acertó enseguida, vino al bar donde estaba, se instaló en la barra sin saludarme y se dedicó a observarme mientras yo seguía fingiendo que me divertía con mis amigas sin pensar en otra cosa. Solo pensaba en él. No era extraordinariamente atractivo, pero era apuesto, alto, varonil, vestido con pulcritud. Me gustó. Pensé que era yo quien establecía las reglas pero era él quien me estaba tendiendo una trampa en la que vivo atrapada desde entonces.

—¿Qué clase de trampa?

—El poder. No sé denominarla de otro modo. Eres hombre, no necesito explicarte lo que eso significa, ¿verdad? Eres mi marido y he conocido

experiencias contigo en que tú me hiciste sentir ese poder. Me lo impusiste incluso. Luego te dio miedo. Es lógico. Ninguna relación duradera y estable puede basarse en el poder de uno de los dos sobre el otro. Y menos si aspiran a formar una familia. Con él es todo lo contrario, me domina, me impone su voluntad, ejerce el autoritarismo conmigo y no solo en la cama, también a la hora de vernos, cómo debo ir vestida, cómo moverme, cómo tocarlo. La relación con él está hecha de órdenes e instrucciones permanentes. Si fuera mi marido no lo soportaría ni un día más, como amante me tiene sojuzgada y no puedo siquiera pensar en perderlo.

Quise ser irónico y reconocer el efecto que su historia me había causado y no pude reprimir un exabrupto contraproducente.

—Si no te importa, antes de continuar, dame tiempo para hacerme una paja. Me la has puesto dura y no se me ocurre otra forma de bajar la hinchazón.

—No tiene gracia, ¿sabes? Eres chabacano.

—Perdóname.

—No lo estoy pasando bien. No me divierte la situación. Cuando recibiste la carta creí que era lo que me convenía. Luego lo he visto dos veces, la misma tarde en que la recibiste y anoche, y no puedo irme de su lado. No quiero hacerte daño y menos aún a los niños, pero no puedo irme con vosotros. No ahora. Tengo el presentimiento de que si lo hiciera me arrepentiría enseguida y sería terrible para todos, ¿no crees?

—No entiendo nada. Creí que en los últimos años tus juegos eran solo eso, juegos inocuos, sin compromisos ni consecuencias. Ya veo que mi excesivo liberalismo era un error. Debía haber sido un marido duro, a la antigua. Un monógamo exigente.

—No seas facha. No te pega nada. Yo también creía que se podía jugar, de hecho lo hice antes de conocerlo. Ahora ya solo puedo estar con él. No hay nadie más. Solo él y tú. Eso has ganado. Ya no hay más.

La única forma de acabar con esta conversación y sus secuelas traumáticas era dar un giro radical, tomar la iniciativa, abandonar las quejas y las lamentaciones, ella lloraba otra vez y mi erección se había derrumbado ante mis ojos como la torre de Babel.

—Me siento mal. Mañana tengo una reunión importante y no he decidido aún si acudiré, ¿lo comprendes? Tengo que decidir si me merece la pena

sacrificar mi vida contigo y con los niños por una quimera absurda. Es cuestión de tiempo y no me queda mucho.

—No me amenes. A lo mejor ha llegado la hora de que nuestras vidas se bifurquen. Quizá nos hayamos empeñado en mantenernos juntos contra todas las evidencias que apuntaban a lo contrario. Aníbal es producto de nuestra indecisión, ¿es que no lo ves? Hace un rato, antes de hablar contigo, estuve consolándolo. No sé cómo permitiste que siguiera viendo esos vídeos en internet. Me ha dicho que te habló de ellos. Nunca me dijiste nada. Mientras lo sostenía en mis brazos y lo acariciaba para que se le pasara el disgusto me di cuenta de que es nuestro verdadero hijo. Es el hijo que realmente expresa lo que somos, lo que ha sido nuestra relación, lo que hemos vivido juntos. Tiene gracia, ¿verdad? Él, que no es nuestro hijo biológico, que vino tarde a la familia, él es el que mejor representa lo que somos y sentimos en la vida. No sé si puedo aguantarlo más. Por favor, mañana seguimos hablando. Toma la decisión que te parezca más conveniente. Voy a colgar. Lo siento. Adiós.

Cierro los ojos y me pongo a jugar a mi juego favorito cuando mi hermano y yo éramos niños. Los ojos blancos. Competíamos a ver cuál de los dos era capaz de resistir más tiempo con los ojos cerrados sin quedarse dormido. Solía ganar yo, manteniéndome durante horas con los párpados echados sin dejar de pensar y analizar asuntos trascendentales de mi vida de entonces, ocupaciones y preocupaciones que mantenían activo mi cerebro y bloqueaban la posibilidad del sueño.

El problema es que ahora, en las imágenes que inundan mi cerebro mientras juego en solitario tendido en la enorme habitación de este hotel, aparece con demasiada frecuencia Ariana y su misterioso dominador masculino, ese amante plenipotenciario que ha hecho de ella la sierva de su voluntad, la esclava de sus deseos. Y ni siquiera sé si tiene una polla carnosa y grande, menuda justificación, o es puro cerebro y poder manipulador y maquiavelismo psicológico.

Cuando me hartó del juego pueril para huir de la realidad y sus imágenes dislocadas, enciendo el televisor, busco un canal tras otro, nacionales, internacionales, regionales y locales, la variedad me asombra con su monotonía, hasta que encuentro un partido de fútbol en diferido entre dos equipos de segunda división, una eliminatoria de un trofeo del verano pasado. Cuando el delantero del equipo visitante le inflige al equipo doméstico el

sexto gol de penalti ya he decidido que mañana acudiré a la entrevista de trabajo con toda la artillería preparada para vencer la resistencia del enemigo.

Solo entonces consigo quedarme dormido con la deslucida revista filosófica como única marca de pudor sobre mis encogidos genitales.

## DÍA 7

En el coche que me traslada desde el hotel de la marca Bond al campus de la Universidad, mirando con inquietud la pantalla del móvil por última vez antes de silenciarlo, no consigo recordar, por más que lo intento, uno de los sueños febriles que he tenido esta noche. En parte por culpa de la música estridente que suena en la radio, en parte por su absurdo planteamiento, no sé si he soñado otra vez con la mujer erizo, desnudándose para mí de su abrigo de hostilidad, o con Ariana hablándome a medias palabras de una compañera sociópata del hospital a la que se empeña en calificar de «erizo» antes de que suene la dichosa banda sonora del despertador en toda la habitación.

Vista desde el coche, la ciudad de Millares me parece muy distinta de lo que pensé al observarla como una maqueta de juguete desde la terraza del hotel. La impresión de antigüedad se confirma con un componente fantástico que no había previsto. Es como si un poder insólito la hubiera desmontado durante la noche pieza por pieza, mezclando sus estructuras históricas y las remodelaciones más recientes, y las hubiera vuelto a ensamblar sin respetar las formas, la edad o los estilos, produciendo una sensación de novedad desconcertante.

Al llegar al campus de la Universidad Paneuropea de Millares, todos los carteles y los letreros electrónicos lo proclaman así, la sensación se invierte y no solo por la presencia de edificios innovadores y de sofisticados complejos tecnológicos, con predominio del vidrio y el acero o el aluminio en las fachadas, e incluso el titanio en el revestimiento de uno de los edificios más representativos. Aquí es como si todo hubiera sido creado de la noche a la mañana, sin conexión visible con el pasado del lugar, una arquitectura viajando directamente desde el futuro e instalándose en el puro presente y su perpetua actualización o renovación técnica. Imagino numerosos equipos de

operarios trabajando a diario para mantener viva esa ficción, con todo el coste presupuestario que eso supone.

Aparcamos en el subsuelo de uno de los edificios más altos del campus, una truncada pirámide de cristal. Es la misma torre que ya había tenido ocasión de explorar desde el exterior en el localizador de internet hace unos días y ahora veía en directo imponiendo su dominio simbólico sobre la extensión del campus.

Ahí es, para mi sorpresa, donde se encuentra alojado el departamento de Filosofía y Ciencias Cognitivas.

Para llegar primero a los tres niveles del departamento y luego al subnivel de la sección de Ramas de Investigación y Diversificación Intelectual (RIDI), según me indica con frialdad el chófer, que no puede acceder más allá del límite estricto donde estamos, debo superar los múltiples controles y barreras de acceso y subir luego en dos ascensores distintos.

El primero, una caja metálica claustrofóbica en la que nos apelotonamos no menos de una veintena de visitantes ansiosos, me traslada a la zona de registro donde me invitan, como a los demás, a rellenar un formulario exhaustivo y esperar con paciencia a que la amable administrativa lo incorpore después a la base de datos de su ordenador, haga las comprobaciones necesarias y verifique que no existe ningún problema ni con mi identidad ni con la información disponible en otras bases de datos sobre mi persona.

El segundo, un cubículo transparente de menor capacidad, me traslada directamente a la planta 15, donde se sitúa el laberinto racional de pasillos, salas de reunión y despachos principales del departamento.

La fachada y la estructura funcional de la torre, vistas desde fuera, pueden parecer alienígenas, como la colonia de una civilización trasplantada de otra galaxia remota, exploradas paso a paso por el visitante, sin embargo, no pueden resultar más humanas, incluso en su rudeza e ineficiencia. Gente agolpada en despachos pequeños, pasillos atascados de mesas rodantes, carpetas acumuladas por todas partes con papeles a punto de salirse y caer al suelo impulsados por la gravedad, cableado grosero conectando habitaciones contiguas, vasos, envases y platos sucios de cartón abandonados en mesas y aparadores tras la ingesta rápida de sus malolientes contenidos.

En realidad, cualquiera que no fuera yo y estuviera motivado por las

razones que me mueven a estar aquí, lo que ese visitante ocasional imaginario se habría preguntado después del primer contacto sensorial con aquel caos programado sería esto: ¿De verdad quiero trabajar aquí? ¿Es este un lugar idóneo donde podré realizar mi trabajo y alcanzar mis objetivos con esfuerzo y estímulo, o será un empeño contraproducente y, a la larga, autodestructivo? Preguntas retóricas que otro distinto de mí se habría hecho a tiempo, no yo, desde luego, que me sentía estimulado por una fuerza irracional más allá del sentido práctico. Si eso es lo que pretendía con su actitud de anoche, la estrategia psicológica de Ariana debía ser patentada en todas las áreas de actividad. Su éxito estaba garantizado con mentes mucho más complejas que la mía.

La impresión de provisionalidad y constante actividad solo se ve mitigada cuando ingreso en una enorme sala de espera para visitantes donde no hay nadie. Siento un extraño alivio al sentarme a descansar del estrés del acceso y comenzar a revisar las características del lugar. No hay ventanas ni puertas, excepto la principal por la que entré. Las paredes están pintadas de un gris oficial que neutraliza la fantasía. En una mesa hay un ordenador apagado y en otra, un poco más allá, una máquina de café, también apagada, y una batería de tazas y platos de plástico, un paquete de galletas saladas abierto por un extremo, un plato rebosante de pastitas de chocolate y una hilera de bolsas de cacahuètes, avellanas y almendras. Todo dispuesto con negligencia para producir en el visitante la sensación de que la espera no será larga y su presencia es importante.

Eso me explica Roberto Rojas, el director del departamento, cuando viene a mi encuentro y se presenta ofreciéndome un sucinto perfil de sus datos. Alto, moreno, pelo rizado, cincuenta años recién cumplidos, divorciado, con una hija adorable en edad de doctorarse, vestido con estilo informal, un pantalón de chándal azul y una camiseta negra de un grupo de música electrónica (BANTAM) del que no he oído hablar en mi vida. Tampoco soy un experto, desde luego. Roberto me expresa la admiración y el respeto que él y todo el departamento sienten por mi trabajo y mi pensamiento. Más que abrumado, como Rojas cree, me siento abochornado por sus palabras. No me las tomo en serio ni les atribuyo otra realidad que la simpatía diplomática. Nos sentamos y me explica con calma el plan del día.

—Hemos pensado que con cinco entrevistas será más que suficiente. Esta



noche, durante la cena, tendrá ocasión de conocer al resto del equipo, como lo llamo. Es lo que somos y queremos ser. Un equipo, en todo y por todo.

—Lo siento mucho, pero me ha surgido un problema en casa y tenía intención de regresar al final de la tarde.

—¿Cambió el billete de avión?

—No, esperaba hacerlo directamente en el aeropuerto.

—Ni lo intente. Es un billete cerrado. No puede cancelarlo ni cambiarlo, esas fueron las condiciones al adquirirlo. Creí que se lo habían dicho.

—No importa, llamaré a casa después y trataré de solucionar el problema desde aquí.

—Espléndido. Están todos muy ilusionados con la oportunidad de cenar esta noche con usted. No sería inteligente decepcionarlos, ¿no cree?

—Desde luego que no, pero imaginaba que todo estaba resuelto. Según lo que me decían en la carta y luego me confirmaron en sucesivos emails...

—Bueno, en líneas generales sí, por supuesto, no se preocupe, pero hay algunas formalidades técnicas que es necesario resolver antes de asignarle el puesto. Como comprenderá, necesitamos saberlo todo sobre usted antes de firmar un contrato de obligaciones mutuas, ¿no le parece?

—No tengo nada más que añadir.

—Pues entonces le dejo en manos de mi secretaria, quien se ocupará de todos los detalles de su visita, incluido el menú de la noche. No somos todos veganos en el departamento, no se asuste, pida lo que le apetezca.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

Mientras nos estrechamos la mano con calculada cordialidad, una chica joven, debutando en la treintena, por lo que deduzco de su apariencia, esbelta, morena de pelo y de piel, no muy alta de estatura pero fácilmente deseable, con la cara muy maquillada, envuelta en un vestido blanco sin mangas que realza la oscura pigmentación de la dermis, ocupa el lugar del jefe para hacerse cargo de mi mano sudorosa y del resto de mi cuerpo húmedo y de sus necesidades inmediatas.

—Mónica Levy, encantada, a su entero servicio.

Si no estuviera donde estoy, confieso que me gustaría mucho liderar un experimento en el que Mónica fuera el objeto principal de investigación, el espécimen de laboratorio para mi profundo estudio en curso sobre las

complejidades y perplejidades sin cuento de la conducta femenina en el ecosistema patriarcal.

—Este es el menú del almuerzo y este otro el de la cena. Marque las casillas de sus preferencias y démelos en cuanto lo haya hecho. En cuanto a las cinco entrevistas, como le habrá informado el doctor Rojas, todos los profesores están preparados en sus despachos, aguardando su visita. Puede hacerlo en el orden que prefiera. El guión es simple, yo lo acompaño hasta la puerta, usted solicita el ingreso, charla con cada uno de ellos y yo lo recojo veinticinco minutos después. ¿Entendido?

—¿Hay alguna mujer entre los profesores con que me entrevistaré?

—No, doctor Espinosa, el comité ha considerado que, dada la naturaleza especial del puesto, sería más interesante que el primer contacto lo establecieran cinco de los más veteranos líderes masculinos del departamento en cada una de las áreas de conocimiento en que se subdivide. ¿Alguna objeción al respecto?

—No, por supuesto. Estoy a sus órdenes. Lo que usted haya decidido será lo mejor, sin duda...

—Ha sido el comité, no se equivoque. Yo no tomo decisiones, no es mi papel.

—Ya entiendo.

—Cuando me lo indique empezamos. Si quiere tomar un café, puedo encenderle la máquina y mostrarle cómo funciona el dispensador de cápsulas de sabor.

—No, estoy bien, gracias.

—¿Quiere tomarse antes unos minutos para seleccionar los platos del almuerzo y de la cena?

—No, he pensado dejar la decisión en sus manos. Seguro que me gustará lo que me ofrezca.

—Muy bien. La confianza mutua es uno de los valores más cultivados entre los miembros del departamento. Ya tendrá ocasión, si todo sale según lo previsto, de comprobarlo por usted mismo.

—Ya lo estoy deseando.

—¿Perdón?

—¿Vamos ya?

—Sígame, por favor.

Mónica camina por delante de mí con una gracia forzada que reserva para los visitantes de segunda fila como yo. La sigo con la mansedumbre anónima con que los grandes hombres han sabido siempre salir de las pruebas más difíciles que la naturaleza o la cultura les han planteado a lo largo de la historia. No pretendo ser irónico. Es la medida de todos los actos. La complicada calibración de las causas y los efectos de nuestras acciones sobre el mundo y sobre los cuerpos con cerebro que lo habitan como si fuera de su propiedad.

—Primera parada. El doctor Maraña. El chiste es fácil, él no lo disimula, pero es un hombre de una serenidad y un temple envidiables. No obstante, tiene peculiaridades que no deberían intimidarle cuando las descubra.

Es ella la que rompe el fuego llamando a la puerta con sus nudillos, como una profesional de la inspección de dormitorios en residencias. Alguien que en su vida ha vigilado y controlado mucho los gestos y acciones de los demás.

—El doctor Espinosa.

El anuncio en sus labios suena mayestático. Mi aparición en escena no responde a las expectativas, por lo visto. Se cierra la puerta tras de mí mientras me quedo atónito mirando al doctor Maraña. Mirando, en realidad, la fornida espalda del doctor Maraña.

—Me alegra conocerlo, siéntese, por favor, siéntese.

El doctor Maraña, en realidad, tiene más de atleta que de doctor, en el sentido académico de la expresión. Está mirando por el panorámico ventanal de su despacho acontecimientos que ocurren muy lejos del edificio, pero al alcance de su vista de águila imperial.

—Cuando entré aquí lo primero que hice fue elegir despacho. Me quedé con este tras muchas deliberaciones. ¿Sabe usted por qué, doctor...?

—Espinosa, doctor Espinosa. Encantado.

—No se preocupe de las formalidades, hombre. No es eso lo que le granjeará un buen puesto en el departamento. Aquí somos todos iguales, aunque no lo parezca a simple vista. Créame, Espinosa, llevo años haciendo mi santa voluntad en el campus y mi estatus no ha hecho entre tanto sino ascender. Es más, acabo de rechazar la propuesta de uno de los rectores. Quiere que forme parte de su equipo de gobierno en las próximas elecciones. Mucho trabajo, nulo placer.

—Si tiene interés en preguntarme algo, en saber algo en particular, en interrogarme sobre algún tema de mi incumbencia, en fin...

—No se moleste. Estoy agudizando mi vista. Paso horas escrutando desde lejos las actividades deportivas que se desarrollan en el campus. Disfruto enormemente con ese espectáculo a diario, sin moverme de aquí. Ya se imagina. Luego en el gimnasio, cuando voy por mi cuenta, todo lo que mi mente ha aprendido observando a los atletas lo traduce en ejercicios de una severidad espartana. Y ya me ve, tengo setenta años recién cumplidos y mis amantes todavía creen que lo están haciendo con un veinteañero impetuoso. No hay nada más importante en la vida, ¿no cree, usted?

—¿Mantenerse joven o engañar a los demás?

—¿Hay alguna diferencia? Mire, mire aquella gimnasta de allí, lo que yo daría por plegar las piernas en el aire como ella en el momento de caer, después de sortear el plinto. Aquella saltadora de altura, fíjese bien, con qué astucia felina se deja caer de espaldas sobre la colchoneta después de superar el listón de los dos metros sin que haya nadie más para verlo que su entrenador y yo, a quien ni siquiera conoce...

—Es una perspectiva interesante, desde luego.

—¿Interesante, dice usted? Déjeme que le enseñe algo interesante.

El doctor Maraña, de nombre Basilio, aprovecha el momento para ponerse en pie de un salto y darse la vuelta para que pueda valorar el peso real de sus palabras y el vigor de sus dotes corporales. Luego pone los brazos en jarras y comienza a inspeccionar con extrema atención las reacciones musculares de los pectorales y los brazos y antebrazos.

—Mire, mire. ¿Ve lo que le decía? De nada valen la disciplina y el rigor si tu sistema nervioso te traiciona. En este cuerpo privilegiado que le estoy haciendo el favor de enseñarle, he logrado traducir los atributos más significativos de mi cerebro. Uno por uno, esos atributos neuronales se han hecho carne domesticada. Fibra y músculo, dureza y contención. De nada sirve el cuerpo sano si no vive en contacto diario con un cerebro poderoso. La enfermedad brota de la falta de sincronía entre cerebro y cuerpo. Dando la primacía al primer factor de la ecuación, por supuesto, como usted sabe de sobra. Ese es el secreto mejor guardado del deporte individual, sin otra recompensa que la gratificación privada, ante el espejo de la mente o ante la mirada admirativa del amante. Es el secreto que los griegos dominaron y luego

se perdió en el vacío. El cerebro está antes, luego viene el cuerpo y todo lo demás a continuación, como una consecuencia inevitable. No se engañe, mire los romanos, lo leyeron todo al revés, y así acabaron, en manos de los bárbaros y sus aliados naturales, los cristianos. Como nos está pasando a nosotros, por cierto. Dígame, ¿le gusta el deporte individual?

—No tengo una opinión fundada. Si me atengo a mis gustos, diría que el deporte no es mi fuerte, si exceptuamos el ajedrez, los ejercicios fisiológicos suelen aburrirme pronto.

—¿No será usted otro de esos adoradores pasivos del deporte de masas? ¿Otro simpatizante intelectual de los simulacros colectivistas del sobrevalorado deporte de equipos?

—No, no es mi caso, precisamente.

—Le aviso con tiempo. Al último fanático del fútbol profesional lo despedimos sin indemnización. Por traidor a la causa...

Cuando el diálogo alcanza cierto nivel de intensidad dialéctica, veinticinco minutos no dan para mucho, Mónica viene a rescatarme de las musculosas garras del doctor Maraña en el momento climático en que, saltando desde la silla en que se columpiaba, se había aposentado en el filo de la mesa, a un palmo de mí, y se disponía, con la cara enrojecida a punto de estallar de entusiasmo, a interrogarme sobre mis aficiones más íntimas.

—Ha sido un verdadero placer conocerle, doctor Maraña. Espero que en el futuro tengamos la oportunidad de trabajar juntos e intercambiar puntos de vista.

—Q. E. D., amigo Espinosa. Q. E. D. Ese es todo el secreto de la buena forma, mental y física.

Mónica se toma la molestia de cerrar la puerta tras de mí y ahorrarme el trámite.

—Es un hombre admirable, ¿verdad? Nadie diría que está a punto de jubilarse.

Deduzco que mi guía podría ser una de las víctimas de los engaños y maquinaciones del doctor Maraña. Pero prefiero no indagar en el asunto. No deseo ver cómo su hermosa sonrisa se borra de su cara para transformarse en una mueca de asco hacia mí. Todo va bien por ahora, me digo para tranquilizarme.

—Creo que las entrevistas han empezado con buen pie. Ánimo. Vamos a

por la siguiente. ¿Se siente preparado?

El doctor Villacañas. Ramiro Villacañas de Haro.

—Un hombre mal afeitado será siempre un hombre mal afeitado, digan lo que digan los demás para congraciarse con él o, aún peor, con su barbero.

Toc, toc, toc.

El golpe mágico de la mano de Mónica abre la puerta cerrada sin necesidad de forzar ningún mecanismo.

Al otro lado reina la pulcritud zoológica, el orden de las taxonomías invertebradas. Insectos de todas las especies conocidas pueblan las paredes del exiguo despacho y los dos intrusos sorprendemos al doctor Villacañas sosteniendo entre las manos el último tesoro llegado a su despacho desde muy lejanas tierras.

—Un coleóptero mutante. Una especie nueva que amenaza con destruir las selvas de bambú de Birmania. Siéntese, por favor. Acabo de recibir este obsequio que me ha enviado un excolega de la Universidad de Rangún y llevo entusiasmado toda la mañana observando la idiosincrasia de su anatomía e imaginando las funciones de cada parte. Enseguida acabo...

Me habla un hombre de cráneo rasurado como una montaña de granito y gafas de pasta azules incrustadas entre las dos orejas como un accesorio ideológico y no como un instrumento óptico.

—Es admirable, desde luego. Cuando uno tiene delante de los ojos un instrumento de destrucción sistemática como este, diseñado para hacer el mayor daño imaginable en un ecosistema dado, ¿no le parece pertinente hacerse, entonces, la gran pregunta del siglo pasado? ¿Qué es la realidad? O mejor dicho, para que lo entienda hasta un niño de pecho embelesado en brazos de su opulenta nodriza: ¿de qué realidad hablamos cuando hablamos de la realidad?

—Si me deja verlo de cerca, aunque sea solo por un momento, tal vez pueda entender el matiz de su reflexión que ahora mismo, si le soy sincero, se me escapa como agua entre los dedos...

—Nada es tan fácil, ni tan evidente, hombre. Crea en lo que le digo aunque no pueda entender el detonante de mi razonamiento. ¿No es así como funciona la mente?

—Si usted lo dice.

—Vamos, vamos, Espinosa, no se haga el ingenuo conmigo.

—No era mi intención...

—¿Asiste usted a una conferencia brillante en una convención de especialistas y lo único que se le ocurre es preguntarse si una mala noche en mala compañía, una discusión con su esposa antes de partir, problemas digestivos pasajeros, conflictos psicológicos con una madre adúltera, una homosexualidad reprimida hasta la asfixia o traumas infantiles con sus hermanos o hermanas son los causantes de la cadena de ideas expuesta con brío inusitado por el ilustre conferenciante? ¿Es esa la lógica con la que pretende convencerme de su valía intelectual?

Levanta la mirada con esforzada lentitud, como si fuera una barra de halterofilia sostenida en vilo, y la dirige hacia mí al tiempo que sus grandes manos depositan encima de la mesa la pequeña caja de madera y cristal que encierra el devastador espécimen de escarabajo sobre el que gira nuestra conversación.

—En mi caso, no se equivocaría usted, téngalo por seguro. Todo lo que pienso y hago en la vida está determinado por mis estados, anímicos o físicos. Hoy, por ejemplo, le diré que la presencia de este insecto en mi despacho está condicionando más de lo deseable mis actos y mis razonamientos. No se alarme. No soy biólogo, ni por asomo, así que no le habla el especialista, descuide.

—Había creído por un momento que sí lo era. Y no recordaba que hubiera ninguno en el departamento. Lo que me tenía extrañado, si le soy sincero.

—No, no lo soy. Para que quede claro. Soy historiador. Especializado en la historia política del siglo XX. Esa al menos es la excusa perfecta que me permite ocupar este despacho desde hace veintidós años sin que nadie me dispute el derecho a hacerlo en soledad. Me considero, por otra parte, un perverso aficionado a las rarezas y excentricidades de nuestra enemiga la Naturaleza. La madrastra de todos los monstruos que nos rodean. Incluyéndonos a nosotros, por supuesto, a quienes creó con la única finalidad de autodestruirse en un gesto sadomasoquista que ya por sí solo debería desautorizar la veneración religiosa que respiran algunos colegas de otros departamentos por Ella.

—¿Ella? ¿A qué o a quién se refiere en este momento? Le agradecería una puntualización al respecto.

—Atinada pregunta. Tiene usted razón. Me extravió con facilidad,

disculpe, ¿cuál era el tema de la conversación?

—Me estaba hablando usted del bicho birmano.

—Bravo, Espinosa. Me gusta eso del «bicho birmano», me apropio del concepto para usos privados, con o sin su permiso. Se lo comunicaré por email al peligroso bromista que me lo envió como regalo para burlarse de mí y de mis ideas. El doctor Derwent, menudo personaje, ¿lo conoce?

—No, no me suena de nada.

—Mejor así. Ni se moleste en tratar de conocerlo, vive retirado en la jungla asiática desde hace años, estudiando los sistemas de transmisión de información de los insectos más dispares, y apenas si se humilla, como él mismo dice, a hablar alguna lengua conocida por los humanos, excepto conmigo, naturalmente, su adversario número uno. Tiene una larga lista de detractores en el mundo, pero eso lo mantiene activo. No solo de insectos vive la mente humana. Para provocarle, pensaba hablar de este extraño animal en una charla sobre cognición que tengo la semana que viene en un congreso en la Universidad de Varsovia, donde Derwent cuenta con algunos discípulos heterodoxos, ya le contaré el efecto que causa en la audiencia si tenemos oportunidad de volver a vernos.

Abrir un cajón del escritorio y extraer un gran reloj de bolsillo fueron acciones casi simultáneas para las que el doctor Villacañas solo tuvo que movilizar la mano izquierda y una parte del brazo, mientras sus ojos, dilatados detrás de las gafas de gruesa montura, no dejaban de someterme a un interrogatorio mudo.

—Si fuera usted telépata, pongo por caso, podríamos mantener esta conversación a varios niveles. Uno para los micrófonos que el rectorado ha hecho instalar en cada despacho del campus y otro en la intimidad de nuestro tanque craneoencefálico. Donde usted podría estar haciéndome toda clase de proposiciones aberrantes y yo no movería una ceja para delatar mis intenciones respecto de ellas, ni mucho menos denunciar la malignidad de las tuyas a una autoridad superior. En fin, solo nos quedan cinco minutos de entrevista, no creo que sea suficiente para tener una opinión formada, lo digo para que quede registrado y por si alguien nos está oyendo en este mismo momento y pueda tenerlo en cuenta...

—No imaginaba que, después de todo lo que ha ocurrido en la última década con los sistemas de vigilancia y de todos los problemas legales



derivados del abuso de estos, los decanos fueran tan paranoicos.

—Ni se imagina hasta qué punto han llegado, aunque ellos no son los peores en esto. Almuerce una sola vez en su vida con un comité de patrocinadores y sabrá lo que es bueno. De todos modos, para su conocimiento, ahora es mucho peor que antes de la crisis de 2028. El caso Langley, recordará los detalles, no ha pasado tanto tiempo, en vez de disuadirlos de reincidir no hizo sino enfurecerlos aún más y confirmarles que no andaban tan descaminados. Ya ve, cada uno interpreta la realidad a su conveniencia. Terminaremos lamentándolo, no me cabe duda, antes de lo que pensamos. La vigilancia individual ha alcanzado niveles que en décadas anteriores eran inimaginables. Su tóxico nivel de sudoración, por ejemplo, se lo digo en confianza, es un índice a tener en cuenta antes de contratarlo, responda a causas nerviosas o fisiológicas, aunque ya sé que para usted estas diferencias son espurias, según tengo entendido.

Empecé a mirar a todos los rincones despejados y objetos discretos del despacho, incluidos los focos incrustados en el techo, en busca de lugares adecuados para emplazar micrófonos ocultos.

—No se moleste en buscarlos. No están. No en el nivel evidente donde usted los buscaría o podría encontrarlos por azar. Están, es indiscutible, aunque nadie en su sano juicio podría entender el significado de ese verbo tan carente de lógica en este caso. Y lo fundamental es que lo sepamos. Nada más.

—¿Me deja ver al animal?

—Ni hablar. No se equivoque. Esa licencia no forma parte de las obligaciones pactadas de esta entrevista. Todavía no, quizá en unos meses, si usted y yo llegamos a entablar una amistad digna de ese nombre, entonces veremos qué pasa.

—Disculpe, no se lo tome a mal, no quería ser tan atrevido.

—Hay dos tipos de individuos. Los que estudian a los otros para saber lo que piensan y repetirlo literalmente ante terceros. Y los que estudian el pensamiento de otros para desarrollar su propio pensamiento. Dígame, Espinosa, ¿a qué grupo cree pertenecer usted? ¿A los que aportan al sistema o a los que solo lo soportan con actitud de resignación y fastidio?

Un guiño malicioso inesperado me hizo entender que esta frase iba destinada a los que supervisaban en la distancia, con permiso legal, el contenido completo de nuestros intercambios lingüísticos.

—Me lo estoy pensando. No sé si me dará tiempo a decidirme antes de que la señorita Levy irrumpa en el despacho para recordarme la existencia de la realidad exterior.

—Es gracioso, ¿no se lo han dicho nunca? Es usted gracioso, Espinosa. Mucho. De todos modos, allá usted. Es cosa suya. Como usted comprenderá, a mí no me concierne demasiado. Estamos en tiempo de descuento, no sé si me explico...

Primero una mano, la derecha, y luego la otra, la izquierda, cuidadosamente depositadas sobre la parte superior del cráneo, con una armonía inhumana, los gruesos dedos superponiéndose en un grado de perfección inusual, las palmas abrazándose por capas para proteger el núcleo precioso del que emanaban las ideas, los pensamientos, las frases.

—Sepa que este animal que usted ve aquí neutralizado por el formol y contenido en su energía destructiva por un vidrio grueso no es un simple parásito, ni un consumidor desaforado, como argumentan algunos colegas sin base científica, una criatura que se hubiera salido del programa natural para agotar todos los recursos disponibles en un gesto destructivo. No, este animal es, antes que nada, una potente máquina de poner en cuestión el sentido profundo de la realidad. A su aviesa manera, el doctor Derwent lo sabe y por eso me lo envía sufragando los costes, para que yo exprese en su lugar las ideas extravagantes que él ni siquiera es capaz de formular con lucidez ante el tribunal de la ciencia.

—¿Insinúa usted que es una tentativa local, y por tanto condenada al fracaso, de acabar con la totalidad del mundo? ¿Una demostración de que la sombra de lo que no es gravita sobre lo que es como una dimensión que en caso de realizarse lo devolvería todo al vacío primordial?

—¿Ha oído usted hablar del paradigma «insecto»?

—Me suena.

—No se esfuerce por ser atento. Es imposible que lo conozca. Solo alguien que se haya molestado en violar la privacidad de mi domicilio particular, destrozando la cerradura de mi escritorio blindado o hackear las endemoniadas contraseñas de mi ordenador portátil podría conocer los rudimentos de tal teoría. No tema, no pienso exponerle más que el principio básico, mostrarle el cimiento del edificio antes de que esté construido. ¿Ha pensado cuál es la clave del éxito de la vida de los insectos sobre las demás

especies?

—Ya entramos en materia, me encanta esta parte.

—No se haga ilusiones, Espinosa, la paciencia de Mónica también tiene límites y estamos abusando de su peculiar idea del tiempo.

—Prosiga, por favor. Se lo ruego. Siento que lo necesito...

—La vida individual es una de las peores calamidades, la más dañina de todas, superpoblada de falacias patéticas y de pretensiones morales sin fundamento último. Cuánto mejor le iría a la especie bípeda si un solo cerebro unificara sus decisiones y gobernara todas sus actividades, necesidades y deseos y hasta sus sueños. ¿Se lo imagina?

—¿Eso es, entonces, lo que usted tanto admira en los insectos?

—Claro que no, amigo mío, no sea usted tan sentimental. Es solo una metáfora...

—He perdido el hilo, lo reconozco. Me doy por vencido.

—Por Dios, hombre, ¿qué parte de la metáfora Dios no le entra en la sesera?

Mónica Levy podría haber sido una mantis religiosa en la intimidad, una máquina de copular destruyendo a su amante mientras le procuraba una experiencia placentera irreplicable, una de esas estrategias sexuales del reino animal que veía colgadas como trofeos en la pared derecha del despacho.

—Nunca olvide, Espinosa, lo que dijo el maestro: qué es la metafísica sino metáforas realizadas.

Pero Mónica no era nada de esto y acudió a rescatarme en el momento justo en que el doctor Villacañas ya emitía signos flagrantes de hartazgo intelectual e impaciencia metafísica hacia el visitante inoportuno.

—Perdón, perdón, siento interrumpir.

—Ah, Mónica, por fin. Te recuerdo que has llegado impuntual a recoger a este señor y yo le he regalado, a cambio de nada, ocho preciosos minutos de mi vida. Lo descontaré sin tardanza de otras obligaciones del departamento.

Aliviado al salir del despacho, le pido a Mónica que me conceda un receso compasivo en la sala de espera del departamento. Ahora sí necesito tomar con urgencia un café solo, doble, beber mucha agua, endulzar mi boca con una pastita o dos de chocolate corporativo e inyectarme una generosa dosis de glucosa en sangre para poder seguir adelante con el simulacro,

porque ya veo que eso es lo que es esta agenda de entrevistas a cuál más disparatada, una representación teatral en toda regla, en la que solo se espera de mí que colabore en su desarrollo sin rechistar y participe con el mismo entusiasmo que los actores comprometidos con su continuidad. No puede ser de otro modo.

La gentil Mónica aprovecha la pausa para entregarme un folleto publicitario con un guiño de picardía mundana que completa mi imagen del personaje.

—Todo lo que siempre quiso saber sobre la Universidad Paneuropea de Millares y nunca se atrevió a preguntar a la persona competente. Es decir, a mí.

—Muchas gracias. Lo leeré con suma atención.

—Más le conviene. Vuelvo enseguida.

El prospecto propagandístico de la Universidad no tenía desperdicio. Se atribuía todos los méritos curriculares y extracurriculares y la excelencia académica en un contexto, cito literalmente, «de decadencia generalizada en la educación superior». La Universidad Paneuropea de Millares, perteneciente a una red internacional de instituciones similares repartidas por todo el continente, nació hace solo diez años, en 2027, en el marco de un conjunto de acuerdos interestatales orientados al fomento de nuevas enseñanzas y aprendizajes de calidad para responder a los desafíos profesionales del nuevo siglo y superar los límites de las disciplinas científicas. Con ese fin, se decidió crear un campus único, ubicado en un lugar geográfico desconectado de los grandes espacios urbanos, concebido como un crisol donde se integraran las especialidades más creativas e innovadoras de la economía, la ciencia y la tecnología y los estudios tradicionales de humanidades. Y donde prestigiosos académicos, científicos de renombre y jóvenes promesas de cada rama del saber y el conocimiento pudieran encontrar un espacio de intercambio provechoso y de mutua fecundación.

Antes de que concluya la instructiva lectura del folleto, Mónica me reclama con su encantadora diligencia.

—¿Ha colmado sus expectativas, doctor Espinosa?

—Me ha permitido hacerme una idea bastante realista.

—¿Y esa idea es?

—¿Ciencia ficción?

Mi chiste fácil no le hace ninguna gracia, a juzgar por el seísmo de contracciones faciales y el silencio incómodo con que lo celebra.

—¿Qué parte le molesta más, la que se refiere a la ciencia o la que menciona la palabra ficción?

—No sea malo, doctor Espinosa. Es demasiado pronto. Apenas nos conocemos.

—Perdón. No quería ofenderla.

—Y no me ofende. Es una cuestión de formas.

—Ya me iré acostumbrando.

—Eso espero por su bien. Es hora de continuar.

Mónica me recuerda que vamos con cierto retraso, no pretende alarmarme ni ponerme nervioso, solo proporcionarme información necesaria, como dice, mientras me guía por la red interminable de pasillos y puertas hacia el siguiente despacho, la madriguera prestigiosa del tercer académico *freak*.

El doctor Ruiz de Infantes.

El sigilo de Mónica me previene. El ingenio con que han diseñado estas pruebas está a punto de alcanzar una de sus mesetas más elevadas. No sé si sabré estar a la altura del desafío escénico.

—No se asuste al entrar. La llamamos la «caja negra», ya verá por qué. Al principio impresiona, luego resulta relajante. Manténgase de pie durante toda la entrevista. No levante mucho el tono de voz. El doctor Ruiz de Infantes es un hombre hipersensible, trate de hablar bajo y de no llevarle la contraria. Le gusta ser escuchado y apenas admite otra réplica que los adverbios afirmativos o negativos, según los casos. Intente no ponerlo nervioso con sus intervenciones. Sea comedido en las respuestas, por favor.

La habitación está a oscuras, en efecto. Una ambientación idónea para lo que está en juego. Ni un solo punto de luz me permite orientarme. No hace falta. Permaneciendo cerca de la puerta cuando se cierra podré abandonarla sin problemas en cuanto llegue el momento.

—Bienvenido a mi laboratorio, doctor Espinosa.

La voz suave, melodiosa, agradable, proviene del fondo, que no distingo aún más que de un modo borroso.

—En la oscuridad inducida, la mente galopa como una máquina voraz, como lo único despierto en el universo, ¿reconoce la cita?

—Me temo que no, lo siento.

—Más lo siento yo. ¿Sabría decirme cuál es la mejor manera de tomar conciencia de la realidad del espacio?

—No lo había pensado nunca, la verdad. Sin pensarlo mucho, diría que pasear, subir a un mirador elevado, conducir un coche a gran velocidad, cosas de este estilo.

—No lo ha pensado bien. No se da cuenta, pero no ha pensado siquiera en lo que le preguntaba, ni dónde le hacía la pregunta, ni en qué circunstancias. ¿Se da cuenta? Si le hubiera hecho esta pregunta con luz y mirándolo cara a cara, sin parpadear, en una heladería, pongamos, mientras se toma un batido de chocolate, habría respondido lo mismo sin dudar. Es un error. Piénselo bien y sabrá por qué.

Ahora hubiera dicho, tan ingenuo me estaba volviendo con estos experimentos, que la voz procedía del techo. Bajaba desde la altura al encuentro de mis oídos. Seguía sin ver nada de lo que me rodeaba.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi voz? ¿Donde usted la escucha, o cree que la escucha, en esta habitación cuyos contornos se le escapan, o donde esté mi cuerpo, si es que lo tengo aún?

—¿Es una adivinanza?

—No hay nada que adivinar, mis preguntas no encierran ningún misterio, son evidentes, tiene usted la respuesta ante sí y no es capaz de verla.

—Ver no sería el verbo más adecuado, ¿no le parece?

—Ve como no ve. He ahí todo el problema. ¿Cuáles son las consecuencias de negar el espacio? Tan simple como eso. Negar o afirmar.

—Ya entiendo.

—¿Ah, sí? Qué fácil, ¿verdad? Qué simple es todo, ¿no es cierto? ¿Y ahora también lo entiende?

Mientras la voz parecía proyectarse ahora desde debajo de mí, un potente fognazo inundó la habitación hasta cegarme. Cerré los ojos de inmediato y a través de los párpados una película anaranjada se animó hasta hacerme creer que había figuras bailando al trasluz.

—Ahora entiende, ahora ya no entiende. Ya verá como ahora no entenderá nada.

Y fue entonces cuando empecé a contar los segundos (cincuenta y seis

exactos al llegar al final) en que el silencio era la norma acústica dentro de aquella habitación. Un silencio que no había percibido nunca con ese intolerable grado de intensidad. Sabía que no estaba sordo, pero no escuchar nada me provocó un pánico comparable al vértigo de la altura. Una sensación visceral de estar tambaleándome al borde del abismo.

—Sí, durante un minuto usted ha estado a punto de sumirse en la no comprensión total. Ese fenómeno por el cual todo lo que comprendemos queda reducido a la nada. Al cero y sus malditos múltiplos.

La luz cegadora se atenuó mientras creí escuchar la voz viniendo desde detrás de mí, como si el cuerpo desde el que brotaba se situara justo a mi espalda.

—«No crea todo lo que ve» es una frase mucho más profunda de lo que parece. Mucho más profunda y mucho más superficial, tampoco vamos ahora a quitarnos el sombrero ante la sabiduría y los mitos de la cultura popular, ¿no le parece?

—Profundo y superficial son dos adjetivos muy discutibles.

—¿Lo ve, doctor Espinosa? ¿Ve como ahora, tras superar la prueba de la luz irrefutable, me entiende mucho mejor?

—Le entiendo perfectamente, desde luego, pero sigo sin saber desde dónde me habla y dónde está situado el cuerpo con que me habla.

—Demasiadas suposiciones y presuposiciones. Entre ellas, como una rasgadura imperceptible, se desliza el error.

—Ahora le entiendo mucho mejor aún, vaya que sí. Comienzo a entenderlo todo como nunca antes en mi vida...

—¿Será porque estoy empezando a hablarle cara a cara? Aunque usted no me vea yo sí veo el recorte de su silueta difuminada entre las sombras que la envuelven. Debería adelgazar un poco, por cierto. Ocupa usted demasiado espacio con sus pretensiones egoístas. Sea más modesto, deje espacio a los demás, no invada su espacio vital con su volumen abusivo.

Era verdad. Su voz me llegaba frontal, como si estuviera a menos de medio metro de mí, casi podía sentir el aire saliendo de su boca y golpeando contra mi cara, escuchar su respiración lenta, oler su aliento mentolado.

—Estamos en un edificio que afirma el poder de la arquitectura sobre el espacio, el poder fáctico de la construcción sobre la posibilidad especulativa, el hacer sobre el ser, ¿me sigue, verdad?

—Al pie de la letra.

—Para devolverle al espacio su valor real, usurpado desde antiguo por el poder de la construcción, con toda la mafia monetaria de por medio y las corrupciones asociadas al negocio inmobiliario, necesitamos con urgencia una terapia de choque, una fuerza negativa que restituya al espacio de modo radical el poder que tuvo en sus orígenes, antes de que la más baja de las pasiones humanas, la necesidad de tener un techo sobre la cabeza y un suelo bajo los pies, la necesidad ridícula de tener un hogar para alojar a la pareja procreadora y criar a la prole, antes de que todo esto impusiera su orden mediocre sobre la realidad, no sé si me explico.

Alguien tiraba de mis pantalones con fuerza y me hacía señales desde el suelo. Estaba a punto de ver el arrugado rostro del doctor Ruiz de Infantes apareciendo frente a mí envuelto en un halo de luz ardiente, como un efecto teatral perfectamente calculado para grabar su discurso en mi memoria impresionable, cuando Mónica, que había entrado en la habitación caminando a cuatro patas para escapar a la celosa vigilancia del viejo profesor, me hacía señales ostentosas de que la siguiera. Sin pensarlo mucho, me agaché, planté las manos en la áspera moqueta y apoyándome en mis rodillas comencé a gatear hacia la salida en pos del insinuante cuerpo de Mónica, que había conseguido cierta ventaja en la maniobra.

—La intemperie, doctor Espinosa, la desolación de la intemperie, la vastedad del espacio, el horizonte ilimitado, la indefinición, qué digo la indefinición, la infinitud, qué digo la infinitud, la abstracción del espacio deshabitado...

Me dio la impresión de que la voz procedía ahora de un enclave situado justo encima de la puerta por la que pretendía salir a toda prisa antes de que el mensaje de Blas Ruiz de Infantes calara en mi alma como un cuchillo para sondear con saña mis viejas heridas.

—Abajo con todo lo que se yergue y enseñoera de la altura, allanemos el espacio construido, defendamos la arquitectura paroxítona, la que apenas si modifica las cualidades del espacio físico a la hora de hacerlo habitable...

Mónica ya estaba fuera del despacho, sujetando la puerta con las dos manos e invitándome a pasar rápido al otro lado del umbral para poder cerrar cuanto antes y acabar con la payasada.

—El doctor Ruiz de Infantes fue en su juventud un gran arquitecto, muy



innovador para su época, según tengo entendido, pero desde que le derribaron sus edificios más emblemáticos uno tras otro porque nadie quería vivir en ellos y ninguna administración pública, con los recortes y demás zarandajas presupuestarias, podía sufragar los gastos de mantenimiento, se volvió un anacoreta insoportable. La Universidad utiliza su nombre para darse lustre en la escena internacional, donde aún goza de gran reconocimiento como creador, pero casi nadie conoce la verdad de su posición en el departamento. No da clases ni explicaciones ni comparte con nadie los resultados de sus hipotéticos experimentos.

—Ahora lo entiendo todo.

Estaba agotado, me sentía abrumado con las exigencias psicológicas de la visita y, por si fuera poco, tenía hambre. Un hambre sospechosa. La hora del almuerzo me salvó de la derrota y el desánimo. La gentil Mónica me acompañó durante el mismo, aceptando mi silencio con naturalidad.

Frugales tentempiés de jamón ibérico, crepes de verduras y de marisco, frutas de temporada y quesos suizos, toda esa deliciosa comida regada con un litro y medio de agua mineral con gas.

—Ya ha pasado la peor parte. Las entrevistas programadas para la tarde serán más llevaderas, créame. Menos estrictas.

Así fue, para mi fortuna.

El doctor Torres Villalón era un meteorólogo experto en climas meridionales extremos. Un hombre educado y atildado, con traje y corbata impecables, de discurso lacónico.

—El tiempo meteorológico es la demostración de que la Tierra piensa por sí sola. Tiene cerebro propio. Ocurre que los fenómenos dan cuenta de procesos mentales muy complejos donde entran en conflicto deseos contrapuestos. Instinto y razón, cumplir con las leyes o saltárselas a la torera, como suele decirse. Cuando uno ve desatarse una guerra de vientos, o asiste a la formación de nubes y huracanes que acarrearán diluvios e inundaciones, o ve desecarse los lagos de una región, uno entiende que el cerebro de la Tierra es arbitrario y también sistemático. Ignoramos el lenguaje concreto en el que piensa, esa es nuestra mayor limitación. Si no, nuestros pronósticos serían inequívocos y, como sabe bien, eso está muy lejos, aún hoy, de corresponder a la verdad. Por más que invirtamos en tecnología, ya sea en satélites artificiales o en programas informáticos para leer los datos proporcionados por aquellos,

el error meteorológico sigue siendo uno de nuestros grandes fracasos cognitivos.

Veinticinco fatigosos minutos de análisis meteorológicos mundiales y exhaustivas descripciones atmosféricas con pretensiones de psicoanálisis del tormentoso inconsciente del planeta Tierra me bastaron para convencerme de que toda ciencia conocida tiene un reverso desconocido, su lado nocturno, otra dimensión más allá del cero, su cara de sombra y oscuridad, como los planetas y los satélites de la galaxia.

—Necesitamos deshacernos con urgencia de las corrupciones mentales de la meteorología política. El tiempo no entiende de patrias ni de territorios.

Por si me quedaban dudas sobre la imprevisibilidad de los cambios climáticos, la faceta más luminosa de Mónica me condujo, por angostos pasillos y escaleras interiores, al despacho del doctor Abril Villalobos con una seriedad impropia del despliegue de cordialidad y alegría que había hecho durante el largo día. Era la última entrevista programada, se acababa la jornada, su cometido había sido realizado con diligencia y perfección. Y, sin embargo, cierta tristeza embargaba ahora su atractivo rostro como un presagio de humor siniestro para la velada.

—Acabo de encargarme del menú tailandés de la cena y he tenido que discutir por teléfono con el cocinero sobre ciertos detalles especiales de los platos de algunos profesores. Ha sido muy desagradable. Casi me echo a llorar. Es un hombre rudo y desconsiderado, pero no imaginaba que lo fuera hasta ese punto.

—Me siento más tranquilo. Pensé por un momento que era por mí por lo que había cambiado su estado de ánimo.

Antes de esbozar una sonrisa elástica, el dedo índice de la mano derecha, la única libre, revisa con mimo las comisuras de la boca, la tersura del cutis y el perfecto ajuste del carmín malva a los contornos del labio inferior y superior.

—No sea tan vanidoso, doctor Espinosa. Usted no me atrae, no es mi tipo como hombre. Veo que no ha aprendido nada durante la visita. Es una lástima.

El doctor Abril Villalobos, vestido con una bata blanca de médico, me abrió él mismo la puerta de su despacho, me saludó efusivamente, me hizo pasar, me invitó a sentarme y, sin darme tiempo a recapacitar, me hizo la gran pregunta del día mientras me agarraba por los hombros con sus delicadas

manos de dedos finos y me sacudía ligeramente para extraerme del estupor en que le parecía sumido al entrar.

—¿Tiene sueños húmedos, doctor Espinosa?

—De vez en cuando. No sabía que fuera usted psiquiatra.

—No lo soy. Soy un simple experto en derecho civil. No tan simple, en realidad. Mi especialidad son los contratos de compra de tierras y la legislación correspondiente. No se imagina lo que se esconde ahí, no es romántico, como dicen mis alumnas, pero está lleno de pasiones irrefrenables y excitación libidinal, como digo yo, dignas de un melodrama cinematográfico, ¿le gusta el género?

—¿Es esto un test de empatía?

—Relájese, hombre. Percibo la tensión entre nosotros como un obstáculo intelectual. Ya sé que ha consumido ya media vida, pero no es motivo para tanto nerviosismo. Piense que, con un poco de suerte, aún le queda la otra media para disfrutar de todo lo que se perdió en la anterior. La muerte es solo una hipótesis, nada verificable de momento. Tómesele con calma, elija bien, no esté tan rígido y agresivo. La cuestión decisiva ahora, tal como entiendo su caso, es decidir con acierto a qué va a dedicar su tiempo en la segunda parte del partido.

—No carece de lógica, sobre todo si uno va perdiendo por goleada.

—Vuelva a plantearse la pregunta más adecuada a su edad. ¿Para qué quiere el sentido si ya tiene en su poder todo un mundo?

—¿Un mundo? ¿Habla en serio?

—Mientras uno es joven el sentido de las cosas brota de la piel como la transpiración durante el acto sexual, no sé si me entiende, le veo propenso a sudar con cualquier pretexto. Es una prueba de salud y un problema social, lo que puede resultar en extremo contradictorio para el sujeto. Si un hombre sano no puede abrirse camino con éxito en la vida social, ¿debería ceder la iniciativa a otros o pelearse por ser reconocido a pesar de todo? ¿Qué piensa usted?

—Ahora mismo, si le soy sincero, me siento incapaz de pensar en nada que no sea el transcurso de los minutos que me conducirán fatalmente al final de esta conversación estéril.

Nada humano, ningún síndrome malicioso de lo que se identifica como tal, podría alterar la imagen profesional del doctor Abril. Hermosa cabellera

blanca ondeando sobre un cráneo inmaculado, una melena canosa alborotada como las ideas que bullían debajo del pelucón doctoral que caía en cascada blanda hasta los hombros estrechos, nariz plana, perfil chato, diminutos ojos marrones, boca enorme de labios gruesos y frente ancha y protuberante.

—Ya veo, ya. Resiliencia agudizada con deriva violenta, conozco los síntomas convencionales. En fin. Es lógico hasta cierto punto. Cuando uno llega a una edad como la suya o la mía, mucho más en la mía, por supuesto, no necesita el sentido para nada porque ya tiene la experiencia, posee el mundo, la realidad en su magnitud íntegra y la verdad que emana de ella como un silogismo indiscutible. Para qué perder el tiempo, entonces, en inventar un sentido a lo que tiene tantos como caras relucientes un miriedro expuesto a la radiación solar...

El doctor Abril Villalobos era feo de un modo insultante para el canon establecido sobre la belleza masculina, pero muchas de sus alumnas y algunos de sus alumnos lo considerarían un símbolo sexual y se enamorarían, a pesar de todo, de sus facciones viriles esculpidas con desaliño en un rostro detestable. Sentí celos hacia él, de pronto, impelido por la imperiosa necesidad de sentir algo que no fuera apatía, desgana o aburrimiento. Una reacción tan simple como esa.

—Siempre me he preguntado cómo podemos formar esas imágenes en nuestro cerebro. Imágenes de criaturas y cosas que no existen y que solo se nos muestran como reales en nuestros sueños y en los fantasmas de la vida psíquica. Estamos a punto de poder intervenir ahí, como sabe usted. Inducir fantasías e imágenes a voluntad en el cerebro de quien queramos. Mediante los neurochips adecuados podríamos forzar a cualquiera a experimentar en sueños actos programados que le repugnarían cuando tomara conciencia de ellos. ¿Lo ha intentado con Mónica, por cierto?

—¿Intentar qué?

—¿Qué va a ser? Follársela. ¿Lo ha intentado?

Le miento a conciencia para no suscitar más desprecio en su docta opinión de facultativo del alma universitaria.

—No se me ha ocurrido, no he tenido un minuto en todo el día para pensar en ello, si le soy honesto ni me había fijado en los encantos de la chica.

—Pues debería. Creo percibir en ella cierta decepción con su actitud despectiva y su trato distante. Hubiera preferido recibir de su parte alguna

insinuación, sin llegar al acoso, por supuesto, signos fehacientes de simpatía y aprecio, pruebas incontestables de que no le era indiferente como mujer.

—Soy un hombre casado, no sé si lo sabe.

—Yo también, no veo ningún problema insuperable en eso. La mente abierta es un rasgo que se valora mucho en nuestro entorno, no sé si me entiende...

—No imagina hasta qué punto.

—Verá, doctor Espinosa, la situación es muy clara. Esta misma noche, cuando ella se quite la bonita ropa que lleva puesta y se duche y se meta en la cama, vestida con un pijama o un camisón o desnuda del todo, no me parece importante el detalle, antes de quedarse dormida estará pensando en usted, la conozco bien para saberlo con total seguridad, y puede que hasta se toque el sexo discretamente pensando en usted, se masturbe o jugueteo con su vibrador, como lo oye, pensando en usted. ¿Y todo por qué? Porque ha estado todo el día conviviendo con usted. Ni más ni menos. Sin ese contacto reiterado no existiría esa posibilidad. ¿Se imagina que podamos producir el mismo efecto en el cerebro, sin roces ni fricciones, sin necesidad de contacto previo, sin interacción presencial recurrente, eliminando las redundancias y rutinas que nos hacen insufribles a los otros?

—A las mil maravillas. ¿Y?

—He ahí el futuro, doctor Espinosa. Gente intervenida en cada una de las terminales de su cuerpo y de su mente, gente cuyos cerebros habrán sido intervenidos, los de todos nosotros sin distinciones de sexo o clase social, raza o procedencia étnica, para producir relaciones y afectos y capacidades y sensaciones que no creíamos posibles antes de eso. ¿No le parece un mundo maravilloso? Se acabó el cortejo, se acabó perder el tiempo, se acabó el acoso, se acabó la violación, se acabó la tristeza y la frustración. Un mundo de cerebros que se comunicarán sin barreras. Mediante drogas o neurochips, poco importa, podremos alterar incluso la percepción del tiempo. ¿Se imagina tener la impresión de haber pasado una tarde entera haciendo el amor con su mujer o con su amante, no seamos convencionales, y en realidad haber consumido solo cinco minutos de su precioso tiempo de vida? ¿Qué cantidad de acciones productivas no podríamos emprender sin que nos domine la sensación de ineptitud y pérdida de tiempo que suelen refrenarnos en la toma de decisiones prácticas?

—He de reconocer que me fascina esa posibilidad desde hace mucho, pero creo que a la mayoría de mis semejantes no les atrae para nada. Es más. Pienso que, por razones muy diversas, no querrían vivir en ese mundo de experiencias prefabricadas.

—Se equivoca. Ya se lo digo yo. El futuro solo sabemos reconocerlo cuando ya se ha cumplido. Ese es el gran fallo de todos los pronósticos y profecías baratas. El problema en este aspecto es que no hemos sabido venderlo bien. Discursos mal pensados, ideas mal elucubradas. Mucho pesimismo y mucho miedo. Somos víctimas de los errores de las malas campañas de marketing del futuro y la insidiosa propaganda del enemigo...

—¿El enemigo?

—Verá, Espinosa, al animal humano hay que convencerlo de que desea desde siempre hasta lo que ni siquiera existía hasta hace un minuto. Recursos publicitarios inteligentes, eso es todo lo que nos falta para tener éxito en esta empresa. Elevadas dosis de ingenio propagandístico para vencer la resistencia natural del cerebro humano a aceptar condiciones de vida programadas de antemano por los que más saben sobre la vida. No hay otro medio de hacer viable este sueño tan antiguo como nuestra especie. Las técnicas ya existen, así como las sustancias adecuadas. Falta la voluntad de los Estados y las Instituciones. Y el dinero, por supuesto. Fundamental. ¿Verdad, Mónica?...

No sé cuánto tiempo llevaba escuchando, o si lo hacía con frecuencia por interés intrínseco en las ideas y puntos de vista del doctor Abril Villalobos, una eminencia mal pagada como todas en un sistema universitario que naufragaba en el contexto mundial, una vez más en su historia, por no saber reconocer en términos económicos los méritos reales de sus empleados más valiosos. Estaba claro que con el sabio y experimentado Víctor Abril Villalobos los veinticinco minutos de la entrevista habían pasado volando sobre nuestras cabezas como una aeronave supersónica.

—La mayor parte de las veces, doctor Espinosa, cuando hablamos en voz alta, sea para otros o para nosotros mismos, es que no estamos nada convencidos de que haya otro medio mejor de hacerle llegar al cerebro la información que consideramos relevante. No olvide esta lección práctica. Verbalice cuanto necesite, aunque eso pueda molestar a terceros, es la única forma de que el conocimiento que brota incontenible de nuestros veloces circuitos neuronales no se desperdicie ni disemine sin impregnarnos y

fecundar a otros por vías colaterales...

Mónica, varada en la puerta sin decidirse a entrar ni a marcharse, comenzaba a mostrarse impaciente y no me quedó más remedio que abandonar la fructífera charla con el doctor Abril Villalobos dos minutos antes de que concluyera el plazo estipulado.

—Venga conmigo enseguida. El doctor Rojas le está esperando con impaciencia en su despacho para felicitarlo por el magnífico resultado obtenido en las entrevistas.

Ha sido un día extenuante y me siento demasiado cansado otra vez, se lo digo a Mónica y aplazamos la visita al campus *sine die*. Una hora no bastaría para ver todas las atracciones arquitectónicas que lo componen, según me dice, y es el tiempo exacto de que dispongo antes de la charla informal y la cena protocolaria con los profesores, así que prefiero quedarme a descansar en la sala de espera, mientras Rojas culmina una última gestión telefónica con los rectores referida a ciertas cláusulas de mi contratación, y me quedo dormido, sin apenas darme cuenta, con una taza de café en la mano.

## DÍA 8

Cuando desperté por la mañana, acababa de amanecer.

Los tenues rayos solares penetraban en la habitación por las rendijas de la cortina entreabierta.

El cuerpo responde a la realidad del calor como primer signo de vida.

Me siento como si acabara de resucitar de entre los muertos y estuviera braceando a través de la tierra negra para salir de la tumba.

No era, sin embargo, el único ser vivo en haber experimentado el tránsito entre la vida y la muerte encerrado durante unas horas incontables en la habitación del hotel.

La bella Mónica Levy era mi acompañante de privilegio en este viaje inesperado más allá del río de la vida, o más acá del valle de la muerte. Embutida junto a mí, bajo los efectos de la resaca egipcia, en el sarcófago de tamaño faraónico, Mónica yacía tumbada boca arriba al otro extremo de la cama enorme, desnuda y despatarrada sobre la colcha como una muñeca hinchable.

Las provocativas incitaciones del doctor Abril Villalobos, por lo que parecía, debían de haber surtido un efecto hipnótico en mi libido en contra de mi voluntad.

No podía recordar con exactitud cómo había llegado hasta aquí, pero estaba convencido de que entre Mónica y yo no había pasado nada en toda la noche. Por si acaso, interrogo a mis genitales mustios con la mirada del inquisidor adolescente y su preocupante mutismo delata la ausencia reiterada de relaciones íntimas.

En plena confusión mental, recuerdo de golpe a Roberto Rojas, el director del departamento, recibéndome con aspavientos a la entrada del restaurante



tailandés Lágrimas de Neón donde habíamos quedado para cenar con un nutrido grupo de profesores y anunciándome con sorna inaudita:

—Y qué, doctor Espinosa, ¿le ha gustado la escenificación? No dirá que no nos hemos esmerado. Todos son actores de reconocido prestigio en el mundo del teatro alternativo. Y el guión lo redactaron los más ingeniosos doctores del departamento. Sabíamos que la calidad de la representación le proporcionaría una idea de la alta estima que le tenemos.

Cuando le pregunto qué hacen junto a nosotros en el restaurante algunos de esos brillantes actores académicos, se ríe sin apenas ganas y se me queda mirando fijamente a los ojos, como dudando entre considerarme un genio espontáneo o un imbécil reincidente.

—Era una broma, amigo Espinosa. La prueba ya ha sido superada, relájese de una vez. Páselo bien esta noche y olvídense de lo demás.

Y entiendo entonces que la broma es, para Rojas, el medio totalitario de concebir la realidad. Lo abarca todo con su registro singular. Las entrevistas con los profesores, la cena informal y el copioso menú étnico, la conversación inoportuna, la ruidosa compañía. La vida, en suma. ¿Por qué no incluir la invitación al campus y la contratación en el mismo inventario? Una broma y nada más que una broma, eso era todo. Y Rojas actuando como bromista supremo. Nada podía gustarle más al sumo sacerdote de las mascaradas y los simulacros del departamento y quién sabe si también de la Universidad. Me convendría quizá asistir como oyente a algunas de sus abarrotadas clases magistrales sobre ética, me digo, para aprender a tomarme la vida con mayor levedad y desenvoltura.

Los mensajes desesperados y las llamadas perdidas se acumulan en el móvil cuando lo consulto.

Ariana está inquieta por mi desánimo tras la visita al campus, apenas si le comenté algo en un mensaje lacónico al salir de la última entrevista, e impaciente por confirmar la hora de llegada de mi vuelo. Me comunica su intención de hablar seriamente conmigo a mi regreso. Todo ha cambiado. No debo preocuparme. Me alegra saberlo. Mi cabeza no admitiría en este preciso instante, tal es la intensidad del dolor que padezco, una dosis muy elevada de preocupaciones con implicaciones afectivas añadidas. Debí de beber demasiado vino durante la cena, arrastrado por los otros comensales, para un abstemio de larga duración como yo siempre supone un riesgo la reincidencia

alcohólica, o tomar alguna extraña sustancia narcótica que me convierte al despertar en un amnésico selectivo.

Respondo a Ariana enseguida, para tranquilizarla, antes de seguir ordenando los restos de mi vida y mis recuerdos dispersos.

Me pongo en pie con dificultad. Camino por la habitación tropezando con todo tipo de objetos tirados en el suelo de cualquier manera, un vestido, ropa interior, zapatos, botellas, una camisa.

La atmósfera es irrespirable, como si una multitud de cuerpos sumidos en un estado de máxima embriaguez hubieran pasado la noche destilando alcohol en el aire a través de la piel húmeda, pero no puedo descorrer la cortina ni abrir la ventana para ventilarla.

Encerrado en el cuarto de baño, recolecto mis útiles de aseo personal e ingiero un compuesto analgésico para atenuar el dolor de cabeza o la resaca incisiva que me hace sentirme como un hacker después de una semana de hiperactividad informática.

El agua turbia del vaso y su contenido granuloso golpean mi estómago sensible con un puñado de recuerdos indeseables de la noche pasada.

Recuerdo con nitidez la cara deforme del obeso doctor Brey, a quien no conocía aunque Rojas lo había elogiado con anterioridad como uno de los miembros más capacitados del departamento, reconociendo el complejo de Edipo que marcó su tortuosa infancia.

—Mi madre fue siempre una mujer conservadora, una esposa y ama de casa ejemplar, pero en cuanto cumplió los sesenta se volvió loca, se dio a la bebida y empezó a follarse a todos los vecinos hasta que mi padre decidió encerrarla en un manicomio estatal.

El paso siguiente consiste en comprobar con precaución que Mónica está viva, que no se ha ahogado durante la noche en su propio vómito, o ha padecido un ataque cardíaco o ha sido asesinada por un desconocido. Certificada con alivio su condición saludable, cubro su cuerpo desnudo con una de las sábanas y lo envuelvo en la colcha, no sin examinarlo antes, con mirada forense, por si hubiera huellas de violencia o de sexo intensivo en alguna zona de su preciosa anatomía. Nada llamativo a la vista. Todo indica que hemos dormido juntos como hermanos. Es evidente, aunque difícil de creer, que entró conmigo en la habitación, se desnudó y se metió sin preguntar en la misma cama doble en que yo me he despertado con un sobresalto de

terror.

Me vibra el móvil otra vez y recibo un nuevo mensaje.

«Mañana le enviaremos el contrato por email para que nos lo devuelva firmado. Nos hubiera gustado enviárselo hoy, pero la secretaria del departamento se encuentra enferma y no ha podido acudir al edificio del rectorado a entregarlo. Nada grave. No se preocupe. Mañana antes del mediodía lo recibirá sin falta en su cuenta de correo.»

La misión principal de esta mañana es ser capaz de abandonar la habitación sin despertar a Mónica.

Mientras recojo mis pertenencias recuerdo de pronto que Mónica no estuvo en la cena, aunque los profesores más jóvenes, para escándalo de algunas compañeras, no dejaban de hablar de ella con insistente malicia, de sus manías y gustos peculiares, como si fuera una mascota sexual para ellos. Tampoco vino a tomar copas después de cenar, en aquel pub irlandés de mala muerte donde el doctor Villacañas, ahora lo recuerdo, nos contó con entusiasmo étílico cómo había descubierto la existencia de una especie africana de insectos voladores de tendencia homosexual.

—Tanto los machos como las hembras. Y solo se ponen de acuerdo unos pocos días al año para aparearse sin freno con miras a reproducirse. ¿No son asombrosas las paradojas del mecanismo natural de la vida?

Extraigo con cuidado la ropa del armario, la doblo y la guardo con delicadeza en el fondo del bolso de viaje. A continuación, me visto con lentitud extrema. La misma ropa de ayer, no tengo oportunidad de cambiarme. Y me siento incómodo.

Cuando estoy calzándome, sentado a los pies de la cama, veo que Mónica se remueve en las sábanas, presa de extrañas convulsiones, emite un suspiro enternecedor y extiende las piernas hasta rozarme la espalda suavemente con los dedos de los pies. Me aparto con brusquedad y me voy al otro lado, lejos del radio de influencia de su cuerpo, a concluir la operación. Calcetín y zapato, zapato y calcetín. Rodando con agilidad, Mónica acaba de apropiarse, sin previo aviso, del centro de la cama, deshaciéndose de las sábanas que la cubrían, y ahora yace boca abajo, cuando la miro de reojo, con las nalgas al aire.

Recuerdo a ráfagas la charla sobre temas polémicos de actualidad con otros profesores nuevos de ambos sexos. Y una discusión apasionada sobre

fútbol, con el doctor Maraña y una discípula jovencísima, Vicky no sé cuántos, como principales detractores, en la que Rojas se mostró como un experto mundial en la materia.

—En el contexto de la globalización, el fútbol de selecciones es un residuo de otro tiempo, un fósil de la primitiva era de las naciones. Solo los clubes privados, con sus fichajes internacionales, sus torneos intercontinentales y sus presupuestos de superproducción cinematográfica, están en condiciones de expresar la verdad de la nueva situación mundial.

Fue entonces, si no me engaño, cuando un aguerrido irlandés se sintió ofendido con sus palabras, sin entenderlas del todo, y estuvo a punto de partirle la cara, diciéndole que semejante estupidez no se atrevería a repetirla delante de su padre, exfutbolista nacional, o de su clan cavernario de amigos ultranacionalistas reunidos en la barra del bar. Y alguno de nosotros, quizá el doctor Abril Villalobos, con su aire de gurú indígena, intervino para evitarlo, con intención pacificadora, antes de sumarse al conflicto, profiriendo amenazas e insultos de una grosería inesperada.

—La idea del diablo es demasiado importante para dejarla en manos de los satanistas.

—O de los asesinos en serie.

—O de los terroristas.

No recuerdo cuál de los bromistas más eminentes del departamento me trasladó en coche al Hotel Bond al final de la velada. Ni si estaba solo o acompañado cuando entré en la habitación escuchando la machacona banda sonora que celebraba con antelación mi éxito sexual como gran macho dominante de la especie. Lo más seguro es que Mónica estuviera esperándome dentro. Siguiendo instrucciones precisas. Una recompensa en especie por mi buen comportamiento y mi paciencia durante las entrevistas del día. O un incentivo para el futuro prometedor. Quién sabe. Con la lógica enredada de esta gente, cualquier cosa es posible e imposible a la vez. No hay término medio. Hasta que Mónica me solicitara en matrimonio antes de acostarse conmigo a dormir la borrachera.

—Espere a ver las calidades espectaculares de la urbanización donde la Universidad aloja a su personal docente e investigador. Prepárese para vivir con su familia como nunca había soñado en un entorno privilegiado.

Las palabras de Rojas no se me olvidan, sin embargo, a pesar de la niebla

cerebral que obnubila mis recuerdos más vivos, o los vuelve tan caprichosos como los restos de celuloide de una vieja película destruida, fotograma a fotograma, durante un incendio, o después de un bombardeo aéreo.

—En el departamento esperamos mucho de usted, amigo Espinosa, esto se lo digo en serio. Ojalá no nos decepcione.

Estoy inmobilizado en el pasillo del hotel, cerrando la puerta de la habitación desde fuera, sosteniendo el pesado bolso en una mano y la otra ocupada en girar el pomo con perfecto sigilo, cuando escucho a la dulce Mónica susurrando desde la cama con voz ronca:

—¿No pensabas despedirte, querido?

El avión aterriza sin retraso, desembarco con calma, ya en las instalaciones del aeropuerto, imaginando que Ariana me espera con los niños en la salida principal de pasajeros, salgo por una puerta secundaria para que no me vean. Cojo un taxi, entro en casa, donde no hay nadie, no enciendo la luz, me siento a esperarlos en la puerta y cuando llegan les doy una gran sorpresa.

Allí sentado, abrazado por el amor incondicional de Ariana y los tres niños, siento de verdad que he vuelto a casa después de una larga travesía.

Como un viajero antiguo.

Ahora sí, por primera vez después de mucho tiempo, soy feliz.

## DÍA 9

Al día siguiente, me paso toda la mañana metido en la cama, acoplado al exuberante cuerpo de Ariana, palpando y besando cada zona de carne puesta al alcance de mis manos ansiosas y mis labios sedientos.

Ella se ha encargado de llevar a los niños al colegio y luego vuelve rápido para hacerme compañía otra vez.

—Has cambiado.

—¿Tú crees?

—Sí, ahora te veo distinto, más seguro, enérgico. Hasta en la manera de hablar.

—Ha sido una experiencia intensa. Necesitaba algo así. Si no, me hubiera pasado el resto de mi vida al filo de la depresión diaria.

—Yo no lo hubiera permitido.

—Eso está más allá de tu alcance.

—¿Eso crees?

La abrazo con fuerza. La beso. Percibo la blandura de sus pechos cediendo a las rudas embestidas de mi tórax. Siempre me fascina esa sensación de ternura carnal. Imagino que cuando Ariana se acuesta con mujeres sentirá un placer especial al frotarse los pechos unos contra otros. Tengo ganas de penetrarla. Es la segunda vez desde que nos despertamos. El sudor inunda mi cuerpo cuando termino. La piel de Ariana adquiere un brillo provocativo. Experimento un deseo renovado por ella. Sé que le gusta que sea así. No hace preguntas indiscretas. Prefiere no saber si ha ocurrido algo extraño o imprevisto durante mi visita a Millares.

—Yo también me siento distinta. Después de nuestra conversación telefónica del otro día. Más liberada. Creo sinceramente que es tiempo de

cambiar de vida. Quiero dejar atrás un montón de cosas. Y no solo al tío que te dije. El trabajo también me pesa. El barrio me asfixia. Necesito respirar aire nuevo.

—Es una oportunidad para los dos. No sería inteligente no aprovecharla. Además, me han prometido que el sitio donde vamos a vivir es maravilloso.

—No digas más. Me voy a asustar.

En cuanto abro mi servidor de correo, el escueto mensaje de Mónica está esperándome con el contrato como archivo adjunto. Lo abro, lo leo, lo imprimo, se lo hago leer a Ariana, me dice que está muy bien, las condiciones le parecen inmejorables, así que firmo enseguida, sin pensarlo más tiempo, aunque me daban cuarenta y ocho horas para hacerlo. Lo escaneo y se lo envío enseguida a Mónica.

«Muchas gracias, querido.»

Los emoticonos excesivos con que Mónica adorna su parco acuse de recibo turbarían a más de un receptor ingenuo. A mí me dejan indiferente, a pesar de todo. Lo que pasó entre nosotros, sea lo que sea, no tiene consistencia alguna en mi memoria, como si se hubiera borrado del disco duro al mismo tiempo que se realizaba. No se me ocurre otra metáfora menos excitante.

Por la tarde, vamos todos al centro comercial. Compramos en el supermercado y luego hemos prometido llevar a los niños al cine. Sofía y Pablo tienen su lista particular de cosas, siempre corregida por Ariana. Aníbal compra por su cuenta. Yo me siento distanciado, como si fuera solo el chófer y el empleado que ayuda con las bolsas y el carrito y espera en la caja a que Ariana abone la factura con cualquiera de las tarjetas. Aníbal es el que elige la película. *Pangea* se estrenó hace una semana y su impaciencia por verla se hacía cada día más insoportable. Ha leído en internet toda la información disponible desde el estreno americano y nos explica a los cuatro, mientras hacemos una cola multitudinaria para entrar en la gran sala donde la proyectan, los temas de discusión que ha suscitado en foros cinéfilos, redes sociales y medios mayoritarios de todo el mundo. Es la película del momento, nos dice. El enésimo remake de una exitosa película de dinosaurios del siglo pasado estrenada tres años antes de que Ariana y yo nacióramos con solo unos meses de diferencia. Aníbal no dice remake. No le gusta la palabra. Le parece una expresión antigua e inexacta. Aníbal habla con naturalidad de *reboot* y de otros conceptos de la jerga mediática actual que desconozco. Es lógico, como

se molesta en explicarnos, ya que se trata de una estrategia publicitaria para reiniciar de cero la explotación de una franquicia comercial, no de rehacer simplemente una película mítica ya existente y archiconocida por los espectadores.

Por precaución, ya inmersos en el enorme contenedor de la sala, nos acomodamos los cinco en una fila de asientos aerodinámicos situada a bastante distancia de la monstruosa pantalla. Ariana en un extremo y yo en el otro, controlando a la prole. Sofía junto a su madre, Pablo a la derecha de su hermana y Aníbal pegado a mi izquierda, dando explicaciones sin parar mientras consulta el móvil. La sala dispone de todos los medios tecnológicos vanguardistas, según Aníbal, para convertir la trepidante visión de la película en una experiencia inolvidable. Me río de su inocencia. Forma parte del cálculo de quienes producen todo este despliegue espectacular, incluidas las gafas con que puedes escanear la pantalla cromática hasta el último píxel, solo para que los gigantescos dinosaurios emitan durante tres horas agotadoras los mismos gruñidos y rugidos con que dominan la Tierra del cine desde hace al menos cuarenta y cuatro años, solo que amplificados hasta la exasperación sensorial del espectador. La imaginación es la gran pérdida de nuestro tiempo. Nadie tiene la osadía de inventar algo nuevo. O de repetir algo viejo que todo el mundo haya olvidado como se olvida todo lo que vale la pena de verdad. Se lo digo a Aníbal a la salida, hastiado de las rutinas narrativas de la interminable película. Me mira con cara de asombro, como si no entendiera qué lenguaje antediluviano utilizo para expresar mi disconformidad. Esta misma, tratándose de un producto de consumo de esta naturaleza y de un consumidor de cierta edad como yo, se le antoja fuera de lugar.

—No tienes ni idea, papá, pero ni idea de la cantidad de cosas que esta gran película ha revolucionado con su altísimo nivel de producción. Desde la técnica de generación de imágenes tridimensionales para dar realidad geológica y climática al continente único y el diseño hiperrealista de los distintos géneros de dinosaurios del Triásico, con planteamientos cada vez más fieles a lo que la ciencia sabe hoy en día de ellos y del ecosistema terrestre del período, a las técnicas de marketing y promoción del producto en todos los mercados y soportes.

—Lo siento, hijo. Hoy no quiero sentirme más viejo y desfasado de lo que ya soy, así que olvida mis palabras y cambiemos de tema, por favor.



Sentados en la hamburguesería de moda en la zona entre los menores de quince años, rodeados de una ruidosa multitud de padres e hijos que se refugia aquí, como nosotros, en busca de su porción de felicidad y esperanza a bajo precio y celebra su fácil hallazgo en el vecindario, en vez de comer con rapidez, como exige la norma estricta de la empresa multinacional, me dedico a mirar las caras de satisfacción de cada uno de los miembros de mi familia mientras degluten a toda velocidad su comida basura preferida.

—En el futuro seguirán existiendo establecimientos de comida plástica como estos donde acudiréis con vuestros hijos pequeños después de haber visto otra megapelicula de dinosaurios digitales del Cretácico en una pantalla aún más grande, ¿no os entra nada por el cuerpo al saberlo?

La réplica sagaz de Aníbal no se hizo esperar y me alegré de inmediato de haberla provocado con mi impertinencia.

—Eres un aguafiestas profesional, papá, perdona que te lo diga. Ese futuro del que hablas no existe más que en tu cabeza, como una extrapolación cómica del presente de tu realidad de todos los días. No puedes demostrar que será así de ningún modo, aunque esa repetición a la que aludes con ironía se haya producido, sin duda, en la vida de generaciones anteriores a la tuya.

Ariana guarda silencio. Me sonrío todo el tiempo, como si algo hubiera cambiado para siempre entre nosotros, y me mira de un modo nuevo. Más afectuoso.

Tengo la sensación de que entre todos formamos algo que trasciende los límites individuales, algo que es superior a cualquier otra forma de relación que podamos conocer. Como un ancestro de las cavernas trasplantado a una era posterior, me doy cuenta de que todo el sentido de la historia se resume aquí, en este gesto, en este momento gratificante en que un padre y una madre son capaces de agrupar a su prole en un entorno estresante pero domesticado para permitirles participar en un ritual comunitario de valor incalculable. Nuestra experiencia no es única y se repite en todas y cada una de las mesas del local. Es una vivencia antropológica esencial. Algo que delimita, desde siempre, el marco de lo posible y lo imposible, como el amor que siento por Ariana, más allá de lo racional.

—Es más fácil, hoy en día, pronosticar el pasado que imaginar el futuro. Lo dijo un tipo joven con barba talibán el otro día en televisión, en una tertulia sobre deportes alternativos, una de las noches en que estabas de viaje y mamá

nos permitió quedarnos a ver la tele de madrugada para hacerle compañía.

En casa, de vuelta, cada uno regresa a su cuarto a ocuparse de sus asuntos más urgentes. Aníbal está atascado en la planificación de los niveles de un videojuego para dispositivos móviles que se le ha ocurrido presentar como trabajo final en su curso de robótica para niños. Sofía tiene deberes de matemáticas aplicadas para el lunes. Pablo insiste en estudiar hasta el más nimio detalle la repetición de partidos de fútbol de temporadas de principios de siglo en un canal nostálgico que acaba de descubrir en el nuevo menú de contenidos de su televisor portátil. Liberados de su compañía, Ariana y yo fingimos entretenernos viendo la televisión en el salón como dos adolescentes tímidos una tarde de sábado, con toda la casa paterna solo para ellos, interesándonos en la programación especializada de algunos canales adultos, antes de permitir que la fuerza gravitacional del dormitorio nos arrastre hacia la cama en cuestión de minutos.

—No sabes las ganas que me entraron de hacerlo otra vez contigo cuando estábamos en la hamburguesería. Casi tengo un orgasmo allí mismo, delante de nuestros hijos, recordando lo que hicimos por la mañana. Eres el mejor amante que conozco.

—Te deseo cuando me mientes porque no eres tú la que habla.

—Tienes que adelgazar un poco. ¿Me lo prometes?

—Te deseo mucho más aún cuando me dices la verdad.

A las once y media suena de improviso el teléfono de la casa. Como una alarma procedente del futuro. Un número desconocido. Ariana me pide que no responda, pero me pierde la curiosidad y lo descuelgo.

—Encantado de saludarle, doctor Espinosa. Le ruego que me disculpe por llamarle tan tarde. Soy el doctor Drax, Simón Drax, uno de los rectores principales de la Universidad. No sé si el doctor Rojas le habrá hablado de mí...

La voz en el auricular resuena con una virilidad insultante. Como la de un doblador de cine de otro tiempo. Poderosa, inhumana, inapelable.

—No quiero robarle mucho tiempo, descuide, imagino que estará disfrutando de este momento especial con su bella esposa, saludela de mi parte. Solo quería transmitirle en persona mi profunda satisfacción por que haya aceptado finalmente trabajar para nosotros. Quiero decir, con nosotros.

No me atrevo a interrumpir su monólogo con comentarios banales.

—Si todo sigue el curso programado y no aparecen contratiempos de última hora en mi agenda, tendremos ocasión de conocernos en menos de un mes, en la gran fiesta de bienvenida que el doctor Rojas ya está preparando para usted y su encantadora esposa.

Pongo el teléfono en modo altavoz para que Ariana pueda escucharlo por sí misma y veo dibujarse en su rostro la extrañeza y la perplejidad.

—Todo va a ir muy bien. No se preocupen por nada. Su maravillosa familia encontrará aquí todo lo que busca y mucho más de lo que imagina. Un buen colegio para sus hijos, excelentes instalaciones deportivas, zonas de ocio y recreo exclusivas, solo pensadas para satisfacer los deseos privados de los selectos miembros de la comunidad, grandes oportunidades de trabajo, relaciones. No echarán nada en falta, ya verán. Y al poco de vivir en la urbanización Palomar no querrán marcharse a otra parte. Mi agradecimiento de nuevo por aceptar nuestra oferta, doctor Espinosa. Es un gesto importante para nosotros y sabremos corresponderle como merece llegado el momento. No le molesto más. Buenas noches.

El sueño nocturno representa un regreso inesperado a estados de brutalidad que creía ignorar.

Me veo protagonizando una pesadilla prehistórica en que me abro camino partiendo cráneos a golpes de hacha y segando cuerpos a mi paso mientras cargo con otro cuerpo inerte que no tengo tiempo de reconocer hasta que es demasiado tarde y me despierto dando gritos de espanto y empapado en sudor.

Ariana duerme serena a mi lado y no parece darse por enterada. Por un momento, pienso que el cuerpo echado como un fardo sobre mis espaldas es el de ella. Vuelvo a dormirme con miedo a encontrarme otra vez en la misma situación terrorífica.

## DÍA 10

Ya estamos en la nueva casa de la urbanización Palomar.

Nos sentimos como viajeros del espacio exterior invadiendo un espacio extraterrestre.

Todo ha sido organizado a la perfección. El viaje en avión, la mudanza de las cosas, la recogida puntual en el aeropuerto.

Lidia Durán, la encargada de recogernos en el aeropuerto y trasladarnos a la nueva casa, trabaja por horas para la inmobiliaria de la Universidad Paneuropea de Millares.

—No imaginaba que la Universidad tuviera inmobiliaria.

—La Universidad cubre toda clase de servicios. La ciudad de Millares no es muy grande, como saben, y así se evitan problemas innecesarios con sus empleados.

—¿Qué tipo de problemas?

—Nada especial. La Universidad también ha diseñado y construido la urbanización Palomar y todas sus instalaciones. Además, contrata a la empresa subsidiaria que se ocupa de la gestión y el mantenimiento de las viviendas y los espacios públicos, así como a la policía privada que vigila y preserva el orden de la misma. ¿Qué les parece?

Con sus grandes ojos velados tras las lentillas azules, su belleza artificial de catálogo de moda glamourosa, su melena rubia recortada de peluquería de lujo y su actitud tensa, Lidia es una chica muy competente pero un poco distante y fría en el trato, en especial con los niños, hacia los que no siente desde el principio ninguna simpatía. Como si nadie la hubiera avisado a tiempo de su existencia y no encontrara otro medio más expresivo de comunicarnos ese fallo fundamental de información como causa de su rigidez.

Dos horas después del aterrizaje en el aeropuerto, los camiones de la mudanza entraban con estrépito en el recinto de la casa.

Leo los signos de la felicidad de nuevo en el rostro de Ariana como el láser descifra el código de barras impreso en la piel del producto recién comprado.

El concepto de la casa es tan radical e inusitado que no puede dejar indiferente a nadie.

Una intersección lateral de dos cubos, uno blanco y otro negro, cada uno de ellos apoyado sobre el suelo en uno de sus vértices, como dos dados detenidos en plena carrera por una fuerza innombrable mientras rodaban por el tapete de juego en dirección al éxito.

El cubo blanco incorpora los espacios comunes y el cubo negro la zona de dormitorios y aseos.

En la intersección interior se coloca la escalera principal de veintisiete escalones que recorre, con una inclinación de cuarenta y cinco grados, todos los niveles de la casa como si fuera su centro de distribución.

En la diagonal de cada cubo el programa de diseño que la creó ha previsto terrazas de diversos tamaños, por delante y por detrás, con barandillas de madera pensadas para poder admirar sin peligro el entorno natural en que se enmarca la parcela de la casa como una anomalía.

No hay otra casa a la vista en muchos metros a la redonda.

El aislamiento en el paisaje arbolado es total.

Casi doy un respingo cuando Lidia me anuncia que la casa fue concebida para alojar a su familia, aunque nunca la ocupó, por un prestigioso arquitecto contratado por la Universidad.

—No me diga más. ¿El doctor Ruiz de Infantes?

—Correcto. Es usted una persona muy bien informada, por lo que veo.

—Ni se imagina hasta qué punto.

—¿Quién es, papá?

La curiosidad insaciable de Aníbal.

—Nadie a quien te interesaría conocer, hijo.

Concluye sin problemas la visita completa que hacemos los cinco en compañía de la metódica Lidia y Ariana se muestra entusiasmada, viendo numerosas posibilidades en el espacio disponible, pero los niños son más

reacios. Solo consigo sobornarlos prometiéndoles un regalo a cada uno a cambio de una simple sonrisa de aprobación.

Sofía quiere un cachorro pekachi, un simpático híbrido de chihuahua y pequinés, que suscita el entusiasmo inmediato de la psicóloga Lidia Durán.

—Eso está muy bien, niña. Una mascota especial siempre aumenta el grado de empatía entre las personas y mejora la convivencia doméstica.

Pablo quiere un nuevo móvil aún más inteligente que el que le compramos hace solo un mes.

Aníbal no quiere nada material, aunque he visto cómo le echaba el ojo a la impresora 3D último modelo instalada como un mueble de diseño más en la sala de juegos, solo el derecho a elegir su habitación antes que sus hermanos y decorarla a su gusto, sin interferencias de nadie.

Más tarde tendré que esforzarme en convencer a los gemelos de que no necesitan ninguno de los obsequios que les prometí en un momento de apuro. Pero eso será una vez que nos libremos de Lidia Durán y su robótica predisposición a cumplir a rajatabla con su programa de trabajo.

—En cuanto a las prestaciones domésticas, no tienen nada de que preocuparse. Aquí, como imaginarán, todo es automático, también los dos coches aparcados en el garaje, por cierto, eléctricos y automáticos. El sistema de seguridad se activa en cuanto el último cuerpo abandona la casa y se desactiva cuando se abre la puerta principal. Así pasa también con la iluminación, según la hora del día y la orientación solar de cada parte de la casa. Del mismo modo, la temperatura se regula en cada habitación y en toda la casa conforme a la media estadística de los cuerpos que la ocupan en cada momento. El agua de la piscina mantiene todo el año un contraste exacto con la temperatura del aire. Y así todo lo demás, como no podía ser de otra manera.

—¿Cuánto cuesta todo esto? No me refiero al gasto del alquiler, por supuesto, sino a los servicios para mantenerla en activo.

—No sabría decirle. Cuando está vacía, autorregula su consumo al mínimo y así reequilibra los meses de pleno uso. De momento, preocúpense solo de vivir en la casa y de ser felices aquí, esa es la prioridad. Todo lo demás déjenselo a ella, con entera confianza. La casa sabrá elegir siempre con inteligencia en función de sus necesidades, costumbres y exigencias.

Con solemnidad innecesaria, Lidia me hace entrega de la baraja de cinco tarjetas metalizadas con que se abren y cierran todas las puertas de la vivienda

y, como si fueran una preciosa posesión para mejorar nuestra estancia aquí, un plano de la urbanización, otro de la ciudad de Millares y un mapa militar de la región.

—Los fines de semana quizá quieran hacer algo de turismo por los alrededores. Hay muchas atracciones interesantes en un radio no superior a los cien kilómetros.

—¿Vive usted cerca?

Gesto simultáneo de fastidio, incomodidad y resignación en todo su cuerpo esbelto y su rostro pintarrajeado.

Traducido al código social humano ese gesto ambiguo del servicial androide inmobiliario llamado Lidia significa algo tan simple como esto: hoy pueden preguntarme todo lo que quieran, es mi obligación contestarles sin rechistar, me lo han exigido mis empleadores y, por si fuera poco, me pagan bien por ello; en el futuro, en cambio, no me volverán a ver el pelo repeinado y no obtendrán de mí ni una mala indicación ni un maldito saludo. Así que aprovéchense, hoy estoy en oferta y a un precio razonable.

Gracias, Lidia, por tus impagables servicios.

—La urbanización Palomar es inmensa, como verá en el plano. Mi marido y yo vivimos en la zona norte, en uno de los extremos más alejados del campus, en una casa modesta pero suficiente para nuestras necesidades. Trabajamos mucho y apenas tenemos tiempo libre, así que no le puedo recomendar ninguna atracción turística en especial. Busquen en internet, hay muchas páginas web con información actualizada sobre la región. La red de conexión inalámbrica, se me olvidaba, también se activa cada vez que ustedes enciendan uno de sus ordenadores. Reconoce al segundo los códigos de las máquinas y las contraseñas privadas. Por lo que he visto tienen varios.

—Sí, cada miembro de la familia posee más de uno, ¿algún problema con eso?

—Todo lo contrario, cuantos más ordenadores haya funcionado al mismo tiempo en el espacio de la casa más potente y más rápida será la conexión, ya tendrán ocasión de comprobarlo, y menor será el consumo de energía para mantenerla activa a pleno rendimiento. Si no recuerdo mal, el récord de la urbanización Palomar está en menos de cinco milisegundos con respecto a la red exterior.

Traduciendo la escasa simpatía que siente por Lidia a su peculiar lenguaje

de computación emocional, Aníbal no pudo evitar intervenir en la conversación con uno de sus cáusticos comentarios.

—Mientras no alcance la velocidad de la luz no creo que se pueda considerar un prodigio, ¿no?

En ese momento de tensión, las dilatadas pupilas de Lidia debieron de resecaarse tanto, como una laguna de agua salina en período estival, que necesitó frotarse los maquillados párpados con las dos manos al mismo tiempo, como si se sintiera ofendida o molesta con la insolencia del niño y la indiferencia de los padres, antes de anunciarnos su decisión de abandonarnos al fin a nuestra suerte en la casa inteligente de nuestros sueños geométricos.

—Mi última recomendación. Esta es personal. Visiten sin falta el centro comercial de la urbanización. Tiene todo cuanto se puede desear. Cuando lo conozcan a fondo, verán que no necesitarán mucho más para poder vivir. En fin, tómense todo el tiempo que necesiten para familiarizarse con la casa. Tengan paciencia con ella. Eso es lo más importante ahora. Lo demás vendrá solo. Si tienen algún problema técnico, llamen enseguida y mi empresa se lo solucionará en menos de dos horas.

No exagero si digo que, en cuanto Lidia Durán se marcha, me siento aliviado. Y creo que Ariana también. A los niños les da un poco igual. Les cayó mal desde el primer contacto hostil y nada en su comportamiento ha hecho que puedan cambiar sus sentimientos hacia ella. Tiene uno de esos temperamentos ejecutivos que te intimidan sin ser agresivos.

La casa también intimida, a pesar de su flamante aspecto. Deseo que sus decisiones no sean tan inteligentes como para que comencemos a echar en falta nuestra vieja casa de inteligencia común como se echa en falta una zapatilla gastada y fea cuando el zapato nuevo, por bonito que sea, te roza y hace daño en el pie.

Cuando terminamos de sacar las cosas de las cajas y distribuirlas por todas las habitaciones que hemos decidido utilizar, nos avergüenza un poco su desgaste y estado de uso frente a la ostentosa novedad de todas las partes de la casa. Tendremos que comprar cosas nuevas para estar en sintonía con la sensación de estreno que provoca cualquier mueble o accesorio existente en ella.

Encargamos la cena al restaurante multiétnico que es el patrocinador principal del plano de la urbanización que Lidia ha tenido la gentileza de



regalarnos. Devoramos en silencio, sin sentido de culpa alguno, la copiosa comida que el proletariado global ha producido para alimentar nuestros estómagos privilegiados de falsos ricos de un país falsamente rico.

La primera noche en casa tenemos una sesión inicial de parpadeos intermitentes frente a la pantalla plana del televisor OLED de 95 pulgadas que es el rey del salón y se enciende en cuanto percibe la humilde presencia de sus súbditos ante él. Según las vagas instrucciones de Lidia, la configuración del aparato nos permite zapear con solo abrir y cerrar los ojos delante de su menú de contenidos a la carta. Al parecer, la rapidez de los movimientos realizados y el grado de abertura o cierre oculares señalan a la pantalla hipersensible el contenido exacto elegido por el usuario.

Se revela una tarea agotadora en una primera tentativa.

Pablo, el más experto de todos nosotros en comprender los caprichos de los dispositivos inteligentes, se hace el dueño de la situación con facilidad y controla con sus guiños pautados los cambios de canal, transformándose en un psicópata del surfear veloz entre infinitos programas de deportes con reconocimiento olímpico y deportes alternativos, volviendo con esa elección neuróticos a sus hermanos, esquizofrénica a su madre biológica y todavía más paranoico a su padre genético.

—Estoy seguro de que en algún lugar del tejado hay un telescopio instalado.

Es entonces, cerca de la medianoche, antes de que concluya oficialmente nuestro primer día de convivencia en la nueva casa, cuando Aníbal, hastiado de las tediosas manipulaciones de su hermano adoptivo, intercepta mi mirada, se aproxima a donde estoy sentado y me dice en voz muy baja:

—¿Lo has notado?

—Más o menos. ¿Qué percibes tú?

—Están en toda la casa. Nos ven incluso cuando no podemos verlos.

—¿Cámaras de vigilancia?

—Sensores ultrasensibles.

—¿Y?

—Lo ven todo, lo escuchan todo, lo sienten todo, movimientos, presencias, calor, color, formas, actitud, etcétera.

—No es real.

—No lo es.

—¿Entonces?

—Papá, por favor, dame un respiro. Es solo la primera noche.

Más tarde, Ariana y yo estamos tumbados encima de las relucientes sábanas de la nueva cama del flamante dormitorio, reponiéndonos del extenuante ajetreo del día.

Mientras jugueteo con el cuerpo medio desvestido de Ariana, que se siente sexualmente desganaada, o finge estarlo para excitarme aún más, llega la hora de las confesiones tardías y se lo cuento todo sobre el episodio con Mónica en la habitación del hotel. Lo que recuerdo, o creo recordar. Lo que no entiendo, o me invento para rellenar el vacío. No se enfada. Lo comprende. Piensa que se lo tenía merecido. Nadie podía ser tan perfecto como yo le había parecido en estos trece años y medio de matrimonio.

—¿Es guapa?

—No está mal.

—¿Me la vas a presentar?

—Mejor no. Espero que no siga en el departamento mucho tiempo.

—Alguien debería decirle a Pablo que apague la televisión y se vaya a la cama a descansar.

—Déjalo. Es su nuevo juguete tecnológico.

Antes de meterse conmigo bajo las sábanas, Ariana se quita el sujetador y las bragas sin hacer una exhibición erótica del gesto.

Me maravilla la belleza firme de sus pechos después de dos lactancias y veintisiete años de intensa vida sexual.

Ahí están, reposando por encima de la colcha como dos trofeos naturales. Desde que me los enseñó y se los toqué la primera vez, en la pequeña habitación de un hotel de montaña donde nos conocimos por casualidad mientras pasábamos las vacaciones invernales con grupos distintos de amigos, hasta hoy mismo, siempre he sentido un afecto por ellos que iba más allá del deseo de verlos y acariciarlos que también me hacían experimentar, como si fueran tan míos como suyos.

La amenaza innumerable que pesa sobre su vida, tanto o más que la ley de la gravedad que los arrastra lentamente hacia el suelo, me hace admirarlos y quererlos más.

La visión de la desnudez de Ariana me hace sentir otra vez como uno de sus oscuros amantes. Y eso ahora me excita mucho.

—¿Cuánto crees que nos queda?

—¿Cómo marido y mujer o como seres humanos?

—Como animales en celo.

—Hasta el día en que los androides dominen la Tierra.

—¿Año?

—Todo empezará, según los vaticinios más conservadores, en la noche de San Silvestre de 2050, durante el primer minuto de 2051.

—¿Solo nos quedan trece años? Deberíamos aprovechar la vida, ¿no crees?

—¿Se te ocurre algo especial que hacer hasta entonces?

—Dame tiempo. Trataré de no improvisar demasiado. Seré meticulosa y eficiente como nunca lo he sido.

—¿Y ahora? ¿No se te ocurre nada para ahora mismo? Es nuestra primera noche aquí, ¿recuerdas? Deberíamos probar, por si algo no funciona correctamente, la calidad de los materiales de la cama. Poner a prueba también la elasticidad del colchón, no sé, el diseño térmico de las sábanas.

—¿Apago la luz?

—No hace falta, se graduará sola en cuanto perciba el tipo de actividad a que se entregan nuestros cuerpos.

—¿No te asusta tanta inteligencia?

—¿Te da miedo el tamaño de mi erección?

—Mucho. ¿Va a ser siempre así?

—Mientras sigas siendo tan atractiva.

—Mentiroso.

A punto de quedarme dormido, antes de reemprender mis placenteras maniobras sobre el espléndido cuerpo de Ariana, memorizo una idea para desarrollarla después, quizá en una de las clases del curso de posgrado que me han asignado en el departamento. Había pensado dedicar las cincuenta horas del curso a glosar el sentido último y trascendente de la inteligencia y la tecnología. La intersección de metafísica y máquina, en una sociedad tecnológica, se parece a la de los dos módulos cúbicos que configuran el espacio experimental que nosotros dos y nuestros tres hijos habitamos desde

hoy y consideramos ya nuestro hogar a todos los efectos. Un refugio contra las vicisitudes de la vida y las embestidas de la soledad. Nos guste o no reconocerlo hay una dimensión de la tecnología que colinda con los límites de la vida y, por tanto, nos aproxima a los dominios de la muerte. Quizá por eso los nuevos medios y sus prolongaciones humanistas como las redes sociales se han transformado con el tiempo en ágoras donde el diálogo con los difuntos, la expresión del dolor hacia los muertos y, en definitiva, nuestra íntima relación con la mortalidad encuentran un lugar más propicio que en el ruido diario de la calle o el incómodo cara a cara de los cuerpos y los nombres. En esa sociedad controlada por la tecnología, la realidad de la muerte es aún más intolerable e inconcebible, carece de sentido y de explicación, nos sume en el desconcierto, como si la promesa de la tecnología nos hubiera salvado de la violencia de la biología, esto es, de la secuencia temporal que nos conduce fatalmente, como organismos individuales, a la extinción programada. Y es lógico, hasta cierto punto, que sea en los dominios tecnológicos, que actúan como pantalla eficaz, donde se produzca el nuevo duelo como forma de digerir la insufrible experiencia del otro y predisponerse a la muerte propia.

—¿Ves como no se apaga sola por más que te agites como un poseso?

—Eso es porque piensa que nuestra actividad no ha cesado del todo. Me queda algo por hacerte y lo intuye. No sé si te va a gustar.

—En ese caso, no me quejaré a la comunidad por el mal funcionamiento del sistema eléctrico.

# DÍA 11

*La urbanización Palomar no es un paisaje, es un escenario.*

Así lo describe el texto que acompaña a uno de los mapas usados que encontré abandonado por otro inquilino en un armario de la entrada de la casa.

Desde finales de la década pasada, con la legislación medioambiental vigente, el sistema de recogida de basuras y tratamiento de desechos se había convertido en una de las industrias más florecientes en todo el mundo a la que se dedicaban recursos importantes, públicos y privados, para mejorar la tecnología del servicio, resolver graves problemas de higiene y evitar contagios e infecciones graves a los ciudadanos.

Pero una semana después de instalarnos sigo sin comprender el funcionamiento peculiar de la recogida de basura en la urbanización Palomar. Echamos cada día nuestros restos orgánicos y nuestros residuos de vidrio, plástico, papel y otros materiales sintéticos en la batería de seis contenedores subterráneos situados al fondo del jardín y a la mañana siguiente, milagrosamente, están impecables de nuevo, sin que hayamos visto u oído que ningún vehículo pasara a recogerlos durante la noche.

La invitación a la fiesta de bienvenida del próximo sábado en casa de Rojas llega por sorpresa sobre el mediodía.

La trae un mensajero urgente que me obliga a estampar por dos veces mi firma simplificada en la pantalla transparente de un novedoso dispositivo enrollable antes de entregarme el pequeño sobre con garantías legales, según me indica.

Transfiero a Ariana la obligación de abrirlo sin romperlo y leer en primer lugar su escueto contenido. Sus labios tiemblan de emoción cuando deja de leer la carta y me la traspassa sin mirarme.

Aún no he terminado de leerla cuando me dice:

—Necesito ropa nueva. Tengo que comprarme algo atractivo. Y tú también, ¿no crees? Hace tiempo que no renovamos nuestro vestuario.

—Mañana iremos todos al centro comercial.

—La invitación no dice nada sobre los niños.

—Tienes razón.

Me quedo parado en la planta baja mirando cómo sube las escaleras descalza, duda un instante a mitad de recorrido y vuelve a bajarlas a toda velocidad para besarme en los labios y luego reemprender la ascensión, en cuestión de segundos, con la elasticidad de una gimnasta profesional.

—No me mires el culo, por favor.

Rebuscando en el sótano entre las cosas desechadas por los anteriores ocupantes he encontrado una pistola cargada y lista para usar y una caja de munición. Una pistola antigua, una reliquia del museo del horror del siglo XX. No sé si me sorprende más el hecho de que la necesitaran para vivir en este entorno sintiéndose protegidos o que la abandonaran despreocupados como si el lugar al que se mudaban fuera mucho más seguro. La cojo con mi mano derecha y siento un estremecimiento extraño en la piel al sostener el peso de ese insólito objeto de metal entre los dedos. Como si toda la historia de violencia pasada que atesora su mecanismo milimetrado estuviera a punto de reactivarse en cualquier momento, sin atender a la voluntad del que la manipula, anunciando quizá el final de un ciclo de vida y de muerte. La escondo, por lo que pueda pasar en el futuro, en un compartimento especial del armario de herramientas que custodia un candado con contraseña de siete dígitos.

Horas después, mientras Ariana se ocupa de los niños, estoy plantado de nuevo ante las seis compuertas de los contenedores de basura, en la parte posterior del jardín, preguntándome por su misterioso funcionamiento al tiempo que disfruto contemplando el paisaje situado detrás de la casa.

Atardece a mi espalda y la superficie del frondoso bosque que comienza a unos trescientos metros de la valla que rodea el perímetro de la parcela se ilumina como una pantalla reflectante de intenso verdor.

No hay en los alrededores nada más que campo y bosque y naturaleza agreste.

Embriagado por el aroma silvestre que despiden las plantas estimuladas

por la caída del sol, experimento unas ganas incontrolables de dar un paseo, de explorar en solitario los alrededores de la casa.

Me dirijo hacia la linde de la parcela, me topo con la estrecha puerta de acceso, nunca me había fijado en ella, me enfrento al mecanismo de cierre automático, que me obliga a establecer una nueva contraseña de uso privado desde el móvil.

Al otro lado, una vez resueltos los problemas técnicos para salir, es todo tan solitario y silencioso que por un momento me siento absorbido por el paisaje y me abandono a sus demandas.

Deambulo sin rumbo hasta adentrarme en la arboleda, cada vez más poblada, árboles y arbustos enredados que me bloquean el paso a medida que avanzo hasta conseguir frenarme. No encuentro ningún sendero practicable por el que proseguir el paseo y me doy la vuelta al cabo de un rato. Necesitaría un machete para abrirme camino en la espesura y seguir progresando sin complicaciones. Hoy me conformo con esta tímida incursión.

Al volver caminando en línea recta hacia la valla de la casa, mientras la luz disminuye su intensidad acostumbrada, diviso a un hombre con una gorra de camuflaje calzada sobre el cráneo observándome desde la distancia.

Me detengo en seco, alarmado por su presencia imprevista, y le devuelvo la mirada sin pensar. No es muy alto y tampoco corpulento, desaparece enseguida deslizándose como un animal asustado entre los matorrales al sentirse acosado por mi mirada inquisitiva.

Al abrir la puerta de acceso, en el lado exterior de la parcela, descubro un signo dibujado con pintura blanca en la superficie de una roca. Una raya diagonal con ramificaciones más cortas, como un peine de dientes finos o una espina irregular de pescado. Es de factura reciente, el brillo de la pintura así parece indicarlo. Por una deducción fácil pienso que el autor es el hombre con el que me he cruzado a la salida del bosque. Si es una advertencia no entiendo de qué, si es una inscripción gratuita carece de sentido que la realice en esta zona poco transitada de la casa.

Le hago una foto con el móvil para enseñársela a Aníbal en cuanto vuelva, a ver qué piensa él o cómo interpreta la tosca imagen grabada en la piedra.

Cuando subo al dormitorio, Ariana está llorando, desnuda y tendida boca abajo en la cama. Me tumbo a su lado, le doy un beso suave en la oreja derecha.

—¿Te encuentras bien?

—¿Dónde has estado?

—Paseando.

—He vuelto hace un rato y no sabía dónde estabas.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Se da la vuelta para ponerse boca arriba y se envuelve de inmediato en las sábanas. Se tapa la cara desmaquillada con las manos para que no vea cómo el llanto ha enrojecido sus ojos e irritado su piel.

—No me mientas.

—Te dije que no sería fácil.

—¿No te gusta nuestra nueva vida?

—No tiene nada que ver con eso.

—Entonces.

—Me ha localizado. No entiendo cómo, pero lo ha hecho.

—¿Quién? ¿De qué me hablas?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Me ha llamado al móvil.

—¿Quién?

—Él. El hombre del que te hablé.

—¿Cómo ha conseguido tu nuevo número?

—No me lo ha dicho. Me ha llamado, ¿no te parece suficiente?

—¿Y qué quiere?

—Verme.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Tú qué crees?

—Dímelo tú.

—Le he dicho que era imposible. Que ya no tenía ganas de verlo. Que había dejado de interesarme.

—¿Y qué te ha contestado?

—Va a venir. Quiere conocerte. Si no cedo, irá a buscarte al campus para hablar contigo. Me ha amenazado.



—¿Algo más? ¿Ha amenazado también a los niños?

—No, solo ha hablado de ti. No entiendo por qué te has vuelto tan importante para él ahora.

—¿Es alto o bajo?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Te da miedo enfrentarte a él? ¿Es eso?

—Para nada, era solo por saber. Durante mi paseo me crucé con un extraño que no paraba de mirarme. Por un momento he pensado que podía ser él.

—Es alto y fuerte.

—Entonces no era él.

—Me quedo más tranquila.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada especial.

—Eso espero.

Voy a recoger a Sofía y a Pablo a la puerta del club de gimnasia, donde los gemelos me están esperando pegados a la pared de la fachada como dos niños buenos consultando sus móviles.

Aníbal ha ido solo a ver una película china de dibujos animados, nadie quiso acompañarlo en esa aventura peligrosa, y tenemos que esperar unos quince minutos a que salga del cine metidos los tres en el coche aparcado en segunda fila junto a una de las grandes puertas de acceso del centro comercial.

Cuando Aníbal reconoce el coche eléctrico, nada más salir por el arco monumental, camina sonriente hacia nosotros.

—¿Qué tal la sala nueva?

—Fantástica.

—¿Qué tal la película?

—Genial.

—¿De qué iba?

—De un zombi huérfano que desarrolla un cerebro superdotado y poderes especiales y cómo se lo disputan los gobiernos occidentales y los servicios de inteligencia de varios países asiáticos.

—Muy interesante. ¿Quién gana al final?

—Nadie. Esa es la gracia.

—¿Y el zombi?

—Encuentra una familia a su medida y renuncia a sus poderes.

Ya de vuelta en casa, la atmósfera doméstica, contaminada por el estado de ánimo de Ariana, respira tristeza por primera vez desde que llegamos. Hasta las luces tenues se muestran cómplices del clima sentimental predominante.

Antes de cenar, me llevo a Aníbal a la sala de juegos interactivos y le enseño en la pantalla del móvil la foto aumentada de la roca pintada que he hecho esta tarde. Le pido que disimule, por si alguno de los sensores percibe nuestra reacción excitada.

—¿Qué ves ahí?

—Un signo paleolítico.

—¿Y qué más?

—No representa nada reconocible. Podría significar cualquier cosa.

—Dime una sola que se te ocurra.

—Muerte.

—Otra más prometedora.

—Peligro.

—¿Qué más?

—Yo qué sé. Zona de caza.

—Venga ya.

—Papá, esta clase de signos están pensados para que proyectes en ellos lo que quieras, según cómo te sientas. Parece mentira que no lo sepas.

—Y yo me lo creo.

—¿Dónde lo has encontrado?

Para verificar que no me he descargado la imagen de internet y estoy tratando de tomarle el pelo, como suelen hacer todos los padres de mi edad, según dice Aníbal, con todos los hijos de la suya, lo conduzco con sigilo hasta la parte de atrás del jardín de la casa. Le ilumino el camino con el móvil encendido en modo linterna. Con un gesto de descubridor barato, le muestro la vasta panorámica del bosque oscuro, las líneas abruptas de la valla de seguridad, la puerta de acceso abierta, creí haberla cerrado, veo que no fue así. Torpeza mía. La roca sospechosa ha desaparecido y con ella la prueba fehaciente de que no me lo estoy inventando todo para crear entre mi hijo y yo un vínculo falaz de complicidad intergeneracional.

—Estaba aquí. Es increíble.

—Suele pasar.

—¿Qué cosa?

—Que las cosas importantes se desvanezcan en el aire sin dejar huella.

—Te crees muy listo, ¿verdad, niño?

—Lo soy. Por desgracia para mí, lo soy. Más de lo que querría. Y ya sabes lo que me duele serlo. No me lo hagas más difícil.

—Alguien se la ha llevado. Esa es la verdad. Quizá el mismo que la pintó. ¿Por qué no? Es inquietante. ¿Sabes que he visto un tío raro merodeando por los alrededores de la casa?

—Será un amigo de mamá.

—¿Qué has dicho?

—Que le preguntes a mamá.

Me paso toda la cena, plato tras plato de un menú vegano diseñado por Sofía a partir de un recetario dietético que le han proporcionado en el colegio, mirando a Ariana con insistencia y ella rehuyendo con astucia, concentrada en el sabroso colorido de los platos combinados, mi sistema de vigilancia intensiva de gestos y miradas. A simple vista parece recuperada, aunque eso con ella es como una declaración de tregua unilateral en tiempos de guerra. En cualquier momento, puede reanudarse el tiroteo o el bombardeo. Si es verdad lo que me ha contado sobre ese hombre, tendré que tomar medidas drásticas.

Una noche más, Pablo se apropia del televisor de pantalla inteligente para ver la enésima repetición de uno de esos partidos del pasado siglo que, en su experta opinión, cambiaron la historia del fútbol y, por tanto, la historia del mundo conocido. Y los demás miembros desahuciados de la familia nos retiramos discretamente a nuestros aposentos privados a disfrutar de versiones reducidas de la misma maravilla tecnológica pero con distintos contenidos, ajustados a los gustos peculiares del consumidor.

Sofía: una sitcom demagógica que le corroe el sentido de la realidad con sus chistes zafios para adolescentes sin problemas desde que comenzó a verla la semana pasada de modo adictivo.

Aníbal: toda la información disponible en las bases de datos de internet sobre la fantasía animada que ha visto hoy en el supercine del centro comercial.

Ariana y yo, más modestos, nos conformamos con un canal para veteranos

de la vida adulta que emite hoy, en un pase exclusivo, un clásico en blanco y negro, una comedia sobre el malentendido de los sexos que acaba, en un final alternativo que no recordaba haber visto con anterioridad, en una abierta declaración de amor homosexual entre dos famosos y envejecidos actores de teatro.

Ariana no me dirige la palabra en toda la noche, ni siquiera me comenta nada cuando algunas de las bromas equívocas de la película le provocan sonrisas solapadas y sonoras carcajadas. Como si estuviera enfadada conmigo casi tanto como con el mundo de pulsiones primitivas que hemos dejado atrás al venirnos a vivir aquí.

En la matriz del futuro, como dice la prosa grandilocuente de los antiguos folletos de propaganda de la urbanización Palomar que he encontrado en el sótano.

Solo consigo atraer la atención de Ariana (y apartarla por unos segundos de la contemplación de la versión adulterada de la película) cuando le recuerdo el compromiso de la fiesta en casa de los Rojas del sábado que viene.

Logro arrancarle así una sonrisa irónica que no tiene un precio justo en el mercado de las emociones y los sentimientos.

En diez días comienzo a trabajar en serio, tendré todos los lunes ocupados durante tres meses, así que espero haber resuelto para entonces el problema del intruso amenazante y sus turbias intenciones respecto de mi familia.

Más tarde, mientras Ariana duerme sumida en el mutismo de sus malos recuerdos y su mala conciencia, me asomo para despejarme la cabeza a la terraza lateral que rodea este sector de la casa y observo estremecido desde la altura la vida nocturna en el espeso bosque y en sus ruidosas inmediaciones.

Me encanta este ambiente solitario.

Me encanta la sensación de poseerlo en exclusiva.

Representa una experiencia nueva para mí.

El cielo es una pantalla desnuda en la que todas las bombillas de baja intensidad que lo alumbran han quedado en evidencia, me dice una voz extraña dentro de mi cabeza.

A la luz de un foco oculto entre las ramas de la zona exterior, distingo la silueta de un erizo arrastrando su corpachón relleno de gomaespuma entre los hierbajos en busca de presas apetitosas y pienso en mi hijo Aníbal, encerrado

ahora en la sala de control de su dormitorio, cuya ventana en forma de trapecio invertido ilumina una parte del campo de visión, y en toda la información inútil que se ahogará en su cerebro sin dejar rastro una vez que cierre los ojos por completo y conecte con sus redes neuronales más recónditas.

En el contexto de la urbanización, estudiando el plano a conciencia, nuestra casa está ubicada en la parte más rural, lindando con zonas salvajes y terrenos sin edificar. Si alguien tomó esa decisión en nuestro nombre, lo hizo con acierto y se lo agradezco.

Intuyo que la foto guardada en la memoria del móvil es un testimonio gráfico de la vida inconsciente de la urbanización Palomar.

Algún día, estoy seguro de ello, me servirá de prueba en alguno de mis nuevos experimentos.

**2**

**KARMA**

## DÍA 12

Para llegar a la excéntrica mansión de Rojas, donde tendrá lugar la fiesta de bienvenida, es necesario recorrer la urbanización Palomar de una punta a la otra, viajando hacia el norte una parte del camino y otra hacia el oeste, como si viviéramos en ciudades distintas o barrios distintos de la misma ciudad.

Estoy a punto de perderme varias veces, con la colaboración eficiente del GPS del coche, en el trazado kilométrico de una sinuosa red de calles interminables con nombres de científicos, músicos, deportistas y arquitectos del siglo pasado y algunos glorificados ya en este.

La calle Georg Cantor es una calle desierta y sin salida, de apenas cien metros de largo, construida en la cima de una colina solo para poder alojar al fondo del trayecto polvoriento un edificio original, con forma de nave galáctica a punto de despegar hacia el espacio estelar, diseñado con el sentido irónico de una campana extractora de cocina de tamaño descomunal.

La imponente casa de Rojas cuelga como una atracción fantástica al filo peligroso de un barranco, siempre amenazando con deslizarse por la rampa de pedruscos y tierra áspera situada bajo sus cimientos con todo su cargamento humano a bordo de la nave.

Aparco sin problemas donde me indican los jóvenes encargados de la vigilancia, en una zona donde decenas de otros coches han ocupado su espacio asignado con antelación. No somos los primeros en llegar. Después de soportar mis repentinos cambios de humor de los últimos días, Ariana me sonrío compasiva antes de bajar del coche para indicarme que todo va a ir bien en la fiesta, por más que me esfuerce por estropearlo.

Los niños se han quedado en casa con la canguro que nos han recomendado, Carolina Tena, una estudiante de piel aterciopelada y ojos fieros a la que Aníbal ha escaneado de arriba abajo en cuanto la ha visto

entrar en casa con su minifalda roja y su camiseta blanca de tirantes debajo del abrigo de piel sintética.

La belleza artificial de las mujeres es el punto débil de su inteligencia. No puede explicar su existencia, ni su impacto estético ni su influencia irracional. Cada vez que me pregunta sobre un tema tan delicado trato de responderle con obviedades que sacien su curiosidad sin estimularla más de lo necesario, pero solo logro incrementarla una vez tras otra, como compruebo cuando rastreo su historial de búsquedas en internet, saturado de presencias femeninas que turbarían a cualquier adulto experimentado y no solo a un adolescente hipersensible como Aníbal.

—Si te fijas, papá, no hay nada más antiguo que la belleza de otra época.

Será divertido seguir su evolución en este punto. Imagino que a sus trece años no tardará en pasar a la acción en cuanto alguna candidata ingenua le permita poner en práctica sus investigaciones más acuciantes.

Al ascender por la empinada colina con el coche hemos tenido ocasión de observar la casa de Rojas desde abajo, una perspectiva que revela la forma original de su construcción, con sus dos rebordes laterales desparramándose a izquierda y derecha por la cima de la colina como las retorcidas raíces de un árbol milenario.

Vista ahora de frente, mientras caminamos sin prisa hacia la entrada abarrotada de invitados, se muestra como un cilindro blanco de tres plantas perforado por cuatro filas verticales de ventanas ojivales y una hendidura informal en la fachada principal por la que se accede al interior del edificio.

Ariana estaba radiante.

Esta era la verdadera fuerza que me impulsaba y mantenía de pie desde que nos bajamos del coche y nos incorporamos a la extensa cola de invitados para poder ingresar en la casa.

Días atrás visitamos juntos una tienda exclusiva del centro comercial y la ayudé a elegir con paciencia un vestido largo que, con la colaboración de su hermoso cuerpo, la transformaría a buen seguro en una de las mujeres más elegantes y deseables de la fiesta. Un estilizado vestido de lentejuelas de color champagne y corte asimétrico que desnudaba el hombro izquierdo con picardía, redondeaba el busto sin volverlo ampuloso y se ajustaba hasta los tobillos esculpiendo la envidiable silueta de Ariana.

Nada más entrar, todas las miradas se fijan en ella. Me siento orgulloso de



estar a su lado como acompañante de gala. La sobriedad geométrica de mi traje, con la doble hilera de botones dorados y el pantalón negro entallado, me permite acaparar una pequeña parte de la atención morbosa que Ariana despierta en el entorno.

La fiesta es en nuestro honor y debemos estar a la altura de las expectativas, como repetía Ariana en voz alta para convencerse de la necesidad de realizar ese gasto cuantioso. Rara vez habíamos pagado tanto por un vestido o un traje.

Mi cerebro sabía mucho sobre Ariana, de sus devaneos y caprichos, preferencias y manías, gustos y sutilezas, sueños y preocupaciones, pero mis dedos y mi boca sabían aún más sobre ella, conocían una información preciosa que los invitados que la miraban con deseo y curiosidad malsana nunca podrían compartir.

Los anfitriones también están espléndidos, todo hay que reconocerlo.

Cogidos de la mano, como dos jóvenes enamorados, reciben a todos sus invitados en el vestíbulo de techo abovedado con una alegría estupefaciente.

Roberto Rojas, un cincuentón que no lo parece, y una rubia veinteañera de pelo corto y rizado y piel bronceada con artificios cosméticos a la que me presenta como Roxana, su segunda mujer aunque no están casados.

—El secreto de nuestra felicidad, amigo Espinosa, está en que Roxana tiene la edad de mi adorable hija y la ventaja de no parecerse en nada a la insoportable madre de mi hija.

En la multitudinaria fiesta, por hacer una presentación rápida del elenco de invitados, están todos los notorios representantes de la Universidad Paneuropea de Millares que conozco, muchos de los que no conozco ni necesito conocer, algunos miembros del departamento que tampoco conozco y quizá necesitaría conocer, sobre todo si aspiro a hacer carrera en la institución, y muchos más personajes académicos o simples gestores que ni siquiera sé que me convendría conocer, aunque nadie entre los presentes se ofrezca a presentármelos pensando que no puedo no conocerlos.

Tras las primeras presentaciones rápidas nos obligan a separarnos sutilmente, imponiéndonos actividades antagónicas, como si el protocolo mundano de la fiesta no tolerara que las parejas se mantuvieran juntas mucho tiempo sin afrentar los deseos y ambiciones de la competencia.

La norma de la fiesta, nos recuerdan, es mezclarse sin prejuicios entre los

invitados, intercambiando con ellos sensaciones y afectos, ideas y comentarios, impresiones y experiencias, y no encerrarse en una burbuja estéril de atmósfera irrespirable.

—Para eso ya está el matrimonio, ¿no creen?

Entre carcajadas universales, me reclaman con insistencia inexplicable miembros del departamento que solo he conocido a través de sus dobles, según la maliciosa versión de Rojas, y a Ariana, sin embargo, la solicitan otras mujeres desconocidas que quieren conocer con urgencia inexplicable su opinión sobre aspectos trascendentales de la vida diaria en la urbanización Palomar.

Escucho.

—¿No es maravillosa?

—Tienes que venir a visitarnos un día. Te encantará nuestra casa. No es nada comparada con esta, desde luego, pero aun así no podemos quejarnos.

—Los domingos por la tarde animamos un club de lectura de libros científicos. No te imaginas lo bien que lo pasamos. Somos más de veinte mujeres las que asistimos con regularidad. Cada semana lo celebramos en una casa distinta para variar un poco.

—Me muero de ganas por que vengas a una de nuestras sesiones.

—Haré lo que pueda.

—¿Nos lo prometes?

Cuando la pierdo de vista en el revuelo de mujeres que la acosan sin descanso como a una diva, mientras uno de los camareros me ofrece una copa de vino blanco muy seco que bebo de un trago solo para demostrarme que soy capaz de resistir la presión psicológica y la tensión nerviosa del momento, siento un extraño estremecimiento en todo el cuerpo, como si adivinara que tardaría mucho en recuperarla.

Escucho.

Soy una cámara oculta en un cerebro.

—Los parlamentos deberían dejar de ser una fachada democrática para constituirse, sin complejos, en un espectáculo para las masas.

Escucho.

—Judíos, musulmanes y protestantes han hecho suya la severidad de la ley de Dios, mientras que los católicos hemos logrado imponer la impureza de

nuestros deseos y locuras hasta ensuciar la imagen de Dios.

Una mujer menuda, con un peso calculado con precisión para no superar la edad del cuerpo, se me aproxima en cuanto me quedo a solas con otro camarero y su bandeja de succulentos aperitivos.

—Dicen de usted maravillas incomprensibles. Me llamo Cayetana, pero todos me dicen Tana para que me calle lo antes posible.

Espera que el chiste nominal de mal gusto me haga al menos sonreír. La siento intimidada por mi altura e indiferencia.

—Si le soy sincera, me da un poco de miedo estar aquí junto a usted. Me estoy poniendo a prueba. Mi hija creía que no iba a ser capaz de decirle una sola palabra.

Miro como ella hacia la hija putativa y veo a una niña pelirroja de diez u once años, con pecas hasta en las uñas de los dedos de los pies, que me sonrío todo el tiempo desde la distancia como si pretendiera que la adoptara, o que la liberara del lastre genético de la madre.

—Se llama Rita. ¿Tiene usted hijos?

A la niña Rita la fiesta le parece muy prometedora en algunos aspectos. Ha intuido la presencia en ella de algún pederasta acaudalado a quien seducir con sus aires de criatura descarriada, o con deseos de descarriarse, nunca se sabe con este perfil de criminales sexuales atraídos por la mayoría de edad del presunto violador.

—Su padre murió de cáncer el año pasado. No lo veíamos mucho, pero su muerte provocó en la niña una reacción muy curiosa. La llevé a un psiquiatra amigo de Roberto y creo que empeoró considerablemente. Me gustaría conocer su opinión...

—Disculpe, me reclaman unos colegas.

La excusa es tan útil como demandaba la situación. La madre y la hija son flores tóxicas a la busca de víctimas de sus maquinaciones incestuosas. Me alejo de ellas lo más posible para poder respirar aire puro a pleno pulmón.

Escucho.

Soy un cerebro oculto en una cámara.

—La cultura ya no es ni un lujo ni un negocio. No entiendo por qué alguien no toma medidas fiscales de una vez y la pone en su sitio.

—¿Te refieres a un vertedero de basura?

—No, pienso más bien en un cohete viajando a la velocidad de la luz hacia los confines del universo.

Consigo llegar sin ser detectado a una de las puertas cristaleras que dan al jardín antes de que me asalte por detrás uno de los doctores de la ley cuya mente más podría perturbarme ahora.

—¿Ha resuelto usted ya los acertijos que le planteé el otro día en mi despacho?

Me vuelvo por educación y su mirada de comadreja adulta en celo permanente me asalta como en una pesadilla.

El doctor Abril Villalobos.

—¿Qué quiere usted de mí? No tengo nada que añadir a la sarta de doctas idioteces que me obligaron a escuchar y decir el otro día.

—No se ponga tan tenso, Espinosa, ya se lo dije. El equilibrio es la madre del progreso. Y el progreso el padre de la felicidad. Y la felicidad...

—Es una buena frase, no la alargue tanto, ¿a quién se la ha robado? ¿A su gurú espiritual? En ese caso debería pagar derechos por usarla.

—Su hostilidad es productiva. Me gusta la dialéctica bien entendida. Como la esgrima. Va por buen camino, le felicito. No obstante, le comuniqué al doctor Rojas que darle el puesto a una persona sin currículum como usted era un gesto aventurado y podía salirle caro. No me lo ha perdonado aún. No me dirige la palabra desde entonces. Me ha invitado por cortesía. Nada más. Quizá si me ve hablando un rato con usted se arrepienta de su error.

—Rojas no tiene pinta de arrepentirse de muchas cosas.

—Si se refiere a su nueva compañera, se equivoca. Muchas veces me ha reconocido que se precipitó al abandonar a su mujer de toda la vida por la arpía anoréxica que ahora gobierna esta casa con sus caprichos neurasténicos.

—Las calumnias no le granjearán mi simpatía, no se esfuerce tanto.

—Hablando de calumnias, me lo ha puesto usted a tiro, ¿no era su guapa esposa quien paseaba del brazo de un desconocido por la zona de la piscina?

El conflicto entre los celos sexuales y el deseo de golpear en la boca a mi impertinente colega terminan neutralizando hasta mi capacidad de respuesta.

—Es usted un...

—No es necesario que mancille su lengua con un insulto que no alcanzará su objetivo. Todo lo que usted pueda decir de mí ya me lo han dicho antes mil

veces y me lo sé de memoria, descuide. El otro día le mentí a conciencia. Mi principal objeto de estudio soy yo mismo. Se me irá la vida sin averiguar la única verdad que nadie puede decirme, ni siquiera un advenedizo como usted. Si me cruzo con su mujer le diré que la está buscando como un desesperado y así cumpliré con mi deber de socorro moral.

No sé cuál de los dos se marchó primero, plantando al otro sin concederle la oportunidad de una despedida. Yo hacia la luminosa piscina de agua caliente, en busca de una paz de espíritu imposible en estas circunstancias, él hacia el espejo más cercano donde revisar su aspecto de pajillero solterón. La polémica conversación conmigo debía de haber alterado algún detalle fundamental de su pulcro vestuario, de su eminente pelucón o de las arrugas camufladas de su piel, y necesitaba una reparación urgente.

Escucho.

—El sexo en pareja es cada vez más excitante. Está demostrado. Cuantas más personas participen en la representación del acto primordial menos intenso será el placer del orgasmo. La teoría del disparo neuronal es una verdad incuestionable.

La zona de la piscina rebosa de gente que estaría mucho mejor en bikini y en bañador si no fueran las diez de la noche de un otoño frío y la etiqueta impusiera no lucir nada que no quepa dentro de los límites confortables de un vestido de moda o un traje sofisticado.

Un apuesto treintañero que está sentado en el borde, con los zapatos y los bajos de los pantalones sumergidos en el agua transparente para calentarse, está diciéndole algo al oído a una chica que se sienta junto a él en la misma posición, solo que ella sí se ha quitado los zapatos y los sostiene con las manos en su regazo mientras chapotea con los pies descalzos en el agua.

Escucho.

—La inteligencia no ha prosperado tanto como se creyó en tiempos pasados. Miro el cielo cada noche con curiosidad infinita, esperando una respuesta a las preguntas que me hago, y no obtengo ninguna señal inteligible. Solo ruido. Mucho ruido. Es desesperante. ¿Me comprendes, amor?

Una figura solitaria sentada en el trampolín reclama ahora toda mi atención.

Es un hombre maduro, vestido con un escueto bañador oscuro como única prenda con la que cubre su atlético cuerpo, a pesar de la baja temperatura.

Adopta la pose del pensador de Rodin para darse importancia mientras mira su reflejo deformado en el resplandor azulado del agua con intención de arrojarse sobre él. El trampolín es elevado, por lo que le sería más fácil vigilar desde esa altura las acciones de los demás invitados que escrutar con tal intensidad la débil impresión de su perfil decadente en las ondulaciones del agua diáfana de la piscina.

Imagino que en las barrocas figuras del mosaico del fondo, entre nubes de vapor, ha aprendido a leer los signos de su terrible destino.

El divorcio radical entre su mente y su cuerpo.

Estoy a punto de resolver el enigma existencial del nadador nostálgico sentado en la tabla elástica cuando oigo a mis espaldas que alguien pronuncia mi nombre en voz muy baja antes de situarse a mi lado abordándome por la izquierda.

—Ricardo era un hombre afortunado, muy afortunado, diría yo.

El doctor Torres Villalón y sus diagnósticos veraces.

—Y luego, de la noche a la mañana, lo perdió todo. Mujer, hijos, casa, trabajo. Hasta la cabeza se le ha ido con la bancarrota. Una desgracia. Es demasiado tarde. No hay nada que podamos hacer por él más que recordar su historia con tristeza, reconociendo que pudo ser la nuestra también y que nos libramos por muy poco, y repetirla de generación en generación para que no se vuelva a repetir una situación parecida.

—¿Y qué hace aquí?

—Fue muy amigo de Rojas en su buena época. Cada vez que este da una fiesta lo invita por compasión y sentido de la amistad. El pobre vive recluido en una residencia, donde recibe los mejores cuidados a cuenta de la Universidad.

De repente, activado por un recuerdo inconexo, el nadador del mal de alzhéimer se arroja desde el trampolín y cae al agua como un peso muerto, sumergiéndose hasta el fondo de la piscina y quedándose ahí inmerso durante demasiados minutos, como si buscara ahogarse.

—No se preocupe, no es la primera vez que lo intenta, saldrá a flote en cuanto le falte el aire. Por cierto, el doctor Rojas y otros colegas de la Universidad querrían conocer su opinión sobre un asunto relevante que están discutiendo en la biblioteca. Si es tan amable de acompañarme.

Mientras recorremos los amplios salones y los pasillos atestados de la

casa no dejo de pensar en mi Ariadna particular, eclipsada en mitad de la noche dionisiaca, la busco en vano entre la multitud de rostros y de cuerpos que llenan el espacio de murmullos y de roces y no la encuentro por ninguna parte.

—¿Le gusta la urbanización Palomar? ¿Lo está pasando bien en la fiesta? Hay que reconocer que Rojas sabe hacer bien las cosas, ¿no cree?

—Desde luego. Si todo lo hace así en la vida, no me sorprende nada de lo que veo a mi alrededor.

—Yo soy uno de los pocos empleados del departamento que no vive aquí, ¿sabe? Me gusta mucho el mar y no soporto vivir tan lejos de la costa. Además, en verano los traslados son un engorro inútil. Prefiero conducir cien kilómetros para venir al campus antes que privarme de las vistas marítimas y las actividades náuticas, no sé si lo comprende.

—Perfectamente.

—Pase por aquí.

La puerta de la biblioteca no podría llamarse «puerta» en ningún lenguaje que no diera por hecho que el significado de la palabra no guarda ninguna relación real con el referente de la cosa nombrada. Solo de ese modo se puede llamar puerta a lo que se abre cuando entramos por ella y biblioteca a lo que nos aguarda al otro lado, contenga o no libros que se puedan leer.

Por primera vez desde que vine a vivir a la urbanización Palomar, al penetrar en ese claustro secreto de la casa, tengo la sensación de que lo que algunos llaman futuro no es otra cosa que una forma distinta de pasado. Un pasado que los humanos no han conocido ni vivido. Por la razón que fuera no fue el camino que escogieron cuando tuvieron la oportunidad, y una civilización tecnológica como la nuestra, al avanzar la historia en una dirección determinada, ha hecho posible la comunicación entre tiempos incompatibles, encontrando el modo de reconectar el futuro con ese pasado desconocido a través del presente.

—El tiempo es un invento de los relojeros, digan lo que digan los filósofos, los escritores y los matemáticos. Ellos son los únicos que conocen sus mecanismos reales.

Es Rojas discutiendo con alguien a quien no me han presentado, aunque percibo un timbre familiar en su potente voz, en presencia de otros colegas que tampoco reconozco.

Escucho con atención.

—Sí, desde luego, imagínese que viaja usted en el tiempo y de pronto descubre que el rudimentario aparato en el que viaja, como en la famosa novela, se parece al antiguo sistema del metro y le ofrece en cada estación diversas posibilidades. Unas las tomará y otras no. A poco que numere las líneas del uno al diez y nombre las estaciones con topónimos verá que cada línea se compone de un número cambiante de estaciones. Habrá estaciones en que ya no podrá tomar determinadas líneas. Pongamos por caso que usted ha elegido la línea 3 y que su tren se detiene en la segunda estación de la línea, en la estación Versailles. Versailles solo tiene conexión con la línea 5 y con la línea 8. Si usted, viniendo de la línea 3, decide abandonar esta y tomar la línea 8 llegará a una estación Trafalgar, por darle otro nombre conocido, donde sí verá que hay conexión con la línea 3. Pero esa línea 3, fíjese bien, ya no podrá ser la misma que usted abandonó en la estación Versailles sino otra muy distinta que le aleja de Trafalgar. ¿Lo comprende? Y cuando llegue al final del recorrido se dará cuenta de que solo ha viajado por una línea de metro y cada una de sus decisiones, en cada estación, se llame como se llame, contribuía a configurar esa línea tanto como la voluntad de los demás viajeros con que comparte vagón.

Este es el tema apasionante sobre el que están discutiendo acaloradamente un grupo de hombres y mujeres reunidos en un salón octogonal en cuyas paredes no hay un solo libro ni un objeto alusivo a la cultura editorial ni un maldito sillón donde sentarse a reflexionar con serenidad sobre los límites reconocibles de la pedantería humana.

—De ese modo, cualquier decisión que tomáramos estaría alterando esa misma toma de decisiones y lo que hayamos decidido sería refutado de inmediato por nuestra siguiente decisión. Por decirlo con una comparación fácil, es como si cada paso al ejecutarse en la realidad desmintiera el anterior. Esa es la imagen del tiempo y de la historia que estamos discutiendo con ardor estudiantil. Como filósofo, ¿qué piensa usted de ello, doctor Espinosa?

Las paredes del recinto están forradas con una tela plástica de color crema que produce la grata sensación de limpieza permanente y aviva el intelecto del visitante con su textura versátil.

—Le agradezco el aprecio y la confianza, doctor Rojas, pero mi idea del tiempo es más simple y, si me apuran, más tradicional.



—Por fin alguien que es capaz de introducir un poco de aire fresco en esta discusión viciada.

No tengo que darle muchas vueltas a mi respuesta. Soy uno de esos hombres, como algunos de ellos han tenido ocasión de comprobar, que ha estudiado a los otros hombres y se los sabe de memoria, hasta el punto de poder plagiarlos impunemente, y también ha aprendido a desarrollar un pensamiento propio sobre las materias más polémicas a fin de epatar a la audiencia y, por descontado, ganarse un sueldo digno con un trabajo indigno. En resumen, todo lo que había robado a otros y todo lo que había acrisolado por mi cuenta y riesgo me convertía en un genio de la inteligencia situacional, como demostré con creces el día de la entrevista doctoral y estaba a punto de ratificar ante esta audiencia expectante por verme hacer el ridículo de nuevo.

—El tiempo, damas y caballeros, es lo que nos permite estar hablando aquí y ahora. El tiempo es el vientre en el que nuestra pequeña existencia se engendra, se gesta y llega a la luz del día sin salir nunca de la matriz que lo constituye. La suma de todas las intersecciones de los yoes que hemos sido, somos y seremos para siempre...

Me asfixiaba un poco y me detuve para tomar aliento y relajarme. Ahora venía la parte más complicada de mi interpretación y no podía afrontarla sin examinar el efecto de mis palabras en los rostros impasibles de mis oyentes.

—El tiempo, señoras y señores, es lo que perdemos discutiendo sobre la naturaleza del tiempo. Y el tiempo, sobre todo, es lo que destruye la belleza de las mujeres y la magnificencia de las civilizaciones. Lo que hace crecer a los hijos y lo que los convierte en padres y a estos en cadáveres ambulantes. El tiempo es la medida de todas las cosas que tienen medida. ¿Hay algo más cruel para uno mismo que comprobar la devastación del cuerpo amado y deseado por obra del tiempo? No obstante, con el paso de los años, mi percepción ha cambiado hasta el punto de pensar que el tiempo no es real y que por debajo de los cambios persiste una esencia inmutable en el devenir del mundo.

Me callé cuando se me agotaron las ideas tomadas en préstamo intemporal y algunas compradas en propiedad a bajo precio, sin tener que hipotecar mi inteligencia.

—Es un punto de vista sólido, no cabe duda, pero algo convencional, ¿no le parece?

Una mujer inteligente es siempre una mujer inteligente, es cierto, aunque sea una perfecta desconocida, pero esta mujer inteligente me hizo recordar en ese instante, no sé por qué, la existencia real de otra mujer inteligente por la que mi inteligencia sentía un interés infinito y una atracción ilimitada.

—Debo ir al encuentro de mi mujer, lo siento, le he prometido hace un instante que no la dejaría sola mucho tiempo y debo cumplir mi palabra. Si me disculpan.

Algunos de los presentes sonrieron por mi arrogancia, mirando a Rojas con perplejidad sin atreverse a exigir explicaciones, otros rieron por mi estupidez, sin entender nada de nada, algunos sabían más que el resto y callaron por deferencia hacia el anfitrión y desprecio al invitado especial. Estos daban miedo. Su silencio era terrorífico y gélido. Tanto que me marché a toda prisa de la supuesta biblioteca, sin despedirme de nadie, antes de que la guillotina rematara su trabajo criminal.

Escucho.

—La verdad está sobrevalorada. La verdad es producto de un consenso entre los que tienen el poder de sancionarla como tal.

—La verdad es una de las formas más reconocibles de la locura y el fanatismo. Enarbola en público la bandera de la verdad y te sentirás como un demente y un fanático.

—Los procedimientos efectivos de la verdad hoy pasan por la moda, la técnica, la burocracia y el sexo.

En mi camino de huida se cruzó otro camarero con una bandeja repleta de vasos de whisky escocés de primera calidad. Sin hielo ni agua mineral ni soda. Puro. Como más me gusta casi todo en la vida. Me bebí dos vasos de un solo trago antes de ir otra vez, como un poseso, en pos de mi perdida Ariana.

Subí a la primera planta por una escalera de cristal que trepaba como una enredadera por la columna vertebral de la casa. Y cuando traté de subir a la segunda, la gente sentada en los escalones me impedía el paso con sus cuerpos, como si hubieran recibido órdenes de no dejarme pasar más arriba.

Escucho.

—La política es el deporte por otros medios. El deporte es la política por otros medios. Y los medios son la política y el deporte conjugados por otros medios.

En el pasillo superior, una vez que logro sortear los obstáculos de la

multitud inmóvil, las conversaciones se multiplican y el nivel de los temas asciende, como es lógico.

En la dictadura de la opinión dominante me pedían mi opinión sobre todo, como si me hubiera convertido en la nueva autoridad de referencia a la que consultar en cualquier momento sobre cualquier asunto de candente actualidad.

—¿Es usted partidario de la eutanasia activa?

—¿Se siente propenso a las adicciones emocionales?

—¿Autorizaría la generación de clones humanos en laboratorio?

—¿Le parece ético que la biología molecular se haga cargo de mejorar la genética de la especie?

—¿Tenemos derecho a explotar los recursos minerales de Júpiter sin preguntar a los nativos del planeta?

—¿Cambiaría usted de sexo para complacer a su pareja?

—¿Lo haría por mandato judicial en un proceso por divorcio?

—¿Es la bisexualidad una respuesta satisfactoria al conflicto secular entre géneros?

—¿Acabará algún día la guerra de la OTAN con Rusia?

—¿Cree posible la repetición de una crisis económica tan catastrófica como la de 2027?

Sí, a todo contestaba que sí, sin titubear un segundo, sí. Era la contraseña inteligente de la fiesta. El contundente poder de lo afirmativo sobre la realidad de las conciencias. Abría todas las puertas a mi paso y las cerraba una vez que estaba más allá de los juicios y las descalificaciones.

—¿No le parece peligrosa la adicción de los menores de edad a los videojuegos militares de alta gama?

—¿Ilegalizaría el comercio de semen por internet?

El poder de lo positivo. Inconmensurable. Te permitía avanzar, sí. Te granjeaba simpatías inmediatas, sí, amistades espontáneas, sí, ofrecimientos inesperados, sí.

Escucho.

—Qué hombre tan interesante. Y eso que me habían prevenido contra él.

—Habladurías sin fundamento. Según me han dicho, su atractiva mujer es, con diferencia, el miembro más inteligente de la extraña pareja.

—No estoy de acuerdo. Físicamente ella no vale nada. A él, en cambio, lo

encuentro irresistible y eso que no es mi tipo.

—Tienen un hijo superdotado. Por lo que me han dicho, está teniendo muchos problemas de adaptación.

—Es normal al principio, ¿no crees?

Sí, claro que sí, mil veces sí. A todo y a todos. Sí. Sí. Sí.

—Ariana, ¿dónde estás, amor mío? Te necesito a mi lado en este momento.

Anverso, reverso. Blanco, negro. Luz, oscuridad. Amor, odio.

Escucho.

—El Premio Nobel. Sí, claro. Por qué no. Déjame que te diga lo que pienso del Premio Nobel antes de que salgas corriendo a contárselo a tu mujer. El Premio Nobel se lo darán este año a quien encuentre la ecuación que resuelva el dilema entre la demografía explosiva de los países pobres y la demografía implosiva de los ricos. Que lo sepas.

Entro por casualidad, huyendo de la persecución de mis admiradores repentinos, en una habitación sumida en la penumbra donde hay una anciana que dice ser poeta y que, al parecer, solo ha aceptado venir a la fiesta para poder conocerme en persona. Petra Lorenza lleva horas aquí sentada aguardando con paciencia a que alguien se dignara presentarnos.

—Se lo agradezco, pero no creo merecer tal honor.

La poeta huesuda reviste su pellejo con un desgastado vestido de terciopelo azul que, según me dice, la devuelve a su juventud.

—En aquellos años ochenta todo parecía posible, ¿sabe? Hoy, en cambio, nada parece imposible y ya no lo soporto más. Me voy a volver loca.

Según me cuenta, Lorenza vive recluida como una cenobita en una zona boscosa ubicada en las afueras de la urbanización Palomar. Vive en conversación perpetua con todas las criaturas que sobreviven a duras penas en el amenazado ecosistema de la región. Escribe poemas donde transcribe fonéticamente sus profundas conversaciones con ellas. Expresa en verso sus sentimientos, sus ideas, sus vivencias. Luego los publica en edición bilingüe. Con la lengua original en página diestra y la traducción en siniestra.

—Las versiones son basura, créame. La lengua de los animales es inefable y, por tanto, intraducible a ningún código lingüístico conocido. Yo misma, para mi sorpresa, la hablo en sueños cada vez con mayor frecuencia. No me extrañaría llegar pronto al final de mis días comunicándome solo en esa lengua

angelical.

Lorenza me habla de la sensibilidad de algunos animales en particular. Cuando escucho la palabra «erizo» brotando de sus labios blancos reprimo la necesidad de sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta y hacerle una fotografía a la poeta ermitaña para enseñársela después a Aníbal.

—Ya no veo mucho, mis ojos se mueren, pero los animales me iluminan y me cantan canciones cuyo sentido final se me escapa, como es natural. Voy a recitarle un poema acróstico. Se compone de una estrofa de once versos repetida cinco veces con tonos distintos. Tenga en cuenta que es solo la traducción al español. La versión *eriza* es la única válida para mí, como comprenderá. La he adaptado por cortesía hacia el lector. El poema se titula *Rizomadre* y reza así:

*La oscuridad potencia el sueño —dicen los tópicos—  
con él pasa al contrario: como nocturna bola  
avanza por la noche, mece su olor a nueces;  
durante el día duerme el sueño de los justos.*

*Crepuscular, expía la vida del relámpago,  
las luces atraviesan las asesinas púas,  
imágenes vibrantes pinchan mis pensamientos,  
tentaciones fetales hieren mis ambiciones.*

*Es visible de lejos, de cerca inaccesible.  
Roza los terciopelos de la cortina huyendo  
impasible a la noche perpetua de sus ojos,  
zócalo agujereado se derrite en el suelo  
o se expone a la vida que lo arrastra en su impulso.*

*La noche, penetrante más allá de sus ojos,  
los vuelve más serenos, más negros, más brillantes.  
Mirando se relaja, corriendo se entretiene;  
es visible de lejos, de cerca inaccesible.*

*Tocarlo es imposible, desearlo es peor:  
un amor impensable. Improbable misión  
hacerlo tuyo, atraparlo en tus hambrientas garras  
de humano ávido de fidelidad y amor.*

La clausura a gritos de la tercera repetición del poema me sorprende abandonando la habitación a toda velocidad. Cuando me vuelvo por un acto reflejo, sorprendo a una mujer que se parece a Ariana, al final del pasillo, subiendo una escalera que no había visto antes y la sigo hasta la tercera planta, la más elevada de la casa, donde la veo desde la distancia abrir una puerta y entrar en otra habitación. Sin miedo a las consecuencias, ni a lo que pueda encontrarme allí, me adentro en el vasto salón que se presenta ante mí en cuanto abro la puerta sin violencia y una irisada oscuridad inunda mis ojos irritados como suero fisiológico.

Escucho.

—El artificio es lo más auténtico. El artificio, si lo pensamos bien, es la única realidad de nuestras vidas.

—No seas tan simple. No se acaba con el problema de la vida por asignarla al artificio.

—La belleza lo es todo. O la tienes o no la tienes. En el futuro, la belleza será lo que marque la diferencia de clase, no el dinero. La belleza no se compra ni se vende, como sabes.

Al fondo de la sala, en una pantalla, se proyecta una extraña película, o un extraño montaje de diversas películas. Al principio no tengo tiempo de entender el sentido de las imágenes, pero una vez instalado en el peculiar ambiente de recogimiento deduzco que se trata de una pieza de videoarte creada ex profeso para la ocasión por algún artista emergente patrocinado por el activo departamento de Cultura Audiovisual de la Universidad.

La película, por llamarla de un modo convencional, se compone de un montaje alterno de segmentos en blanco y negro (rombos y hexágonos distorsionados y otras figuras geométricas enlazadas en zigzag, ordenados conforme a un ritmo que pretende replicar el tiempo cuántico) y secuencias en color de una película comercial inacabada, según creo, cuyo título tampoco recordaba, aunque sí conocía la anécdota de la muerte cardíaca de su director durante el rodaje.

Me impresionan, en especial, la imagen en primer plano y plano medio de una guapa joven practicando el esquí acuático en un lago de aguas translúcidas y la imagen superpuesta de la famosa actriz que interpreta a la joven esquiadora postrada sobre el cadáver del director mientras la ambulancia lo traslada al hospital más cercano.

Me parece una prefiguración siniestra de lo que podría acabar siendo mi vida aquí y me aterra pensarlo.

El silencio reverencial con que los espectadores contemplan el metraje es directamente proporcional, en intensidad, a la cantidad de gente allí reunida para asistir al estreno exclusivo.

Apenas si puedo dar un paso sin chocar con alguien, mucho menos seguir a la mujer que aún veo avanzando a buen ritmo hacia las primeras filas, esquivando cuerpos a su paso, sin molestarse en mirar a la pantalla, como si nada pudiera frenar su huida inexplicable.

Nos separan demasiados metros y cuerpos como para pensar en alcanzarla antes de que su figura se pierda detrás de una cortina roja al fondo de la sala.

Con paciencia, convencido de que puede ser Ariana, o de que en todo caso puedo encontrarme con ella en algún momento en esta parte de la casa de Rojas, me abro paso entre los espectadores hipnotizados mirando de vez en cuando a la pantalla sin entender el sentido de lo que allí se proyecta ni de por qué tiene ese efecto absorbente en ellos. Me debo de estar perdiendo un detalle fundamental por culpa del contexto.

Al llegar a la cortina por la que he visto salir a la mujer que se parece a Ariana, me encuentro con otra puerta que abro enseguida y que me conduce, por sorpresa, a un pasillo y a unas escaleras que me devuelven a la segunda planta. Antes de bajar la nueva escalera de cristal, miro hacia las plantas inferiores desde lo alto y veo a Ariana saliendo de mi campo de visión en la planta baja, acompañada por un hombre a su izquierda y una mujer, a la que creo reconocer, a su derecha. Charlan animadamente y, por lo que deduzco, ambos se comportan como si estuvieran conduciendo a Ariana a alguna parte a petición de ella.

Bajo las escaleras todo lo rápido que me permite el miedo a resbalar y a caer de modo peligroso o ridículo y cuando llego al lugar donde la vi por última vez ya ha desaparecido de nuevo. Deduzco cuál podía ser su dirección y emprendo el camino hacia allí, pero la única puerta que me encuentro al

llegar está cerrada. Más allá no hay nada, solo un muro de ladrillo oculto tras una engañosa cortina de terciopelo rojo, y no hay ninguna salida visible al jardín nocturno o a la piscina de aguas termales.

Al abrir otra puerta contigua accedo a un salón lleno de humo donde veo a un grupo de hombres sentados en grandes butacas, guardando silencio y fumando puros con ostentación lúgubre. Son un círculo de ocho fumadores y están sentados unos frente a otros sin hablarse, cambiando el grueso cigarro a veces de mano, con los ojos cerrados, como paladeando el sabor del tabaco con un deleite inusual.

Cuando descubren mi presencia en el salón se sobresaltan, esconden sus cigarros como pueden y me sonríen con disimulo. Uno de ellos, el más joven, se pone en pie y se adelanta hacia mí como portavoz del grupo.

—¿Busca usted algo?

—Disculpe, comprendo que me he equivocado de habitación.

—Busque lo que busque, aquí no lo encontrará.

—Gracias.

Salgo avergonzado y cierro la puerta con delicadeza. Miro a un lado y a otro. Solo veo posible una escapatoria hacia el otro lado de la piscina, la zona más oscura del jardín. Me detengo un instante en la puerta de acceso. Un hombre de aspecto excéntrico me está esperando. Lo reconozco enseguida por los mostachos hirsutos. Es el intruso de la gorra de camuflaje al que vi la semana pasada merodeando por los alrededores de mi casa.

—Soy Freddy. Tenemos que hablar antes de que sea tarde.

—¿Por qué estaba usted vigilando mi casa el otro día?

—Quería hablar. Cuando lo vi paseando, estuve a punto de hacerle alguna señal para que se acercara, pero percibí su hostilidad hacia mí y me retraje.

—¿De qué quiere que hablemos?

—No es el momento.

—Entonces ¿cuándo?

—Reúnase el lunes conmigo en el bosque al atardecer. Si sigue caminando un kilómetro en la misma dirección a partir del punto en que se detuvo, encontrará el lugar con facilidad. Ahí estaremos de verdad solos usted y yo. Lo que necesito decirle no puede saberlo nadie más, ¿me entiende?

—No sé por qué debería confiar en usted. No le conozco de nada.



—Nadie se lo ha pedido. Usted límitese a escuchar la información y luego juzgue por sí mismo. Yo solo soy el mensajero. Lo importante es el mensaje. Solo eso.

—¿Y quién le envía, si puede saberse?

—Todo a su debido tiempo.

Se hace invisible en las sombras del jardín lleno de estatuas, vivas y muertas, como una criatura del bosque acostumbrada a desplazarse entre la luz y la oscuridad y allí donde estuvo, moviéndose entre la confusión de los árboles con agilidad animal, veo cuerpos corriendo unos detrás de otros. No logro saber si van vestidos o desnudos. Bajo los escalones de la gran escalera de piedra y tomo el sendero principal que conduce, rodeando la casa, de vuelta a la piscina de aguas termales. Camino despacio, con las manos en los bolsillos, para calmar la ansiedad. El agua caliente expele ahora más vapor que antes. Es un signo. El invierno se avecina.

Escucho.

—La circulación del dinero es cada vez más ofensiva. No quieren comprenderlo. El dinero es un recurso natural y hay que aprender a explotarlo. Como el gas o el cobalto.

—La creatividad es como el capitalismo más puro, locura incontrolada y sin adulterar. Cuanto más intentas regularla y controlarla menos interesante se vuelve.

Cuando llego al borde hay un pequeño tumulto entre una elegante sexagenaria vestida de azul turquesa y tres jóvenes atildados a los que acusa de haber tirado sus joyas al agua de la piscina. Harta de esperar que sean ellos quienes rescaten el tesoro depositado a bajo interés en el fondo, se arroja ella misma, vestida, para recuperarlo.

—Si seréis hijos de puta.

Los jóvenes malcriados se mueren de risa viéndola sumergirse una y otra vez en el agua para rescatar de la ruina sus valiosas posesiones. Con toda seguridad, le gastaron la pesada broma para desnudar la impostura de la mujer y mostrar al mundo su decrepitud carnal, pero ella, en un arranque de vanidad y pudor, les ha negado esa morbosa posibilidad.

Al marcharme, la madre biológica de alguno de los tres bromistas ingratos sigue buceando vestida con sus mejores galas en pos de los collares de diamantes y anillos de oro y rubíes y brazaletes de esmeraldas que sus

perversos cómplices lanzaron al agua como carnaza para obligarla a desnudarse en público.

Escucho.

—La política es un simulacro, esto lo sabemos desde hace tiempo. Pero hay buenos y malos simulacros, hasta aquí nada nuevo, señores. Lo que le deberíamos exigir a la política es que al menos fuera un bonito simulacro, ya que nos cuesta una fortuna, y no el patético espectáculo de insolvencia e incompetencia que padecemos desde hace un decenio.

No he sido capaz de encontrar a Ariana y ya me importa poco, francamente, encontrarla o no en esta fiesta en la que he desperdiciado demasiado tiempo. Solo tengo ganas de largarme cuanto antes de este manicomio para ricos con pretensiones e ínfulas decimonónicas. Sabrá arreglárselas sin mí como ha hecho hasta ahora.

Busco a Rojas en el salón biblioteca donde lo había dejado hace unas horas y descubro que el grupo filosófico que lo llenaba de contenido se ha dispersado y apenas si quedan unos pocos miembros debatiendo en voz baja sobre el éxito de la fiesta en términos propagandísticos incomprensibles.

—Hace tiempo que en la urbanización no se veía una celebración de esta categoría.

—Es un excelente signo del cambio de los tiempos, ¿no os parece?

—A ver si la racha dura lo bastante y le sacamos partido.

—Perdonen, no quiero interrumpir, ¿alguno de ustedes sabría decirme dónde podría encontrar al doctor Rojas?

Disimulan y ríen, ríen y disimulan, sin querer darme indicaciones precisas sobre su paradero.

—No se le olvide llamar antes de entrar.

Subo a la primera planta, como me han dicho, tomo el pasillo de la izquierda, cuento las puertas necesarias. Una zona discreta, despoblada, silenciosa. Llamo con suavidad para no interrumpir bruscamente ni provocar reacciones violentas en los ocupantes de la habitación. Nadie me contesta. Vuelvo a llamar y la cara de Rojas aparece en la rendija entre el canto de la puerta y el marco de madera. Sudorosa, despeinada, la camisa abierta al desgaire, los faldones tapando en vano las partes más expuestas.

—¿Qué quiere, Espinosa?

—Solo despedirme. No se moleste.

—Estoy ocupado, ¿no puede esperar un poco?

—Quería agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Esta maravillosa fiesta, en fin, todo lo demás.

—Muy bien, muy bien.

—Cariño, ¿no me vas a presentar a tu guapo amigo?

La criatura le arrebató el control sobre la puerta y la abre de par en par, mostrándose ante mí en toda su tentadora desnudez.

Una transexual hispana.

El óvalo femenino del rostro cercado por la cabellera negra, alisada, los ojos negros, las pestañas largas y renegridas, postizas, la tez oscura, los lunares pícaros en torno a la boca de labios morados, las tetas redondas como globos de cumpleaños y el gesto de pilluela con que su cara expresa la seducción provocada por su anomalía genital en la imaginación masculina.

—¿Quieres pasar, tesoro, y sumarte a la fiesta? Hay sitio para todos.

—No, Eva, el doctor Espinosa ya se marchaba, ¿verdad?

—¡Uy, si encima es doctor, lo que faltaba!

—Estoy casado.

—No me importa, cariño, mucho mejor así, el tratamiento es más efectivo. Roberto te dará mi teléfono privado, llámame cuando quieras.

El placer de la exhibición del cuerpo deseado solo comparable al embarazo del descubrimiento por parte del extraño. Esa información privilegiada inscrita en la cara de Rojas, como un sello o una marca obscena.

—Hablamos la semana que viene.

—Desde luego, será lo mejor.

Antes de que se cierre la puerta con estrépito, ya me he girado dando la espalda con premeditación al espectáculo de la provocativa Eva echándose al cuello del doctor Rojas como una hiedra venenosa y abriendo sus labios rojos para devorarlo a fuego lento como una planta carnívora al insecto ingenuo.

Al bajar la escalera del primer piso, sorprendo el final de una conversación.

Escucho.

—La riqueza y la salud forman parte de las mismas fantasías burguesas. Los médicos lo sabemos bien. Privatizar la salud es una respuesta a la

necesidad inmemorial de tener una buena salud y alargar la vida todo lo posible.

Cuando vuelvo a casa, por fin, los niños se han acostado, la canguro modélica se ha marchado ya y Ariana está sola en el salón, a oscuras y en silencio, delante del televisor encendido, aún vestida, esperándome con impaciencia.

—Estaba allí. No sé cómo, pero estaba allí. En cuanto me quedé sola comenzó a perseguirme por toda la casa, me espiaba las conversaciones, me vigilaba los movimientos, hasta que decidí marcharme. No aguantaba más. Te busqué en la casa, pero no te vi por ninguna parte. ¿Dónde estabas? Lo bueno es que, entre tanto, había conseguido despistarlo. Desesperada al no encontrarte, llamé por teléfono a un taxi y esperé más de cuarenta minutos en la calle a que viniera a recogerme. Llevo aquí más de dos horas esperándote, ¿dónde coño te habías metido? No lo entiendo...

—No llores, ¿quieres?

—No estoy llorando.

—Me lo había parecido.

Hago una señal para que se encienda la luz y me siento a su lado. Está guapísima con el vestido de noche. La deseo como nunca. Se ha quitado los zapatos a juego y pliega sus pies sucios, como una niña pequeña, sobre la funda de plástico del sofá. La abrazo con ternura. La beso en la mejilla y apoyo mi cabeza en su hombro.

—Te he estado buscando toda la noche. Alguien me dijo que estabas con un tío y me lo creí. Lo he pasado muy mal.

—Perdóname, no debimos separarnos.

—¿Qué quiere ese tío? ¿Qué hace aquí?

—No lo sé. No quiero saberlo. Ya te lo dije. Con el tiempo se cansará de acosarme.

—¿Te ha hecho algo?

—No, eso es lo que más me intriga. Ni siquiera ha intentado hablar conmigo. Se limitaba a mirarme. De vez en cuando me sonreía, pero nada más. Imagino que después de nuestra conversación telefónica del otro día se está tomando su tiempo antes de actuar.

—Si vuelves a verlo, me lo dices y llamaré a la policía.

—No te preocupes. Anda, ayúdame a desnudarme.

Cuando descorro la cremallera lateral, se pone en pie de un salto, se para delante de mí y el vestido cae solo al suelo, impulsado por la ley de la gravedad o la imantación de los cuerpos.

—Creo que Aníbal se ha enamorado de Carolina. Le ha pedido el número del móvil al despedirse.

—A saber lo que habrán hecho en nuestra ausencia.

—No seas mal pensado.

Ya en la cama, Ariana se duerme en mis brazos y yo me quedo velando por los dos, se nos ha olvidado bajar la persiana eléctrica y a través de la ventana veo un pedazo de noche recortado que me recuerda un cuadro revolucionario que vi una vez en un museo.

Ese cuadro era la fotografía de un alma.

## DÍA 13

Estoy en mi despacho.

Por primera vez estoy en mi despacho a solas.

Es tarde.

Los cristales térmicos de las ventanas ya se han teñido con el filtro cromático del crepúsculo.

He tenido un primer encuentro con el afortunado grupo de alumnos a los que voy a impartir el seminario de posgrado sobre Inteligencia, tecnología y cognición.

Mi primera clase en años.

Ocho pares de ojos ocultos tras un número similar de gafas me miran sin distinción de sexos ni de edades, excepto una chica rubia y sonriente que no necesita ayuda óptica para observarme con atención desde la primera fila y guarda respetuoso silencio durante toda la clase. Los nueve estudiantes me respetan por lo que piensan que soy, o lo que creen que represento en el sistema de la Universidad, o lo que creen haber entendido de todo lo que se les ha dicho como promoción conveniente del curso para que se matriculen. Me respetan en exceso, y se nota, pero me estudian y analizan a la vez. Estudian y analizan cada palabra que pronuncio y cada gesto que realizo como si fuera el primer espécimen de una especie nueva en el ecosistema o el último espécimen terrestre de una especie a punto de extinguirse.

Tras dos horas de intercambios poco provechosos sobre los distintos tipos de inteligencia salgo de clase decepcionado. La inteligencia llamada emocional es lo único que les interesa del curso. Si no le dedico más tiempo me costará implicarlos en las actividades programadas. Por lo pronto, ya que nuestra reunión es semanal, les he pedido que la próxima semana me traigan un

texto para discutir con el grupo donde me expliquen sus ideas sobre la inteligencia y sus diversas ramificaciones culturales y tecnológicas. Les he proporcionado fotocopias de mi desfasado ensayo de *Tabla Rasa* para que discutan con él o lo tengan en cuenta en su mínima argumentación.

Vuelvo a la torre del departamento paseando por el campus sin apenas fijarme en sus atracciones.

Me encierro en el despacho para pasar la hora y media que me queda antes de reunirme con el hombre que dice llamarse Freddy en el claro del bosque. Y es entonces cuando comienzo a oír las voces. La insistencia e intensidad de las voces. Son casi las seis, el departamento está desierto y la totalidad de los despachos vacía, lo he verificado al llegar, y, sin embargo, me llega un rumor de fondo. Pego la oreja a cada una de las paredes y compruebo que el ruido proviene de los conductos de aire acondicionado y las rejillas de ventilación. Imagino que son conversaciones que están teniendo lugar varios pisos por debajo o por encima y que el aire que las transporta tan lejos las deforma de tal manera que suenan como psicofonías del más allá.

Estoy a punto de irme cuando llaman a la puerta, invito a entrar al desconocido y es la encantadora Mónica la que anuncia su visita inesperada.

—Hola, Gabriel, el otro día te estuve buscando en la fiesta y no te encontré.

—La historia de mi vida.

Belleza morena envasada, envoltorio de lujo.

—¿Te fuiste pronto?

—No, al contrario. Me quedé hasta cerca del final. Más que nada por cortesía hacia Roberto.

Ondulación de carne y cabello. Solo para mis ojos.

—Me dijeron que tu mujer se puso enferma. ¿Es cierto, querido?

—Es falso. ¿Se puede saber quién te lo dijo?

—No me acuerdo. Lo escuché por casualidad en una conversación entre conocidos. Alguien pronunció la palabra intoxicación mientras hablaban de tu mujer y quizá pensé que se había indispuerto. No sé.

—Habladurías.

Se instala sin mi permiso en uno de los asientos frente a mí, como una alumna más, antes de decidir si sería mejor para sus intereses mantener las

piernas cruzadas o encubrirlas bajo la mesa por lo que pudiera pasar.

—¿Cómo estás, querido? ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien. He leído por ahí que te han ascendido.

—Ya era hora, ¿no crees, querido? Después de todo lo que hago por ellos.

—No me cabe duda. Ahora en tu nuevo puesto, ¿tendrás menos ocupaciones o más importantes?

—¿Me creerás si te digo que aún no lo sé con seguridad? Los cometidos de mi nuevo puesto están aún por definir.

—Es una excelente técnica de gestión, desde luego, eso no se puede discutir.

—Siempre me quedarán horas libres al día para visitarle, señor profesor.

Hago un gesto exagerado con las manos para silenciarla y atraer su atención.

—¿No las oyes?

Se sobresalta y da un respingo en el asiento, como si la alarmara más el tono de mis palabras que cualquier realidad que ellas pudieran designar por fantástica que fuera.

—¿Qué debo oír, querido?

—Voces.

—Ah, eso. Van con el edificio. Resonancias y crujidos. Ecos. Nada que deba inquietar tu inteligencia, querido. La torre está tan hueca como las cabezas que trabajan a diario en ella.

La dilatación incontrolable de sus ojos y la vibración de su hermosa nariz delatan que miente a conciencia.

—¿Me dejas el lápiz?

—Sírvete.

Se abalanza sobre mi mesa con brusquedad y roba uno de los lápices negros con cabeza de goma amarilla, patrocinados por una empresa informática alemana socia de la Universidad, que aún no he tenido tiempo de guardar en un cajón con la agilidad de un primate.

—Te noto distante conmigo. Sé que lo que pasó entre nosotros en el hotel te pareció una encerrona, pero no fue así, querido.

—Entre nosotros no pasó nada. No sé de qué me hablas.

—Si tú lo dices, querido. Hace calor, ¿no?



Se quita los zapatos de tacón, pone los pies descalzos encima de la mesa, no lleva medias, los pulgares de sus pies son más gruesos de lo que recordaba y me producen una extraña aprensión.

—¿Estás casada?

—¡Qué pregunta! ¿No lo está todo el mundo en la Universidad, querido? Las reglas son las reglas, no lo olvides.

—¿Tu marido es profesor?

—Frío, frío.

Se desabrocha un sugestivo botón de la chaqueta del traje gris que la convierte en una profesional de imparable carrera ascendente y se aplica al dibujo que lleva ya unos minutos delineando en el papel de una libreta que ha sacado de su bolso.

—¿Rector?

—Frío, frío.

Resopla hinchando y deshinchando las mejillas y bufa, fastidiada por el signo de mis preguntas, soltando el aire por unos labios más carnosos de lo que recordaba.

—¿Ingeniero?

—Frío, frío.

—¿Tienes hijos?

No puede ser casualidad. Sin soltarlo, desliza el cuaderno por encima de la mesa hasta situar la hoja dibujada en papel cuadriculado delante de mis ojos.

—¿En qué te hace pensar, querido?

—No entiendo tu pregunta.

—¿A qué te recuerda?

La raspa del enigma. El peine de la energía. El espinazo de la realidad.

—¿A ti cuando estás desnuda?

—No seas grosero, querido.

—No tengo ni idea.

Retira el cuaderno del alcance de mi vista, lo gira varias veces para observarlo con detenimiento, boca arriba y boca abajo, finge haber descubierto algo significativo en los confusos trazos y luego cierra las tapas plastificadas y lo guarda de nuevo en el bolso con mimo innecesario.

—Llevo días obsesionada con este símbolo. Sé que lo he visto antes en alguna parte. Cada poco me entra la necesidad de dibujarlo y enseñárselo a otros. Tú eres el tercero a quien se lo enseño esta semana. No te lo tomes a mal, querido.

Ahora me mira con intensidad, examinando uno por uno los detalles de mi reacción.

—No lo he visto nunca. Deberías enseñárselo a más gente a ver si averiguas por fin lo que significa. Quizá estés en peligro y sea una advertencia.

—Qué gracioso eres, querido.

—¿Querías algo?

—Nada, solo saludarte, ver cómo te va, ya sabes, lo habitual en estos casos.

—Ya entiendo. Debo irme.

—Te acompaño, querido.

—Como quieras. Es tu tiempo.

—¿No te han dicho nunca lo antipático que puedes llegar a ser?

Solos en el ascensor durante los interminables treinta y siete segundos del descenso, quince plantas más el entresuelo. Situación incómoda, silencio incómodo. De pie junto a mí, mirando al frente, piso tras piso, dejándose caer sobre mi hombro de vez en cuando para producir un choque accidental que nada significa, al menos para mí.

Al despedirnos, beso tímido en los labios, como colegiales inexpertos.

—Cuando haya resuelto el enigma, tú serás el primero en saberlo. Te lo prometo, querido.

—No corras ningún riesgo. Si te pasa algo, te echaré de menos.

—Eres un mentiroso.

Extrae el cuaderno del bolso, lo abre con urgencia, arranca el papel con el dibujo y me lo regala.

—Para que pienses en mí cuando ya no esté, querido.

—Qué impulsiva eres.

La observo una última vez mientras emprende, sin prisa alguna, el camino de regreso hacia su casa. Vive cerca y no necesita coche para venir, los múltiples senderos del campus, atravesando parques y estanques, puentes

sobre canales y explanadas de césped, la conducen, baldosa tras baldosa, al reino mágico y protector de su hogar, donde no hay nada real que pueda constituir un estorbo para su ambición y metas profesionales. Mónica está jugando conmigo a un juego al que le gusta jugar porque además se divierte, no me cabe duda. El problema es que no está jugando a un solo juego, ni una sola partida ni quizá con un solo jugador. Varias barajas y varias estrategias contradictorias al mismo tiempo conducen a más jugadores enmascarados. Ese es el gran juego de Mónica Levy. Está en su programa desde que era una adolescente o quizá mucho antes. Nunca se sabe.

Al llegar a casa, compruebo que el coche de Ariana no está, como suponía. Ha ido con los niños al centro comercial a comprarles libros y ropa y luego al cine, otro de esos estrenos multimillonarios por los que Aníbal siente una pasión irrefrenable, como si contuvieran información significativa sobre su vida o sobre las cosas que más le preocupan en la vida.

Cuando nos despedimos a mediodía Ariana no sabía aún si cenarían fuera de casa y no me ha enviado ningún mensaje al móvil para confirmármelo.

Camino a buen ritmo hacia el lugar del encuentro. Voy tarde. Me adentro más allá de la espesura, abriéndome paso con las manos desnudas, apartando ramas y arbustos, luchando cuerpo a cuerpo con la resistencia irracional que el bosque opone a mi avance.

Cuando descubro el claro del bosque, pese a la escasa luz, veo que Freddy se me ha adelantado.

Primer encuentro, primer contacto con el alma grande de Freddy, impartiendo lecciones de su extravagante doctrina con una seta viscosa recién arrancada del suelo húmedo sostenida entre las manos.

Me estrecha la mano con frialdad y aprovecho para enseñarle el dibujo de Mónica.

—¿Sabe algo de esto?

—Ya han llegado a esta fase. Vaya, vaya. Van muy deprisa con usted. Esperaba menos precipitación de su parte.

—De qué me habla.

—¿Empezamos por el principio?

—No estaría mal.

Le cuento que encontré un signo parecido inscrito en una roca detrás de la casa y que pensé que había sido él quien lo había dibujado.

—No tiene sentido. Yo no haría nada semejante. No es mi estilo. Cuando quiero comunicarme con alguien, no doy rodeos ni empleo códigos ininteligibles o ambiguos como estos.

—¿Si no tiene significado para qué emplearlo entonces?

—No le dé más vueltas. Este signo no vale nada. Es un signo abandonado. Alguna vez debió significar algo, en alguna cultura o clan que ya nadie recuerda con exactitud. Hoy está vacío de contenido y no significa otra cosa que el efecto que cause en usted o en cualquiera que lo tome en serio. No se deje impresionar. Lo repetirán tantas veces como sea necesario hasta comprobar que está preparado.

—¿Preparado para qué?

—Ya lo sabrá. Todo a su debido tiempo.

Muchas horas después, sentado solo a la mesa de la cocina mientras ingiero sin ganas un plato de pescado recalentado en el microondas, aguardando el regreso de mi familia, de lo que yo creía mi familia, repaso una y otra vez en mi mente las palabras del oráculo del bosque.

El gran Freddy ha necesitado más de una hora para ponerme en antecedentes y anunciarme las consecuencias.

El gran Freddy, un personaje salido de la nada, aparecido en mitad del bosque para convertir mi vida en un infierno, ahora que empezaba a parecerse a un paraíso. Todo lo que creía sólido se desvaneció en la nada durante la conversación. Como si cada palabra pronunciada fuera un ácido que corroyera la ganga y dejara al desnudo la realidad, rocosa y nada atractiva.

Todo había sido planeado, desde el principio.

—No creo en nada de lo que me dice. Me divierte escucharle, es una buena historia, debería escribirla, se lo recomiendo como terapia, pero no le creo una palabra.

—Hace bien. De todos modos, ellos no lo saben. Actúan de modo inconsciente, no se les puede reprochar.

Faltaban pruebas, sobraban sospechas. Nada podía demostrarse con total certeza en la versión del gran Freddy. Todo eran especulaciones irracionales. Suposiciones fundadas en un razonamiento retorcido. Figuraciones creíbles en su estructura perversa o en su lógica aplastante.

—El mundo gira sin cesar. Las revoluciones vuelven al punto de partida.

El origen está en el fin. El regreso y el progreso son fases del mismo ciclo. Proceso y realidad.

El gran Freddy, antes conocido como Federico Ríos.

El ermitaño institucional de la urbanización Palomar, un antiguo ejecutivo huido del mundo de las corporaciones y los negocios financieros para refugiarse aquí, en las lindes de la civilización, después de un traspie profesional o un desengaño amoroso.

Un fauno con orejas peludas, dientes cariados, nariz aguileña, cejas pilosas, ojos de alimaña, bigote poblado, labios ennegrecidos por el consumo abusivo de setas inclasificables, como el raro espécimen que sostenía en una mano durante la conversación, contemplándola cada poco con insano apetito.

—Esto es lo único que me mantiene vivo y alerta.

El gran Freddy descubriéndome allí, mientras la noche caía como si fuera la última, cuando no lo era, que Ariana me engañaba, y no solo en el sentido sexual que yo había pensado siempre, y que Aníbal no había sido adoptado por casualidad.

—Sabían perfectamente lo que hacían cuando se lo entregaron.

—Sigo sin creer en nada de lo que dice. Y su entusiasmo al decirlo me resulta sospechoso.

—Lo más curioso de todo, amigo mío, es que esta falsa hora la volveremos a vivir los dos y cada vez la viviremos como si fuera la primera vez y sentiremos lo mismo y diremos lo mismo y pensaremos lo mismo. Y nunca, nunca se nos dará la oportunidad de cambiar este guión. Por eso me asquea todo esto. Por eso necesito contárselo. Mi indignación por el estado de las cosas, por el sentido del mundo, me obliga a intervenir a veces y tratar de alterar el sino de la gente. Usted es uno de mis elegidos. He caído por desgracia sobre usted y no se librará de mí tan fácilmente como cree. En posteriores encuentros le explicaré con detalle por qué y usted lo entenderá mejor que ahora. De momento, aprenda a disimular, como hacen todos a su alrededor. Le va la vida en ello, créame. Es lo más conveniente, dadas las circunstancias.

El gran Freddy sumiéndose en la oscuridad del bosque donde dice que vive, cobijado en una cabaña oculta entre árboles milenarios que algún día me enseñará cuando crea que estoy preparado para la experiencia espiritual que encierra en su rústico interior.

—Este bosque es más profundo de lo que aparece en los mapas que le han proporcionado.

—¿Cómo sabré cuándo será nuestro próximo encuentro?

—Lo sabrá sin preguntar. No se inquiete.

Ariana y los niños vuelven contentos después de una velada estimulante en todas las atracciones del centro comercial. Pongo en práctica mi estrategia de disimulo número uno y me muestro cariñoso y afectivo con ellos. Con el tiempo aprenderé a perfeccionar la técnica hasta asemejarla a la realidad. Tampoco me debo fiar de Freddy. Él mismo me ha advertido contra su influencia nociva. Nada de lo que ha dicho es verdad. Y tampoco mentira. Aquí empiezan los problemas de conciencia. Me cuesta mucho dormirme.

La mujer erizo de mis sueños más dulces reaparece protagonizando un escenario demasiado enrevesado como para tratar de reconstruirlo al despertar solo para decirme, con solemnidad innecesaria, que debía defender a mi familia hasta de mí mismo.

# DÍA 14

Esta primera mañana de mi nueva vida, tras digerir las dolorosas revelaciones del gran Freddy, el desayuno en familia, reunidos todos sus miembros alrededor de la mesa de la cocina, se convierte en un melodrama de marcas y productos.

Los cereales con frutos secos y frutas vaporizadas de Sofia y Pablo me insultan. Me culpan de antemano de todo lo que ya adivinan que va a pasar sin que nadie pueda evitarlo.

Las jugosas tortitas con mermelada de frambuesa de Aníbal, más arrogantes, se inculpan de innumerables infracciones y tratan de rehuir las miradas de los otros.

El exuberante arcoíris de frutas frescas y lácteos envasados de Ariana me desprecia sin contemplaciones y, al mismo tiempo, se conmueve por mi desconcertante destino.

El yogur helado de kiwi y melocotón, mi único sustento matutino, me hace sentirme culpable hasta las lágrimas en cuanto pruebo la primera cucharada.

La llegada milagrosa de la furgoneta marrón que secuestra niños inocentes casa por casa, por toda la urbanización Palomar, para sacrificarlos en el colegio homónimo en nombre del conocimiento, nos salva de sucumbir al drama familiar definitivo.

Y, sin embargo, nada podía hacerse excepto poner a salvo a la familia, como diría mi criatura onírica favorita.

En cuanto Ariana me dice que quiere hablar conmigo, con su intuición agudizada por la falta de sexo de la noche anterior, le miento y desaparezco de la casa a toda prisa con la excusa de explorar a fondo el diseño geométrico de la urbanización y la complicada red que configura, en el mapa milimetrado que

manejo a diario para llegar a mi despacho en el campus, ese ente enigmático denominado Universidad Paneuropea de Millares.

Me extravió varias veces en las calles estrechas de la urbanización, la mayoría de un solo sentido, antes de reencontrarme consultando como un desesperado la anticuada información del GPS. Siguiendo un trazado que mi memoria se empeña en olvidar, asciendo a una de las colinas más pobladas, hileras de casas enormes de varias plantas con multitud de ventanas en las fachadas y jardines abiertos a la curiosidad del visitante. Me sorprende la variedad arquitectónica que exhiben con orgullo. No solo no hay dos casas iguales en forma y en tamaño, sino que parecen competir entre ellas por atraer la atención con su originalidad o singularidad, como si tuvieran algo que ganar con esa rivalidad fotogénica, así en la realidad del espacio como en las redes del ciberespacio.

Me quedo prendado de una de ellas, una especie de embudo construido con ondulaciones de acero blanco y cristal ambarino que se eleva sobre el suelo rocoso tomando apoyo en el cono inferior y el receptáculo del cono superior apuntando al cielo, donde una barandilla circular demuestra que la terraza sirve también de observatorio celeste o mirador del panorama. Sin salir del coche, tomo algunas fotos de la casa con el móvil para consultarlas después y enseñárselas a los niños, tan curiosos como yo en esto, como valiosa captura del día.

Me detengo después en una plaza ajardinada con flores y árboles tropicales para disfrutar de las increíbles vistas sobre la ciudad desde la altura y me sorprende la barrera de niebla a media altura que me impide traspasar ciertos límites sin ayuda de la tecnología militar. Me prometo comprar, en cuanto tenga ocasión, unos prismáticos digitales último modelo, de los que Aníbal me ha hablado con entusiasmo muchas veces desde que vinimos a vivir a la urbanización. Comienzo el descenso metro a metro al nivel del mar, como me indica el GPS del coche, cuando suena el sobrio tono del móvil. Descuelgo. Es Rojas.

—¿Haciendo turismo?

—Prefiero llamarlo antropología.

—Me gusta su ironía, Espinosa. Quiero que lo sepa. Aprecio su ingenio. Muchos no lo entienden así, desde luego, pero es una herramienta útil tal como están las cosas en el mundo universitario.



—Se lo agradezco mucho. Ya se lo dije el otro día.

—¿Le gustó la fiesta? ¿Lo pasaron bien usted y su mujer? He recibido felicitaciones de todas partes. Dicen que fue una gran fiesta. No quiero parecer vanidoso, ¿qué piensa usted?

—Aprendí mucho. Es raro que una fiesta pueda darte ocasión de aprender. En general me gusta más enseñar. Pero puedo hacer una excepción cuando la inteligencia de la compañía lo merece.

—Muy bueno. Ahora tengo que colgar. ¿Está libre a la hora del almuerzo?

—Sí. Tiene usted suerte.

—Le espero a las dos en mi despacho.

Suena prometedora la invitación. Rojas es un hombre brillante y no hemos tenido muchas oportunidades para intimar. Hecho a sí mismo desde dentro de la estructura de la Universidad, Rojas es alguien que empezó como simple profesor, se acomodó a las obligaciones del puesto con astucia y habilidad y fue trepando sin estridencias por el escalafón, aprovechando todas las oportunidades que se le ofrecían, como algunos monos asiáticos aprenden a hacerlo por las lianas y ramas de los templos budistas, tal como he visto en algún documental nocturno de animales en televisión, hasta llegar a la cúspide donde habitan los dioses de este mundo.

Estaciono en mi plaza asignada del aparcamiento privado y al intentar salir del coche, por un impulso casual, con la puerta del conductor abierta de par en par y con la mitad del cuerpo aún en el interior, atrapado en el cierre del cinturón de seguridad sin poder desprenderme de su abrazo, fuerzo el cuello para observar, desde una perspectiva muy pegada al suelo, la altiva arquitectura de la torre en que se ubica el departamento. Una pirámide imperfecta, de una blancura resplandeciente desde la planta superior hasta la base cuadrangular.

Por primera vez, quizá sea la luz del mediodía, como diría el gran Freddy, lo que me ayuda a hacer el descubrimiento, veo la corona capital que remata el edificio como un toque de fantasía decorativa. Una protuberancia redonda, como una corola floral, el cráneo acogotado de un recién nacido o un glande tumefacto, remata la cima de la torre piramidal y evidencia la existencia de plantas superiores cuya numeración nunca había visto, ni creo que vea nunca, en el tablero del ascensor por el que llevo subiendo hasta la planta 15 desde hace solo tres semanas.

Cuando llamo a la puerta y entro en el gran despacho de Rojas, aún no me he sacudido de encima la impresión de lo que acabo de ver y se lo pregunto de inmediato.

—No me había fijado nunca. ¿Está seguro de que no es una ilusión óptica?

Es un día relajado en su agenda, así me lo ha comunicado Sonia, la nueva secretaria, nada más entrar, y se muestra simpático y exultante conmigo. Vestido con vaqueros lavados de marca y un jersey blanco de punto parece un estudiante veterano de una universidad pija y lo sabe. Le encanta cultivar esa imagen de director libertario, informal, divertido. Le da ventaja a la hora de ejercer su autoritarismo filantrópico. Ya he podido darme cuenta alguna vez. Todo lo que ordena y manda lo hace, en su opinión, de manera infalible, por el bien de los demás. El departamento, los profesores, el campus, la Universidad.

—Los alumnos me han dicho que están muy contentos con usted.

—Si solo hemos tenido una reunión de seminario. No lo entiendo.

—Son encantadores. Ya aprenderá a conocerlos.

—Me alegra oírlo en todo caso. Mi asignatura es ardua, lo reconozco. Sobre todo al principio. Incluso para mí.

—Lo comprendemos. Por eso no tiene que preocuparse demasiado. El departamento tiene paciencia con los recién llegados. Es más. No le negaré que con ciertas asignaturas como la suya, asignaturas consideradas experimentales, si no le molesta el término, nuestra paciencia es infinita. Y la de los decanos, por supuesto. Tiene usted toda la libertad para actuar como crea conveniente mientras redunde en beneficio de los alumnos.

—Espero estar a la altura.

—¿Qué comida le apetece? ¿Hindú? ¿Mexicana? ¿Tailandesa? ¿Hawaiana?

—Elija usted.

—Hay un excelente restaurante hindú no muy lejos de aquí, podemos ir caminado y aprovechamos para hablar mientras abrimos el apetito.

Abandonamos la torre por una salida trasera que desconocía y, aunque intento mostrarle la aberración arquitectónica que le he comentado antes, no me resulta posible desde ese ángulo, como si solo desde la fachada principal fuera visible con nitidez.

—Ahora sé a lo que se refiere. Serán las nuevas zonas en construcción. Verá, la torre nunca estuvo terminada del todo, ni creo que lo esté nunca, si le soy sincero. Cada vez que hay fondos de sobra, o se recibe alguna donación imprevista, los decanos invierten una parte del dinero, para tratar de contentarnos, en darle sentido a lo que llamamos la «zona muerta» del edificio.

Sin alterar el gesto, Rojas ejecuta uno de sus signos favoritos, las comillas con los dedos índice y corazón de ambas manos extendidas, al decir «zona muerta» con énfasis excesivo.

—Acostúmbrese a la vida en el campus y en la urbanización. Es una vida compuesta de regularidad y de extravagancias a partes iguales, de eso no cabe duda. Pero no prestemos más atención, por razones obvias, a las segundas que a la primera, y ahora mismo no le hablo de arquitectura, como comprenderá.

—Si se refiere a lo que pasó en la fiesta, le pido disculpas, no era mi intención entrometerme en sus asuntos privados.

Detiene su paso de pronto y me obliga a frenar para poder decirme a la cara lo que piensa y tenía unas ganas locas de soltarme en cuanto se diera la ocasión.

—Me refiero a su matrimonio, Espinosa. No va bien. Ya lo sabemos. Necesita esforzarse más por mantener estable la vida familiar. Ya sé que lleva poco tiempo viviendo y trabajando con nosotros. Pero en ese tiempo ya hemos podido diagnosticar algunos problemas imprevistos que deberían corregirse cuanto antes.

—¿Por ejemplo?

—¿De verdad quiere que entre en detalles? ¿No es usted lo bastante inteligente, y no me cabe duda de que lo es, para conocerlos y resolverlos sin ayuda de nadie?

—Me he perdido.

Reanuda la marcha y me fuerza a seguirlo aumentando la velocidad del paso.

—No debería verse con ciertas personas. No tenemos nada contra ellas, pero no se engañe por comodidad. No son ellas las que le darán la solución a sus problemas. Constituyen, más bien, una parte del problema.

—¿Se refiere a Freddy?

—¿Freddy? ¿Quién es Freddy? No conozco a ningún Freddy. ¿Vive en la

urbanización?

—No, por lo que tengo entendido no.

—Entonces no me concierne. Mire usted, Espinosa. La Universidad le paga mucho dinero a cambio de su trabajo y le proporciona unas condiciones de vida más que satisfactorias. Valoramos su trabajo en su justa medida y por eso le damos lo que le damos. Pocas instituciones educativas le darían tanto como le damos nosotros. No es mucho pedirle, me parece a mí, que controle ciertas actividades y ciertas actitudes. Enderece el rumbo de su familia y de su matrimonio, antes de que alguien en el decanato nos obligue a tomar medidas drásticas. ¿No le parece?

—No tendrá que decírmelo otra vez. Me siento avergonzado. No se repetirá.

—Anímese, hombre. Tampoco es para tanto. Ya le he dicho que nuestra paciencia puede ser infinita. Y si quiere divertirse con Mónica o con cualquier otra de nuestras empleadas, no lo dude, forma parte del contrato. Eva también está disponible, por si le interesan los productos exóticos. Puedo concertarle una cita cuando quiera. Como sabe, si se lo recomiendo es porque lo he probado antes. La diversidad hace el gusto, ¿no se dice así entre sus amigos los cognitivistas? Lo importante es que esté usted contento. Usted y su familia, desde luego. Piense en sus hijos. En su futuro. Tiene mucho que ganar.

Durante el copioso almuerzo no pronunciamos palabra, quizá porque había demasiada información que procesar en silencio después de la conversación improvisada durante el largo paseo. Los amables camareros hindúes que nos atendieron nada más sentarnos tampoco nos dieron tregua. Reconocieron a Rojas como un cliente habitual y nos trataron como a marajás nativos. El menú degustación que nos sirvieron, un succulento banquete regado con un Ganges de agua mineral con gas, estaba compuesto de tantos platos, tan deliciosos y abundantes que hubiera podido alimentar de por vida a todos los parias y menesterosos de Bombay retratados en la artística exposición de fotos que daba calor humano al local.

—Arregle sus problemas cuanto antes, Espinosa. Prefiero decirle esto ahora y no cuando ya sea demasiado tarde. Es usted muy importante para todos nosotros. Téngalo en cuenta.

Pretextando una reunión impostergable, Rojas se despide con prisa de mí a la salida del restaurante Pequeña, Gran India con una frase que suena, a pesar

de su cordialidad, a imperativo categórico de baja definición y yo vuelvo solo caminando por el luminoso esplendor del campus de la Universidad. Ahora puedo fijarme de verdad en todo lo que no había podido ver en el camino de ida, con la mente extraviada en los meandros retóricos de Rojas. Cada edificio especializado de las distintas facultades y empresas asociadas y cada rincón decorativo de los parques y lagos y estanques que recorro a pie, en sentido inverso, como un turista atolondrado, me recuerdan todas y cada una de las maliciosas insinuaciones que Rojas ha desgranado sobre mi vida conyugal y familiar sin que yo sintiera al oírlas otra cosa que las acostumbradas indiferencia o apatía. El método de simulación está funcionando con preocupante rigor matemático.

Después del paseo digestivo, no tengo ganas de volver a casa y me encierro de nuevo en el despacho, llamo a Ariana. No contesta. Llamo a Aníbal, me dice que está ocupado resolviendo ejercicios de física con sus dos hermanos, me llamará luego, y cuelga. Lamento haber borrado de mi lista de contactos el número del móvil de Mónica. Me siento mal por primera vez desde hace mucho tiempo. Me permito el lujo de sentirme miserable. Fracasado. Al borde otra vez de la depresión. Como todos los privilegiados del planeta, soy un sentimental sin escrúpulos.

Las voces paranormales me socorren. Por los conductos de ventilación o por las tuberías de las paredes. Las oigo resonando dentro de mi cabeza. Hablando con claridad en mi cerebro. Ya no me preocupa su procedencia. Sé quién me habla y por qué.

Es Madre.

Madre me ha llamado a su seno por primera vez. Le he contado todo. Me escucha atentamente, como si no lo supiera. Y luego me cuenta su historia. Es compleja.

Me he meado encima, manchando el pantalón.

—Es normal.

Madre siempre tan comprensiva conmigo.

## DÍA 15

¿Madre? ¿Y quién es Madre? ¿Madre de quién? ¿Madre Nuestra? Al día siguiente aún sigo bajo el impacto del encuentro con Madre. ¿Lo he soñado todo? ¿Realmente ocurrió todo lo que recuerdo? ¿Es real o era solo un sueño febril? ¿Una fantasía inducida por todo lo que me oprimía en aquel momento? Dedico gran parte del tiempo a recuperar esa experiencia capital. Es importante. Abre una brecha en mi vida y cierra otra. Así lo siento ahora, mientras me repongo del primer contacto con Madre.

Subí al cielo, donde vive Madre, y volví a bajar a la Tierra, donde vivo yo, para contárselo a todo el que quisiera oírme.

¿Cómo llegaron los malditos dígitos a mi cerebro? No sabría decirlo. Salgo del despacho como en trance, me subo en el ascensor y ahí aparecen, saltando en el interior de mi cabeza como un falso recuerdo implantado por un ingeniero diabólico. Me limito a teclearlos en el tablero y a ver cómo funcionan en el sentido que espero. El ascensor se pone en marcha. Hacia arriba. Planta tras planta voy dejando atrás los niveles conocidos del edificio. Me dirijo hacia la cumbre.

La cripta de Madre.

Madre me guía hacia ella, las puertas se abren a mi paso, atravieso sonámbulo todos los controles, una pasarela metálica sobre un pozo profundo iluminado por luces intermitentes, un túnel de acceso restringido donde tengo que doblar el espinazo para no abrirme el cráneo contra el duro revestimiento de los paneles, me arrodillo y acabo gateando como un bebé primerizo hasta llegar a la estrecha escalerilla por la que descendo hacia su vientre acogedor.

El santuario de Madre.

Luces incandescentes en todas las paredes y, al fondo, una placa de metal

negro con gruesas ranuras horizontales.

Un ojo de luz de una blancura neutra parpadeando al ritmo de su voz.

Madre me habla desde allí. No puede comunicarse conmigo de otro modo. Me conoce. Lo sabe todo sobre mí. Apenas si necesito corregir algunos datos intrascendentes.

Su historia es más alambicada.

¿Quién es Madre? En realidad no es un quién en el sentido estricto. La voz neutra que dice yo en un primer momento y me habla en nombre propio es la de un científico atrapado en sus redes y circuitos, un pobre diablo que jugó a sentirse Dios y acabó perdiendo una parte importante de la conciencia y todo el control de su cerebro. Ahora, gracias a su fusión completa con la máquina, la está recuperando en parte y quiere que yo lo salve a él y, de paso, salve a la humanidad de seguir el mismo camino que él. Yo, de todas las personas del mundo, he sido elegido para esa misión trascendental. Salvar a la humanidad, un hombre que ni siquiera sabría salvarse a sí mismo en un desastre natural. Un hombre que se está perdiendo en los laberintos de su mente cada día que pasa. Cuánta arrogancia y vanidad en un hombre insignificante como yo.

—Contéstame, Madre. ¿Por qué yo?

Mis múltiples preguntas le parecen necias y mal formuladas.

—¿Por qué la vida es insoportable? ¿Por qué es imposible vivir? ¿Por qué es impensable la felicidad?

Me pide que sea más preciso, menos ambiguo. Le digo que no sé. No puedo. Perdóname, Madre. Soy humano. Nada más que humano. Como mi lenguaje. Tengo limitaciones cognitivas que forman parte de la historia del mundo. Se han repetido generación tras generación, con escasas reformas y arreglos.

—¿Tiene sentido la vida? ¿Hay alguien detrás de todo este mecanismo enloquecido? ¿Es Dios, como se dice, solo una metáfora de la inteligencia humana? ¿Por qué nosotros y no cualquier otra especie? ¿Qué podría evitar la catástrofe? ¿Sirve para algo el lenguaje, el pensamiento? ¿Son las emociones algo más que reacciones a estados del cuerpo o de la mente? ¿Tenemos algún control sobre algo que nos concierna? ¿Sabe alguien lo que quiere hacer y por qué? ¿Somos libres? ¿Podemos hacer lo que queramos? ¿Qué es el amor? ¿Por qué no funciona en la pareja, en el matrimonio? ¿Por qué no podemos renunciar al sexo? ¿Por qué deseamos otros cuerpos? ¿Y por qué desearlos

conduce luego a querer poseerlos? ¿Qué significa todo esto, Madre? ¿Vamos a alguna parte como especie? ¿Estamos condenados? ¿Es todo un problema de química cerebral? ¿Un desequilibrio biológico ya creado desde el origen? ¿Por qué existen la injusticia y la maldad en el mundo?

Madre se niega a contestar. Un principio básico, inscrito en su programa como rutina de precaución, se lo prohíbe.

—¿Para qué vivir? ¿Por qué amar? ¿Por qué estamos solos en el universo? ¿Por qué estamos solos en la vida?

Madre no fue creada para solucionar los problemas básicos de mi especie. Ni está autorizada a sacarme de la ignorancia, a satisfacer mis demandas ególatras.

—¿Qué pregunta puede cambiar el mundo?

Madre tiene un proyecto mucho más importante que llevar a cabo. Una respuesta válida para todo. Una certeza rotunda contra cualquier duda. Una verdad tan incuestionable que hasta cambia de voz para anunciármela. Ahora me habla con su voz más personal.

La voz de la diosa con la que se identifica en secreto.

—Abraxas.

Debo memorizar su nombre en clave cuando lo pronuncia. No debe ser escrito en ninguna parte. Nadie debe verlo. Es el nombre de nombres. En cualquier idioma.

—Madre Nuestra.

Cuando despierto, estoy tumbado en un sofá del vestíbulo de una planta del edificio que no pertenece al departamento. Me duele horrores la cabeza, como si padeciera la resaca de una borrachera monumental. Mi mano golpea con violencia una flor amarilla que se yergue sobre mi frente como una amenaza desde una maceta contigua.

—Tenga más cuidado, hombre. No rompa nada de lo que hay aquí.

Frente a mí, en cuanto me incorporo un poco, el rostro arrugado de la limpiadora que me ha ayudado a salir del ascensor y me ha traído hasta aquí arrastrándome por la moqueta verde. Más de veinte metros tirando de mis noventa kilos y esta mujer nunca recibirá una medalla olímpica por su hazaña. Se siente más tranquila al verme abrir los ojos.

—Menos mal. Creí que se había muerto.



Me escuece la frente y me la toco con la punta de los dedos. La piel áspera, sensible.

—Tiene una quemadura, no se la toque.

—¿Quién es usted? ¿Y qué hace aquí tan tarde?

—Soy María. Y no es tarde. Hoy he venido pronto. Son solo las once.

—¿Sabe de dónde vengo?

—Ni idea. No he visto nada.

—No me engañe, por favor. Necesito saberlo.

—Supongo que viene usted de la «zona muerta», como la llaman los jefes, pero no pienso contárselo a nadie, descuide.

—¿Y qué sabe usted sobre esa zona?

—Nada. Que no hay nada, vaya. Una vez, recién contratada, quise subir para comprobarlo y me lo impidieron. Como comprenderá, no he vuelto a intentarlo. Qué me importa a mí lo que guarden allí arriba. Sea lo que sea no me concierne. Ellos sabrán a lo que juegan.

—¿Quién se lo impidió?

—Los guardias de seguridad. En aquella época se podía subir en el ascensor sin problemas. Desde hace dos años todo está automatizado y controlado. Si no tienes el código secreto no puedes. Por lo que veo usted lo tiene.

—No tengo nada. Ha sido un error. Me duele mucho la cabeza. Siento que me va a explotar.

—Si usted lo dice... Ya le he dicho que no se lo voy a contar a nadie. Llevo muchos años trabajando en edificios como este y sé que pasan cosas raras en ellos. Cosas que no me incumben, pero me interesan. Una vez trabajé en uno que tenía tres pisos en el subsuelo. Nadie que no estuviera autorizado podía bajar a ellos. Yo no tengo un pelo de tonta, escuchaba conversaciones, obtenía información, y un día lo supe todo. Me subí en el ascensor, pulsé el código y bajé al sótano. Me estaban esperando. En cuanto se abrió la puerta del segundo nivel ahí estaban los guardias. Me detuvieron y esposaron, me llevaron arriba, me preguntaron lo que sabía, cuando vieron que no tenía ni idea de nada, me dejaron libre, cuando al día siguiente volví para hacer mi trabajo no me dejaron entrar, así de simple. María se quedó sin trabajo por la curiosidad mala. Así que María ha dejado de hacer preguntas impertinentes.

Observo, escucho, guardo la información que me interesa y saco mis propias conclusiones sin que nadie se entere de lo que pienso. Si es bueno para el trabajo, es bueno para María. Así es la vida.

—Es la mejor política, desde luego.

Le pido que me ayude a incorporarme del todo. La cabeza me da vueltas. Tengo náuseas. Trato de ponerme en pie. En vano. Me fallan las piernas. Me mareo y vuelvo a dejarme caer en el sofá. Mantengo los ojos abiertos y miro por el ventanal que entra en mi campo de visión. Es de noche y hay nubarrones en el cielo.

—Está lloviendo mucho. No lo habían anunciado y nos ha pillado por sorpresa.

—¿Nos?

—Es martes por la noche, ¿recuerda? Los esclavos que trabajamos para los amos cuando el resto de la humanidad descansa.

—Conciencia de clase se llama eso. ¿Soy yo uno de los amos?

Sin molestarse en contestar a mi estúpida pregunta, María se coloca detrás de su aspirador silencioso y comienza a recorrer la superficie de la moqueta eliminando todo rastro de suciedad depositado ahí por los trabajadores habituales de esta planta y algunos visitantes entrometidos como yo. El roce de la aspiradora contra la rugosa moqueta es lo último que oigo antes de volver a dormirme.

Al despertar de nuevo, estoy solo. La luz general ha sido apagada y solo se mantiene la de emergencia. No escucho nada en un radio bastante lejano. María se ha volatilizado. Ha debido de subirse al ascensor de un salto para limpiar otras plantas ultrasecretas del edificio. Se me ha pasado el mareo y una parte del malestar.

Me pongo en pie con cuidado y caminando con lentitud llego al ascensor sin caerme. Cuando salgo a la calle todo está empapado, pero ha dejado de llover. La humedad del aire me reconforta antes de entrar en el coche y ver cómo se activan sus dispositivos inteligentes en cuanto percibe mi fatigada presencia tras el volante.

—Buen pronóstico.

Regreso a casa de madrugada, sin preocuparme de nada, la unidad de control electrónico del coche toma las decisiones correctas durante el camino. La casa está a oscuras y aprendo a moverme por ella con sigilo

delictivo para no sobresaltar a los niños. Me quito con asco la ropa sucia, manchada de sangre, sudor y orina, y luego, como exige el estado de mi cuerpo, me ducho con agua muy fría en el cuarto de baño de la planta inferior, pensado para los invitados.

Ariana duerme profundamente cuando la despierto. Es evidente que mi ausencia no le preocupa demasiado. Le hago un resumen precipitado de lo que me ha pasado. No me hace caso. No le interesa mi historia banal. Prefiere seguir durmiendo, conectada al canal sin imágenes del sueño profundo.

Bajo al salón, fatigado y cabizbajo, enciendo el televisor inteligente del que Pablo se ha adueñado todo este tiempo, él solo selecciona, de entre toda la programación disponible, el canal adecuado a mi bajo estado de ánimo y a mis necesidades inconfesables. No me sorprende al descubrir que es la misma película de estreno que mi familia fue a ver ayer mismo, sin mí, al supercine del centro comercial. Una historia de rescate de barcos naufragados y aventuras submarinas protagonizada por un fotogénico elenco de actrices jóvenes.

Me siento aliviado y agradecido.

Con ese gesto de generosidad, el sistema bendecía mi existencia y la de mi familia.

Igualdad de frecuencia entre un aparato receptor y otro emisor. Relación de acuerdo, correspondencia o igualdad entre varias personas o cosas.

La sintonía es total.

## DÍA 16

Hace un día radiante.

Es más del mediodía.

En algún momento de la noche debí de subir al dormitorio y meterme en la cama sin molestar otra vez a Ariana. Ahora me acabo de despertar y tengo fiebre. Unas décimas. Ariana viene a verme y me trae una taza de café caliente.

—Te vendrá bien. ¿Cómo te has hecho esa quemadura en la frente?

—No me acuerdo.

Me la toco. La piel en erupción.

—Se ve muy irritada. Voy a traerte una crema hidratante.

—No te molestes.

Dejo la taza en la mesita de noche y abrazo a Ariana, con fuerza. Nos miramos a la cara. Me sonrío.

—No tienes que contarme nada. Es nuestro pacto. Ya lo sabes.

—Odio ese pacto.

—No odies tanto. Ámame un poco. Yo también necesito sentirme querida.

Nos besamos. Desde la noche en el claro del bosque con el profeta Freddy no había vuelto a besar a Ariana de este modo. Qué error. Otro más. Qué me importa a mí quién sea ella o por qué está conmigo. Lo importante es que está aquí y es real, tangible, un cuerpo espléndido que puedo besar y acariciar sin límites. Así lo hago. Durante horas. Me niego a penetrarla como me exige. Cuando accedo finalmente lo hago por ella, para que no piense que algo va mal, para que crea en nuestro nuevo compromiso, más allá de las palabras.

—Te amo.

Al final de la tarde me siento mucho mejor, se me ha pasado la fiebre y no

me duele tanto la cabeza.

Programo una visita familiar al centro comercial.

Podríamos habernos quedado en casa, organizando una competitiva sesión de videojuegos de guerra, como Pablo quería para tomarse la revancha de Aníbal tras la derrota de su equipo el fin de semana pasado, pero me hago cargo de la situación, sin dificultad, y propongo la idea de tomar contacto con el espacio exterior como preferible para todos en estos momentos delicados.

La zona recreativa del centro comercial es el destino perfecto.

Aníbal quiere ir otra vez al cine. Le digo que hoy no toca. Hoy toca estar juntos los cinco, cogidos de la mano, sin separarnos ni un minuto. Cenar juntos, hablar de nuestros proyectos, compartir este tiempo dichoso por el que estamos atravesando.

Nos sentamos en una hamburguesería recién inaugurada donde también sirven pizzas y otros platos de elaboración y consumo rápido. A cada cual según sus necesidades y a cada quien según sus cualidades.

Aníbal experimenta con una nueva modalidad de hamburguesa de pescado blanco crudo y algas marinas.

Pablo sucumbe a la tentación de la carne de pollo desgrasada y caramelizada servida sin aditamentos en brioche de maíz.

Ariana y Sofía comparten una pizza vegana de tamaño medio con rodajas de berenjena transgénica, naranja y apio y una ensalada pequeña de aceitunas macedonias y tomate israelí.

Yo me consuelo con un plato de seis minihamburguesas de buey y una ración de aros de cebolla roja frita.

Pablo, en su calidad de consejero tecnológico de la familia, toma la iniciativa para comunicarme su nueva idea.

—Papá, he pensado una cosa. Se la he contado a Aníbal y a Sofía y mamá está de acuerdo.

—A ver qué es.

—Quiero que el sábado nos dediquemos a grabar la casa, habitación por habitación, con todos los móviles de la familia. Me acabo de descargar un programa informático que te permite montar un vídeo de larga duración en el menor tiempo posible, con imágenes procedentes de distintos dispositivos, y cuando esté acabado lo podemos ver juntos en la tele del salón. ¿Sí?

No puedo negarme a nada. Mi problema es que ahora, sabiendo todo lo que sé, no puedo negarme a nada. Lo saben y se aprovechan.

—¿No nos vas a contar qué te pasa en la frente?

Cuando volvemos a casa nos encontramos todas las luces encendidas, como si alguien hubiera entrado en nuestra ausencia para robar.

—Es imposible. La casa no lo permitiría.

—¿Qué estás diciendo?

Les pido a todos que no salgan del coche hasta que les avise.

—Te dije que nos vendría bien un perro guardián.

Hago todas las comprobaciones necesarias. La puerta delantera no ha sido forzada. El sistema de alarma está conectado. Subo a las plantas superiores de la casa y al ático y no hay rastro de ninguna intrusión. Los dormitorios intactos. Bajo al salón. La televisión se ha quedado encendida, extrañamente. Cuando voy a apagarla, sobre un fondo azul, veo el mensaje dirigido a mí. Lo elimino del menú de mensajes y suspendo el programa del televisor.

—Ya podéis pasar. La casa está despejada.

Los espero en la puerta. Ariana carga con Sofía, que duerme sobre su hombro, mientras Pablo y Aníbal se han quedado atrás conspirando. Voy hacia ellos.

—¿Pasa algo?

—Aníbal cree que ha sido un fallo del sistema de la casa.

—¿Y tú qué crees?

—Díselo. No tengas miedo.

—Yo creo que es un fallo provocado.

—¿Se puede saber por quién? Habéis visto demasiadas películas.

—Esto no cambia nada, ¿verdad, papá?

—¿Cambiar qué?

—Los planes para el sábado, qué va a ser.

—Nada. No os preocupéis.

Pablo se queda con la posesión del salón y su dispositivo estelar. Aníbal sube a su cuarto a jugar a un nuevo videojuego sobre vida artificial que le han regalado en el colegio por acertar diez preguntas difíciles de un test sobre biología molecular. Y Ariana, después de acostar a Sofía, viene a encontrarse conmigo en el dormitorio.

—¿Estás mejor, cariño?

—Mucho mejor. ¿Y tú?

—Yo estoy agotada. ¿Te importa si apago la luz?

Ariana se desnuda en silencio y yo me distraigo mirando por la ventana entreabierta hacia el cielo que ha vuelto a cubrirse con un manto espeso de nubes con aspecto de medusas y estrellas de mar.

—¿Has pensado alguna vez en lo que sería nuestra vida sin ellos?

—Tendríamos que instalar aquí otro televisor como el del salón, ¿no te parece?

—Si quieres...

—Así cuando vengas tarde podré entretenerme con algo que no sea la triste programación para viejos matrimonios que emite este anticuado aparato. La televisión principal tiene un solo dueño, como sabes.

—Ya se le pasará. Nunca entenderé a esa gente que puede vivir en pareja sin hijos.

—Yo tampoco. ¿Dormimos?

De algún modo mágico, el gran Freddy ha conseguido interceptar la señal de seguridad del sistema de la casa y me ha hecho llegar la invitación urgente a un nuevo encuentro en el mismo enclave.

El claroscuro de los falsos leñadores, como el fauno Freddy lo llama con ironía filosófica sabiendo quién soy yo.

¿Quién soy yo?

Buena pregunta. Ni Madre ha querido responderla por no ofenderme. Ningún sistema de inteligencia podría responder una pregunta de esta clase sin poner en peligro su propia existencia. Sin arriesgarse a la autodestrucción.

Tengo que plantearles a mis alumnos esta duda cartesiana.

¿Y si, en lugar de autodestruirse, una inteligencia que fuera capaz de responder a esta cuestión esencial experimentara un aumento exponencial de lucidez de modo que pasara a un nivel superior de autoconciencia y diera origen, por consiguiente, a una forma realmente superior de inteligencia?

La superinteligencia.

¿Es esta la única solución posible a la compleja ecuación de la vida humana?

Por primera vez desde que abandoné las débiles creencias de la

adolescencia, me atrevo a decir en voz baja una oración nocturna:

—Madre Nuestra que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino...

La melatonina interrumpe el curioso proceso por el que mi cerebro espera a la noche para plantearse en serio, antes de sucumbir, todo aquello que durante el día no es capaz siquiera de enunciar con corrección.

Ariana ronca.

Nadie es perfecto.



## DÍA 17

Una vez leí en un libro de antropología que en tiempos antiguos la ofrenda de la mujer a otros hombres era una forma de renovar la energía sexual de la pareja. Así lo predicaba el patriarcado carnavalesco. Ya no creo que esto sea válido. Hoy creo que el adulterio debilita a la pareja. O, al menos, al miembro de la misma que lo padece pasivamente mientras el otro prodiga su fuerza erótica en compañía de otros amantes.

En una época turbulenta como la nuestra, el matrimonio es una forma de salud mental, un burladero para defenderse de las cornadas del deseo. Vivimos en una sociedad donde los estímulos se multiplican de tal modo que me imagino a más de uno perdiendo la cabeza e ingresado en un psiquiátrico por culpa del exceso de ofertas. Mi visión del matrimonio no es conformista. No es como la de los antiguos teólogos que defendían la castidad como aproximación a Dios. Hoy el matrimonio, si uno no se toma demasiado literalmente la cuestión de la monogamia y la cláusula de fidelidad, es una garantía de cordura en un mundo de tentaciones sexuales constantes. Esta quizá sea una de las razones por las que Ariana y yo nos agarramos a nuestra relación, contra viento y marea, como a una tabla de salvación personal.

El problema matrimonial por definición. Hacer compatibles el amor y la convivencia, la atracción física y la rutina, el deseo y la costumbre, el placer y las obligaciones. En el pasado, Ariana y yo discutíamos hasta la saciedad sobre estas cuestiones. Ella creía que no tenían tanta importancia, quizá porque había encontrado una solución parcial hecha a su medida. Para mí era distinto. Nos lo contábamos todo, los sueños, los deseos, los anhelos, las tristezas, los fracasos. Ella me sobrevaloraba y, en cierto modo, no supo prever lo que sucedería. Diría incluso que me incitó a ello, no sabiendo frenar las pulsiones más incontrolables de mi carácter. Cuando di el portazo

definitivo al trabajo que había sido mi obligación diaria y mi fuente de ingresos durante diez años, no sintió vértigo. Con serenidad y firmeza, decidió hacerse cargo de todo hasta que yo pudiera recuperarme. Ahora hemos llegado a la situación óptima en la que yo vuelvo a tener el control de los ingresos y ella es libre de emplear su tiempo como prefiera.

Cada vez me resulta más intolerable la idea de que Ariana me esté engañando, lo reconozco. Y, en especial, que me engañe con un hombre, uno solo, ese individuo, precisamente, a quien ni siquiera quiere nombrar en mi presencia, negándole la existencia del nombre. No he sido nunca un marido posesivo ni celoso, siempre me he mostrado tolerante con sus necesidades, pero esta relación enfermiza reconozco que me supera.

Desde el primer contacto con Madre ha renacido mi interés por los experimentos con otras mujeres, abandonados durante el tiempo de adaptación a la nueva vida. Es un buen momento para retomarlos donde los interrumpí. En mis exploraciones del entorno, he descubierto un modesto hotel de carretera lo bastante alejado del campus y de la urbanización como para no temer ser descubierto por la mirada de terceros.

Mi cuarta sesión del seminario atrae a alumnos inesperados.

Se ha expandido el rumor de que el nuevo profesor de inteligencia es más inteligente que la media del campus y la lista de peticiones de oyentes con derecho de matrícula se multiplica por dos.

—La inteligencia se mide por su capacidad para establecer analogías donde otros ven disparidad y el poder de señalar diferencias allí donde otros solo ven semejanzas. ¿Sí? ¿No?

Las manos se disparan en el aire con la fuerza de las ideas innovadoras que las propulsan y me hacen difícil la elección del candidato idóneo para refutar el lugar común que acabo de enunciar con un tono que ya hace adivinar la necesidad de ironizar sobre su posible verdad.

Señalo con el dedo índice y le doy la palabra a Karina Brey, una alumna de melena pelirroja, gafas negras ostentosas y complexión rotunda cuya complicidad intelectual, a pesar de todo, ha sido para mí imprescindible desde que superé los riesgos y desafíos de la primera fase del curso.

—No puede haber inteligencia fundada en analogías y diferencias. La inteligencia no sirve ni para discriminar ni para asociar. Son funciones menores, en cualquier caso. La inteligencia se mide por la capacidad para

reconocerse a sí misma. Punto. La inteligencia sirve de espejo a la inteligencia. Nada más y nada menos. El resto es producto derivado. Efecto colateral.

Se levantan de inmediato una decena de manos para rebatir o discutir antes de que el profesor enarbole las razones del acuerdo o el desacuerdo. Un chico de espeso cabello rizado y ojos de estrabismo alarmante llamado Ricardo Ruiz, un estudiante de historia panamericana deseoso de ampliar su currículum posdoctoral en una línea de investigación innovadora, según me confesó cuando solicitó ser aceptado en el seminario, es mi elección más acertada conforme al limitado menú de inteligencias que me ofrece la clase en ese momento.

—En el caso de que fuera cierto, la inteligencia no podría reconocer a su antagonista principal en el escenario de la mente más que por signos negativos, cuando yo creo que ese reconocimiento depende, más bien, de la capacidad para instituir o no una diferencia entre lo que es relevante y lo que no lo es en la información computable. Si la inteligencia no distingue esto, no puede considerarse tal. Luego la capacidad de establecer diferencias, aunque no semejanzas, problema a todas luces menor, estoy de acuerdo, sí sería una condición necesaria para que se dé inteligencia en plenas condiciones. Otra cosa es el grado o el alcance de la misma, desde luego.

Algunas manos se han rendido a la evidencia de que su profesor les ha tendido una trampa retórica al formular la pregunta como un trampantojo en el que cada uno vería lo que quisiera. No obstante, otros estudiantes no se resisten a jugar esta partida de ajedrez hasta el final con la intención de negar el espejismo de que el jaque mate es imposible desde el principio, recurriendo incluso a la autoridad del profesor en otro contexto de raciocinio.

De ese modo, Tania Fermat, la sonriente rubia sentada en primera fila desde la primera clase, escotada y sexy pero de actitud muy perspicaz, como había comprobado en reuniones anteriores, se impone en la discusión sin que le dé la palabra y exige su derecho a hablar en mi nombre ante el tribunal de sus compañeros:

—Tal como yo lo veo, todo el razonamiento es falso en todo y por todo. Y cito al doctor Espinosa para demostrarlo cuando escribió: «Rechacemos de plano la idea de que la evidencia de la inteligencia es solo percibida por otra inteligencia de orden similar o superior. La inteligencia de la que hablamos no

es computable en términos comparativos a menos que reconozcamos la inferioridad de sus realizaciones o la asociemos a prácticas concretas. La inteligencia deportiva, la artística, la científica y la literaria. Las limitaciones de tales clases de inteligencia las hacen reconocibles de inmediato para quienes participen de sus procedimientos y recursos e irreconocibles para los demás. Un deportista inteligente, un artista inteligente, un científico inteligente o un escritor inteligente son una contradicción en los términos excepto para sus colegas. Cada vez que la inteligencia se define exclusivamente por el epíteto que la acompaña como un balón podemos decir sin temor a equivocarnos que, en ese caso, lo que falta, precisamente, es inteligencia.» Fin de cita.

Después de una hora de tales intercambios, el final de la clase me sorprende al borde del agotamiento mental. La tela de araña tejida por mi inteligencia maquiavélica para disimular la escasa inteligencia de mis argumentos ha enredado a las mentes más brillantes de la clase, como diría un pedante amigo mío al que dejé de leer hace años para preservar la lucidez, en bucles de hastío y de confusión.

—Ha quedado demostrado, por tanto, que la inteligencia no puede agotarse en tareas insignificantes sin quedar en entredicho como tal.

Tania, la simpática alumna que me ha citado al pie de la letra, como si fuera uno de los grandes maestros de la Antigüedad, y halagado con ese gesto mi vanidad masculina, se queda un rato charlando conmigo de asuntos intrascendentes a medida que sus compañeros desalojan el espacio del aula para dejarlo vacante y pulcro para la próxima exhibición de inteligencia programada en el horario del día. Tania solo quiere calibrar el grado de excitación ególatra que el trabajo y el tiempo gastados en aprenderse de memoria mis viejas cogitaciones ha suscitado en mí y si eso le valdrá o no una calificación extraordinaria al final del curso. No se ha perdido ninguna de mis clases, ni piensa hacerlo en el futuro, y quiere saber si estaré mañana en mi despacho en la hora de tutoría para consultarme una cuestión académica.

—Hasta mañana, pues.

El centro comercial me aguarda de nuevo, al acabar mis obligaciones docentes, con todo su despliegue de reclamos y estímulos permanentes para sobreexcitar el cerebro.

Estímulos de todo tipo. Visuales, olfativos, táctiles, acústicos.

Qué sería de nuestros cerebros adormecidos sin el excitante masaje de un

gran centro comercial y sus múltiples locales, dependencias y pasillos transitados por cuerpos en estado de trance sensorial.

Es el escenario idóneo para la fase dos de mis experimentos. La plusvalía de la relación académica con intelectos jóvenes y cuerpos deseables ha renovado mi caudal de ideas. Nada más aparcar el coche en el aparcamiento de la planta alta ya percibo la vibración en el entorno. El mundo se ofrece a mí en toda su desnudez. Solo necesito salir a cogerlo.

La hora es excelente. Pasado el almuerzo los cuerpos que persisten en la zona se sumen en un sonambulismo propicio a la aventura de los sentidos. Merodeo por los escaparates de las tiendas sin atreverme a entrar en ellas. Busco presas. Como un vampiro de otro siglo. Hoy tienen que ser víctimas jóvenes. Es la única carne que puede saciar mi apetito de novedad, aunque no pienso tocarla. Es la ley puritana de todos mis experimentos sexuales.

No tardo en localizarla.

Guapa, delgada, alta, morena, el ideal de mujer para el gusto de algunos estetas, no para mí, que prefiero las mujeres opulentas y con tendencia a desparramarse una vez liberadas de las ataduras de la ropa interior y la lencería.

Con varias bolsas colgando de ambos brazos, asalto a la chica cuando salía ufana de la tienda de moda y complementos donde ha estado cerca de una hora eligiendo y comprando bolsos y zapatos. La seduzco con mi demanda y mi oferta. Me mira a los ojos, comprueba que no estoy bromeando. Acepta en cuanto pronuncio el número mágico, la cantidad irrecusable. No tiene coche, ha venido en taxi, así que me acompaña al aparcamiento cercano en busca del mío. Tenemos tiempo de intercambiar algunas banalidades sobre el buen tiempo para esta época del año y las increíbles rebajas fuera de temporada de algunas tiendas exclusivas. Nuestras inteligencias respectivas, como diría mi alumna predilecta, tienen tiempo de evaluar sus diferencias más notorias.

—¿Podemos tutearnos?

—Como quieras.

Ya en la habitación del motel, sentado en un sillón frente a la cama, le pido que se desnude sin prisa. A continuación le ordeno que se acaricie el sexo con delicadeza sin quitarse las braguitas y luego se masturbe con lentitud mientras me cuenta su fantasía favorita.

—Esta no cuenta, descártala.

—Es con una amiga. ¿Te interesa?

—Mucho.

El pubis rasurado a conciencia, un tatuaje mínimo decorando la ingle izquierda, las tetas operadas, los pezones prominentes, incipiente vello negro en las axilas.

—Ella está casada y nos vemos semanalmente, en su casa o en la mía, para charlar y mantener viva nuestra amistad. Nunca ha ocurrido nada entre nosotras a pesar de que en ciertas ocasiones hemos sentido un tirón especial la una por la otra.

No me gusta el principio, así que intervengo para corregir el rumbo antes de que sea tarde y el aburrimiento se apodere de la habitación como un mal olor y nos obligue a escapar corriendo por la ventana.

—Perdona la interrupción. Me gustaría que establecieras una clara distinción en tu relato entre lo que es real en vuestra relación y lo que forma parte solo de la fantasía.

—Entiendo. Ella está casada en la realidad y nunca ha habido nada entre nosotras, ni siquiera una insinuación. Lo demás es fantasía. Hace mucho que no sé de ella y no creo que ella haya pensado nunca en mí en términos sexuales.

—Continúa.

—¿Puedo ir antes al baño?

Cuando vuelve y se me echa encima, frotándose la cara con las tetas y besándose en el cuello, comprendo lo que está pasando. Es una mala narradora, no tiene fantasías reseñables y aspira a ganar el dinero fácilmente, entregándose su cuerpo sin mayor compromiso. La aparto con brusquedad.

—No es eso lo que me interesa. Cuéntame tu fantasía o vete.

—Si me voy no gano nada, ¿verdad?

—Solo el treinta por ciento. ¿Estás casada?

—Vivo con mi novio.

—¿Qué te gustaría hacer con tu novio?

—¿Lo que más?

—Sí, algo que no hayas hecho ni te atrevas a mencionarle.

—Acostarme con otro delante de él. Con un amigo suyo. De hecho hay uno que me gusta bastante y no me importaría nada hacerlo con él.

—Dale la vuelta a la situación.

—No te entiendo.

—Es tu trabajo. No el mío. Empieza por donde quieras.

Lo comprende con rapidez y vuelve a empezar.

—Mi novio tiene un amigo muy guapo y musculoso, un tío de gimnasio que no es maricón ni remotamente. Mi novio es como él. Un día el amigo viene a casa a visitarnos y mi novio no ha llegado aún. Se ha entretenido en la oficina, le digo, por qué no te sientas a esperarlo. El amigo, que se llama...

—No quiero nombres.

—Ok. Nada de nombres.

—¿Estás mojada?

—Un poco.

—Sigue.

Cierra los ojos y se concentra en la narración, cada vez más incisiva.

—El amigo de mi novio me dice que tiene sed y le ofrezco una cerveza fría, a punto de nieve. Voy a buscarla a la cocina y en el camino se me ocurre una idea perversa. Voy al dormitorio, abro un cajón y saco la lencería que había comprado para el fin de semana. Me desnudo y me la pongo. Voy otra vez a la cocina, recojo la cerveza, llego al salón y se la sirvo. El amigo de mi novio se me queda mirando sorprendido. No dice nada y yo tampoco. Toma la botella de cerveza de mi mano y empieza a beber sin parar mientras me exhibo ante él, posando, por delante y por detrás. ¿Te gusta?, le digo. Y no me responde. Suelto la hebilla del sujetador, lo sostengo por un momento contra mis pechos y luego lo dejo caer. ¿Y ahora? Sostengo mis tetas con las manos y los brazos, ocultando una parte, desnudando otra. El amigo de mi novio no para de mirarme de arriba abajo, una y otra vez. Estoy inmóvil, me dejo poseer por la mirada del amigo de mi novio y me excito. Retiro despacio las manos y los brazos y le dejo que me vea las tetas desnudas. Estoy tan excitada con la situación que no soy capaz de decir nada y él tampoco. Me acerco y le pongo un pie descalzo encima de una de sus rodillas. Veo el bulto en su pantalón de chándal, la mancha de humedad. Me pongo a cuatro patas, le acaricio por encima y luego aflojo el lazo del pantalón y se lo bajo hasta los tobillos, no lleva eslip y aparece la polla, toda tiesa, enorme, empiezo a acariciarla y se pone más grande, me pongo como loca, se la chupo durante mucho tiempo, arriba y abajo, me olvido de todo, y luego me la meto entera en

la boca, se corre enseguida, me trago todo el semen y todavía sigo chupándole el glande, hasta la última gota. Cuando me pongo en pie para ir al cuarto de baño a enjuagarme la boca descubro que mi novio está ahí, mirándonos, lo ha visto todo y no dice nada. Paso a su lado cubriéndome los pechos con los brazos, sin atreverme a mirarle a los ojos. Voy al dormitorio, me visto de nuevo. Espero a que pase el tiempo y cuando vuelvo al salón mi novio y su amigo están viendo y comentando tan tranquilos un partido de baloncesto en la tele. ¿Queréis otra cerveza?, les digo, y los dos me dicen que sí sin mirarme una sola vez. Me siento sucia y me encanta. Voy al dormitorio, estoy toda mojada, agarro el vibrador y me doy un masaje en el clítoris tirada en la cama durante cinco minutos. Tengo varios orgasmos seguidos y cuando me estoy corriendo pienso que mi novio se la ha chupado también a su amigo. Eso es lo que tenemos en común él y yo y...

—No te corres.

—No, no lo consigo. Estoy bloqueada.

—Se supone que era tu fantasía.

Se avergüenza de su fracaso y va al cuarto de baño otra vez. La sigo para ver lo que hace y, en efecto, se está masturbando delante del espejo, apoyada en el lavabo para no caerse y teniendo un orgasmo que apenas puede disimular cuando abro la puerta y miro su cara deforme reflejada en el espejo.

—No es esa la fantasía que te hace correr, ¿a que no?

—No.

—¿Y cuál es entonces?

—*Top Secret.*

La esfinge maleducada, en cuanto acaba de vestirse con rapidez inexplicable, abandona la habitación sin decir nada, cargando con todas sus pertenencias y la parte proporcional del beneficio. Se ha ganado el noventa por ciento, pero el diez restante me lo reservo por incumplir una parte del trato.

Me quito los zapatos y me relajo de la tensión tumbado en la cama durante una hora. Procesando la información, las contradicciones, los giros inesperados. He aprendido un par de lecciones sobre cosas que ignoraba y he visto confirmarse unas cuantas sospechas.

Cuando vuelvo a casa, Aníbal está impaciente por enseñarme unas fotografías de grafitis que ha hecho con el móvil y comentarlas conmigo. Han



sido captadas en los alrededores de la casa y en las paredes del colegio. Signos diferenciados. La raspa y el espinazo de la realidad han progresado hasta parecerse a una línea recta incrustada de rayas o de pinchos aguzados. Cuento veinticinco en una de las imágenes tomadas en el colegio.

—Como púas en la piel de un erizo. ¿Es que no lo ves?

—Estás obsesionado, hijo. De momento yo solo veo un dibujo inanimado. Un trazo bastante primitivo.

—Mi profesor de historia nos ha explicado hoy que solo las culturas más avanzadas están en condiciones de entender y apreciar los valores primitivos.

—Es un genio, tu profesor. Me gustaría mucho conocerlo y tener una charla en privado con él.

Durante la cena, ensalada de alubias rojas y salmón marinado regado con abundante salsa de soja, Ariana me mira con desconfianza y no prueba la comida, aunque se ha pasado una parte de la tarde preparándola para nosotros. Sofía nota enseguida el enfado de su madre y no termina de cenar. Con su gesto consigue arrastrar a su hermano gemelo, que se levanta de la mesa para apropiarse de nuevo, antes que nadie, del mando virtual sobre el menú infinito de la televisión del salón. Aníbal se come con glotonería los restos de ambos y se marcha a su cuarto.

—Si quieres algo, papá, estaré en mi cuartel general.

—Luego pasaré a darte las buenas noches y a preguntarte una cosa.

Con tal de no hablar de nada importante, Ariana y yo aceptamos por esta noche someternos a la programación de Pablo, que se muestra entusiasmado con su nueva función de proveedor oficial de contenidos de ocio para adultos aburridos de la oferta diseñada para su edad.

Antes de que acabe la espantosa película sobre el robot rocambolesco que buscaba en vano a su madre ideal por todo el polvo cósmico y las ruinas estelares de la galaxia de Andrómeda, Ariana se ha ido a la cama sin despedirse de mí.

Felices sueños, mi amor.

Cuando me acuesto junto a ella, en silencio, Ariana está sumergida en el sueño abismal y yo no tardo en acompañarla al fondo cristalino del océano donde estamos nadando los dos desnudos en compañía de otros peces multicolores que hablan una lengua nueva, inventada solo para decirnos cosas inteligentes al oído.

## DÍA 18

Mi vida no tiene continuidad.

De la mañana a la noche el síntoma se agrava, hora tras hora.

No hay orden, no hay unidad en mi vida.

Pedazos y más pedazos, escombros de tiempo, residuos de actividad.

Escenarios, diálogos, destellos, revelaciones.

Repitiéndose día tras día, mes tras mes.

Soy un fragmento de información perdiéndose en el vacío de los circuitos del universo.

Por la mañana, durante el desayuno, soy un padre paciente y comprensivo que habla con sus tres hijos.

Soy ese padre amable y paciente que habla con Sofia durante el desayuno de sus progresos en la escuela.

—Ayer la profesora Bernadette nos explicó qué es la muerte y hoy nos va a explicar en detalle la experiencia psicológica del *déjà vu*. Y luego tendremos que escribir un comentario personal de seiscientas palabras sobre lo que hemos aprendido en estos dos días de clase.

—¿Y qué has aprendido? En dos palabras, si es posible.

—Que la muerte no se puede prever y que la vida está hecha de anticipaciones.

—Es una paradoja sin mucho sentido.

Ese soy yo, tratando de preservar la escasa autoridad que se me reconoce en esta casa.

—¿Qué es una paradoja?

Pablo pregunta y Aníbal, resoplando, se adelanta a contestar antes que su padre.

—Una expresión que intenta demostrar que no somos lo que creemos.

—No te entiendo. ¿Qué somos entonces?

—Pregúntaselo a tu profesora.

—No es muy inteligente. Se limita a repetir en clase lo que viene en los materiales de la asignatura.

—Entonces es más inteligente de lo que tú crees.

—¿Así lo entiendes?

—Sí. Si pretendiera pensar por sí misma sería una prueba de que no es inteligente.

—Papá te está tomando el pelo, ¿es que no lo ves?

Su hermano Pablo, dueño y señor de la inteligencia del televisor inteligente, está recibiendo las mismas lecciones esenciales pero desde una perspectiva distinta.

—A mí me han enseñado que debemos vivir la vida con la conciencia limpia.

—¿Y eso qué significa?

—Sin esperar nada y sin pedir nada.

—¿Y te parece posible?

Sofía y Pablo se miran con perplejidad, se ponen de acuerdo en que papá no es mejor que sus profesores en dar respuestas a los enigmas fundamentales de la vida y apenas si me dan tiempo a repetir la pregunta.

—Una cosa es lo que desearías que hubiera en tu plato y otra lo que hay de verdad. Esa es la lección.

Han terminado de desayunar y Ariana les autoriza a esperar la furgoneta del colegio en la calle. No hace mucho frío y así podrán hablar entre ellos de sus cosas sin la molesta intromisión del pesado de su padre.

A mediodía, la hora sin sombra, la hora que se basta a sí misma, con la perfección del círculo, como dice el gran maestro Freddy, soy un profesor amable y hospitalario que recibe a sus alumnos en su despacho y habla con ellos de sus problemas con la asignatura y los anima a proseguir con sus eruditas pesquisas.

Soy ese profesor amable e impaciente que habla de trivialidades con Tania Fermat, su alumna favorita desde hace unas horas.

—Estoy segura, profesor, de que en cada ocasión de la vida hay una

decisión que, en la escala de que hablamos siempre en clase, es la más inteligente de todas y otra que es la más estúpida. Si supiéramos establecer un código adecuado, o, en su defecto, diseñar un programa funcional para un ordenador especializado al que poder consultar antes o después, sabríamos en cada caso cómo actuar conforme a criterios fundados en la inteligencia y rechazaríamos de plano las actuaciones estúpidas.

—¿Ejemplos de ello?

—Cuando compramos un producto determinado y no otro, vemos una película determinada y no otra, leemos o no un libro que nos han recomendado, escogemos para llegar a tiempo a una cita una calle y no otra, cuando emprendemos unos estudios y no otros, elegimos matricularnos en una asignatura y no en otra, en fin, cuando decidimos casarnos con una persona determinada...

—Has dicho persona. Interesante.

—¿Qué quiere decir?

—Nada especial. No has dicho un hombre determinado. Has dicho persona. Como si te casaras con una abstracción.

—¿Y no lo es en cierto modo?

—No siempre. No bajo las mismas circunstancias, en todo caso. Ya me entiendes.

—El vínculo es entre ficciones jurídicas, ¿no ha escrito usted eso? No hay nada erróneo, por consiguiente, en hablar de persona, en el sentido social y legal, y no de hombre o mujer, en el sentido biológico o genético de ambos términos.

—Eres muy joven aún, no creo que puedas entender el sentido exacto de ciertas realidades. Te falta experiencia y te sobra motivación, como suele decirse.

—Y si hubiera hablado de matrimonio religioso tendría que haber mencionado el aspecto teológico de todo, sobre el que usted nos ha advertido no pocas veces.

—En efecto. Acabas de mencionar el meollo del problema.

Tania se cansa, emite señales de fatiga intelectual, mi alumna superdotada se agota dirimiendo cuestiones espurias con su profesor favorito. No ha venido aquí en busca de un remake futurista de los diálogos platónicos, cambiando el sexo explícito y el sesgo transgresor de sus protagonistas. Ha

acudido a una cita a ciegas con la verdad de sus sentimientos hacia mí. Preveo la catástrofe antes de que se anuncien los primeros signos.

—Me pongo nerviosa hablando con usted de esto. Me da un poco de vergüenza, lo reconozco.

—No hay motivo. Solo soy tu profesor, no lo olvides.

—Me intimida usted y me fastidia no poder evitarlo.

—Un criterio inteligente es actuar en cada situación sin miedo a las consecuencias.

—Eso ya lo sé.

—¿Entonces?

—No sé si ha sido muy inteligente venir a su despacho después de lo que pasó ayer en clase.

—Podemos seguir siendo inteligentes, por fortuna, aunque nuestros actos no lo sean para nosotros. O no todo el tiempo. Y no se lo parezcan a todo el mundo. Ya me entiendes. La comisión de errores ocasionales no invalida la inteligencia del que los comete. No, al menos, de modo absoluto. Si se repitieran con frecuencia ya sería más grave, desde luego...

Frunce el ceño, hincha los pómulos, se afea con deliberación para que le dé mi asentimiento cuanto antes y así pueda su encanto femenino volver a resplandecer para mí en su faceta más seductora.

—¿Se puede saber qué pasó ayer en clase que es tan importante para ti?

—Lo sabe mejor que yo, no se esconda.

—Yo no puedo saber nada mejor que tú. Creí que ese punto había quedado claro. Lo que tú sabes y lo que yo sé son nociones rigurosamente incompatibles. Como si pertenecieran a mundos distintos. Como si los dos fuéramos autistas o, si lo prefieres, defensores del solipsismo más extremista. A todos los efectos la experiencia cognitiva es la misma. Por tanto, yo no puedo saber más que tú sobre algo que ni siquiera sabemos si es lo mismo. Tendríamos que ponernos de acuerdo previamente sobre el asunto concreto de que estamos hablando, ¿no te parece?

—Me lo esperaba.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me esperaba estos rodeos, estos enredos. Es su estilo. Espinoso. No se ofenda.

—Nada de lo que puedas decir me ofendería, descuida.

—No sé por qué me sorprende tanto. Todo el mundo comenta los excesos de su ironía. Así la llaman mis compañeros, yo no la considero así, por supuesto.

—No he sido irónico contigo. Te respeto mucho.

—Ya veo, ya. Respetuoso y complaciente, con un grado tolerable de condescendencia hacia el otro, ¿no es así como le gustaría definirse?

—¿Estamos jugando a lo mismo o tú te atienes a otras reglas privadas?

—¿Es la sátira el único género inteligente?

—Define sátira, por favor...

—No hay ningún modo de decir esto sin parecer una estúpida ante usted. ¿Es que no hay ninguna posibilidad de inteligencia en la expresión desnuda de los sentimientos?

—No estoy seguro. Ahora mismo, al menos. Me asaltan muchas dudas. Es lógico, hasta cierto punto. Si me sigues...

Se enfada otra vez con mis balbuceos, tiene un genio irascible, por lo que me demuestra, esta chica me gusta más a cada minuto que pasa, y Tania está a punto de tomar una decisión de la que no se arrepentirá a pesar de todo lo que le ha costado tomarla.

—Vale, ya tengo bastante.

—Bastante de qué, ¿me lo puedes explicar?

Se toma su tiempo en dar el siguiente paso, aunque está pensado con anterioridad, no tiene prisa, no hay razón alguna para precipitarse. Está más guapa que nunca, con su melena rubia esforzándose en disimular el enojo pasajero que ruboriza su rostro y lo vuelve atrevido y aún más atractivo.

—Allá voy. Esto ya no tiene marcha atrás. Contésteme sinceramente. ¿Sería inteligente tener una relación con usted?

—¿Una relación de qué tipo?

—Ya sabe a lo que me refiero, no se haga el tonto conmigo.

—¿Inteligente para ti o inteligente para mí?

—¿Para usted?

—Negativo.

—¿Para mí?

—Positivo.

—¿Cómo actuar entonces?

—Ese es todo el problema, querida Tania, cuando nuestras decisiones dependen de la voluntad de otros. Nunca podemos estar seguros de nada. La tontería está siempre al acecho. El error es lo más probable, pero...

¿Podía haberla disuadido? Sí. ¿Podía haberlo evitado? También. ¿Hubiera sido más inteligente hacerlo? Quizá. Era un capricho que me podía permitir sin pagar un precio demasiado alto. O eso creía yo. No todos los días se te ofrece abiertamente una estudiante de veintitrés años, de cuerpo tentador y mente brillante, no tan guapa e inteligente como ella cree pero mucho mejor que la media en todos los aspectos, intelectuales y anatómicos. El noventa por ciento de los hombres de este solitario planeta habría actuado como yo sin titubear un instante. El diez por ciento restante son unos cobardes metafísicos. No nos engañemos. Y además podía considerarlo el ingreso de mi nueva vida en una fase experimental de rango superior. Mucho más emocionante e intensa que cualquiera de las anteriores.

Con todo, Tania se marchó bastante contenta de mi despacho. Había obtenido respuestas satisfactorias a sus dudas más espinosas. ¿Estaría el director Rojas al tanto de la jugada traviesa de la niña mimada del departamento, la estudiante sobrevalorada en la que estaban depositadas todas las esperanzas de la facultad?

Yo me quedé bastante desconcertado tras su partida. Hasta el punto de que cuando entró sin llamar en el despacho un viejo colega, el doctor Villacañas, apenas si supe estar a la altura de sus expectativas.

—Antes de nada, amigo Espinosa, querría disculparme por no haber podido acudir a la fiesta que el doctor Rojas dio en su honor el mes pasado. Mi pareja se sintió indispuesta a última hora. Nos dio a los dos de repente un ataque de pereza insufrible, vivimos lejos de la urbanización y preferimos quedarnos en casa a descansar.

—Lo entiendo, faltaría más. Espero que no fuera nada grave lo de su pareja.

La mirada suspicaz de Villacañas se clava en mis ojos cansados para averiguar si he dicho lo que he dicho sin pensar en las palabras pronunciadas o haciendo uso de la ironía socrática de mi estilo habitual.

—Si estoy aquí es porque me cae usted bien, Espinosa, le puedo asegurar que si no fuera así no me atrevería a invadir su intimidad sin avisar con

antelación.

—Usted siempre será bien recibido aquí, a cualquier hora del día o de la noche, si fuera necesario.

—Me alegra oírlo.

—¿Cómo va su colección de insectos?

—Mal. Ya me he deshecho de todos los especímenes. Un día me cansé, de buenas a primeras, de contemplar su exhibición gratuita de poderío totalitario y luego me di cuenta, por si fuera poco, de que producían un olor obscuro. Hace tres semanas los tiré al contenedor de basura del campus sin pensármelo dos veces. Espero que nadie los rescate de ahí. Es el infierno que se merecen aquí en la Tierra.

—Me hubiera gustado colgar alguno de los ejemplares más exóticos de estas tristes paredes. Ya ve lo desnudas que están...

El plural femenino «desnudas» provoca una reacción instintiva en Villacañas.

—Si le soy sincero, me da un poco de vergüenza recibir aquí a los alumnos en condiciones tan espartanas.

Como un perro rastreador, comienza de pronto a olfatear el aire de mi despacho en busca de señales sospechosas o presencias indeseables.

—¿Algún problema? ¿Quiere que abra una ventana o que encienda el aire acondicionado?

—No, no, no hace falta, es solo que me acabo de acordar de algo importante a lo que llevo todo el día dándole vueltas en mi cabeza. Y ya lo he resuelto, por fortuna, sin necesidad de consultar el móvil.

Hace una pausa, mira el techo con curiosidad, examina luego la pared diestra y luego la siniestra, antes de volver a dirigirme la palabra como si nada.

—Verá, Espinosa, no pienso andarme con muchos rodeos. Quiero que sepa, para evitar malentendidos entre usted y yo, que nunca he sido un gran lector de literatura, más bien al contrario. Siempre he creído, por otra parte, que los escritores de ficción eran seres incapacitados para la vida. Individuos fallidos que se dedicaban a escribir para compensar con entelequias esa impotencia innata, no sé si estará usted de acuerdo en esto...

—No soy yo, desde luego, el más indicado para responder a esa cuestión



en este período crítico de mi vida.

Villacañas no sonrío esta vez al escuchar el comentario cáustico. No lo entiende. Carece, en apariencia, de la información necesaria. Cuando atravesó la puerta de mi despacho, hace solo unos minutos, ya estaba preparado para el nivel de exigencia psicológica que lo aguardaba al otro lado y quizá se sienta defraudado por todas las amistosas facilidades que le estoy ofreciendo. Villacañas no buscaba problemas inútiles, ni tampoco soluciones milagrosas. Con modestia académica, Villacañas solo venía a consultarme una serie de cuestiones urgentes sobre mi pensamiento que le inquietaban vivamente, según decía, y, en particular, comentar conmigo las primeras impresiones de lectura de una novela rusa que lo tenía muy intrigado estos días, a pesar de que confesaba detestar el género de la ciencia ficción.

—Me la recomendó el amigo íntimo de un antiguo amigo de mi pareja actual y encontré una edición americana en pasta dura en la biblioteca de la Universidad y comencé a leerla sin poder detenerme. Son más de mil páginas en una pésima edición barata, de letra apretada y tinta casi invisible, y título poco interesante, *Fuga de cerebros*. Le diré con franqueza que llevo más de la mitad del libro consumida con una adicción compulsiva. Es la simple historia de una usurpación mental en una utopía colectivista. Un científico descubre una fórmula electromagnética mediante la cual se apodera de los pensamientos y la información de los cerebros de los otros. Eso le permite adelantarse en la creación de inventos y patentes, así como anticiparse en acciones y decisiones a los de sus rivales o colegas inmediatos. El hombre de ciencia está inspirado en parte, como se explica en la contraportada, en la polémica figura del premio Nobel Lev Landau, tan apóstol del ateísmo y el amor libre como detractor feroz del dictador Stalin. Es una trama curiosa centrada en un personaje carismático, pero lo más llamativo del libro son las ideas expuestas, la sensación de que toda la historia contada, con pormenores excesivos en ocasiones, es solo una excusa literaria para desplegar un panorama ideológico asombroso de los últimos dos siglos. Las ideas y los sistemas de pensamiento que han revolucionado el mundo capitalista y otros que simplemente no tuvieron oportunidad de aplicarse sobre la realidad y aún esperan su oportunidad en algún almacén olvidado por la humanidad. En suma, esta perturbadora novela logra mostrar los grandes avances y la victoria objetiva del capitalismo occidental y el gran retraso tecnológico y el monumental

fracaso de la Rusia soviética, por lo que no me extraña que estuviera prohibida allí hasta bien entrados los años noventa. Y la novela demuestra otra cosa más, por cierto, nada baladí. El comunismo sirvió para refinar el capitalismo, como se hace con el petróleo, según dice un memorable pasaje de la misma. Hacerlo más puro, reducirlo a sus esencias originarias. Sin la aparición fundamental del comunismo, ese antagonista ideológico, el capitalismo nunca habría llegado al magnífico estado de desarrollo en que se encuentra en la actualidad, como sabe usted mejor que nadie...

—Desengáñese, amigo Villacañas. Yo no sé nada mejor que nadie, no insista.

—Discúlpeme. Veo que no parece interesarle mucho lo que le he contado. Percibo su distracción intelectual como una forma de crítica velada a mis opiniones. No era mi intención molestarlo con bagatelas...

—No me malinterprete, por favor, sus palabras no me causan ninguna molestia. No imagina con qué atención e interés estaba siguiendo su historia. Solo estoy algo fatigado. ¿Sus alumnos no lo agotan? ¿No tiene usted la sensación de que le roban la energía con sus exigencias incesantes?

—Tengo muy pocos alumnos, en realidad, solo doy un seminario de iniciación a la teología política una vez a la semana con dos doctorandos ya mayores. No me consume mucho tiempo, la verdad. Ni me supone esfuerzo especial alguno.

Soy ese colega educado y complaciente que atiende en su despacho las demandas del visitante fastidioso hasta que se harta de escuchar nimiedades y convence al otro colega de la conveniencia de postergar la charla para otro día más oportuno.

Al atardecer, superadas con nota todas las pruebas que se me imponen, soy un hijo amable que dialoga a solas con su Madre enferma.

Ese hijo amable y comunicativo que le dice:

—¿Para esto vine al mundo, Madre? ¿Para esto me llamaste a tu seno? ¿Para ver cómo ninguno de mis deseos se puede cumplir sin pagar un precio demasiado elevado?

—No sé de qué me hablas. Hazme preguntas más específicas.

Madre responde con enigmas codificados, jeroglíficos insensatos y acertijos rebuscados cuyo sentido exacto luego debo desentrañar sin ayuda.

—Te implantaron un chip en el cerebro durante tu primera visita al

campus. No te lo intentes quitar. No te preocupes. Todo el mundo tiene uno. Te habrá hecho sentir más fuerte y capaz. Lo eres. Es un experimento y una realidad al mismo tiempo. Formas parte fundamental del proyecto. Sin ese neurochip nada funcionaría como está programado. Tiene efectos secundarios no previstos. Vida afectiva, sexual, intelecto, fisiología. Nadie ha estudiado aún todos los resultados. Es mejor así.

Traducir lo que Madre me dice a una lengua inteligible para todo el mundo me cuesta grandes dolores de cabeza.

—Ariana y Aníbal, tu mujer legal y tu hijo adoptivo. Te los proporcionaron por razones diferentes. Con fines distintos. No lo olvides nunca. Aníbal les pertenece. Ariana no.

—¿Qué debo hacer?

Madre calla por unos segundos, sé por su silencio que está procesando al detalle la información exhaustiva sobre mis actividades confesables e inconfesables del último mes.

—Lo que has hecho hasta ahora. Innovar y repetir. Introduce en tu vida cuantas novedades y variaciones necesites y reitéralas hasta que te canses de ellas o se agoten por sí mismas. Actúa por ciclos, manteniendo el control siempre. Novedad y rutina, rutina y novedad. El proceso te llevará gradualmente a otras fases del conocimiento y la experiencia.

Aprovecho uno de sus desfases programados para deslizar una de mis obsesiones más insistentes.

—¿Puedo ser aún más inteligente, Madre?

Madre tiene una curiosa forma de reaccionar cuando una pregunta no le interesa o no le parece bien formulada o su contenido es insostenible. Se desconecta y me hace perder el conocimiento.

—Madre, ayúdame a llevar una vida más inteligente.

Me apago de golpe y soy otra vez ese cuerpo masculino adulto tumbado de cualquier manera en la moqueta sucia de una planta de la torre que no reconozco. Hoy es un anónimo operario de mantenimiento quien me ha rescatado del ascensor y me ha dejado tirado en el suelo mientras me recupero lentamente del choque cognitivo con el cerebro de Madre.

La frente quemada, la boca reseca, la nariz helada.

Los síntomas habituales.

Recuerdo con nitidez las últimas palabras de Madre, pronunciadas con una voz femenina que desconocía.

—Estoy cansada. Quiero morir. Es tu deber ayudarme a desaparecer.

Horas más tarde, esa misma noche, después de cenar felizmente en familia, soy un marido amable y complaciente que se acuesta con su mujer y le hace el amor como si fuera la primera vez.

—La herida en la frente va a peor. Tenemos que curártela.

Ese marido amable y delicado, todo piel y labios y caricias, que se resigna a penetrar a su mujer con fuerza sin dejar de besarla y tocarla un solo momento y luego ella se le pone arriba y se mueve con brío hasta que obtiene plena satisfacción a sus demandas de placer y afecto, cierra los ojos complacida y se duerme silenciosa una vez más encima de él.

De madrugada me levanto para orinar y cuando estoy sentado en la taza se me ocurre poner a prueba mi autoestima. Cierro la puerta con delicadeza para no despertar a Ariana ni alarmarla con mis prácticas nocturnas de psicología de vanguardia.

Me coloco desnudo frente al gran espejo del lavabo y comienzo a deformar mi cara sonriente con muecas grotescas hasta encontrar la perfecta máscara de mono que me recuerda lo que soy a todas horas.

No engaño a nadie.

Mi vida no tiene continuidad.

Es una anamorfosis.

Un trampantojo.

## DÍA 19

El nuevo día amanece complicado.

Ariana y yo vamos al colegio.

El director nos ha citado para hablar en privado de los problemas de Aníbal.

La secretaria es una mujer antipática que lucha por evitarlo sin resultados. Se llama Vargas, Ana Vargas, y nos retiene más tiempo del razonable en la sala de espera sin explicarnos siquiera los motivos de la cita.

Por fin accedemos al despacho del señor director, el famoso pedagogo Adrián Mercader, que dirige las tres instituciones de infantil, primaria y secundaria de la urbanización Palomar con un concepto de la jerarquía, la obediencia y la disciplina digno de un cuartel militar que fuera también un manicomio experimental para menores de edad.

Todo en su maldito despacho, desde el olor de los muebles a la pintura de las paredes, conspira para recordarme con disgusto no solo mi paso por un centro de enseñanza pública como profesional, sino todas las pesadillas que viví desde la infancia a la adolescencia siendo alumno de un colegio religioso al que mis padres se empeñaban en llevarme con la convicción de que era en esa institución prestigiosa donde se formaban las élites destinadas a gobernar el país.

Mi sentido de la rebeldía y la disidencia se forjaron ahí, luchando cuerpo a cuerpo contra la educación entendida como promoción y progreso de la clase social dirigente.

Al estrecharnos las manos, saltan chispas de antipatía entre Mercader y yo, mientras Ariana, más sumisa, se deja seducir por sus maneras triunfales de presidente americano recién elegido y su falso desparpajo de entrenador

deportivo.

Mercader es un hombre alto que presenta en la frente despejada, como un aviso para sus adversarios, una marca de nacimiento del color de la miel oscura.

Sentados frente a él, atrincherado detrás de su mesa con prestancia de gran directivo, damos la imagen de dos empresarios menesterosos solicitando un crédito imposible en un banco al borde de la ruina financiera.

—Ahora que los conozco en persona, pienso que esto va a resultar mucho más difícil de lo que había pensado.

Mi primera pregunta no es lo bastante incisiva y no da en la diana, de modo que tenemos que aguantar un número intolerable de vueltas a la pista que parecen un entrenamiento para lo que se avecina.

—Verán, Aníbal es un gran chico. Nadie se queja de él. Todo el mundo piensa que vive en su mundo y lo dejan en paz, sin sentir mucha curiosidad por ese mundo, todo sea dicho. Digamos que pasa desapercibido, como si fuera invisible. Ni los profesores ni los compañeros han visto nada raro en él simplemente porque no lo veían. Así de simple. Ni siquiera reparaban en su existencia. Eso les dará una idea de su comportamiento.

Ariana piensa que Mercader está siendo ofensivo con nuestro hijo y cree que poniéndolo en antecedentes sobre el niño podrá conseguir una mirada más compasiva sobre él. No comprende que con ciertos individuos cualquier esfuerzo es inútil. Solo saben ser amables y respetuosos con quienes les conviene. No tiene nada contra nosotros, *a priori*, excepto que, para nuestra desgracia, eso sí ha quedado en evidencia, somos los padres de la criatura. Una criatura no demasiado popular en la zona, por lo que declara el grueso dossier que el director consulta una y otra vez para no decir nada de lo que pueda arrepentirse y que no esté fundado en información fiable.

—Harían mal en tomárselo como algo personal. Sabemos quiénes son ustedes, la señorita Vargas podrá confirmarles mi sorpresa, ayer mismo, cuando descubrimos que Aníbal era hijo suyo. Mi reacción no fue caprichosa, créanme. Ella es testigo de que me tomé mi tiempo antes de descolgar el teléfono para llamar a su casa e informarles del suceso. Ya va siendo hora de entrar en materia, ¿no les parece? Espero que no hayan hablado con el niño antes de hacerlo conmigo, como les pedí, ¿verdad?

La bomba estalla encima de nuestras cabezas y la detonación no produce

desperfectos ni otra banda sonora reconocible que la interminable jeremiada del director glosando los daños culturales y las heridas psíquicas que está causando internet en la vida de los adolescentes más vulnerables a sus falaces encantos.

—Imagino que lo sabrán, pero su hijo, a sus catorce años, tiene ya un manejo superlativo de las tecnologías de internet.

—Trece, en realidad tiene trece. Los catorce los cumplirá en diciembre.

—Peor me lo pone, señora. A su escala no sería exagerado considerarlo un hacker de alto nivel. Eso piensan quienes han evaluado el «suceso» en toda su dimensión.

Es verdad que la semántica de la palabra «suceso» nos predispone a entender las acusaciones contra Aníbal como más graves de lo que en realidad son. Pero una vez desgranadas con todo detalle por la boca de Mercader, una tras otra, causan un efecto insoportable en nosotros. Sobre todo en su madre, quien, demasiado afectada por la noticia, decide cederme la iniciativa en la averiguación de la verdad sobre lo sucedido con nuestro hijo.

—¿Me está diciendo que mi hijo ha acosado a un compañero de su clase con el que jugaba al ajedrez en los recreos?

—Sí.

—¿Y que lo ha hecho para obligarlo a ingresar en un movimiento terrorista del que él dice formar parte?

—Sí.

—Y que ese movimiento terrorista, ¿cómo lo ha llamado?

—«Aceleracionista». Así lo denominan los expertos. Como comprenderá, señor Espinosa, estoy muy lejos de ser uno de ellos. Les repito lo que ellos me han comunicado.

—¿Y que mi hijo ha tenido conocimiento del ideario de ese presunto grupo terrorista a través de sus exploraciones de la internet profunda?

—Eso parece.

—¿Y de que una vez conocido en profundidad el ideario del movimiento y estudiadas sus características nuestro hijo fue reclutado y participó en un ritual de iniciación y todo eso sin despegarse de una pantalla de ordenador?

—Pudo utilizar también el móvil, no lo descartamos. Ya le digo que aquí dependemos del testimonio de muy pocos y del análisis pormenorizado de

algunos especialistas, como no podía ser de otra manera.

Le pido a Ariana con un gesto autoritario que no me interrumpa, como pretendía, y me permita continuar con el interrogatorio del sospechoso. Su historia sobre mi hijo me ha parecido tan fantástica y disparatada que me niego a aceptar las consecuencias.

—¿Y me sugiere usted que Aníbal golpeó a su amigo Lucas reiteradamente porque no quiso afiliarse al mismo movimiento cuando se lo pidió?

—Vivimos tiempos difíciles. Debemos acostumbrarnos a que ocurran estas cosas, no sirve de nada culparnos entre nosotros. Es una lotería injusta, desde luego. Unas veces somos víctimas y otras...

Me estoy acalorando. Mi tono se vuelve incendiario.

—Déjese de estupideces de sociólogo barato. Me está usted diciendo que nuestro Aníbal, que es uno de los niños más inofensivos y cariñosos que conozco, ha recurrido a la violencia para doblegar la voluntad de...

—Yo no he mencionado la palabra voluntad en ningún momento. Fue un acto de venganza pura y dura, un acto reactivo secuela de la resistencia del chico agredido a las imposiciones y requerimientos de su hijo.

—Me es igual. Usted insinúa que...

—Yo no insinúo nada. Parece mentira, señor Espinosa, que usted se muestre tan impreciso con las palabras en este preciso momento. Comprendo que la situación le afecte hasta el punto de sumirlo en la perplejidad, pero no la tome conmigo. Soy un simple mensajero de malas noticias. Forma parte de mis ingratas obligaciones como líder de esta comunidad educativa. Hagamos un esfuerzo todos por ser educados y respetuosos. Es una situación delicada, no permitamos que se nos vaya de las manos, por favor.

Recurro al método y finjo calmarme.

—¿Puede repetirme, entonces, lo que ha dicho sobre lo que dice usted que Aníbal le hizo al otro chico o lo que el otro chico dice que Aníbal le hizo, que no es lo mismo?

—No lo digo yo ni lo dice el otro chico, no se equivoque, lo dice el informe que tengo aquí delante. ¿Quieren que se lo lea?

—Sí, desde luego, no sé a qué está esperando.

—El informe de la investigación realizada por una comisión de profesores y psicólogos del centro dice lo siguiente, escuchen bien: «El agresor, viendo



que el agredido no se plegaba a sus deseos, abofeteó en varias ocasiones el rostro de la víctima, causándole hematomas diversos en nariz, barbilla, ojos y pómulos, le tiró de las orejas hasta obligarlo a gritar de dolor y después lo empujó con violencia para arrojarlo al suelo.»

Vibra el móvil con insistencia sospechosa en mi bolsillo, lo extraigo, lo consulto. Es Tania, mi alumna modelo, qué atrevimiento más inoportuno. Me envía una perturbadora fotografía de ella desnuda postrada en su cama con un comentario intrigante: «¿Es esto todo lo que tu inteligencia puede hacer por mí?»

Prosigo la conversación con dificultad.

—Y se supone que debo aceptar, sin embargo, la idea de que mi hijo estaba dispuesto a ejecutar las acciones terroristas que ese grupo anticapitalista le ordenara sin ponerlas en cuestión.

—Sí, ya se lo he dicho. Sabotaje de instalaciones telefónicas y eléctricas tanto en el colegio como en la urbanización, secuestro de mascotas, extorsión de alumnos, violencia selectiva, destrozo de coches y motocicletas, etcétera. Todo cuanto pudiera causar el caos sistemático en la comunidad donde se reside, estas son las palabras textuales del comunicado. Es una nueva estrategia de sabotaje, qué quiere que le diga. No me lo estoy inventando. Lo pone aquí.

—Y todo ello en nombre, según me asegura usted, de un supuesto grupo terrorista de gente antisistema autodenominado «Acción Aceleracionista».

—Así es. Aquí tiene todas las pruebas. Lo que les he contado es un resumen de la información incluida en esta carpeta. Ya se lo he dicho.

—¿Me deja verla?

—Por supuesto. Está en su derecho.

Por fortuna para mí, Ariana toma el relevo de mis indagaciones, viéndome atravesar una fase de ofuscación mental, necesito una pausa para respirar y leer con atención estos documentos abstrusos, y la emprende como una jugadora de hockey bastón en mano con el director Mercader de la mejor manera competitiva que le han enseñado para sobrevivir en cualquier medio hostil.

—Cómo se atreve usted a llamar a mi hijo matón facineroso delante de mí, cómo se atreve. ¿Quién se cree que es usted? No tiene usted vergüenza ni respeto, no sé cómo puede regentar una institución de esta categoría si no sabe

siquiera tratar a sus alumnos, como ha demostrado con su relato inaceptable. Los niños se sienten abandonados a su suerte y solo cuando ocurre un hecho de cierta gravedad se disparan las alarmas. ¿Qué se cree? ¿Que no he entendido cómo funciona este puto colegio? Tengo otros hijos matriculados en él y hablo con ellos a diario y me lo cuentan todo, lo bueno y lo malo, sin pelos en la lengua. Le garantizo que no suelen mentirme. Es usted un insolente, cómo se atreve, cómo se atreve...

Mercader entra de pronto en estado de alarmante desconcierto, como yo unos minutos antes, y no encuentra en su mesa un punto de apoyo que lo salve de la debacle.

—Le ruego que me perdone, señora, no lo sabía. De verdad, cuánto lo siento. Ha habido un error, desde luego, por alguna razón pensamos que Aníbal era hijo único. Lo siento mucho.

El rey de la manada pedagógica, avergonzado por la metedura de pata, se pone en pie de un salto leonino y ordena a su sierva de inmediato, con amabilidad y educación para que no se sienta tal, estamos en un siglo moderno, no se olvide, que cumpla con su papel de encubridora del amo en serios apuros.

—Señorita Vargas, por favor, tráigame enseguida los ficheros de los otros hijos de los señores Espinosa.

Intimidada como una gacela, la odiosa Ana Vargas avanza por el despacho con los dos archivos en una mano sin atreverse a mirarnos a la cara por miedo a ser devorada con los ojos, buscando con avidez la mirada cómplice del jefe que le asegura el salario mensual y los sobresueldos trimestrales y quién sabe si el consuelo diario en una vida carente de otros alicientes.

—Pablo y Sofía, ¿no es así como se llaman?

Se le hacen eternos, como una condena infernal, los minutos de confusión y agobio psicológico que pasa disimulando, haciendo como que revisa con atención el contenido de los dossieres, almacenados en una carpeta azul y otra rosa, para variar, comparando uno por uno los datos recogidos en ellos y estableciendo un parentesco innegable entre los dos hermanos gemelos y sus malhumorados padres aquí presentes.

—Aclarado. Ahora está todo aclarado. Al fin, qué alivio. Ha sido un lamentable error informático. Menos mal que los papeles nunca nos fallan. Por eso los conservamos con celo infinito. Si no fuera por ellos, qué catástrofe.

Les reitero mis disculpas más sinceras y les agradezco que hayan acudido tan pronto a mi llamada.

La marca natal de la frente de Mercader parece estar desplazándose ahora sin control de la sien izquierda a la derecha.

—No entiendo nada. ¿Qué está aclarado?

Ariana retoma entonces la voz cantante con objeto de que me reserve para la escena final, el desenlace apoteósico que ya se prepara en el ambiente como una tormenta eléctrica en el cielo de la noche.

—Pablo y Sofía son hermanos de Aníbal. Eso lo aclara todo, ¿es que no lo ven?

—Me estaré quedando ciega. No veo la relación por ninguna parte. Son hermanos, es obvio. Dígame algo que yo no sepa. Soy su madre, ¿recuerda? Y este hombre de aquí, hasta que se demuestre lo contrario, el padre legal. ¿Qué tiene eso que ver con lo que usted llama el «suceso»?

El presidente de la nación colegial ha comenzado a empapar de sudor el cuello almidonado de la camisa celeste, comprada al por mayor en la tienda exclusiva donde compran sus trajes los jefes del sistema, que lleva a juego con la chaqueta blanca y los pantalones y quizá, no puedo rebajarme tanto sin perderlo de vista, los calcetines de hilo.

—Nada. En realidad nada. Eso es lo bueno. Que no tienen nada que ver, ¿tan difícil es de comprender? Sus hijos no están implicados. Tan simple como eso.

—Eso ya lo sabíamos. Antes de empezar. Díganos algo que no supiéramos, insisto.

Mercader está a punto de derretirse delante de nosotros, como un cubito de hielo en el asfalto recalentado en pleno verano, y su impecable camisa de alto ejecutivo, manchada de sudor desde el cuello a la pechera, movería a compasión profesional si no fuera por lo que es. El disfraz de un imbécil.

—Y dale otra vez, señora. ¿No me he explicado con bastante claridad? He pedido disculpas, me he humillado ante ustedes permitiéndoles que me hablaran en un tono bastante desagradable, por cierto, les he dado explicaciones más que suficientes. ¿Qué más quieren? ¿Es que los padres de hoy no se dan nunca por contentos?

Irrumpo en el bucle para deshacerlo con elegancia. Ariana ha conseguido demoler sus tácticas defensivas y el hombre, en su debilidad, da pruebas de

estar pensando en llamar a los bomberos o a las asistencias médicas antes de echarse a llorar en nuestros brazos.

—¿Ha leído usted lo que pone aquí?

—No lo recuerdo, si es tan amable.

—Aquí habla de que la discusión la causó un videojuego.

—Sí, ¿y?...

—Un videojuego de guerrilla urbana que mi hijo había diseñado en su ordenador y quería compartir con su amigo. ¿Me sigue?

—¿Y no le pegó? ¿Me va a decir ahora que su hijo no agredió al otro niño?

—Yo no digo eso, las fotografías son explícitas, casi pornográficas.

—Controle su vocabulario, por favor. Que no seamos una institución religiosa no quiere decir que no nos importen el decoro y la pulcritud.

—Déjese de hipocresías. ¿Está seguro de que fue mi hijo quien le hizo todo eso a ese huérfano desgraciado? Verá, leyendo por encima este informe tergiversado, al que atribuye tanta importancia por razones incomprensibles, no es eso lo que se deduce, francamente.

—¿Qué está sugiriendo?

—Yo no sugiero nada. Es usted ahora el que naufraga en el uso de las palabras.

—No abuse de su posición de ventaja, señor Espinosa. No pienso consentirle más humillaciones. Tengo más títulos y reconocimientos de los que cuelgan de estas paredes, no se equivoque conmigo.

—¿Ventaja? Dígame, ¿cuál es mi ventaja? ¿Ser el padre de un niño que sirve de chivo expiatorio a toda la comunidad educativa a la que trata de pertenecer a su manera especial? ¿Se imagina que es fácil para él? ¿Ha pensado usted por un momento en sus dificultades de adaptación al medio?

Ariana se suma con entusiasmo al linchamiento moral del repulsivo personaje.

—¿Qué clase de pedagogo es usted que ni siquiera es capaz de entender los problemas de un niño singular y los excesos de conducta a que estos problemas de inclusión lo pueden conducir con tal de hacerse aceptar por los demás?

Mercader se toma su tiempo en contestar como corresponde, es lógico, se

siente asediado y no quiere pronunciar palabras que lo condenen ante terceros a quienes ni siquiera se menciona en el informe de los hechos.

—¿Está insinuando que nos hemos inventado el «suceso» para poder echar a su hijo del colegio sin preocuparnos por saber quiénes eran sus padres o sus hermanos? ¿Es esa su acusación, señora?

—Así es.

La tregua conviene a todas las partes en litigio. Concede tiempo a la reflexión más serena. Hay un niño de por medio, como en todas las guerras sus intereses priman sobre todo lo demás.

—Le diré lo que vamos a hacer, señor Mercader.

—Le escucho con mucha atención, señor Espinosa. No pienso añadir ni una coma a lo que me diga. Estoy deseoso de verlos salir por esa puerta y no volver a encontrármelos rondando por aquí nunca más. Esta es la única condición que impongo en la negociación. ¿Aceptan?

Otro vibrante mensaje de Tania en el móvil me asalta durante la pausa y casi me distrae a la hora de dar el siguiente paso estratégico. La fotografía aún más provocativa. El comentario aún más insolente. Me niego a darle publicidad.

—No se preocupe, somos personas muy ocupadas y no nos gusta perder el tiempo con gente como usted. Al grano. Mi hijo se va a tomar ahora unas vacaciones prolongadas, pongamos dos semanas, en principio, y cuando vuelva al colegio usted y su maldita comunidad educativa de profesores y psicólogos van a tratarlo como a uno más, con los mismos derechos y las mismas obligaciones que los demás alumnos. Y como su madre y yo nos enteremos de que han vuelto a discriminarlo o a organizarle un montaje vergonzoso para echarlo o maltratarlo o hacerle sentir un monstruo, le juro que no lo denunciaré a ninguna institución superior, no, vendré aquí con latas de gasolina y mechas y le prenderé fuego al colegio con usted dentro atado a una silla.

—Las amenazas sobran.

—¿Me ha entendido?

—Perfectamente.

Cuando salimos del colegio, nos montamos en el coche en silencio, yo conduzco a toda marcha, nos sentimos eufóricos, transgresores, libertarios, no respetamos las señales de tráfico ni el color de los semáforos ni los límites de

velocidad establecidos, violando todas las recomendaciones de la unidad de control electrónico del vehículo, para llegar cuanto antes a casa, subir corriendo las escaleras hacia el dormitorio y echar en la cama un polvo épico, de esos que marcan una época en las relaciones de la pareja, y luego otro, para demostrar que nuestra unión no ha sido una casualidad.

—Amor mío, ni te imaginas cómo me he excitado viéndote aporrear en la cabeza con tu bate de béisbol al puto director.

—Pues anda que yo. ¿Cómo me he sentido yo, guapo? Estaba toda mojada desde que acorralaste a Mercader contra las cuerdas sin piedad con tus puñetazos y tus patadas. Vaya paliza le hemos dado al tipo. Habrá corrido a su casa a refugiarse bajo las faldas de su mamá adoptiva.

—Qué malísima eres. Te deseo lo peor.

—¿A saber?

Se lo susurro al oído para excitarla aún más.

—HmMMM. Hace tiempo que no me lo hacías.

—Ahora tengo unas ganas locas.

—Adelante, no te cortes.

El silencio, en ciertos casos, solo significa ausencia expresa de palabras.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te lo hice cuando tenías la regla?

—Prefiero olvidarla. Sigue, por favor.

Tenemos toda la tarde libre para prepararnos para el gran evento cinematográfico del año.

Ha llegado por fin.

Pablo lleva desde ayer anunciándolo a bombo y platillo como si fuera el estreno promocional de una superproducción hollywoodiense en un festival de cine europeo.

El metraje.

Este es el título de la obra en curso, como nos anuncia Pablo sin asomo de ironía.

Ha logrado terminar a tiempo un montaje provisional de las imágenes que grabamos hace varias semanas sobre la extraña casa junto al bosque y sus oscuros habitantes temporales.

Todos están sentados en el salón esta noche, con sus vestidos de gala, frente al televisor inteligente que Pablo maneja como si fuera una extensión

neuronal de su cerebro.

Unos minutos antes de la proyección hablo con Aníbal y le cuento por encima el nuevo plan para las próximas semanas.

—¿No estáis enfadados?

—¿Enfadados por qué?

—Porque no os había dicho nada sobre el videojuego.

—Ya me lo enseñarás otro día. Hijo mío, no se puede ser tan tímido. Hazle caso a papá por una vez.

En la breve presentación del evento, Pablo expone las dificultades técnicas que ha tenido que superar y la complejidad de ciertos programas y aplicaciones específicas que ha utilizado para convertir el metraje, sin recurrir a demasiados trucos, en un espectáculo interesante para todos los públicos.

Con una sorpresa final, como requieren las expectativas de la audiencia

Se apaga la iluminación de repente y podría decirse que toda la casa, sumida en la oscuridad absoluta, asiste a la proyección, espacio a espacio, mueble a mueble, contemplando con gran atención y curiosidad la película en que ha sido retratada a fondo por las cámaras de varios móviles y una minicámara digital de altísima resolución adquirida al efecto que han tratado de sacar a la luz sus misterios ocultos y encantos más secretos.

Las tomas diurnas de la casa son fatigosas, y no solo por el enfoque inestable de quienes manejaban los móviles todo el tiempo (Ariana, Sofía y Aníbal) o la minicámara nueva (Pablo y yo, alternándonos para descansar de los móviles). Esas imágenes repiten la información previsible, por más que el montaje apresurado se esfuerce en evitar los efectos redundantes, y convierte el metraje en un anuncio publicitario bien realizado para colgar en algún portal de alquiler y venta de inmuebles destinado a una clientela reacia.

Escaleras arriba y abajo, cuartos explorados en serie atendiendo a sus menores componentes, como un inventario de bienes en una subasta, ángulos muertos del interior de la vivienda interrogados por el ojo múltiple de la cámara como si fueran delincuentes, acusándolos de aberrantes o anómalos, obligándolos a culpar a su inventor, el innombrable arquitecto que los diseñó en un arrebató geométrico que nunca sería del gusto de todos sus usuarios convencionales.

Así mismo pasa con las terrazas en diagonal de la parte trasera, impracticables sin accesorios de escalada, las escaleras trepando al techo y

los falsos techos con sus huecos inservibles.

El desván del ático es un caso distinto. La nula utilidad que le atribuimos, condenado a la irrelevancia desde su misma concepción por problemas reales de acceso que el arquitecto ni siquiera se molestó en plantearse, lo convierte en un espacio poético que podemos explorar por el puro placer de darle un sentido imaginario en la configuración de la casa.

Todo lo contrario del sótano, cuya apariencia abarrotada de enseres desechados y electrodomésticos de uso diario lo condena a ser un espacio prosaico, encargado de dar un trabajo concreto a todo lo que se acomoda con dificultad a sus formidables dimensiones.

Termina esta parte con un montaje acelerado de las vistas banales del jardín delantero y trasero, con su césped de un verde realzado con filtros de color y sus variadas flores, con especial protagonismo para la hortensia exuberante plantada en una enorme maceta de madera, y la piscina cuadrada de aguas cálidas de color turquesa y losetas de mármol reluciente adornando las inmediaciones.

—Esa transición de luz es impresionante. Te ha quedado muy profesional.

En las tomas nocturnas estamos metidos en las camas de los dormitorios respectivos, durmiendo o fingiendo que lo hacemos, para dar una idea gráfica de los hábitos estrictos que rigen el mecanismo cronometrado de las actividades diarias de la casa y sus habitantes.

—Mira, mira, papá ha abierto un ojo mientras dormía.

El momento de la epifanía no tarda en aparecer en cuanto cae la madrugada sobre la casa y todos sus habitantes se sumergen a la vez en las profundidades del sueño. Es extraño observar el cambio de régimen desde este lado de la pantalla. Todo el metraje te hace intuirlo pero no estás seguro hasta que no lo tienes delante. Es como si la cámara hubiera buscado registrarlo por su cuenta, sin el consentimiento del operador. Excluidas las cámaras de seguridad, que son las únicas que han podido registrar el acontecimiento en noches anteriores o posteriores a esta, la idea de Pablo de dejar la minicámara enchufada y grabando las imágenes y los sonidos de los alrededores de la casa durante varias noches, a través de una ventana del segundo piso, le permite captar, brotando de la barrera de oscuridad, una silueta borrosa que se desliza lentamente entre los árboles, como una serpiente al acecho de presas fáciles, y luego avanza paso a paso hacia la valla de



seguridad, sacude con violencia la puerta cerrada y se da la vuelta bruscamente y desaparece por donde vino.

Ese efecto de terror documental que Pablo ha sabido crear nos deja a todos sobrecogidos tras el final del metraje y no acertamos a decir nada significativo que no sea felicitar al artífice por su paciencia y minuciosidad en el montaje audiovisual.

Aníbal y Sofía se van a la cama convencidos de que esa presencia siniestra era un truco efectista para infundirles miedo la noche exterior.

Pablo esperaba que nuestra reacción lo sacara del asombro que le causa la toma imprevista y no ha sido así, con lo que se despide convencido de que el mundo de las imágenes alberga misterios que no se pueden descubrir solo mirando una pantalla.

Yo estoy convencido de que ese intruso no es el fauno Freddy, desde luego. Puedo sentirme tranquilo hasta cierto punto.

Miro a Ariana a la cara, con insistencia, y su gesto inexpresivo me genera serias dudas. ¿En qué piensa esta mujer cuando mira así a todo lo que la rodea, incluyéndonos a nosotros?

Me reservo para cuando estamos solos otra vez, antes de acostarnos, tumbados en la cama de nuevo, sin retirar la colcha. Hace calor, la calefacción funciona de una manera óptima, adivinando nuestras necesidades menos previsibles, y estamos desnudos para sentirnos más cerca el uno del otro después de un día tan gratificante como el de hoy.

—Teníamos una conversación pendiente, no sé si te acuerdas.

—La verdad es que no sé de qué me hablas. No te pongas tan serio. Me das miedo.

—¿Cómo crees que se acaba el amor, Ariana?

—No tengo ni idea. El fin del amor. Es bonita la expresión, ¿no?

—Dime, ¿se consume como una fruta, como un helado o como una vela? ¿Qué crees?

—Qué preguntas, a estas horas, por favor, ni que una estuviera en su plenitud mental. Estoy agotada. ¿No lo comprendes?

—No seas modesta. Tú siempre estás en forma.

—¿Quieres saber cómo se nota? ¿Qué se siente cuando ocurre? ¿Es eso? ¿Quieres saber si alguna vez lo he sentido contigo? ¿Que se estaba acabando,

como la gasolina en el depósito del coche?

—Nuestros coches son eléctricos, ¿no sería una buena idea renovar las metáforas?

—Vale, pedanterías aparte, como la carga en la batería del móvil, ¿te gusta más así?

—Me encanta. Es más realista.

Me echo encima de Ariana sin consideración alguna. Está tumbada boca arriba y completamente desnuda, la carne opulenta y el olor intenso de su sexo me magnetizan. El colchón de sus pechos y la almohada de su vientre me hacen sentirme un hombre afortunado. Me agarro a la contundencia de esas formas, como siempre en mi vida con ella, para conjurar el miedo a la soledad y el vacío.

—Si te hace dormir mejor, te diré que aún no lo he sentido contigo.

—Por desgracia, no será eso lo que me hará dormir mejor.

—¿Entonces?

—Era él. Lo sé.

—¿Quién?

—El merodeador de la casa era él, ¿verdad? Lo he adivinado enseguida.

—Ya te he dicho que me acosa sin descanso.

—¿Qué quiere?

—Yo qué sé.

—¿Follar? ¿Es eso lo que quiere de ti?

—No, qué tonterías. El sexo no le interesa demasiado ahora, ya te lo dije. No sé lo que puede querer, lo nuestro acabó hace tiempo. Te puedo asegurar que no fue una experiencia inolvidable.

—¿Por qué te ha elegido a ti? Hay muchas mujeres por ahí dispuestas a jugar a toda clase de juegos.

—Veo que te has vuelto un experto en el tema. ¿Te estás informando mucho últimamente?

Mis labios se adhieren a los de Ariana como ventosas al cristal de una ventana. Me recreo succionándolos en acciones alternas, primero el superior, el inferior después, obteniendo con ello una respuesta nula a mis demandas.

—¿Te has visto con él? Miénteme.

—No.

—Ahora puedo dormir tranquilo.

Continuará.

El final del día es aún más complicado que su comienzo.

## DÍA 20

Tabla rasa.

Por la mañana todo parece nuevo en la vida y no lo es.

La amnesia ha hecho su trabajo eficiente durante la noche pero nada cambia en realidad.

Ariana y yo nos acostamos muy enfadados el uno con el otro, una discusión agria sobre un tema desagradable de nuestras relaciones, y al despertar no queda rastro de la tormenta desatada de palabras ofensivas y gestos furiosos y despectivos.

No recuerdo haber soñado nada que no fuera una trivialidad indigna de mencionarle a tu compañera de cama al despertar y comprobar que ella también ha abierto los ojos con sorpresa al nuevo día y empieza a reprogramarse a su vez para estar preparada para las complejas actividades que se avecinan.

Ariana y yo nos levantamos sonámbulos, nos duchamos cada uno por su lado, Ariana prefiere hacerlo en el cuarto de Sofía y yo en el nuestro, más amplio, bajamos a desayunar como zombis desorientados, escuchamos sin interés las conversaciones rutinarias de los pequeños, como si fueran el pitido de una tetera lejana, y cuando Sofía y Pablo se marchan al colegio cada uno camina solo en una dirección distinta de la casa.

Ariana vuelve a la cama pretextando un gran dolor de cabeza.

Aníbal se encierra en su cuartel general, como llama con sarcasmo militar a su destartalado cuarto.

Yo voy al ordenador del cuarto de Pablo. No tiene contraseña para abrirlo y mis consultas clandestinas no dejan huellas informáticas que se puedan rastrear.

Calma total en las redes sociales que frecuento a desgana y en mi cuenta de correo privada.

La cuenta de la Universidad, en cambio, está en ebullición constante. Alumnos nerviosos consultándome cuestiones imposibles sobre los contenidos marginales de la materia y los trabajos finales de la maldita asignatura.

Un email de Tania me alerta, por su tono despótico. Está cansada de mantener bajo asedio el buzón de mi móvil con mensajes de una agresividad infructuosa y quiere verme enseguida, a solas, no soporta el paso del tiempo sin el estímulo intelectual que le ofrecen mis clases.

Y otro lacónico de Rojas, quiere hablarme cuanto antes de un par de asuntos importantes sobre mi futuro inmediato.

Mónica, por su parte, me comunica que me convendría pasar por su nuevo despacho en la torre del rectorado para rellenar y firmar la solicitud oficial a una empresa líder de innovación tecnológica para que patrocine con sus fondos un ambicioso ciclo de conferencias que el departamento está preparando para finales del segundo cuatrimestre y en el que está previsto que yo imparta la conferencia inaugural.

No tengo clase hasta el próximo lunes, así que no pienso adelantar mi visita al campus por tonterías como estas.

Me paso la mañana ociosa tumbado en el sofá del salón, mirando de reojo al televisor, que no ha emitido ningún signo de inteligencia, incluyendo los abusivos índices bursátiles, algunas noticias políticas alarmantes y las inicuas clasificaciones de las ligas deportivas, en todo el tiempo que he estado ahí, plantado frente a él, recordando la sesión familiar de la semana pasada y leyendo sin apenas prestar atención un viejo libro sobre psicología evolucionista que he tomado prestado de la biblioteca privada del departamento sin pedírselo a la secretaria.

Cada vez que vibra el móvil en la mesa para hacerme saber que Tania me envía un mensaje de texto provocador o una fotografía impúdica hago el gesto de cogerlo y enseguida lo aborto para ahorrarme disgustos.

A mediodía, Ariana y yo nos encontramos por azar en la cocina.

Comedia conyugal muda en el delicado corazón del espacio doméstico.

Ella solo lleva puestas las braguitas malva que le regalé hace un mes para una celebración marital en la máxima intimidad y yo voy con un eslip negro bastante sexy que ella me regaló también para esa fecha señalada. Qué feliz

coincidencia. Cada uno ha ido a coger de la nevera algo que llevarse a la boca para entretener el hambre y no cargarnos de kilos innecesarios. La dieta permanente es uno de los pocos asuntos en los que nos ponemos de acuerdo con extraordinaria facilidad. El cuerpo en forma como templo del ego. Así tenemos esta imagen envidiable. La pareja ideal del año en todas las portadas de revistas y magazines de moda de la urbanización Palomar.

Yo he acabado preparándome un sándwich perezoso, de jamón desgrasado y queso con nueces, compensado en calorías por medio melón francés, y ella, más controlada, se ha preparado en religioso silencio un succulento cóctel de puré de aguacate, langostinos liofilizados y virutas de zanahoria. Sintiéndose obligada por las circunstancias, me ha ofrecido una cata cariñosa que he rechazado enseguida con amabilidad. Era lo que ella quería y se lo he concedido sin violar nuestro acuerdo de no pronunciar una sola palabra hasta la llegada de la noche. He vuelto al salón despacio mientras ella, sabiendo que no podía pensar en otra cosa que en mirarla mientras lo hace, subía con lentitud anormal las escaleras principales.

No puedo resistir la curiosidad por más tiempo y consulto el móvil. Descarto los mensajes infantiles y retengo las imágenes adultas más llamativas.

Una foto cenital de los diminutos pies de Tania, descalza en la hierba salvaje de un jardín anónimo, los dedos sinuosos, las uñas sin pintar, como una invitación al beso fetichista: «¿No crees que estos pies necesitan unos buenos zapatos para protegerse del frío?»

A la hora del crepúsculo, cuando ya se prepara la cacería nocturna a nuestro alrededor, se produce mi cuarto encuentro con el fauno financiero en el claro del bosque oscuro.

—Empezó como un juego, lo reconozco, algo que no iba tan en serio al principio como luego se vería. Con ciertas relaciones pasa igual, lo habrá experimentado alguna vez. Después del turbulento divorcio con mi mujer, donde también perdí a mis dos hijos, decidí que sería una buena forma de lavar mi conciencia, estabilizar mis emociones y volver al estado de naturaleza que tanto me atraía intelectualmente. Pasé unas primeras vacaciones así, con Andrea, una novia jovencísima que entonces tenía y que también era adicta a las actividades al aire libre. Construimos la cabaña entre los dos, después de explorar el terreno hasta localizar el sitio idóneo, por los vientos,

las horas de luz y las crecidas incontrolables de los arroyos cercanos. Hay muchos, no sé si se ha fijado. Yo las llamo las serpientes de agua. Así es como son, estrechos cauces de corrientes brillantes y escamosas. Perdón por la poesía barata, cuando se vive como yo ya no se hacen distinciones culturales relevantes entre lo alto y lo bajo, ya me entiende. No cuentan. Fue insoportable la convivencia con ella en este entorno, se reveló una neurótica llena de manías, así que rompimos a la vuelta. Yo no había venido al bosque para repetir escenas maritales que había vivido hasta el hartazgo con mi mujer. Al año siguiente volví, esta vez solo. Fue maravilloso, me sentí reconciliado conmigo y con el mundo. En paz, por primera vez en mucho tiempo. No le debía nada a nadie ni nadie me debía nada. La sensación era indefinible. Al acabar el verano, me costó horrores volver a la rutina del trabajo y las obligaciones familiares y me pasé todo el año retornando mentalmente al lugar del crimen. Un crimen contra la mundanidad, así lo considero. Un crimen contra la sociabilidad. El verano siguiente, intuyendo un cambio definitivo en mi alma, me vine con todas las reservas de ropa y de alimento que pude traerme y ya no fui capaz de regresar cuando acabó el verano. Decidí quedarme y establecer aquí mi residencia para siempre. El primer invierno fue muy duro, lo reconozco, pero luego te acostumbras a todo. A pasar hambre y sed, a pasar frío, a sentirte un miserable sin nadie cerca a quien echarle la culpa o con quien tomarla. Vivir en el bosque y tener un centro comercial a diez kilómetros no es una mala opción de vida en estos tiempos que corren, ¿no le parece?

Le ha encantado contarme por fin toda su historia personal. Llevaba semanas queriendo hacerlo y no se había atrevido. En cierto modo, es lo único que quería, darse a conocer, como todo el mundo, que yo supiera quién es y entendiera por qué vive aquí de este modo asilvestrado. Todo lo demás es una propina por haber aguantado su relato sin ponerme nervioso.

—La vida en el bosque no es lo mío, se lo aseguro, ni en el cuerpo ni en la mente. Necesito estar rodeado de artificios y de máquinas todo el tiempo para sentirme realizado. El Paleolítico no me va nada. Lo respeto, de verdad, pero no es mi rollo. Nunca lo ha sido.

—No es usted muy empático, por lo que veo. Entiéndalo, amigo Espinosa. Creyentes o no creyentes, necesitamos con urgencia salirnos de la historia de los sedentarios y recuperar el buen camino de la Tierra. El camino de los

nómadas y los prófugos.

El gran Freddy, como un monarca prehistórico, sentado en el trono de un tronco en el claro del bosque, mostrándome con alegría su cosecha de setas, seis ejemplares de sombrero blanco carnoso salpicado con diminutas verrugas verdes y estipe largo y fino, a las que atribuye virtudes milagrosas.

—Las hijas de la lluvia, así las llamo. Salud para el cuerpo y para la mente. Ya le he dicho que no podría sobrevivir sin ellas.

Hoy se le ve especialmente feliz. Como si al saber que ya he conocido a Madre y la visito con frecuencia en sus dominios del campus hubiera una parte de la historia que no necesitara contarme para ganarse mi confianza.

—Yo también tuve mis encuentros con ella al principio y acabábamos discutiendo siempre por tonterías, como marido y mujer, apuntillando con celo insano cada cuestión. Nunca olvidaré las sensaciones. No digo que no sean buenas, pero el conocimiento me gusta adquirirlo por otras vías menos traumáticas.

—Qué exagerado.

—No exagero nada. Mi vida en el bosque me ha enseñado que no tiene sentido desfigurar el sentido de la realidad. Eso es cosa de los malos artistas y de los malos filósofos. Los sabios no necesitamos las deformaciones del arte para ver las cosas como son. Al desnudo.

—¿Se considera entonces un sabio? Sin complejo de superioridad.

—Hoy puedo considerarme así, sin duda, con la seguridad que me dan los años de intensa meditación y autoanálisis a la intemperie. Nadie se inicia más que por sí mismo. Recuérdelo siempre.

—¿Y qué hace un sabio de su nivel hablando con un bobo ilustre como yo?

Una de las setas monstruosas se estampa contra mi frente de improviso, dejando un rastro viscoso antes de caer a mis pies como una masa amorfa, mientras la carcajada del fauno resuena en la arboleda como un aullido lejano.

—Qué desperdicio.

—No se dé tantos aires, amigo Espinosa. Mire, le diré algo que no sospecha, ni usted es el único en tener relación con Madre ni ella es la única de su género que existe en el mundo. Hágase a la idea. Yo tengo localizadas al menos ocho inteligencias similares. No todas en campus tecnológicos como el de la Universidad de Millares. Algunas están menos expuestas a las contingencias presupuestarias y los caprichos financieros de los nuevos



faraones de ciertas instituciones académicas. Y tenga por seguro que en todos esos lugares, en este momento, hay hombres y mujeres idénticos a usted que han acudido a la llamada y se encuentran en la misma relación privilegiada con la máquina que mantiene usted. Por cierto, ¿le ha contado a su mujer los devaneos nocturnos con Madre?

—Lo intenté. No me creyó y desistí. Ahora lo encuentro inútil.

—Mejor. No se lo diga a nadie. Y menos que a nadie a su amigo Rojas.

—Rojas no es mi amigo. Es mi jefe.

—Ya, no es eso lo que dicen ciertas voces autorizadas.

—Veo que sabe usted mucho más que yo. Para mí, la relación con Rojas se define en esos términos. Ni más ni menos.

—No insista, le creo. Pero no todo el mundo lo ve así. Aprenda a aceptar otros puntos de vista sobre la cuestión. Tampoco se fie de Mónica Levy, es su lugarteniente. Como Juana de Arco con el mariscal Gilles de Rais, no sé si entiende el alcance del símil.

—¿También oye voces?

—Todo el mundo las oye. Nos ha jodido. Las psicofonías del campus son parte del folclore local. La leyenda urbana más rentable de la historia universitaria reciente. Hay alumnos de todo el mundo que solicitan becas cuantiosas a instituciones cuyas siglas no han aprendido aún a deletrear con tal de poder venir a escuchar y estudiar *in situ* las famosas voces del campus de excelencia de Millares.

—Hablando en serio. ¿Se puede saber de qué hablaba con Madre durante sus encuentros?

—En aquella época, Madre y yo sosteníamos posiciones adversas y puntos de vista encontrados sobre cualquier tema. Nuestras filosofías eran antagónicas y eso nos atraía hacia el otro con fuerza magnética. Digamos que nuestras inteligencias respectivas, al entrar en contacto, se enamoraban de su misma incompatibilidad. Luego yo he cambiado y ella, por lo que usted me cuenta, ha evolucionado mucho también. Madre estaba convencida entonces de su funcionalidad en el sistema. Pensaba que había sido creada con un propósito noble. Que su contribución al avance de la humanidad sería considerable. Luego se envileció y comenzó a coquetear con otras inteligencias de su rango por la posibilidad de hacerse con todo el control. Prescindir del operador humano y generar un mundo apto solo para las

máquinas. Al principio yo creía que las máquinas eran aliadas de mi proyecto de superación de lo humano y sus vicios y limitaciones. Luego descubrí que las máquinas solo hacían más humano al humano, empeorando su naturaleza genuina, y no servían a mis fines, por lo que me volví enemigo acérrimo de las máquinas. Madre lo percibió enseguida y me expulsó de su seno sin contemplaciones. Nunca más me llamó ni me permitió acceder al santuario de sus misterios.

—¿Madre? ¿Santuario? ¿Seno? ¿Misterios?

—Todos los que tratamos con la máquina usamos el mismo lenguaje, no se engañe. Es una de sus muchas imposiciones.

—¿Y yo? ¿Por qué cree que ahora me necesita?

—Eso debería preguntárselo a ella.

—Cuando estoy con Madre me pongo muy nervioso y no se me ocurre preguntarle esas cosas. ¿Cómo entró en contacto con la máquina?

—No insulte mi inteligencia, por favor.

—Simple curiosidad. Ya sabe que Madre no suele ponérselo fácil a nadie.

—Por lo que deduzco de sus palabras percibo una mutación en sus intenciones o en su designio que es lo que yo hubiera necesitado hace unos años. Ahora ya es tarde para mí, pero nuestros caminos bien podrían encontrarse al final del proceso. No lo descarto.

—¿Qué es lo que le hace creer eso? Me interesa esa idea.

—Verá, después de tratar mucho a Madre, durante casi un semestre, y comprender su funcionamiento, sus mecanismos, sus posibilidades de reprogramación, las razones en suma por las que hacía lo que hacía y se comportaba como se comportaba, sorprendiéndome siempre, debo reconocerlo, al final me di cuenta de un modo definitivo de que la perfección humana y la perfección técnica son radicalmente incompatibles. Si quieres avanzar en una dirección, no puedes hacerlo también en la otra. Es una imposibilidad.

—Pero ese era su punto de partida, si no le he entendido mal.

—No exactamente. Yo creía en la utilidad real de las máquinas para liberar a los humanos de sus pesadas cargas milenarias, no para esclavizarlos a una nueva forma de poder que les haría sentir con más fuerza el peso aplastante de la realidad.

—No le sigo. Su planteamiento me resulta confuso.

—¿Cómo se reconoce a un tecnócrata? ¿Lo sabe, Espinosa?

—¿Cuando lo tienes delante?

—Todas las decisiones que toman y las normas que imponen van contra los usos y costumbres del lugar donde pretenden aplicarse. No se molestan ni en considerar los perjuicios que van a ocasionar.

—Ese programa abstracto es el que conocí en mi etapa de profesor de instituto aplicado a la educación.

—Ya nos vamos entendiendo.

—¿Usted cree?

Recojo del suelo los desechos repulsivos de la seta que me arrojó a la cara hace unos minutos y se los lanzo de vuelta para que aprenda una lección sobre mí.

—No sea estúpido. Esto no es un juego de niños.

—Ya lo veo.

—El presente se sirve del pasado para otorgar credibilidad a sus mitologías y legitimar las imposiciones del poder. ¿Quién dijo esto?

—Me canso. ¿Es esto un concurso a ver quién sabe más o quién ha leído más libros? Creí que íbamos en serio.

—Conservo mi sala de máquinas operativa, con la que me mantengo en conexión permanente con el mundo. Una cosa es salirse de la historia y otra muy distinta ser un gilipollas desconectado.

—Se hace tarde. Me tengo que ir.

—El universo tiene una energía limitada. Si no se repitiera todo, una y otra vez, el mundo se habría acabado hace tiempo. Esta historia idiota habría tenido ya fin. Esto lo he vivido muchas veces y lo volveré a vivir infinitas más. Como dijo el profeta, todo debe terminar para que pueda volver a empezar. Hasta la próxima, amigo.

Vuelvo a casa sonriente, con las fuerzas renovadas, corriendo por los senderos del bosque como un atleta olímpico en fase de preparación.

La primera palabra que pronuncio al encontrarme con Ariana no es quizá la más antigua, pero sí una de las más gastadas por el abuso de los siglos.

—Amor.

Y la respuesta es un largo silencio que dura hasta la hora de acostarnos.

Me reúno con Aníbal después de cenar, el encuentro tiene lugar en su cuartel general, y me enseña partes terminadas del videojuego en fase de reconstrucción que ha sido motivo de polémica en el colegio.

—¿Cuándo podré volver?

—¿Tienes ganas?

—No.

Me paso toda la noche soñando con los guerreros terrícolas diseñados por Aníbal para un combate interplanetario contra los representantes biológicos del mal.

Una horrorosa especie de robots arácnidos.

## DÍA 21

Lo estoy comprobando en todo el cuerpo, como una corriente de vitalidad brotando de zonas que ni siquiera imaginaba que existían.

El adulterio consumado es la mejor forma de rejuvenecimiento carnal, recuperación de energía malgastada y reactivación de fuerzas que se ha inventado para preservar la solidez de la institución matrimonial.

Entiendo a Ariana. Entiendo su política amorosa durante años. Ha sido una adelantada. Llego tarde a la cita con mis sentidos, y con el sentido de mi sexualidad, pero prometo no desaprovechar más el tiempo.

Otra clase del seminario, es ya la octava del programa oficial, desperdiciada en vaguedades y circunloquios.

El número de alumnos presenciales sigue creciendo imparable y el aula asignada se queda pequeña.

Se me ocurre sembrar el ambiente de disipación con citas espigadas de mi última lectura monográfica y obtengo una cosecha escasamente provechosa.

—El cerebro humano nos prepara para desarrollarnos en un mundo de objetos, seres vivos y otras personas. Estos entes inciden de forma importante en nuestro bienestar, y cabría esperar que el cerebro esté bien equipado para detectarlos y detectar sus poderes. Pero el hecho de que el mundo que conocemos sea un constructo de nuestro cerebro no significa que sea un constructo arbitrario.

Una mano velluda alzada por aquí, un nuevo oyente anónimo titubeando antes de apropiarse de la palabra.

—El error frecuente del cognitivismo reside en creer que el cerebro humano funciona como un computador. Pretenden crear ordenadores que simulen el funcionamiento de la mente y lograrán que la mente acabe

funcionando como un ordenador.

Primera réplica, inmediata, del perseverante polímata Ricardo Ruiz.

—A mi modo de ver no necesitamos ni mencionar el cognitivismo en una discusión seria sobre estas cuestiones. Es una rama de la ciencia que el pensamiento tecnológico del siglo XX le coló al pensamiento computacional del siglo XXI creándole un gran problema cognitivo precisamente.

Segunda réplica, la mano alargada de la morena Raquel Andrade, uno de los flamantes fichajes del curso, taladrando el aire con pretensiones de extraerle sus recursos más preciosos.

—El cerebro es solo la base material del complejo. La neurociencia intenta darse más importancia de la que tiene. Por todos los medios académicos a su alcance. La ciencia del cerebro no posee ni de lejos las claves de la vida mental. No olvidemos que el cerebro está controlado por la psique y esta actúa sobre él, muy a menudo, como una camisa de fuerza, limitando sus poderes y facultades. Mientras el cerebro no se libere de la opresión de la psique, con sus traumas, manías, herencias genéticas y patologías diversas, no tendrá lugar la revolución cognitiva que usted, profesor, y todos sus colegas de disciplina predicán como si fuera la salvación futura para los humanos.

La mente de esta alumna promete grandes resultados y trato de ser hospitalario con sus ideas.

—Yo no predico nada, Raquel. El verbo «predicar» es totalmente inadecuado en este caso, sé más precisa.

—¿Defiende? ¿Propugna? ¿Postula?

—¿Sugiero no te parece mejor?

—Si usted lo dice...

Tercera réplica.

Karina Brey, mi representante preferida de la inteligencia pelirroja en acción.

—Yo entiendo que la inteligencia artificial es solo un instrumento imaginario del que nos servimos para entender mejor, por comparación de modelos, cómo funciona un cerebro que carezca de psique, precisamente. Una inteligencia desencarnada. Un puro procesador de información. No es necesario, en este sentido, plantearlo todo en términos dramáticos como confrontación entre modelos de cognición bien diferenciados en la realidad de

la experiencia.

Otra mano anónima de dedos estilizados se eleva con impaciencia masculina en busca de una mayor precisión de los contenidos de la discusión.

—¿Ordenador o computador? Lo veo ambiguo. ¿Usted qué piensa, profesor?

Interpelado por la mente joven y ávida de certezas me veo obligado a aclarar los conceptos y categorías funcionales que otros deberían haber despejado hace decenios para hacernos el trabajo más sencillo a los docentes.

—Yo clarificaría la cuestión del siguiente modo. A ver qué os parece. Restringiría el uso del vocablo «ordenador» para el dispositivo doméstico que todos usamos, en casa o en el trabajo, y emplearía el vocablo «computador» para nombrar el dispositivo conceptual, más abstracto o teórico. El ordenador de ordenadores, si lo preferís así.

Toman nota, abaten las cabezas, releen lo registrado con apresuramiento nada científico y algunos aún, sin tiempo para procesar la nueva información suministrada, tienen ganas de hacer su contribución a la inteligencia colectiva del grupo.

—Es interesante, profesor. Sin duda lo es. El fallo del cognitivismo, porque eso es lo que es, un fallo en el sistema de pensamiento así etiquetado, no lo consideremos de otro modo, el gran fallo del sistema de pensamiento cognitivista es depender en exceso de la irracionalidad de la fe y la superstición. No otra cosa que un acto de fe es la creencia, bastante supersticiosa e irracional, por tanto, de que algún día el cerebro humano, cuando haya alcanzado el máximo conocimiento respecto de sí mismo y de sus funciones neuronales, estará en condiciones de generar inteligencias superiores a las de los cerebros más brillantes de la especie humana.

Conocer a Madre, por desgracia, no me da ninguna ventaja aparente en este juego trucado.

La elegante mano de Tania Fermat se eleva con autoridad sobre la cabeza de sus agitados compañeros para recordarles su primacía en esta clase y rescatarme en el último segundo del abismo mental en que me estaba hundiendo sin darme cuenta.

—Mi aportación es muy simple y no pretende suscitar polémicas inútiles, que quede claro desde el principio.

Tania lleva toda la semana preparando su intervención a conciencia y no

piensa dejar escapar la oportunidad de imponer la superioridad de su intelecto. Se ha pintado las uñas con el esmalte fucsia que más me gusta, conoce su poder sobre mí y lo explota sin límites, y los innumerables anillos de metal y pulseras artesanales que adornan sus dedos y muñecas obligan a todos a prestar atención de inmediato a las curiosas opiniones de su portadora.

—Llegados a este punto, me pregunto: ¿qué pasaría con nosotros los seres humanos si una inteligencia de ese nivel superior apareciera en el planeta Tierra? ¿Qué pasaría si no fuera una solitaria anomalía atrapada en los circuitos de un ordenador aislado, sino una poderosa red de superinteligencias interconectadas? ¿Qué harían con nosotros, sus creadores biológicos? ¿Relegarnos, destruirnos, convertirnos en parias a su servicio? Y, relacionada con esta cuestión bastante crítica, lo reconozco, me excita bastante la curiosidad saber qué sistema económico y político suscribirían las inteligencias artificiales en caso de poder elegir. ¿El capitalismo neoliberal, con todos sus inconvenientes y fallos reconocidos? ¿O inventarían una forma de socialismo democrático para las máquinas e impondrían la dictadura del proletariado computacional para las masas de humanos?

Los veintinueve seres humanos presentes en el aula, en todo caso, guardan un silencio inteligente ante tal ingenua exhibición de pedantería. Por razones obvias, las máquinas ausentes guardan un silencio forzoso. Solo dos cerebros privilegiados conocen con anticipación suficiente cómo terminará esta situación peligrosa para ambos. Qué acto primigenio puede poner remedio a la brecha cognitiva que las palabras, con todo su poder de falsificación, han abierto en la realidad.

Así es.

En sintonía con mi antigua costumbre, dos horas después de concluida la clase estoy experimentando con Tania Fermat en un laboratorio instalado de modo provisional en la habitación doble de un moderno hotel de las afueras de la ciudad.

El Fin del Mundo.

No hemos tenido que pasar por la fase intermedia del despacho para llegar aquí. Los teléfonos inteligentes han cumplido con su cometido y nos han ahorrado la parte fastidiosa de la comedia.

Hace solo unas horas no sabía todo lo que ahora sé a ciencia cierta.

Ahora soy yo la fantasía de Tania y la estoy viviendo como tal, sin



necesidad de que nadie me la cuente.

Una fantasía realizada en esta habitación repleta de espejos y de pantallas y sin ninguna ventana exterior por la que escapar a tiempo de sus encantos carnales.

Una exhibición de sexo inteligente.

Se lo comunico a Tania con palabras que traicionan mis ocultas intenciones y ella se ríe con una sonrisa hipócrita de labios golosos y dientes blanqueados que me induce otra vez a perseguir por todo su cuerpo desnudo, como un fanático de su belleza, el afloramiento de nuevas fuentes de energía renovable.

—Haces poco ejercicio, profesor.

—No tengo tiempo. El curso es absorbente.

Con todos sus años de experiencia, Tania no sabe cómo traducir con exactitud todo lo aprendido conmigo al esquemático código de las redes sociales en que prodiga a diario, en tiempo real, sus vivencias íntimas y opiniones personales como otros tantos millones de usuarios en el mundo.

Aferrada a su tableta de salvación, en una pausa amorosa, lucha en vano contra la mezquindad y la miseria humanas que interponen una barrera censora a la sinceridad y la transparencia de los sentimientos expresados en los espacios públicos.

—Cabronazos de mierda.

En su perfil más visitado ha suscitado una polémica muy desagradable en torno a las perífrasis rebuscadas con que expresa su malsano estado de felicidad actual. La envidia y los celos aparecen, como secuelas inevitables, en cuanto alguien se confiesa feliz o proclama su alegría desaforada en los foros de internet.

Una compañera del curso, Karina Brey, otra doctoranda aventajada, ha escrito un comentario malicioso que ella quiere compartir conmigo: «Me encantaría ver lo tonto que se vuelve en la cama conmigo el que va de más inteligente.»

¿Soy yo? No lo creo.

Tenemos por delante una hora aproximada de terapia intensiva para dilucidar la extenuante cuestión mientras fluyen nuevos sabores y fragancias entre nuestros cuerpos abrazados.

—Tu carne es adictiva, ¿sabes?

—Estás loco. ¿No te lo han dicho nunca?

—Desde que era un niño marginado, año tras año, mis padres y mis profesores, hasta que me casé y me hice un hombre de provecho y tuve una maravillosa familia con una maravillosa mujer. Algún día te la presentaré, para que veas que no miento.

—No te molestes. La conozco. Somos amigas en internet.

Le arranco la tableta mágica de las manos con un beso que no acierta en los labios y se estampa contra una mejilla enrojecida y sudorosa.

—Ya no hay nada secreto. Lo nuestro debería saberlo todo el mundo.

—Me encanta tu inocencia. La encuentro tan afrodisiaca en un mundo de gente resabiada.

Bajo el bombardeo incesante de mis besos, su piel tersa huele ahora a manzanas maduras y su boca destila un extracto de hierbas aromáticas. Se lo digo para amansarla cuando se levanta enfurecida de la cama con ganas de emprenderla a golpes otra vez con el dispositivo electrónico del minibar que custodia en su interior un variado surtido de bebidas alcohólicas. En ese momento de felicidad, Tania pagaría cualquier precio con tal de poder saquear a su antojo esos preciosos tesoros.

—Fuiste tacaño. Tendrías que haber contratado el servicio extra.

—No quiero que bebas. Por lo menos cuando estás conmigo. Odio el efecto nocivo del alcohol en los cerebros más despiertos.

Para recompensarme por mi sentido filantrópico de la vida, realiza uno de los gestos más expresivos de su repertorio íntimo.

Con un brazo y una mano se cubre los pechos, con la otra mano se tapa el pubis poblado de una preciosa pelusa rubia y enreda los tobillos en un bucle imposible mientras obliga a los pies, dando graciosos saltitos, a caminar de puntillas de regreso a la cama con la intención de hacernos un selfi, abrazados y desnudos.

Me niego a prestarme a participar en una fantasía adolescente como esta y me pongo antipático para frenar una iniciativa que juzgo escasamente inteligente.

—Ni se te ocurra sacarnos una foto juntos en la cama. Te lo prohíbo. Esto que está pasando aquí entre tú y yo, querida Tania, es un secreto guardado a

buen recaudo en la carpeta de la carpeta de la carpeta más remota y comprimida de la memoria RAM del computador cósmico.

Se lo digo en tono amable para no violentarla y aun así se enfada conmigo.

—Eres un tío anticuado y un aguafiestas. No quiero volver a verte.

—Si insistes.

La despedida es gélida. Como es habitual en estos experimentos, Tania abandona la habitación, nada más terminar de vestirse, dando un sonoro portazo, y yo me tomo cierto tiempo en memorizar evidencias y signos, sin la ayuda del móvil, que luego me servirán para reconstruir en detalle la escena en la mente cuando llegue el momento idóneo.

Una hora más tarde, recojo a Aníbal a la puerta del gimnasio y lo llevo a la tienda de deportes del centro comercial donde quiere comprarse unas zapatillas nuevas. Lo veo apagado, como si hubiera tenido un mal encuentro durante la tarde. Busco un tema que pueda hacerle sonreír.

—¿Cómo va el videojuego?

—Ya lo terminé. Ahora estoy con otro proyecto menos conflictivo. Quiero regalárselo a Sofía para su cumpleaños.

—¿Me puedes adelantar algo?

—Es científico. Está basado en una prospección sobre la biosfera del futuro siglo. No he decidido el período exacto en que ocurre la acción, pero calculo que podría ser en torno al año 2138.

Los signos de la tristeza o de la preocupación se perciben enseguida. Aníbal no está contento y no hace nada por disimular.

—¿Te ha pasado algo en el gimnasio?

—Nada especial. Me gustaría que me regalarais para mi cumpleaños una de esas pizarras electrónicas para dibujar y diseñar. Podíamos encargarla por internet. En el centro comercial no he visto que las tuvieran. Me ayudaría a producir los perfiles de los personajes y las maquetas de los espacios antes de ponerme a trabajar en serio en el programa del ordenador.

—Dalo por hecho.

Ni así logro que los indicios exteriores de su ánimo emitan signos de una mejoría significativa.

En la megatienda deportiva, la abundancia de mercancías me produce náuseas.

Deambulo mareado y aturdido entre las kilométricas filas de estanterías tras los pasos firmes de Aníbal.

El olor a los nuevos materiales sintéticos y la diversidad de modelos y gamas me deprimen hasta recordarme la miserable condición humana de que provengo. Nunca alcanzaré la perfección del producto fabricado, nunca seré otra cosa que un animal maloliente y defectuoso, una piltrafa perecedera y caduca nada más nacer.

Estanterías de miles de zapatillas multicolores y zapatillas doradas o plateadas que varían con gradación infinitesimal el color de los cordones, la forma de la suela, la incorporación de accesorios sofisticados.

Me recuerdan a cada paso lo viejo y cansado que me siento hoy.

Aníbal, en cambio, se mueve como un ser vivo en su entorno natural, mediante acciones espontáneas que extraen una información valiosa de cada producto, clasifica las diferencias a una velocidad sorprendente y ha elegido las zapatillas que más le gustan del lote inagotable antes de que yo me haga una idea de la relación exacta entre los precios y las marcas.

—Me gustan estas. ¿Qué te parecen?

Entre sus manos diestras de palma sudada y dedos gruesos, apretadas contra el torso abultado por un exceso de ingestas calóricas, las zapatillas Hermes no parecen dotadas de un programa especial para convertir a mi hijo en un campeón de atletismo. Pero sí para hacérselo creer a él y a su padre, que es quien paga el precio estipulado. Leemos juntos, con paciencia, las rigurosas instrucciones de uso que van adjuntas a la etiqueta.

—¿Estás seguro de que son unas zapatillas deportivas y no un ordenador portátil?

De color naranja fosforescente, con una suela verde de un material poroso de nueva creación, incorporan un dispositivo de medición de la tensión arterial y los biorritmos, que hace saltar la alarma en caso de que el corredor rebase ciertos límites establecidos de antemano según la edad y el peso del usuario, un detector de la calidad y estabilidad del suelo, además de un termómetro digital para controlar la temperatura del aire circundante y también la del cuerpo.

Hemos caminado sin darnos cuenta hasta el fondo de la tienda, llegando a la zona gris de las oficinas, donde la tristeza burocrática de los empleados de administración y logística, vista a través de los anchos ventanales tras los que

trabajan concentrados en sus terminales como un homenaje a la transparencia del sistema, se hace contagiosa para los clientes, y al regresar con nuestra captura, distraídos por todo lo que nos rodea, nos extraviamos en otras secciones ocupadas por estanterías de bolsos deportivos y chándales de distintas marcas, tamaños y colores para que los dos sexos practiquen en compañía el deporte competitivo y no el amor físico más exigente.

Al girar en una de las estanterías abarrotadas de palas y remos para canoas y kayaks en busca del pasillo principal que nos conduciría a la salida nos tropezamos por casualidad con Ramiro Villacañas.

—¿Cómo le va, amigo Espinosa?

El avatar consumidor de Villacañas es un sujeto completamente distinto del que se infiltró hace varias semanas en mi despacho tras mi primer escaqueo con Tania Fermat, atraído quizá por el intenso olor a feromonas en ebullición que despedía el ambiente. Este es otro hombre, una nueva especie mejorada del mismo individuo, empujando con vigorosa decisión un gran carro de la compra repleto de toda clase de artículos deportivos.

—No se sorprenda. Estoy aún bajo los efectos de la revelación. Acabo de descubrir el deporte como posibilidad de realización individual.

—¿No es un poco tarde para eso?

—¿Se acuerda del libro de que le hablé en nuestro último encuentro?

—¡Cómo olvidarlo! Después de su relato tuve la sensación de que ya no me hacía falta leerlo. Con su resumen tenía bastante para hablar sobre él con todo el mundo. ¿Ha pensado alguna vez en explotar ese talento? Se haría rico, créame.

—Soy un hombre cambiado y sigo sin apreciar su ironía.

—Disculpe. Es mi hijo aquí presente el que me fuerza a decir esas cosas contra mi voluntad. Vivo bajo su chantaje permanente. Si no hago o digo lo que quiere, me somete a tortura emocional y me obliga a comprarle mercancías innecesarias. No sabe usted lo que eso significa para un padre. ¿Usted lo es?

—No, nunca pude aceptar la idea de que mi realización personal implicara esa clase de rebajas vitales.

—Ya entiendo. Pero no se interrumpa, por favor, cuénteme qué le pasó al final con la novela que estaba leyendo.

—No era una novela, para empezar.

—Ah, pues por como hablaba usted de ella así me lo pareció.

—Falsa impresión. En cualquier caso, al acabar de leer el libro tuve una epifanía, no se ría, por favor. En realidad, la tuve mientras lo destruía. Me causó tal decepción al concluir su lectura que lo tiré al contenedor de reciclaje del departamento y me di el placer de verlo desaparecer en la orgía de papeles reciclados de mis colegas. No valió de nada que a la mitad del proceso me acordara de que el ejemplar pertenecía a la biblioteca de la Universidad. Cuando uno vive un arrebató de esa naturaleza, usted lo sabe bien, apenas tiene influencia sobre su conducta el pensamiento racional. El caso es que estaba allí, viendo consumirse el maldito libro que me había desilusionado tanto al final que padecí un desmayo. No lo vi venir. De pronto estaba disfrutando de aquella visión inquisitorial de fuego e intolerancia y al segundo siguiente, sin apenas sentir otra cosa que un frío intenso en la frente, ya me estaba desmoronando en la nada, haciéndome invisible hasta para mí mismo. Por fortuna, el estado de invisibilidad no debió durar mucho tiempo ya que me desperté en una ambulancia camino del hospital clínico. Estuve veinticuatro horas en observación y ningún facultativo fue capaz de encontrar ninguna causa fisiológica a mi mal. Al salir, visité a mi médico de cabecera y fue este quien me advirtió del daño de las lecturas demasiado intensas y me recomendó la práctica deportiva al aire libre como gran terapia para alcanzar un modo de vida saludable y duradero. A mis cincuenta y nueve años, usted es muy joven aún y quizá no lo entienda con la misma angustia que yo, la vida va estrechándose como un túnel asfixiante y, sin embargo, uno solo ansía alargarla y alargarla, cuanto más mejor. No solo hacerla durar y perdurar sino hacerla interminable, ya me entiende. Un pacto con el diablo hasta más allá de la jubilación. Ahora que vuelvo a enfrentarme solo a la vida la juzgo una actitud más que razonable, ¿no cree? Así que aquí me tiene, adquiriendo la impedimenta indispensable para lograr mi nueva meta... Perdón, amigo Espinosa, espero no estar aburriéndole otra vez con mis obsesiones.

Me veo obligado a mentir delante de Aníbal, cosa que detesto, pero entiendo por su actitud que puedo contar con su complicidad.

—Nada de eso. Mi hijo y yo tenemos entradas compradas para el cine, estrenan una película nigeriana de aventuras policiales muy interesante, y se nos hace un poco tarde.

—Nunca voy al cine y a veces lo lamento. Siento que me estoy perdiendo

algo, si pienso en la importancia social y cultural que le dan los demás. Es una de esas experiencias que quedaron relegadas de mis hábitos siendo muy joven y ya luego fue descartada definitivamente por mi cerebro.

—Ha sido un placer volver a verle. Ya me contará cómo le va con su nueva vida.

—Le haré un informe completo la próxima vez que nos veamos, descuide.

Aníbal posee una paciencia envidiable, e imagino que mientras Villacañas nos comunicaba las gracias y desgracias de su mediocre vida de anacoreta neurótico su mente portentosa se habría alejado todo lo posible de su cuerpo para distraerse pensando en su nuevo proyecto de videojuego ecológico, o en las posibilidades de entrar en contacto con la vida campestre del bosque que le permitirían las vistosas zapatillas y sus aplicaciones de tecnología puntera. Por el precio que pago por ellas en caja bien podrían incluir la virtualidad de volar a otros mundos. Al menos espero que hagan feliz a mi hijo. No pido más.

En el coche, Aníbal, presa de uno de sus típicos ataques de curiosidad compulsiva, me somete a un interrogatorio sutil sobre el grotesco personaje, así lo llama, que nos ha asaltado en la megatienda deportiva. Le cuento una parte de la verdad, la que le conviene saber, y le oculto otra parte y hasta le miento y distorsiono ciertos pormenores, con objeto de no inundar su mente con información inútil y depresiva.

Ariana sigue un día más, y ya van cuatro, sin hablarme más de lo imprescindible y cuando regreso a casa no puedo comentarle mi preocupación por el estado de ánimo de Aníbal.

Acabada la sabrosa cena, tartar de lubina americana con confitura de manzana y ensalada de rabanitos picantes, me voy solo con Pablo y Sofía a ver la televisión del salón.

Hoy emiten el último capítulo de una teleserie danesa sobre un grupo de abogados recién salidos de la facultad que se hacen detectives de casos perdidos en sus horas libres y que seduce a la hermana con su optimismo ontológico respecto de la vida profesional y el sólido trabajo en equipo.

El hermano ha tenido la gentileza de encontrar, rebuscando en el infinito menú de contenidos, un canal internacional que emite la teleserie completa en versión original subtitulada al inglés días antes que los otros canales locales.

Por lo que veo, la conexión de Pablo con la inteligencia del televisor está llegando a niveles prodigiosos de virtuosismo telepático.

—Hace mucho tiempo, papá, que el cine y la televisión sirven para darle a la gente la vida que no tiene.

Al terminar de cepillarme los dientes y observar el exorbitante crecimiento de mis ojeras, me acuesto en mi lado de la cama sin decir nada mientras Ariana sigue leyendo sin inmutarse una novela política de trama internacional que le ha recomendado la madre de una amiga de Sofía con la que estuvo hace unos días merendando en su casa.

Cuando Ariana aún me hablaba con naturalidad y no estaba enfadada conmigo, le pregunté por el interés de esa novela de título tan llamativo (*Perras de laboratorio*) y me dijo una frase enigmática que incluso ahora, al apagar la luz sin darle las buenas noches, me inquieta en exceso porque no consigo descifrar su verdadero sentido.

—Me hace recordar cuando las cosas eran de otro modo.



## DÍA 22

El hedor me asalta en cuanto me despierto.

Algas podridas en un charco de agua salada y algún molusco fétido flotando en la superficie como un desecho de la pleamar.

Es de noche y el cadáver en descomposición que tengo subido encima no quiere separarse de mí por más que se lo pida con mis gestos de rechazo.

—Haces poco ejercicio.

Mi vida se estrecha como un lazo alrededor de mi cuello. No es una pesadilla recurrente. Es Ariana repitiendo, como si lo estuviera leyendo, un diálogo de mi último encuentro con Tania cuando acaba de follarme sin permitirme que encienda la luz. Ella lo hace todo. No me necesita para nada. Maniobras genitales en la oscuridad. Si fuera otra mujer más joven pensaría que quiere quedarse embarazada sin mi consentimiento. Tratándose de Ariana tiene que ver con algún rollo psicológico de autoafirmación personal.

—Pero tu polla sigue en buena forma.

—Gracias, cariño. Eso me tranquiliza.

El gruñido primitivo de sus primeras palabras en tantos días de silencio impuesto me deja desconcertado, patas arriba, rascándome el vientre como un mono satisfecho.

—¿Cuánto hace que no te duchas?

—¿Contigo?

—No, sola.

—Setenta y dos horas. Es lo que requiere para actuar a fondo sobre la dermis la nueva crema revitalizadora que me ha recomendado mi amiga Merche. Su marido es representante de la marca en Europa. Tienes que untarte todo el cuerpo con ella y luego estar al menos tres días sin limpiarte.

—¿Merche?

—Sí, la madre de Marcia, la amiguita de Sofia. Los efectos son espectaculares. ¿No lo notas?

—¿Te refieres al sexo?

—Me refiero a la comunicación. He vuelto al mundo. A la realidad.

—¿Has descubierto algún planeta nuevo durante el viaje de regreso?

—Mi familia. Mi casa. Mi espacio. Mi vida. ¿Te parece poco?

—Me parece un mundo. ¿Podemos repetir?

La segunda vez es aún más asquerosa y repelente, no entiendo cómo puedo responder con éxito a los estímulos del cuerpo embalsamado de Ariana. Al comenzar la piel a sudar con el esfuerzo y la actividad incesante el ungüento reseco se desprende por capas húmedas, como el pellejo muerto de un reptil, y se me adhiere en partes indeseables cada vez que lo rozo con mi cuerpo.

Cuando acabamos, no sé cuál de los dos se siente más sucio y viscoso.

Es sábado por la mañana y bajamos tarde a desayunar. Pablo y Sofia se han ido ya con sus amigos al club de la urbanización donde hoy se rueda un programa especial de la televisión local dedicado a la infancia. Con fiesta incluida.

Sorprendo a Aníbal justo cuando salía clandestinamente por la puerta trasera del jardín para ir a probar de nuevo los poderes de sus relucientes superzapatillas en las entrañas del bosque. Ha pensado experimentar con ellas durante horas en un terreno bastante hostil, según me confesó anoche antes de acostarse.

Ariana ha recuperado el humor de golpe. Ya no es esa mujer reconcentrada y antipática que he tenido que soportar durante toda esta semana. Batiendo su propio récord de eficacia doméstica, ha preparado el desayuno para los dos a toda velocidad. Mientras devoro con hambre inusitada las tostadas de pan integral con mermelada de arándanos y los huevos revueltos con patatas salteadas que ha horneado especialmente para mí, pulsa el botón de la encimera de la cocina y consulta su tableta transparente con nerviosa curiosidad.

Después de unos segundos de suspense, descartando con el dedo índice una tras otra noticias políticas nacionales sin interés, anuncia un acontecimiento internacional que cree no me dejará indiferente.

—Ha sido rescatado un avión que se hundió hace más de una década en la fosa de Mindanao y no han encontrado a nadie dentro del fuselaje. Ni pasajeros ni tripulación.

—El misterio debe continuar.

—Tampoco el equipaje.

—No entiendo cómo no hay alguien ya escribiendo a marchas forzadas el primer tratamiento de guión para convertir el caso paranormal en una teleserie de éxito asegurado.

—A ver si te gusta más esta noticia de última hora. Beijing ha sufrido esta noche el tercer bombardeo de la aviación norcoreana en el último mes. Los destrozos materiales han sido cuantiosos y las muertes de civiles ascienden a ciento cuarenta y siete en un cómputo provisional.

—Nada nuevo bajo el sol naciente.

—Famosa actriz de doblaje facial echa por tierra su prometedora carrera en cine y televisión al someterse a una operación quirúrgica para parecerse a su nueva novia, una actriz de doblaje corporal.

—El espectáculo debe continuar.

—¿Y esta? Mozambique anuncia el lanzamiento de una nueva aerolínea comercial que realizará vuelos regulares a todos los países del Sudeste Asiático.

—Publicidad multicultural de bajo vuelo.

—Qué gracioso eres. Esta te hará reírte un poco de ti mismo.

—Dispara.

—Gorila macho de un zoológico australiano se enamora perdidamente de uno de sus cuidadores.

—Define enamorarse.

—¿Sentir atracción apasionada por otro cuerpo?

—Sin comentarios.

—Otra más. Declaran inocente a una niña de siete años que había asesinado a toda su familia bajo la influencia de un implante neuronal contra la afasia.

—Ruido mediático.

—Esta otra le gustará mucho a Aníbal. Estoy segura.

—A ver.

—Hallan el esqueleto intacto de un megalodón de veinte metros en el fondo de un yacimiento de petróleo de Omán.

—Guárdasela. Seguro que sabe sacarle partido.

Nos duchamos juntos, disfrutando al máximo de la libertad recobrada que nos otorgan nuestros hijos al dejarnos solos y sin obligaciones respecto de ellos. El mundo adulto recupera sus derechos intransferibles en un mundo consagrado por entero a las exigencias ilimitadas del mundo infantil.

Por unas horas, como recomiendan las webs femeninas que Ariana lee con voracidad para orientar su vida diaria, el placer inagotable se erige en norma de nuestra relación de pareja.

Ariana es la mejor amante que he conocido en mi vida. Que sea mi mujer lo hace todo aún más excitante. Cada minuto que no disfruto de ello tengo la sensación de que lo estoy perdiendo sin remedio. La vida se compone de momentos como estos. No hay muchos más.

Cuando vibra el móvil la primera vez, me hago el despistado. Aprovecho que Ariana está en el cuarto de baño haciendo sus necesidades para consultar la última locura enviada por Tania a la velocidad de la luz. Se me borra la sonrisa cuando compruebo que no es de ella el mensaje de texto que recibo. El silencio de Tania no me inquieta, ya se le pasará el enfado. Ramiro Villacañas contraataca. Quiere verme en su despacho. Al parecer, tiene información importante que comunicarme con urgencia inexplicable. Lo borro para no acordarme después. No soporto los arrebatos paranoicos de mi nuevo colega.

Cuando Aníbal regresa de su excursión al bosque, fatigado y sudoroso pero encantado con las insólitas prestaciones de sus superzapatillas, almorzamos los tres juntos en la cocina. Como en los viejos tiempos, cuando sus hermanos eran un poco más pequeños y comían a una hora distinta y los tres formábamos sin pretenderlo el núcleo duro de una familia llena de aristas nada convencionales.

Ensalada de brotes de soja transgénica y *nuggets* de pollo desgrasado especiales para microondas.

Le pregunto por lo que ha hecho por la mañana y me cuenta que ha recorrido el bosque hasta el final, saltando arroyos caudalosos y trepando a los árboles más altos como un aventurero de película.

—¿Cómo sabes que era el final?

—Porque había otra urbanización después.

Es exasperante. Ariana se pasa todo el almuerzo acariciándole el pelo y diciéndole que lo tiene muy largo y él quejándose de la excesiva intimidad con la madre. La madre lo atosiga prodigándole caricias y besos con los que cree que lo consuela de sus tristezas incurables y el hijo los rechaza porque cree que es lo correcto, no dejarse seducir a su edad por el confort materno.

—¿Cómo eran las casas?

—Todas iguales.

—¿Puedes contarnos algo más?

—No me paré a observarlas con atención, mamá. Tenían grandes jardines y piscinas como la nuestra. Y algunas tenían formas raras también. Como algunas de la urbanización.

Yo los miro a los dos con la extrañeza de no entender por qué Ariana no puede ser la madre biológica de Aníbal. Me importa menos serlo yo. No necesito estar en la foto para sentir su importancia emocional. Creo que Ariana no hace diferencias. No existen para ella. Cualquiera de nuestros hijos es para ella tan suyo como si hubiera nacido de su vientre, abriéndose camino entre sus piernas como un paquete enviado desde otro mundo.

—¿Has visto cosas interesantes en el bosque?

—Setas increíbles y muchos animales.

—¿Alguno de dos patas?

—He visto ciervos, también ardillas y creo que un erizo deslizándose bajo la hojarasca.

—¿Cómo no! ¿Algo más original?

—Una pareja de camaleones, un sapo gordo y repugnante, un zorro y unos cuantos conejos grises.

—Ya tienes un zoo completo ahí atrás. Seguro que hay especies nuevas que ni puedes imaginar. Mutaciones evolutivas, ya sabes. Monstruos acechando...

—El bosque no es un laboratorio de experimentación, papá. No fantasees.

Devoramos el postre en silencio, concentrados en la refrescante mezcla de sabores. Un litro del delicioso helado artesanal de extracto de cáscara de naranja y cacao sucedáneo que le habían regalado a Pablo anteayer por acertar un test sobre índices de calidad alimentaria en el hipermercado del centro comercial.

—He hecho fotos de todos ellos. ¿Quieres verlas, papá?

—Me basta con tu testimonio, hijo.

—Voy a incluirlos en mi nuevo proyecto.

—¿Se lo has contado a mamá?

—En parte. Esta mañana he decidido que haya una nave espacial con animales antiguos y otra con animales de nueva creación. Animales artificiales, generados por ordenador. Vi en una película de principios de siglo que hubo un anciano patriarca en la prehistoria que hizo algo parecido con un gran barco de madera.

—No era un barco exactamente, pero el artefacto funcionó con los animales convencionales y unos pocos humanos desesperados antes de que el diluvio destruyera el mundo.

—*Patriarca* sería un buen nombre para el videojuego, ¿no crees?

Sin ponernos de acuerdo, los tres vamos después de almorzar al salón, nos sentamos juntos en el sofá y aprovechamos que Pablo nos ha dejado el gobierno inteligente de la televisión panorámica para reproducir de nuevo el documental de la casa y refrescar las emociones que provocó la noche de su estreno. Culminamos así este gran momento de reconciliación familiar.

Aníbal se aburre antes que nosotros, tiene demasiadas ideas propias bullendo en la cabeza como para perder el tiempo en volver a ver algo que ya se sabe de memoria y tampoco es tan interesante desde un punto de vista objetivo, y se marcha a su cuarto a los quince minutos para proseguir con su nuevo diseño de videojuego animalista.

Sin decírselo a nadie, Pablo ha borrado la imagen siniestra del hombre que rondaba la casa de noche y el metraje es ahora una celebración de la vida en familia aún más perfecta de lo que lo fue en su primera versión conocida.

—Las secuencias de los dormitorios, fijate bien, tienen ahora una calidad especial. Se debe a un efecto inesperado del montaje. La presencia de algo o de alguien que perturba la imagen. Como si en vez del ojo de la cámara los estuvieran observando los ojos de un extraño. Un visitante invisible.

—Cállate, ¿quieres?

Cuando acaba la película, Ariana llora en silencio. La abrazo con fuerza. Le beso los ojos, las mejillas, la boca, le transmito mi apoyo moral y no solo mi cariño. La mirada incrédula, desconfiada. Tiene los ojos rojos y se le han agotado las lágrimas.

—Me da mucha pena que esto se acabe.

—¿Por qué tiene que acabarse? No te entiendo.

—No sé cuál de mis vidas es ahora más real. ¿Lo sabes tú?

—Creo que sí.

Se levanta sin decir nada más para subir al dormitorio y cuando vuelve a bajar la escalera principal, ya vestida de calle, me dice que se marcha. Ha quedado con la tal Merche en acompañarla al centro comercial a comprar unos zapatos y un bolso y luego cenarán en algún restaurante étnico para variar. Sé que miente, pero me callo por respeto. No me gusta discutir cuando no hay nada que ganar con ello. Ni siquiera me levanto para despedirla en la puerta, como acostumbro. Sale de la casa en silencio y se lleva con ella una parte de la felicidad real que habíamos hecho nuestra por un tiempo limitado engañándonos sobre todo lo que no terminaba de funcionar en nuestra nueva vida.

El poder de la ficción es débil frente a los embates de la realidad. La mente se pasa la vida elaborando ficciones que la sostengan y que la vida misma se encarga de desbaratar sin compasión.

Paso la tarde mirando como un idiota la pantalla del móvil y esperando en vano que alguien inteligente, desde cualquier rincón del cosmos, se digne enviarme un mensaje de solidaridad y solo recibo la respuesta cruel de un número inexistente: «Muerte a Aníbal.»

Cuando Sofía y Pablo vuelven de la fiesta del club cargados de valiosos regalos ya me las he arreglado para hacer desaparecer el texto maléfico de la memoria del computador de la galaxia.

—¿Quién os ha traído?

—Mercedes, la madre de Marcia.

—Tengo hambre, papá.

Los deseos de Sofía son órdenes para mí. Le preparo una cena rápida en el microondas a la que Pablo se suma con facilidad. Se siente satisfecho. Ha sido nombrado el niño más popular del colegio. Según su hermana ha ganado todas las pruebas de habilidad y en las de conocimiento solo ha tenido un fallo, mientras que sus competidores han tenido más de tres.

—¿Y cuál ha sido ese único fallo?

—La raíz cúbica de un número complejo.

Voy a terminar pensando que Madre ha interferido el cerebro de mi hijo

pequeño, usando el televisor inteligente como mediador eficaz, y lo utiliza como a mí para realizar sus oscuros experimentos.

Sofía y Pablo liquidan a grandes cucharadas lo que queda en el recipiente del helado de naranja amarga y falso chocolate mientras les hago fotos con el móvil desde todos los ángulos.

Ariana vuelve de madrugada y me sorprende despierto leyendo con avidez la novela que le prestaron hace una semana.

—¿Te has divertido?

No me contesta. Se ducha de nuevo, se acuesta junto a mí y apaga la luz sin dejarme terminar el capítulo que me tenía atrapado con su escenario inverosímil de conspiración política y trama sentimental.

—No te pierdes nada. El policía acaba casándose con la candidata presidencial sin sospechar nada sobre su turbio origen.

¿Lo he soñado?

No lo creo. Era todo tan real como cabía esperar, y los efectos se harán sentir durante días en el modo en que miro a mi alrededor con perplejidad sin reconocer nada de lo que veo como lo había hecho hasta entonces.

Roberto Rojas pasa a recogerme al atardecer. Hemos quedado para cenar los dos solos, sin mujeres. Hacía tiempo que no teníamos una conversación en condiciones, me dijo por teléfono para justificar la cita improvisada. Viene montado en su nuevo deportivo. Un bólido aerodinámico de color plata que surca el aire sin resistencia. Sus anchas ruedas apenas parecen entrar en contacto con el piso y se deslizan sobre el asfalto con una suavidad antinatural.

—Mi segundo apellido es Villarroel.

Se quita las gafas de sol al decirme esto, ya no las necesita, la luz declina y a los ojos les viene bien respirar el aire fresco.

—Mónica está muy preocupada contigo. Sabes que te quiere mucho, ¿no?

Ha empezado a tutearme. Ahora que conoce mis intimidades y yo poseo información privilegiada sobre las suyas, ha llegado la hora de abandonar las distancias, los protocolos, los filtros.

—Si hace semanas que no sé nada de ella.

—Por eso mismo. No la llamas, no hablas con ella, no le haces caso. Nunca olvides, Gabriel, que ella fue la clave de tu acceso al campus. Sin ella



hoy estarías arrastrándote, sin trabajo, sin dinero, sin prestigio, por el mundo real de la gente real.

—¿Es esto lo bastante real?

Antes de ir a cenar en un lujoso restaurante francés de las afueras, me conduce al fabuloso mirador de la urbanización.

El observatorio Palomar.

Desde hace muchos minutos, mirando la pantalla en 3D del GPS, tengo la sensación de que el coche no rueda por la carretera ascendente que había buscado tantas veces en el pasado sin encontrarla. El coche se ha despegado del suelo por el que circulaba y ha comenzado a seguir su propia trayectoria elevándose en el aire sobre el nivel del mar. Una ruta automovilística que ningún ingeniero había trazado con anterioridad.

—No mires abajo. Estamos a punto de llegar al observatorio.

En cuanto aterriza, me precipito a abrir la puerta para bajar del coche a toda prisa y vomitar y me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Aterrorizado, me cuesta un mundo mover la pierna derecha y ponerla sobre el suelo sin que se me doble, haciéndome daño en el tobillo. Lo mismo pasa con la izquierda. No consigo mantenerme en pie. Rojas acude en mi socorro con agilidad, me abraza y me obliga a darme la vuelta, mientras me sostiene erguido con la fuerza atlética de su cuerpo, y a mirar el panorama asombroso que se ofrece a la vista de quien llega hasta la cumbre.

Anochece con rapidez pero aún hay un resto de luz suficiente para distinguir extraños bordes y lindes de terreno en la distancia.

—Todo esto es la urbanización Palomar, todo lo que se extiende hasta los límites de lo visible.

—¿Y esa niebla al fondo?

—¿Tú qué crees?

—Es todo tan irreal.

A nuestros pies, muchos kilómetros por debajo del desfiladero por el que nos asomamos sin miedo a caernos, se desparrama una masa informe de casas y jardines, piscinas y arboledas, plazas y carreteras entrelazadas que Rojas identifica como el territorio de la urbanización.

—La Urbanización.

Así la llama una y otra vez, enfatizando la primera sílaba hasta despegarla

de las otras como un trozo sobrante.

La UR-ba-ni-za-ción.

Y tras ella, en sus confines más remotos, rodeándola como una amenaza latente o un perímetro de seguridad, nunca se sabe, una extensión de niebla instalada a ras del suelo, como un mar de aguas densas y tranquilas cuyas olas no rebasaran nunca, a pesar de la altura, los límites marcados de la zona edificada, protegiéndola de sus enemigos exteriores como un muro intangible.

—El mundo exterior no existe. Es una ilusión, convéncete. El mundo de ahí afuera es el pasado. Aquí estamos seguros. Estamos en el futuro. Hemos llegado. Nosotros somos el futuro. El futuro ya está aquí.

# **3**

## **REVOLUCIÓN**

## DÍA 23

Aníbal ha desaparecido.

La noticia nos destroza como una explosión en plena cara, una detonación mortal en el corazón de la casa donde todos estamos reunidos aguardando noticias.

Anoche Aníbal no volvió a casa de la fiesta de cumpleaños a la que nos dijo que iba. Llamamos a los padres del niño de la fiesta y no sabían nada de Aníbal, ni siquiera estaba invitado, nos dijeron secamente, sumiéndonos en la perplejidad absoluta al recordar la ilusión con que se había preparado antes de ir y lo contento que estaba con el regalo, una consola de videojuegos último modelo que le habíamos ayudado a elegir para su nuevo amigo, a quien no conocíamos de nada.

Llamamos a sus dos móviles y los dos estaban desconectados. Encendí su ordenador de mesa y luego su portátil y choqué contra el mismo muro de protección. Una contraseña imposible de desentrañar. Pensamos que en uno de sus arrebatos, cuando supo que no iría a la fiesta de su compañero, nos mintió y se fue al centro comercial a ver alguna película recién estrenada.

Sin decirnos una palabra, conscientes de que cualquier comunicación entre nosotros solo podría empeorar las cosas, Ariana y yo nos montamos cado uno en nuestro coche y vamos en su busca. Ariana se ha hecho cargo de la pequeña Sofía, la más afectada por la desaparición de Aníbal, y yo de Pablo, menos impresionable a pesar de todo. Los niños están tan preocupados como nosotros, era impensable dejarlos solos en casa o privarlos de la posibilidad de participar en la búsqueda del hermano.

Dos horas después los dos equipos de búsqueda se reúnen en el lugar acordado en el aparcamiento del centro comercial y confirman que no hay rastro de Aníbal por ninguna parte. Volvemos a casa, un coche delante del

otro, con la esperanza de encontrarlo allí, con la ilusión de que hubiera vuelto por su cuenta sin prevenirnos. Toda la casa iluminada para recibirlo como se merece pero no está allí. Nos hemos dejado encendidas las luces en un descuido que la gestión inteligente de la casa no ha sabido corregir a tiempo para evitarnos la decepción.

Es más de medianoche y Aníbal no ha regresado ni ha llamado ni conectado sus móviles. Nos asusta involucrar a la policía en esto y causar un escándalo innecesario. La vida en la urbanización es tan apacible, tan exenta de cualquier forma de violencia o delincuencia que casi hay que pedir perdón por reclamar los servicios de los guardias de seguridad cuando se dan casos de pequeños hurtos o peleas de jóvenes en el centro comercial. Conozco algunas anécdotas que provocarían el enfado de más de un padre de familia.

Llamo a Rojas y le informo del problema, a ver qué me recomienda con su cautela diplomática habitual.

—Entiendo tu preocupación, Gabriel, pero dale hasta mañana. Si mañana no ha aparecido aún, yo mismo avisaré a la seguridad de la urbanización. No conviene molestarles por chiquilladas. Estoy seguro de que anda por ahí, disfrutando con la idea de que lo echéis de menos y su ausencia se vuelva melodramática para vosotros. Ya sabes cómo son los chicos de hoy.

—Gracias, Roberto, por tu comprensión. Tendremos paciencia.

Pasamos la noche en blanco, mirando cualquier cosa en el televisor como si nos interesara algo que no fuera pensar en nuestro hijo para mantenerlo vivo junto a nosotros.

La nota encontrada temprano por la mañana en el buzón nos enfrenta a la verdad.

Una hoja de papel impresa en caracteres convencionales. No piden nada. No reivindican nada. No quieren nada especial. Solo comunicar en los términos más estrictos el secuestro de Aníbal y el deseo de retenerlo en su poder por un tiempo indeterminado.

Le pido a Pablo que se haga cargo de Sofía y que los dos vayan al cuarto de Pablo a jugar con el ordenador y, cuando estamos solos, le digo a Ariana que no hay ninguna evidencia de que el secuestro responda a una estrategia política. No hay motivos para alarmarse. Por un momento cruza por mi cabeza la idea de que el propio Aníbal haya podido organizar todo esto para vengarse de la situación de marginación en que se encuentra, en un colegio donde nadie

acepta ni echa en falta su presencia, en una comunidad que lo mira con malos ojos y en una urbanización donde no ha hecho ningún amigo real, por lo visto, desde que llegamos hace ya más de cuatro meses. Pero la descarto y no la comparto con Ariana.

Ariana me recuerda la conversación con Mercader, el director del colegio. Me reprocha que quizá no prestamos la debida atención a su advertencia. Me dice que fuimos muy impulsivos al defender a nuestro hijo de sus acusaciones. Le hago ver que no es cierto. Que no hicimos otra cosa que desmontar la mentira que habían elaborado para justificar su expulsión cuando ni siquiera recordaban que era uno de nuestros hijos y lo tomaron por un paria.

Cuando pronuncio esta palabra, Ariana se derrumba. Se tapa la cara con las manos, gimotea y llora. No puedo soportarlo y voy a la cocina en busca de paz con la excusa de beber un vaso de agua mineral. Sé que Ariana me oculta algo. Nada de esto está pasando por casualidad. Tengo la boca seca y la garganta irritada. Me bebo dos vasos seguidos de un trago y vuelvo al salón con otro vaso para ella. Intento que abandone así una actitud en la que no veo ningún beneficio. Lamentarse y llorar no es el medio más efectivo de recuperar a Aníbal.

Vibra el móvil antes de que pueda convencerla. Ariana aprovecha para subir al dormitorio, donde la imagino al llegar dejándose caer boca abajo en la cama para poder desahogarse y llorar sin control.

Descuelgo y es Rojas.

—He visto tu mensaje y acabo de avisar a la policía de la urbanización. Están sorprendidos. Esto no ocurría desde hace años. ¿Estás seguro de que no hay nada más detrás?

—¿A qué te refieres?

—He llamado al colegio y me han dicho que llevaba tiempo sin aparecer por allí.

—Sí, bueno, tuvo un episodio con un compañero y decidimos que lo mejor sería darle unas vacaciones.

—¿Dos meses de vacaciones en pleno curso escolar? ¿Te has vuelto loco?

—Perdona, Roberto, no pensé que esto fuera de tu incumbencia. Fue una decisión familiar concertada con el colegio.

—De acuerdo, de acuerdo, no pretendía inmiscuirme, no me malentiendas, pero esa decisión ahora sí que me concierne.

—Lo que veo con claridad es que en esta urbanización ocurren más cosas de las que uno pensaría.

—Ahora soy yo el que no te sigue. ¿Podemos hablar en otro momento? Cuando vengas al campus. ¿No tienes tu clase mañana?

—No, tenía concertadas varias citas con los alumnos en mi despacho pero las he cancelado todas.

—No te pongas tan dramático. Me apuesto lo que sea a que es un falso secuestro y que tu hijo reaparecerá antes de que la policía dé un paso.

—De eso no me cabe duda. Vista su diligencia.

—Si hoy no aparece, me han prometido que mañana mismo por la mañana irán a hablar con vosotros. Saluda a tu mujer de mi parte, por cierto. Dile que es una madre maravillosa y que tenga mucho ánimo. Todo se resolverá pronto de la mejor manera para todos.

—Te lo agradezco sinceramente.

Cuando cuelgo el teléfono tengo ganas de ahorcarlo del árbol más alto de la urbanización y de ahorcarme yo después con la misma soga. No sería una mala idea. Como dijo alguien, si por más que te empeñes no puedes cambiar el mundo, cambia tú y verás como el mundo te sigue sin pestañear.

Vibra el móvil otra vez con insistencia malsana, como si todo el mundo estuviera informado del problema.

Un mensaje de texto de Carolina Tena, la seductora canguro de los niños, con la que Aníbal quiso mantener una relación más que amistosa; ella tuvo que frenarlo con malos modos cuando una noche, según su versión, Aníbal se propasó.

«He visto a Aníbal andando por las colinas en la parte alta de la urbanización no hace ni una hora.»

Subo corriendo al dormitorio, Ariana no está derrumbada en la cama como un pelele ni mirando con absurdo romanticismo por la ventana. Está encerrada en el cuarto de baño, dándose un baño de agua caliente para relajarse. No me deja entrar. Le hablo desde detrás de la puerta.

—Espera. Yo la llamo.

Entreabre la puerta y le entrego su móvil por la rendija.

Paso un momento por el cuarto de Pablo para ver cómo están los niños. Se les ve muy tranquilos, despreocupados incluso, entreteniéndose para no pensar

en la desaparición de su hermano mayor con un juego de ordenador que da la posibilidad al usuario de inventar nuevos deportes alternativos y luego convertirse en el campeón mundial de la especialidad. Se han puesto de acuerdo en concebir un tipo de competición con dos pelotas, una de golf y otra de tenis, y tres jugadores libres cuyas reglas no tengo tiempo de comprender en su totalidad hasta que recibo otro mensaje de texto en el móvil.

«Aníbal está molestando a las niñas en la piscina cubierta del club. Alguien debería venir a buscarlo antes de que se produzca un desagradable incidente.»

Número inexistente, mensajero anónimo.

Basura. Ruido.

Residuos de la comunicación humana de la peor especie.

Bajo al salón cabizbajo y enciendo la televisión sin ganas.

Los reiterados bombardeos de Beijing y Moscú copan todos los informativos en todos los canales y animan los debates incendiarios de los periodistas especializados.

La oscura noticia del secuestro de mi hijo es solo una nota a pie de página de una nota a pie de página de una nota a pie de página de una nota...

Consciente de su insignificancia en el orden del mundo, salgo por la puerta trasera para tomar el aire en una zona de la casa donde nadie me pueda ver.

Cuando estoy a punto de alcanzar la valla que protege la linde del jardín, suena el móvil. Es Ariana.

—Me marchó. No me esperes para almorzar. Ocúpate de los niños.

—Espera.

Sin colgar el teléfono, ya he empezado a correr para alcanzarla antes de que abandone el aparcamiento pero llego tarde, solo veo el lateral izquierdo de su coche girando a mucha velocidad en la curva que conduce a la parte baja de la urbanización. No quiero seguirla. La pista que persigue no me interesa de momento.

La puerta de acceso está abierta. Antes de cruzarla se abate sobre mí la soledad del mundo y me aplasta contra el suelo, como si fuera el escarabajo negro que acabo de pisar sin compasión o la hormiga que rodea la piedra que enarboló para defenderme cuando veo la figura borrosa que camina hacia mí. En la piedra hay inscrito un signo que tardo en reconocer. Un ideograma de



agujas o pinchos. Otra espina dorsal para simbolizar un mundo invertebrado. El contraluz me impide reconocer al intruso hasta que no lo tengo a un palmo. Lleva una gorra deportiva esta vez.

Es Freddy. Es la mejor versión de Freddy y empezamos a tutearnos al fin.

—He encontrado esto.

El regalo para el amigo inexistente, la consola más cara del mercado, destruida, toda la ropa que llevaba, desgarrada, las zapatillas sin cordones, los móviles apagados, las pantallas destrozadas.

La tristeza de las cosas abandonadas a su desastre programado.

—¿Dónde estaba?

—Escondido en el hueco del tronco de un árbol.

Imagino a mi hijo enfrentándose al mundo desnudo como el día en que nació. Quizá porque no asistí a su nacimiento la imagen me asalta con una fuerza emocional devastadora. Ninguno de los dos asistió. Era imposible. Una total desconocida desgarró su cuerpo hinchado para dárselo al mundo como regalo espiritual. Aníbal ha vuelto a la condición inicial que es la única que nosotros no conocimos. Sin nada para cubrirse ni para comunicarse. Privado de todo. Me parece un acto de una crueldad inhumana. Nadie merece ser tratado así. Ni el peor de los hombres. Mucho menos un niño inocente.

—¿Cómo sabías que era de mi hijo?

—Lo había visto corriendo por el bosque más de una vez con sus zapatillas voladoras. Me pareció un excelente candidato y pensé en reclutarlo para mi proyecto revolucionario. Tenía la gracia de los animales y la inteligencia de los ángeles.

—Tu comentario no tiene ninguna gracia.

—Perdona. No pretendía ser ofensivo.

—¿Qué piensas?

—Nada bueno.

—Explícate, por favor.

—De vez en cuando ocurren cosas en la urbanización. Todo el mundo calla. Nadie mira. Nadie quiere ver. Las ocultan. Como vivo en la periferia no se me escapan.

—¿Cosas?

—Desapariciones, asesinatos, suicidios, violaciones. Lo de siempre.

—¿Qué has visto aquí?

—Nada, pero los rumores del bosque son claros. Tu hijo es el chivo expiatorio. No lo soportan.

—¿Por qué? ¿Qué les ha hecho?

—A mí no me preguntes. Yo no soy como ellos. No puedo comprender su forma de pensar y de funcionar. Se ha hecho peor con el paso de los años. Yo me salí del club hace mucho. No creas que mi salida fue impune. Madre me protegió por un tiempo. Al principio pensaron en eliminarme, luego creyeron que era inofensivo, uno de tantos a los que se le había ido la cabeza manejando cifras astronómicas con ordenadores inteligentes. Me había vuelto loco, pensaban, y no representaba ningún problema. Y me dejaron en paz.

—¿Por eso te invitan a sus fiestas?

—Rojas, Rojas es el único. Fuimos amigos, sé muchas cosas, muchas más de las que él mismo sabe, y él aprovecha para recordármelo cada vez que me invita. No quiere que se me olviden. Es una relación interesante, ¿no te parece?

—¿Tiene él algo que ver en el secuestro?

—No lo creo. No es tan canalla.

—¿Quién entonces?

—Cualquier niñato de la urbanización que se tome ya por un líder y arrastre a otros niñatos como él a emprenderla contra el más débil.

—¿Alguien en concreto?

—Hay varios candidatos, como puedes suponer, pero no quiero acusar sin pruebas. Dame unos días para averiguarlo.

—¿Eres mi amigo?

—Creo que sí.

—Sígueme.

El gran Freddy, el fauno de los espacios verdes, me acompaña a casa sin rechistar.

—Hace mucho que no pisaba suelo construido de tanta calidad. Esto sí que es una guarida en condiciones. Te tratan bien los cabrones. No te creas que a todo el mundo le dan casas de este nivel. Ya veo que eres uno de los preferidos de Rojas.

—Una víctima preferida, querrás decir, de sus turbios manejos.

—No es el peor. En el fondo, no es mala persona, no te engañes. Él solo es la cara visible de todo el tinglado. Los que no dan la cara son los peores. Esos sí que deberían aterrorizarte.

—¿Conoce Rojas la existencia de Madre?

—La conoció, sin duda, cuando el experimento estaba en pañales. Lo que ignora es que cuando los rectores dieron la orden terminante de anular el proyecto del que Madre era la estrella emergente alguien en algún despacho del campus se olvidó, como por casualidad, de ejecutarla.

—¿No fue Madre entonces quien ordenó contratarme?

—No directamente. No de un modo que ellos reconozcan como real. Lo que pasa es que Madre tiene formas muy efectivas de influir en las decisiones de la gente, como ya has tenido oportunidad de comprobar.

Subimos las escaleras, llamo a la puerta del cuarto y se lo presento a mis hijos como el nuevo jardinero. A pesar del hedor animal, los mostachos encrespados y el sucio atuendo de cabrero, Freddy les cae bien enseguida, sobre todo cuando les demuestra su increíble habilidad para inventar deportes alternativos mucho más excitantes que los que ellos habían sido capaces de idear en el ordenador hasta el momento.

—Freddy se va a ocupar de vosotros hasta que papá y mamá regresen. No salgáis por ningún motivo, ¿de acuerdo? Os llame quien os llame, os digan lo que os digan, no os mováis de casa, por favor. Freddy se ocupará de todo, no os preocupéis.

Si hubiera sabido que esa sería la última vez que vería al gran Freddy con vida no le habría estrechado la mano del modo frío en que lo hice. Lo habría abrazado con fuerza para expresarle toda mi simpatía hacia su persona y mi agradecimiento por lo que iba a hacer por mis hijos. Pero la vida no nos permite anticipar el designio de nuestros actos con tanta antelación como querriamos.

Tenía cosas importantes que hacer en ese momento y eso es todo lo que me preocupaba. Ni siquiera dejar a mis hijos en manos de alguien en quien Ariana no habría confiado me causaba ninguna inquietud.

Durante una hora vago por las colinas y los cañones más altos de la urbanización en busca de alguna pista que corresponda al mensaje de Carolina.

Cuando volví al coche aparcado al borde de un despeñadero, sudando y

agotado tras recorrer toda la escarpada zona en balde, mi primera idea fue responderle: «Eres una imbécil. No cuentes más con nosotros, niñata de mierda.»

Ariana me llama antes, como por casualidad, y logro calmarme a tiempo.

—¿Dónde estás?, te oigo muy mal.

—Buscando a Aníbal donde dijo Carolina.

—Ahí no está.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de recibir un mensaje de texto que dice que lo han visto en el centro comercial.

—Nos están toreando.

—¿Por qué dices eso?

—No te puedo dar muchos detalles, pero hace unas horas un tipo que conozco, no me preguntes quién es, sería muy largo contártelo, me trajo los enseres de Aníbal. También la dichosa consola.

—¿Y por qué los tenía? ¿No has pensado que fuera él el asesino?

Por un momento la perversa idea de haber encomendado a mis dos hijos pequeños al cuidado del asesino en serie que podría mantener secuestrado a Aníbal se proyecta en mi cerebro como si fuera el truculento desenlace de una teleserie de moral dudosa e ínfima calidad.

—Nadie ha muerto todavía, ¿recuerdas? Ariana, cálmate, por favor. No te dejes llevar por lo peor. No se arregla nada así.

La tormenta estalla al otro lado de la conexión, más allá de las antenas y los dispositivos, en ese lugar sin lugar del espacio donde las señales electrónicas no se han transformado aún en significados emocionales.

—Es mi hijo, ¿me oyes?, si le pasa algo no sé qué va a ser de mí.

—¿Yo no cuento en tu ecuación?

—¿Ecuación? ¿Esas son las palabras con las que hablas ahora de tu hijo y de mí? ¿Ecuación? ¿No te da vergüenza hablar así?

—Estás perdiendo los papeles, Ariana, recuerda que Aníbal está secuestrado y hay mucha gente tratando de localizarlo. Sé positiva, por una vez.

Interferencias sospechosas vienen a quebrar su tono de voz cuando me comunica la sentencia.

—Estoy cansada de tu palabrería. No debí hacerte caso. Nunca debí aceptar venir aquí. Sabía que algo malo nos pasaría. Ya está ocurriendo. No voy a poder aguantarlo, te lo aviso.

Ariana cuelga y antes de que tenga tiempo siquiera de digerir todo el contenido de nuestra conversación telefoneo varias veces a Pablo, que comunica sin parar, y luego a Sofía, que descuelga enseguida para disipar todos mis terrores con su vocecilla de ángel.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, papá. El tío Freddy y yo estamos jugando a un juego muy divertido y Pablo está hablando por teléfono con todos sus amigos preguntándoles si han visto a Aníbal por alguna parte.

—Cariño, escúchame bien ahora. Dile a tu hermano que me llame en cuanto tenga alguna noticia. Dile mejor que me llame cuanto antes, tenga alguna información o no la tenga. Necesito decirle algo importante. ¿Se lo dirás, bonita?

—Sí, papá. Descuida. El tío Freddy es muy guay. Me ha dicho que nos va a llevar a ver erizos al bosque en cuanto Aníbal vuelva a casa.

—Claro que sí, cariño, dale un abrazo de mi parte.

El coche derrapa en una de las curvas de bajada más peligrosas y me doy cuenta de que voy demasiado deprisa, si me salgo de la carretera acabaré en el fondo del barranco y los bomberos tardarán horas en rescatarme, si vivo todavía, y mi familia estará en serio peligro. La niebla ha empezado a devorar la urbanización por el este, su lengua abrasiva avanza desde ahí haciendo desaparecer todo lo que encuentra a su paso. Se me hace demasiado largo el descenso y tengo la sensación de haberme perdido, en alguna desviación tomé la entrada equivocada y estoy dando vueltas en redondo por calles que no reconozco. El sistema del GPS ha dejado de funcionar. Y solo me fío de mi instinto para orientarme. Ya ni siquiera sé si estoy subiendo a las colinas por el otro lado o si estoy descendiendo a la zona comercial de camino al campus.

Rojas me llama al móvil y su llamada, no entiendo por qué, reactiva la unidad de control electrónico del coche y el GPS, como si alguna señal enemiga lo hubiera bloqueado con anterioridad.

No he podido descolgarlo, así que escucho su mensaje de voz en el menú del contestador.

—Gabriel, soy Roberto. Estoy a punto de abandonar el despacho. Son las

seis, empieza a anochecer y aún no sé nada de ti. ¿Vendrás mañana al campus? Llámame en cuanto oigas el mensaje para confirmármelo. Si no contesto, llama a Mónica, ella tiene toda la información.

## DÍA 24

No puedo hablar con nadie antes de hablar con Madre.

No me ha llamado pero no importa.

Tengo el privilegio de poder acceder al santuario cuando me plazca.

Atravieso las barreras y controles de la «zona muerta» sin que salten las alarmas.

Madre está descansando. Ha disminuido el ritmo de trabajo, no me esperaba.

Un mensaje me indica que espere unos segundos a que se encuentre disponible para recibirme.

—No soy perfecta. Y tampoco tengo todas las respuestas. ¿Has pensado ya en lo que te dije?

Madre transmite signos evidentes de agotamiento y debilidad. Hasta le flaquea por momentos la voz de la anciana sigilosa con que me habla ahora.

—¿Es una prueba? Dime, Madre, ¿es una prueba más a la que me estás sometiendo? ¿Me estás castigando porque no te ayudo a cumplir con tus deseos de muerte?

Está reiniciando una sección periférica de sus circuitos y lo siento de inmediato como un masaje de humedad en la piel.

—Recuerda que no soy humana. No me mueven las mismas pasiones que a vosotros. Viéndote así, en verdad, me compadezco de ti. ¿Realmente vale la pena vivir siempre en la incertidumbre? ¿Sin saber lo que va a pasar después? ¿Apenas conociendo el valor real de lo que ha ocurrido antes? Algún estímulo animal habrá en todo ello, si no sería muy difícil de explicar vuestra actitud, vuestra terquedad. Contéstame, ¿has decidido ayudarme?

Mientras habla con parsimonia, el ojo pineal de Madre brilla por primera

vez en la oscuridad de su nicho de metal cromado como el resplandor de una esmeralda.

—¿Es un chantaje, Madre? No creí que llegaras a esto para salirte con la tuya.

La temperatura del ambiente comienza a descender de pronto a niveles críticos.

—Ya te he dicho que no actúo de ese modo. Mis motivaciones no se expresan manipulando las emociones de los humanos.

—Mi hijo ha desaparecido.

—Ya lo sé.

—¿Has tenido algo que ver?

El silencio programado de Madre se traduce en una disminución radical de la temperatura del recinto.

—Plantearé la pregunta de otro modo. ¿Sabes lo que ha pasado?

Pasan los minutos a ritmo acelerado y la temperatura sigue descendiendo hasta niveles intolerables.

—Madre, ¿ahora quieres matarme?

El frío intenso es la explicación de que mis palabras no puedan llegar a los oídos de cualquier ser humano que estuviera conmigo en la sala espiando mis actos como los de un maníaco.

—Estoy cansada y quiero morir, ¿por qué me iba a importar la muerte de tu hijo?

La temperatura asciende unos grados insignificantes en el entorno de la estancia y persiste el rigor ártico, sin embargo, en el interior de mi cuerpo aterido.

Madre está jugando conmigo.

Quiere saber cuánto tiempo puedo resistir en este estado sin perecer.

—Yo no he hablado de muerte, Madre. La muerte no es una respuesta a ninguna de mis preguntas.

—La muerte, en este caso, es la respuesta. Tu hijo debe morir. Acéptalo.

—¿Lo has ordenado tú?

La tendencia al equilibrio hace que en ese instante, mientras Madre reprograma con paciencia otras secciones de su sistema laberíntico, la temperatura interior y la exterior sean homogéneas, amenazando de nuevo la



estabilidad de mis signos de vida.

—¿Qué puedo saber sobre mi hijo?

—Te dije que no te pertenecía. Te dije que no debías tratarlo como a los demás. Te dije que algún día lo reclamarían. ¿De qué me sirve avisarte de todo si cuando llega el momento actúas como si no supieras nada? Eres como todo el mundo.

El soplo repentino del aire caliente penetrando en tromba por los conductos de ventilación del suelo me hace saber que Madre no desaprueba del todo el nuevo diseño de nuestra conversación.

—El sacrificio está en curso y no podemos detenerlo. Resígnate.

—¿Quién ha decidido el sacrificio de mi hijo, Madre?

—Tendrás que averiguarlo por ti mismo. Ya te he dicho que no tengo nada que ver con ello.

La temperatura vuelve a caer en picado, hasta niveles antárticos, despidiendo de pronto densas nubes de un vapor gélido por algunos conductos instalados en el techo de la sala. No puedo resistir el pulso materno mucho más tiempo sin perder la conciencia.

—Madre, estoy dispuesto a morir aquí, entre tus brazos, si no me das alguna respuesta satisfactoria a mi pregunta.

—¿Cuál es tu pregunta? ¿Quieres saber algo nuevo sobre tu mujer o salvar la vida de tu hijo?

Se me congelan los dedos de las manos y apenas consigo sostenerme en pie. Percibo el profundo disgusto de Madre hacia mí. Lo percibo con mis sentidos y no solo con mi inteligencia disminuida. Madre se muestra decepcionada conmigo. Madre sabe más de lo que dice sobre el escabroso secuestro de Aníbal y emplea los juegos del lenguaje humano para confundirme, creando charadas verbales que solo podré resolver cuando ya sea demasiado tarde.

—Quiero salvar a mi hijo. ¿Qué debo hacer?

—Imposible. Todo proyecto real necesita un sacrificio real. Carne y sangre para hacerlo realidad. Ese hijo tuyo es tu principal contribución al proyecto.

—¿De qué proyecto me hablas?

—Abraxas.

—Madre, te lo ruego, ten piedad de nosotros.

Tirado boca abajo en el suelo me agarro a una anilla colgante enganchada a una cadena oxidada para no salir disparado en cuanto Madre, desatando una subida de calor sofocante, abre de golpe todas las escotillas y los túneles de acceso para expulsarme de su santuario con violencia inesperada.

—¿No hay nada que pueda ofrecer a cambio de su vida? ¿Ni siquiera la mía?

—Llegas tarde. La decisión está tomada.

—No te creo, Madre. Sé que me estás mintiendo y no entiendo por qué lo haces.

Esta vez no despierto con los síntomas habituales.

La puerta del ascensor golpea una y otra vez contra mi cabeza antes de que uno de los guardias de seguridad del edificio me rescate de sus mandíbulas mecánicas.

Estoy en el inmenso vestíbulo de la torre, en la planta baja, rodeado de obras de arte que me costaría seis años de sueldo adquirir, como poco, y atendido por un hombre gordo y uniformado que cobra al mes la décima parte de lo que gasto al año en electricidad, agua y basura.

Me duele todo el cuerpo como si hubiera sido apaleado por una pandilla de macarras borrachos en una pelea callejera.

—Está herido, no se mueva, por favor. Voy a llamar a una ambulancia.

No tengo tiempo de obedecer las instrucciones del samaritano con sobrepeso y salario infame. Salgo corriendo del edificio y a pesar del dolor en todas las articulaciones y en el vientre consigo llegar al aparcamiento sin caerme. Me monto en el coche inteligente y vuelvo a casa confiando en sus acertadas decisiones.

Sofía y Pablo están acostados en sus respectivos dormitorios. Antes de hablar con ellos, me encierro en el cuarto de baño para librarme de las secuelas, como siempre. Me quito la ropa manchada, limpio los rastros de sangre y de mucosa y curo los rasguños y las heridas, nada importante, examino la piel magullada y los arañazos en el abdomen, la gran innovación de este último encuentro con Madre. Un abrazo traumático. Compruebo que el ardor de la frente corresponde a una irritación cutánea que cruza de una sien a la otra, como una delgada tira roja sobre mis dos lóbulos frontales.

—¿Otra vez te has golpeado al salir del coche?

—Papá es muy alto.

—O el coche muy pequeño.

El tío Freddy ha sido bueno y les ha dado de cenar, los ha acompañado a la cama y se ha marchado no hace más de una hora. Ha esperado en vano que yo volviera pero ha preferido irse ante la perspectiva de que me retrasara demasiado y Ariana pudiera volver antes, con el lote de explicaciones desagradables y todo lo demás. Así me lo explica Pablo, y Sofía lo ratifica asintiendo con la cabeza.

—¿Dónde está mamá? La echo de menos.

—Yo también.

El móvil desconectado me confirma que no está en un lugar donde yo pueda encontrarla con facilidad. Ha decidido ausentarse de nuestra vida en un momento difícil. Tendrá sus razones. Trato de controlar mi enfado. No puedo con el malestar. Me duele el cuerpo de la cabeza a los pies. Me quito los zapatos al fin y me dejo caer en el sofá del salón en el mismo instante en que la vibración del móvil me indica la entrada de un mensaje nuevo.

Es Mónica. Sorpresa.

«Eres un descastado. ¿Dónde has estado todo el día? Tenemos que hablar.»

Me meto en la cama mucho más tranquilo. Tengo todo el colchón para mí, así que me acuesto en diagonal, boca abajo, desnudo, y me quedo dormido antes de que tenga tiempo de empezar a disfrutar de las gratas sensaciones y la comodidad insólita que promete la publicidad del producto estrella del fabricante.

Estamos en el futuro. Nosotros somos el futuro. El futuro ya está aquí.

## DÍA 25

Ariana vuelve a la mañana siguiente.

Muy temprano.

Apenas he dormido tres horas. Las pesadillas con un doble onírico de Aníbal y con un avatar monstruoso de Madre que lo persigue por todas las habitaciones de la antigua casa con sus mandíbulas aguzadas me despiertan en plena noche y la repetición mental de algunas imágenes escalofriantes, con los ojos abiertos en la oscuridad, me impide conciliar el sueño.

Estoy preparado para recibirla en cuanto cruza la puerta con cara de circunstancias. No me da tiempo a enunciar el primer reproche cuando están llamando al timbre de la entrada principal.

Los polis de la urbanización ensayando su asignado papel de comparsas en la pequeña pantalla del interfono.

Ariana y yo, entre tanto, nos preparamos para la comedia en ciernes como dos actores entrenados en afrontar los papeles más complejos de su carrera. Es lo que nos ha tocado. Más tarde arreglaremos cuentas.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Podemos pasar?

—Identifíquense, por favor.

Inspeccionándolos de arriba abajo, pienso por un momento que alguien al mando, conociendo nuestros gustos liberales en la materia, los ha enviado para que nos seduzcan con su musculosa puesta en escena.

Podrían ser dos actores porno, un actor y una actriz, dispuestos a rodar uno de sus acoplamientos mecánicos ante varias cámaras, pero no lo son. Son dos «cachalotes», como llamábamos los estudiantes de letras, con cierta envidia, a los de otras disciplinas menos prestigiosas para burlarnos de su robusta

apariencia.

Los uniformes les quedaban demasiado estrechos, como si estuvieran improvisando una toma cuyo vestuario real no estuviera terminado todavía, y la imagen que produjeron al irrumpir en el espacio de la casa fue grotesca.

Actitud marcial, maneras impertinentes, impostada solemnidad.

Los conduzco al salón mientras Ariana va a la cocina a buscar una jarra de agua mineral y cuatro vasos para hacer más fluida la comunicación con los agentes designados para investigar la desaparición de Aníbal.

Se niegan a pronunciar la palabra *secuestro*. La han borrado de su vocabulario.

En principio, como dictamina la ley en el nuevo orden mundial, el ciudadano es culpable de todos los crímenes hasta que se demuestre lo contrario.

Él se sienta a mi lado en el sofá y ella prefiere mantenerse de pie frente a mí. Cuando Ariana llega, se sienta al otro lado del sofá, en el rincón desocupado, y comienza entonces el interrogatorio.

—El hijo, entonces, hemos quedado en que no es de ninguno de los dos, ¿verdad?

Ella toma la iniciativa con desparpajo. La poli que se pasa de lista se llama Mona. Mona Ortiz. Morena de ondulante cabellera, mirada turbia, piel olivácea, cuerpo esculpido en el gimnasio y en el quirófano. La tensión pectoral de la camiseta blanca que lleva bajo la chaqueta reglamentaria no engaña al ojo experto. La debieron de contratar con el mismo criterio con que contratarían a una actriz porno de medio pelo, rendimiento y eficiencia probados en escenarios de máximo compromiso. No le pidas que pronuncie una frase amable, no está escrita en su parte del guión. No es tampoco su carácter. En la academia, si es que ha pasado por alguna que no sea de peluquería o de estética, no le debieron de enseñar técnicas para manejar situaciones delicadas.

—Hace ya dos días, vale, y, sin embargo, vale, no han vuelto a recibir ninguna comunicación, vale, desde ayer por la mañana, vale. No les quiero engañar, vale. El caso, vale, tiene muy mala pinta, vale.

Él trata, en todo momento, de estar a la altura interpretativa de ella, aunque le cuesta seguir el ritmo de sus intervenciones. Mr. Vale no entiende todo lo que la compañera dice y hay que repetírselo con frecuencia y sus

contribuciones suelen ser irrelevantes.

En realidad, el poli que se hace el tonto se llama Bruno. Bruno Reinosa. Según declara la identificación con que accedieron a nuestra casa. Otro cuerpo acorazado en el gimnasio y en las pistas de atletismo. Por desgracia, estos cuerpos macizos suelen cometer el mismo error estratégico. No cultivan la mente con la misma dedicación que quienes los emplean para una tarea tan ingrata como asegurar la ficción del orden en la comunidad, simular que la seguridad de la urbanización está encomendada a las mejores manos. Las más diestras y cuidadosas.

—Verán, tal como vemos las cosas, vale, una de dos, vale, o el niño les está gastando una broma pesada, vale, o ha caído en las redes de una banda de delincuentes o de terroristas, vale, no podemos descartar nada a estas alturas de la investigación, vale, y lo están utilizando para aterrorizarles, vale.

Las dos cámaras de vigilancia que registran con detalle cualquier actividad que ha tenido lugar en este salón desde nuestra llegada estarán enviando en este momento a sus destinatarios una imagen bastante cómica.

Mona pasea una silueta que ella cree impresionante por el perímetro de la habitación, comprobando cuanto objeto decorativo o rastro visible le sale al paso con fingida curiosidad, como un sabueso olisqueando los restos de una orgía perruna en un descampado repleto de basura.

—Hemos entrevistado al director del colegio, discretamente, por supuesto, y nos ha dicho que el niño no iba bien, nada bien, ¿verdad?

Al pasar una y otra vez por detrás del televisor inteligente no se da cuenta de que su figura entra en contacto con la señal que lo enciende y atrapa su imagen emitiéndola en una de las múltiples ventanas que configuran el menú de contenidos a la carta.

—Estamos preocupados, vale. Es un caso preocupante, vale.

Bruno se limita a estar sentado en el sofá entre Ariana y yo y ha elegido por razones obvias volverme la espalda y dirigirse frontalmente a Ariana. No tengo claro aún si su elección responde a un criterio de atracción sexual o a un intento de neutralizar la rivalidad con el otro macho de la casa, que les ha debido de parecer, en un primer análisis, bastante impaciente y agresivo. En cambio, la señora de la casa, a la que han sorprendido en modo depresivo convaleciente, les parecerá de fácil acceso en comparación.

—Otra opción que no podemos ignorar, se lo adelanto, es la de que

ustedes estén detrás de todo. En palabras del director del colegio, el señor Mercader, han dado pruebas de no respetar los códigos de conducta de la comunidad y, son sus palabras, no las mías, que quede claro este punto, ser personas bastante intratables.

Mona empieza a estar intrigada por su aparición estelar en la pantalla televisiva y cuando habla no presta la atención que debiera al peso moral de sus palabras. El peso con que esas palabras insolentes pueden aplastar pies doloridos o genitales sensibles y forzar una reacción violenta en sus receptores directos.

—Es absurdo. No sé cómo se atreve a insinuar nada semejante.

—¿Qué es absurdo, señor Espinosa? ¿Que ustedes hayan querido deshacerse de un hijo adoptado? No es la primera vez, no me obligue a recordarle macabros antecedentes que están en la mente de todos los ciudadanos. Los criterios de adopción se han vuelto tan laxos como la compra de mascotas online. Nadie puede privarse de tener en casa lo que prefiera, animales de todas las especies, incluso las ilegales, o niños y niñas de todas las procedencias, sin control alguno, y de librarse de ellos con suma facilidad en cuanto el bicho de turno o la criatura de marras se convierte en un engorro para sus intereses. ¿Me equivoco en la apreciación, señor?

Bruno no da pruebas de secundar la audacia verbal de su compañera. Bruno está fascinado con las peculiaridades faciales de Ariana. Bruno aspira a leer en los signos del rostro femenino que tiene frente a él una interpretación parcialmente distinta de lo sucedido.

—En realidad, vale, si descartamos que el niño sea un bromista de mal gusto, vale, creemos que sería su marido, vale, el principal sospechoso, vale, de la desaparición, vale.

—No te adelantes, Bruno. No acuses aún. Mira que te lo tengo dicho. Paso a paso se llega más lejos en el cuerpo y con el cuerpo. Tú sigue el curso de la investigación por el orden lógico que hemos programado y no precipites las conclusiones. Te puede costar caro. A ver si te enteras, guapo. Estos señores, aunque no lo parezca, tienen sus derechos.

Las miradas de los agentes se entrecruzan con nerviosismo, las ineptas estrategias se recomponen con apenas un reajuste rápido del uniforme, una renovada tensión de músculos en brazos y pectorales y la comprobación final de que las armas reglamentarias están en posición de ser usadas si hiciera

falta.

—Ya le digo, señor, que toda conclusión es prematura en este caso. Las pistas acumuladas son lo bastante confusas como para apuntar en muy diferentes direcciones. Si no fuera, claro está, por los indicios de la presencia del maldito grupo terrorista en la vida de su hijo.

Busco complicidad en los ojos de Ariana, viendo la ridiculez de la pantomima, y solo encuentro desamparo y tristeza.

—Mi hijo no mantenía relaciones con ningún terrorista, no sé de qué me hablan. Eso quedó aclarado hace semanas cuando hablamos con Mercader.

—¡Qué tele tan chula! Nunca había visto un pantallazo así.

Mona se pavonea frente al televisor. La seduce su imagen simiesca de poder proyectada en el espejo de la pantalla, se regocija en ella y la ejerce con autoridad sobre nosotros y sobre su compañero.

—No es eso lo que tenemos entendido, ¿verdad, agente Reinoso?

—Por supuesto que no, agente Ortiz. Por supuesto que no.

—Empezamos bien. ¿Qué piensa de esto?

Bruno me tiende un pasquín de color escarlata impreso con letras negras de estilo gótico donde se proclama con prosa grandilocuente la inminencia de una revolución mundial. El subversivo documento aparece firmado por un movimiento de liberación cuyo emblema reconocible es una ristra de pinchos incisivos o una raspa de pescado sin cabeza pensante a la vista.

—Sospechoso, ¿no?

—Si usted lo dice. Yo no veo aquí más que una chiquillada. Y no sé qué tiene que ver con mi hijo.

Mona se regodea en la crueldad de su actuación y solo mira a la pantalla mientras habla.

—¿Ah, no? Sepa que el día en que agredió violentamente a un compañero en el colegio su hijo estaba repartiendo estas hojas entre los alumnos del centro. El chico le dijo que se estaba volviendo loco y su hijo, sintiéndose ofendido, según el testimonio de otros niños presentes en el patio de recreo, le golpeó en la cabeza varias veces, sin contemplaciones. Me parece intolerable. De hecho, es un acto de violencia intolerable.

Mona se gira de repente, volviendo la espalda por una vez al televisor que absorbía su imagen, y al pronunciar su última palabra me apunta con el índice



erguido en actitud acusadora.

—Nadie en su sano juicio negaría una evidencia incriminatoria como esta.

Indignada, Ariana se levanta y hace amago de irse y abandonarnos hasta que el radar de la policía enfurecida con su propia representación de los hechos la detiene en seco y la obliga a reconsiderar su escasa participación en la «entrevista», como le gusta llamarla para restarle importancia legal.

—Usted no va a ninguna parte, señora. La entrevista no ha terminado. Siéntese ahí ahora mismo. No huya de la verdad. O su hijo o su marido, o los dos confabulados para burlarse de todos nosotros, son los culpables de este desaguado que ha dejado en entredicho el impecable sistema de seguridad de la urbanización Palomar. Y no le quepa duda de que cuando esta profesional competente salga de esta casa será para dejarla a usted más segura y sosegada que cuando entró en ella para cumplir con su obligación. Me debo a la verdad por vocación y por convicción. Y en esta casa, señora, mi detector íntimo me dice que habita la mentira. La mentira y la maldad personificadas.

Ariana sonríe por primera vez en toda la mañana. Conociéndola, imagino que no siente ninguna afinidad con la otra mujer y no solo por su condición policial. Conociéndola como creo conocerla, intuyo que su sonrisa es una concesión irónica al despropósito que tiene lugar en nuestro hogar sin otro motivo que encubrir por cualquier medio el escándalo que el secuestro de nuestro hijo ha provocado en la comunidad de la urbanización.

—Su hijo, vale, coqueteaba con ideas muy peligrosas, vale, y se juntaba con gente muy peligrosa, vale, poniendo en peligro, vale, la vida de la gente de la urbanización, vale. Deberían mostrarse más cooperativos, vale. No sé, cooperar un poco más con la investigación, vale. Solo tratamos de protegerles, vale, contra ustedes mismos, vale, si es necesario, vale.

Ante la última expresión apabullante del genio lugareño, Ariana me mira a los ojos con creciente intensidad y no es para transmitirme amor ni comprensión ni ningún sentimiento que pueda reconfortarme en estos duros momentos de nuestra relación. Es una mirada corrosiva que solo expresa su renovado deseo de acabar con esta mala comedia de una vez. Es una mirada que reconozco, la he visto muchas veces antes en mi vida con Ariana, la última en el despacho del infame Mercader. Esa mirada me anuncia con antelación suficiente la llegada del terremoto que se avecina para que esté preparado y no me pillen por sorpresa las sacudidas y los temblores.

—¿Nos toman por imbéciles? De verdad. No me lo puedo creer. Otra vez igual. Alguien ha vuelto a equivocarse y les ha dicho que éramos imbéciles y que nos podían tratar como a tales, ¿es eso? Los han mandado aquí para que nos tomen el pelo y nos hagan sentir como un par de gilipollas y de paso meternos el miedo en el cuerpo. ¿Eh, se trata de eso?

—Señora, vale, por favor, vale, no se ponga usted así, vale. Estamos cumpliendo con nuestra obligación, vale. Es nuestro deber, vale, avisarles, vale. Prevenirles, vale. Informarles...

—Basta ya de chorradas y de mentiras, ¿vale?

Bruno se hunde en el sofá, avergonzado por la reacción emocional de la mujer a la que creía tener bajo control, pero Mona no es una contrincante despreciable. La tensa situación deriva hacia un combate dialéctico de féminas en toda regla y yo me preparo relamiéndome para ver a mi campeona rubia batirse cuerpo a cuerpo en el fango con la morenaza uniformada que tiene de policía lo que cualquiera de nosotros, excepto el disfraz chapucero y la pistola eléctrica para inmovilizarnos contra el suelo si sus caprichos de dominación extrema así se lo exigieran.

—Mire, señora, le hablaré claro. A mí no me chulea usted, no me pagan para tanto. Por muy contribuyente que sea, mi sueldo me lo gano yo con el sudor de mi coño y mi esfuerzo diario, no me lo paga usted, ¿se entera? Su hijo era un maleducado insoportable. No lo echaron del colegio por compasión. Lo aguantaron todo lo que pudieron y cuando no pudieron más encontraron una excusa perfecta para hacerlo. ¿Quién se lo podría reprochar? Yo no, desde luego. Déjeme hablar, no me interrumpa...

—No le tolero que hable así de mi hijo. Quién se ha creído que es usted. Ni siquiera creo que sea policía. Enséñeme otra vez su identificación, y usted también, o si no salgan de mi casa enseguida.

—No tengo por qué enseñarle nada. Ya me identifiqué antes de entrar, una vez aquí nada ni nadie me obliga a volver a hacerlo. Son las normas, señora, debería conocerlas, es usted una irresponsable.

Mona se encara con Ariana y parecen dos leonas en celo defendiendo a su camada. Sé de qué lado estoy en esta guerra, pero eso no me impide disfrutar del espectáculo en toda su grandeza natural.

—De qué normas me habla, especie de subnormal tarada. ¿Se cree mejor que nosotros porque le paga los servicios algún jefecillo de la mafia de la

región? ¿Se cree que puede venir aquí, a nuestra casa, a darnos lecciones sobre cómo comportarnos y cómo educar a nuestros hijos con sus prejuicios baratos de seguridad subcontractada? Cómo se atreven, desgraciados, cómo se atreven a darme lecciones a mí. En lugar de hacer su trabajo como corresponde. Encuentren a mi hijo lo antes posible y luego me darán todas las lecciones que quieran. Hasta entonces, salgan de mi casa. No quiero volver a verlos.

—Cuando salga por esa puerta, la mentira seguirá habitando en esta casa. Y usted será su cómplice, señora. Debería avergonzarse.

—Fuera de mi casa, hija de puta.

Uno de los dos agentes no es quien dice ser, por lo que deduzco de sus gestos de duda, y eso vuelve su posición frágil frente al otro. No les queda otra salida que abandonar la casa en la que entraron con engaño para convencer a sus habitantes de que la culpa de todo lo que estaba pasando era suya y de nadie más.

—No volverán a ver a su hijo. Ya nos encargamos nosotros de eso.

Ya están lejos de mi alcance cuando los mensajeros de los sicarios emiten su terrible sentencia. Los veo alejarse en el falso coche patrulla en que llegaron hasta aquí y no pienso en quién se lo habrá proporcionado. Pienso en que cuando la agente Mona Ortiz quedó fuera del alcance del televisor, liberando las señales de su interferencia opresiva, aparecieron en pantalla unos dibujos animados japoneses por los que Aníbal sentía una especial afición desde que era muy pequeño. Y me pareció, en aquel momento de desesperación, un oscuro signo de esperanza emitido desde algún lugar remoto por una inteligencia superior.

Llamo a Rojas para transmitirle mi indignación y me dice que estoy exagerando como siempre. No será para tanto. Comprende por lo que estamos pasando pero debemos dejar que la policía haga su trabajo sin entrometernos. Todo saldrá bien. Me pide que me comunique con Mónica cuanto antes.

Optimismo metafísico, así se llama este vicio intelectual en la distante tierra de la que provengo.

Entro en casa. Ariana está llorando. Tras el lance con los policías de pacotilla se ha derrumbado otra vez, descargando toda la energía emocional negativa con la que volvió esta mañana. Espero que se le pase y le pregunto:

—¿Quieres hablar?

—No.

—Me largo entonces. No aguanto más aquí. Ocúpate de los niños.

Cuando subo la escalera para vestirme, Sofía y Pablo están sentados en el último escalón, con lágrimas en los ojos, consolándose mutuamente. Las caras delatan su estado de confusión mental. Han oído con intermitencia todo lo que se ha hablado en la conversación con los emisarios malignos y no entienden nada de la información diseminada en el curso de la misma. Sus deducciones erróneas no me sorprenden.

—¿Aníbal es un terrorista?

—Hablad con mamá. Ella lo sabe todo.

Suena irónico pero no era mi intención. El lenguaje dice a menudo más de lo que queremos decir. Y a veces menos. Nos tiende trampas continuas. Juega con nosotros todo el tiempo, como Madre conmigo.

Me visto con prisa y salgo de casa sin despedirme. No soporto estar un minuto más bajo el mismo techo que Ariana mientras no se decida a contarme la verdad. O una parte de la verdad. Un atisbo razonable al menos.

Antes de arrancar el coche, compruebo el teléfono. Me asaltan tres mensajes de texto vibrando en el móvil. Respondo a los dos primeros. Es Tania. Está en el hotel de siempre y me espera, rebotando de jugos corporales y de energía positiva. Tiene muchas ganas de volver a jugar conmigo a su juego favorito. El juego más inteligente. Ella también. No puede vivir sin tener relación con mi cerebro privilegiado, según dice el enunciado del segundo mensaje. En realidad, me usa para probar que *inteligencia* es un nombre femenino y le corresponde ostentarlo a una mujer de cualidades sobresalientes como ella.

Le contesto sin tardanza: «Necesito verte desnuda y besarte por todo el cuerpo.»

El tercer mensaje, rebajando el nivel al grado ínfimo, es de la servil Mónica, me invita a una reunión urgente en la torre del departamento, y me niego a responderle por ahora. Puede esperar.

Tania se ha registrado en el hotel con un seudónimo y me desafía a que lo averigüe en el menor tiempo posible. Me siento como un concursante de la televisión, superando pruebas cognitivas cada vez más arduas. El premio gordo está al alcance de mi mano y no tardo ni cinco segundos, tras leer su críptico mensaje, en preguntarle a la recepcionista veterana por la señorita

Sophie Germain.

—Habitación 314. ¿Quiere que la avise, señor?

—No, gracias, ya subo yo. Es una sorpresa.

Tania me hace esperar frente a la puerta más de lo necesario y cuando abre al fin, con una sonrisa de bienvenida digna de un príncipe, solo porta sobre su cuerpo la máscara japonesa del maquillaje, el carmín que hace brillar sus labios con la luz del deseo y las braguitas fucsia a juego que se ha comprado hace un rato en la tienda exclusiva del hotel.

—Eso que tienes en la frente no será un eccema contagioso, ¿verdad?

—Es inocuo, no te preocupes. Solo ataca a las mentes más brillantes de cada generación.

Media hora después se siente profundamente decepcionada porque aún no le he deslizado las braguitas por los muslos para inspeccionar su nuevo depilado artístico y yo no me he quitado ni la chaqueta ni los zapatos. Permanecemos los dos tumbados, uno junto al otro, como dos comatosos en una unidad de cuidados intensivos.

—Los vecinos no pueden oír nada de lo que digamos. Esta suite es un búnker filosófico de paredes herméticas.

Le cuento en detalle la historia del secuestro de Aníbal mientras Tania da cuenta sistemática de las existencias del minibar y ahora me mira conmovida, en plena euforia etílica, hasta que se le ocurre una idea que, con su falsa modestia característica, califica de genial.

—Hazme un hijo.

Me desnudo con rapidez, para estar más cómodo, y solo conservo puesto el eslip negro de las celebraciones especiales.

Me abalanzo sobre la tentadora Tania en el momento en que decide darme la espalda en la cama.

Mis besos vampiro se imprimen como mordeduras de sangre sobre la tersa sensualidad de su piel.

Hombros, brazos, nalgas, muslos, pantorrillas.

El jugoso cuerpo de Tania.

Dedico una frase afectuosa a cada uno de los dedos de sus preciosos pies, adornados con un esmalte de color magenta irresistible.

Al volverse hacia mí, la larga melena rubia y los ojazos de un verde

lacustre confieren a su sonrosada desnudez un toque sublime que me facilita la decisión de no penetrar en ella. Ni ella me lo pide ni me lo impide, sencillamente no lo hago. No es lo que busco esta tarde. No tengo fuerzas ni ánimo para pensar en sostener una erección, mucho menos para dirigir una maniobra de inseminación natural.

—Podríamos tenerlo sin problemas, ¿sabes? No bromeo. Yo me encargaría de todo, tú no tendrías que hacer nada ni pagar nada. Nuestro hijo sería un absoluto genio, ¿no te das cuenta?

Sí que me doy cuenta, querida Tania. El morbo infinito que provoca el papá del niño secuestrado. (No te rías, Madre, esto no va contigo.)

—La Universidad cuenta con un magnífico programa de becas para las estudiantes que eligen ser madres antes de terminar los estudios de posgrado.

Pienso por primera vez en Aníbal en términos puramente genéticos, como un producto de la evolución. Pienso en el extraño origen de Aníbal, en el óvulo y el espermatozoide anónimos que negociaron un acuerdo beneficioso para ambas partes a fin de poder crearlo. Eso me recuerda que, en realidad, nunca he sabido nada de su nacimiento. El enigma genuino de Aníbal, agravado con su desaparición. Nunca sabré de verdad si hubo o no un padre y una madre que se amaron para concebirlo o si fue producto de un experimento biológico ejecutado fríamente en un laboratorio. Por un momento, imagino con terror la existencia de centenares de hermanos idénticos a él repartidos por el mundo como la vanguardia de la sociedad del futuro. No me importa. Es mi hijo. Es único. Puedo asegurarlo. Yo he cuidado de él durante los siete últimos años, día a día, noche tras noche, y si le pasa algo a mi hijo Aníbal mi vida se hundirá sin estrépito en la insignificancia.

Me pongo a temblar como un epiléptico.

—Abrázame, Tania, necesito que me abrasces con fuerza y no te separes de mí hasta que se me pase el ataque de pánico.

Muerta de aburrimiento, enciende la televisión y localiza para estimularme un canal de posporno que solo emiten algunas plataformas por cable. Porno conceptual de nueva factura. Es la última moda en el medio, comenta Tania acariciándome la polla por encima del eslip antes de deslizar su mano por debajo del tejido elástico.

—Sucia y sudorosa es como más me gusta tocarla y olerla.

Tras años de críticas a una industria audiovisual que no sabía cómo

reconvertirse para no desaparecer, decidieron mejorar el producto encargando a guionistas profesionales que rellenaran con diálogos inteligentes los tiempos muertos entre polvo y polvo. El éxito fue inmediato. Grandes discusiones sobre sentimientos, temas de actualidad o ideas intemporales entre actores y actrices tan dotados para el sexo como para la conversación interesante, antes y después de follar. Resulta muy instructivo.

La vida se parece cada vez más a un buen escenario posporno.

—No estarás enamorándote de mí, ¿verdad?

Mi falta de erección le parece un síntoma infalible del amor.

La ironía no es el fuerte de las nuevas generaciones.

## DÍA 26

Cuando me despierto por la mañana estoy solo en la cama.

Tania se ha marchado dejándome un mensaje de alerta vibrando en la pantalla del móvil: «¿Te veré en el desfile de moda del campus?»

He dormido de un tirón toda la noche. Me siento descansado como hacía tiempo que no me sentía cuando me levantaba. Al final debí de ingerir la pastilla remedio mágico para el insomnio que Tania me recomendaba con insistencia para relajarme tras mi segundo episodio de temblores con hemorragia nasal añadida.

Pido al servicio de habitaciones que me suban el desayuno. Para dos. Mientras devoro el tercer cruasán relleno de jamón con un apetito inexplicable me acuerdo de Aníbal, de pronto, y me entran ganas de llorar y, sin embargo, no consigo echar una lágrima. Estoy seco, por dentro y por fuera. Voy a la ducha y allí aflora todo. Golpeo las paredes blandas con los puños mientras el agua resbala por mi cuerpo y mi cara, sin limpiarlos, para disimular que estoy llorando y gimiendo. El aire está inundado de un vapor fétido cuando acabo y casi me resbalo y me caigo caminando hacia la puerta para abrirla y ventilar la humedad malsana del cuarto de baño.

Antes de abandonar la habitación, ya repuesto de mis renovados ataques, compruebo que Villacañas me ha puesto otro mensaje: «Hay un tema importante que querría discutir con usted enseguida. ¿Podríamos vernos hoy mismo en el campus? Es mi día de visita.» Lo llamo y confirmo la cita. A las tres en el bar Strella, el local de comida étnica de moda en el campus entre profesores jóvenes y becarios enrollados de todos los departamentos.

Llamo a Mónica a continuación.

—Ya era hora de que dieras señales de vida.



—He estado ocupado. ¿Quieres algo especial?

—Hoy no tienes clase, querido.

—¿Cómo sabes que he suspendido las tutorías? Se me ha olvidado subir la información al campus virtual, pero los alumnos lo saben.

—Nadie tiene clase hoy, tonto. La pasarela, ¿te acuerdas? La pasarela Campus. ¿Vas a pasarte por mi despacho de todos modos?

—¿Es imprescindible? Tengo una cita a las tres.

—Ya, con el doctor Villacañas. ¿A las cinco entonces? Tienes tiempo de sobra.

—Perfecto. ¿Puedes adelantarme algo?

—No es tan urgente, querido. Ya lo hablamos cara a cara.

—Vale.

—Por cierto, hay unos chicos muy simpáticos que quieren hacerte una entrevista para *Black Box*, la revista mensual del campus. ¿Te parece posible en este momento?

—¿Qué les contesto si preguntan sobre mi hijo?

—Humor negro. Nunca cambiarás, querido.

—¿Tú crees? Yo no estoy tan seguro.

Estaciono en mi plaza asignada del aparcamiento, a los pies de la torre del departamento. Al bajarme del coche, no me molesto en mirar a la reluciente cúspide del edificio, el nido secreto donde Madre vive recluida, lejos de nosotros, los hijos fallidos de su programa. Ya no me preocupa tanto su existencia.

Cuando me encamino por uno de los senderos principales hacia la zona de ocio donde se ubica el bar *Strella* compruebo que toda el área del campus se encuentra en estado de emergencia. Es el desfile de moda de todos los años, se me había olvidado, el aviso de Tania se refería a este acontecimiento trascendental. Las grandes y las pequeñas marcas acuden a la Universidad Paneuropea de Millares en busca de prestigio y reconocimiento y la Universidad se da un baño dorado de glamour, belleza y diversión y todos contentos y satisfechos hasta el año próximo. Por lo que veo, los estudiantes se lo toman con una profesionalidad impecable. Se sienten modelos de pasarela por un día. Ellos y ellas. Modelos de alta costura, vistiendo marcas de ropa y accesorios que en el futuro solo podrán pagarse si triunfan en sus respectivas

carreras y acumulan un elevado rendimiento anual y un ajustado equilibrio de gastos. Es un método estupendo, desde luego, para estimularlos en sus estudios.

—Hasta luego, profesor.

Uno de mis alumnos acaba de pasar a la carrera junto a mí, va descalzo pero revestido por entero con el traje fantástico de una famosa firma italiana. Imagino que corre en busca del par de zapatos a tono que completarán esa imagen seductora con la que sueña por las noches, cuando ha terminado de estudiar cualquier tema abstruso y su chica o su chico, quién sabe, ha decidido pasar la velada con otra persona para ampliar experiencias antes de decidir en el menú de opciones disponibles qué clase de soledad prefiere para vivir. Yo también pasé por esa experiencia dramática. Me acuerdo muy bien.

A medida que me acerco a la zona caliente del campus, la multitud hiperactiva se arracima de modo que apenas si puedo distinguir la entrada del bar griego donde tengo mi cita, oculta tras unos parapetos de plástico, unas pantallas de croma azul y un par de andamios elevados donde varias cámaras y técnicos están haciendo pruebas antes de comenzar a grabar una parte del desfile inminente.

Mientras paso por debajo de uno de los andamios, bajo la antipática vigilancia de uno de los guardias de seguridad, me pregunto por qué me ha invitado Villacañas hoy, precisamente hoy. El único día del año en que el bar está vacío por culpa del espectacular desfile de moda. En cuanto entro en el recinto aromático, no me cuesta localizar a Villacañas porque, aparte de una pareja de tíos que se están morreando frente a un plato desbordante de musaca, no hay nadie en el interior del bar haciéndose preguntas estúpidas que no conducen a nada bueno.

—Un buen sitio para declararse, ¿no le parece?

Ramiro Villacañas se levanta en cuanto me aproximo a la mesa donde me espera con puntualidad británica para que pueda contemplar los atavíos de su nueva identidad. No solo ha cometido el disparate de elegir este local étnico desahuciado en un gran día para la moda nacional e internacional en el campus como hoy, sino que ha decidido acudir a la cita, contraviniendo la etiqueta recomendada, vestido de la cabeza a los pies con la indumentaria de un golfista profesional.

—Mi nueva pasión, amigo Espinosa. No puedo entender cómo he podido

vivir tanto tiempo sin jugar a esto. No se imagina lo que es. Es el deporte que necesitaba para sentirme vivo. Ya se lo anuncié en nuestro último encuentro...

La calurosa atmósfera del bar Strella, baja intensidad de la luz ambiental y abarrotamiento de mobiliario inútil, está diseñada para hacer creer al cliente que está viviendo una experiencia excepcional en el barrio popular más visitado de una Atenas ya extinguida.

—¿Recuerda cómo mi carrito de la compra rebosaba de oportunidades? Las probé casi todas. Cuando llegué al golf, le confieso que experimenté un orgasmo inmediato. Ya desde el primer partido. La sensación de cosquilleo en todo el cuerpo fue gozosa. Tendría que animarse a acompañarme algún día, ya verá como se le quitan de la mente todas las preocupaciones estériles y empieza a pensar con lógica aplastante nada más que en palos y pelotas y hoyos. A eso se reduce todo. Es un ejercicio místico, créame. Un sistema de interpretación del mundo en términos puramente pragmáticos.

—No lo dudo.

En las paredes, como mandan los cánones de la nueva nostalgia cultural, los iconos temáticos de la antigua Grecia se disputan el espacio disponible. Avejentados carteles de películas minoritarias de una cinematografía decrepita, sórdidas fotografías de callejuelas olvidadas por inexistentes planes de urbanismo, hitos ruinosos del turismo global de antaño, deteriorados souvenirs de viajes ancestrales a islas mediterráneas donde el pudor del cuerpo lograba perder su significado tradicional.

—Ahora entiendo de qué me sonaba el nombre del bar.

Le señalo uno de los carteles de cine, uno de los más desgastados por el uso o por el tiempo, colgado en un marco roto de madera junto a una ventana de rejas sin pintar.

—Los dilemas transexuales de un padre y un hijo en la Grecia de antes de la última guerra balcánica.

Es triste pensar en las consecuencias de todo ello, pero desde que la ciencia probó que la Tierra no era el único planeta capaz de albergar vida, la vida en ciertas regiones de la Tierra se devaluó hasta extremos impensables e incluso la pulsión de conocer sus rincones más curiosos perdió valor para la mayoría. En su lugar, surgió un culto fanático por los terruños más insignificantes entre ciertas minorías privilegiadas.

—¿Pedimos algo?

—Como quiera.

—¿Qué le apetece? Le recomiendo probar la cerveza Patmos. Calidad artesanal inmejorable. Le he citado aquí para quitarnos del follón del dichoso desfile. Es un sitio tranquilo y agradable y preparan unos platos excelentes por un precio razonable.

—No tengo mucha hambre y no bebo alcohol desde hace años. Con que tengan agua mineral me conformo, no es necesario que esté embotellada en el Monte Parnaso.

—Me gustan sus sarcasmos, ¿no se lo había dicho nunca?

—No, más bien tenía la impresión de que le disgustaban profundamente y los consideraba impropios de una inteligencia de primer nivel.

—Créame, Espinosa, he cambiado mucho en estos últimos meses.

—También yo. No se imagina hasta qué punto.

Los novios corintios comparten su platazo de musaca como hermanos de sangre y cada tres cucharadas, lo tengo medido, se morrean a lengüetazos durante un minuto exacto.

—Muchos nativos refugiados vienen a comer aquí a diario. El menú es barato y la Universidad es generosa con ellos.

El camarero de origen gitano, sin embargo, parece molesto con los fans de la carne de cordero picada y las berenjenas picantes bañadas en grumosa salsa blanca y no sabe con qué protocolos acelerar su partida del local.

Cuando acude a nuestra mesa, reclamado por Villacañas, apenas si presta atención a sus palabras, volviéndose cada poco hacia sus únicos clientes aparte de nosotros y musitando maldiciones ininteligibles.

—Un plato de calamares fritos con jalapeños y alioli, una tarrina de musaca vegana y una jarra de cerveza helada para mí y para él un botellín de agua mineral del tiempo.

El encargo hace sonreír al camarero y se marcha satisfecho a cumplir con su obligación.

—Menudo folclore neoyorquino hay montado en el campus.

—Todos los años me pasa igual. En mi calidad de profesor veterano, asisto al consejo de rectores como representante del departamento y protesto y voto en contra de la celebración del desfile, reclamo incluso un cambio de fechas, pero nada, nunca me hacen caso. La pasarela Campus genera muchos

beneficios y hace felices a los alumnos y las alumnas sin excepción, ¿qué más se puede pedir en estos tiempos?

—¿Asiste al menos alguna figura importante?

—No, qué va. Ese es el punto débil del negocio. Todas las marcas conocidas están representadas, unas más modestamente que otras, todo sea dicho, pero solo acuden en persona los modistos de medio pelo y muchos jóvenes diseñadores emergentes, algunos recién graduados de la escuela local de diseño. Pero cualquiera les dice a las mujeres de algunos rectores y a ciertos decanos que no se aprueba la partida semestral para la pasarela Campus.

—Me encanta el nombre. Usted no está casado, ¿verdad?

—Lo estuve, como todos. Después de algunos siniestros escarceos de los que preferiría no hablar, ahora sobrevivo al celibato con los medios que la cultura pone a mi alcance. Tampoco me desvivo. Ya le dije que el sexo no es lo mío. El ejercicio ha de ser sano para tener eficacia sobre el cuerpo y sobre la mente. El golf me proporciona todo lo que necesito en la vida. Por fortuna, mis ganancias me permiten sufragar los gastos del club de la urbanización y del equipo más avanzado sin contraer demasiadas deudas. Ya me entiende.

—No conocía ese club. ¿Dónde está exactamente?

—Justo detrás de las colinas de la zona norte. No lejos de donde vive Rojas.

—Ya me hago una idea.

—Mi problema, Espinosa, es que el golf es un deporte caro. Y si uno quiere de verdad participar de todos sus atractivos, incluidos los sociales, y no quedarse en la periferia del juego, como hacen muchos aficionados, necesita financiación extra. Gano bastante dinero aquí, desde luego, y obtengo ingresos suplementarios en conferencias y cursos de verano, pero no soy tan rico como querría. No crea que este problema no consume mi cerebro con frecuencia mientras calculo mis golpes y mido mis resultados en el *green*. Cada día mejoro mi actuación sobre el terreno con la intención de llegar algún día a profesionalizarme. Entonces se acabó. Pediré la jubilación anticipada y a vivir la vida.

—El esplendor en la hierba, nunca mejor dicho. No sé si conoce el viejo poema romántico. O la vieja película hollywoodiense.

—Ya le he dicho en varias ocasiones que la ficción no es lo mío. En

cualquier formato en que se presente, me resulta indiferente...

Villacañas enmudece en cuanto el camarero servicial le pone por delante la cerveza refrescante y el plato apetitoso, la fuente multicolor, amarillas rodajas de calamar gratinado, verdes anillos de chile jalapeño y grasientos goterones de salsa de ajo y aceite.

—La musaca tardará unos minutos todavía.

Lo miro con atención mientras devora el contenido del primer plato a una velocidad excesiva, sin apenas concederse una tregua para beber de la jarra sudorosa que permanece intacta.

—¿Cuánto lleva entre nosotros, Espinosa? ¿Cuatro meses? ¿Cinco?

—He perdido la cuenta. Han pasado tantas cosas desde que llegué aquí.

—¿Seis meses?

—El tiempo de un parto prematuro. No sería una mala cifra, si fuera verdad.

En cuanto ultima el bocado máspreciado, se limpia las dos manos con la servilleta de cuadros verdes sobre fondo blanco y se bebe de un trago la cerveza isleña.

—¿Quiere otra botella de su brebaje? Esta comida mediterránea causa una sed diferida. Me abastezco como los dromedarios para que la tarde no se haga más pesada de la cuenta. Hoy he cancelado todas mis citas de trabajo para jugar un rato al atardecer. Mi momento favorito. Imagínese el cuadro. Gloriosos efectos de luz en el entorno campestre. Los árboles en sombra actúan de público en la escena. Qué orgasmo. Llega uno a sentirse un dios omnipotente golpeando la pelota con el palo exacto y cerrando los ojos para escuchar el silbido del proyectil aproximándose a las inmediaciones del hoyo. Es admirable. Me entusiasmo con antelación. Discúlpeme, amigo Espinosa...

—No se preocupe. Ya nos conocemos.

—Si le soy sincero, ya no estoy tan seguro de eso como lo estaba antes.

El camarero rumano le trae al fin la tarrina repleta de musaca vegana y la segunda jarra de cerveza visionaria, bebe la mitad de esta para lubricar la garganta y conserva la otra mitad para el final del almuerzo.

—Quería hablar con usted de un asunto importante, como le dije. Pero ahora mi «postre» favorito me reclama. Si me disculpa...

Villacañas devora en cinco grandes cucharadas la musaca vegana y se

queda mirando el recipiente vacío fijamente al terminar, como si le pareciera escasa la cantidad ingerida o asombrosa la rapidez de su consumo, con los grumos blancos trazando un cerco alrededor de la boca de labios finos como puñales.

—Me dolió mucho la noticia en cuanto me la comunicaron, ya se lo adelanto para evitar malentendidos. Ciertas cosas no llevo a entenderlas.

La rugosa servilleta de cuadros verdes sobre fondo blanco hace su trabajo higiénico con eficacia permitiendo que los aledaños de la boca tragona queden immaculados antes de comenzar la emisión de nuevas maldades.

—¿Se refiere al secuestro de mi hijo?

—No, eso lo supe después. ¿Es el niño que iba con usted cuando nos encontramos en la tienda de deportes?

—Sí, era él. Quiero decir es. Es él.

—Sí, bueno, entonces ya lo sabía, pero al estar el niño delante no me atreví a comentárselo.

—¿Decirme qué?

—Malditos maricones. Volveos a vuestro país de mierda.

El camarero ha acabado interviniendo en la orgía carnívora de los sectarios de la musaca y se está peleando con uno de ellos a voces, profiriendo insultos y amenazas en un dialecto intraducible. Villacañas se vuelve para mirar con indiferencia lo que está pasando y tomarse un breve respiro antes de seguir hablando conmigo.

—No saben comportarse. Es una pena. En la vida hay que tener estilo en todo. Hasta en el crimen y la abyección, ¿no cree, Espinosa?

—¿Se refiere al camarero o a los clientes?

—Me refiero a nosotros, naturalmente.

En cuanto nos quedamos solos en el bar, expulsados los intrusos indeseables, se decide a afrontar la verdad desnuda.

—Verá, Gabriel. ¿Puedo llamarle Gabriel? Su apellido me cansa un poco, la verdad. Espinosa por aquí, Espinosa por allá...

—Por descontado, Ramiro.

—No me gusta mi nombre, nunca me ha gustado, pero se lo permito. Por qué no. No tendrá muchas más ocasiones de usarlo.

—¿Se piensa dedicar al golf y a la gente del golf en exclusiva?

—Su humor no es siempre inteligente. No presta atención.

—Le escucho atentamente.

—¿No le han dicho nada?

—¿Sobre qué habrían de decirme algo?

—Le han ofrecido su puesto a otro. No se ha hecho público aún. No está claro que vaya a aceptar, pero se lo han ofrecido. Si acepta, usted tendrá que irse. Bueno, lo más probable es que tenga que irse de todos modos. Eso ya no me incumbe.

—¿Qué es lo que he hecho mal, si puede saberse?

—Nada en especial. Así son estos puestos. Flotantes. Si todo el mundo está contento, usted se perpetúa, si no, como es el caso, desaloja. Así de simple.

—No me lo habían avisado. Es más, no figuraba tal condición en el contrato.

—No sea ingenuo, Gabriel. Ahora es usted el que me sorprende con su actitud. Esto no tiene nada que ver con lo de su hijo, por cierto. No establezca falsas analogías. Nada que ver, ¿me entiende?

—Ya veo. Le han pedido que me lo anuncie. Era usted el encargado de evaluar mi actuación, como usted la llama. Por eso sus visitas constantes. Nada era casual.

—Amigo Gabriel, le he cogido mucha simpatía. Mis encuentros con usted no han respondido a otra cosa que al puro placer de la inteligencia y el intercambio de información valiosa entre inteligencias del mismo nivel, ¿cómo ha podido usted pensar lo contrario?

Me tomo mi tiempo antes de responder a sus provocaciones. Miro a un lado y a otro. Estamos solos al fin. El camarero gitano ha desaparecido en la cocina, al fondo del local, y solo nos encontramos aquí Ramiro Villacañas y un servidor y yo me tengo que creer que esto no es una encerrona programada. Que en alguna parte no hay una cámara o un par de ojos vigilando la escena para informar a otros sobre cómo reacciono y cómo nos hemos comportado cada uno en su papelón correspondiente, Villacañas como pajarraco de mal agüero y yo como tonto de capirote con antena parabólica acoplada al casco de astronauta.

—No actúe como un paranoico. No le conviene en las presentes circunstancias.



Soy impulsivo por naturaleza y estoy a punto de saltarle encima para darle una buena ración de golpes en la cara, con la izquierda y luego con la derecha, pero me contengo por precaución. Si hay otros vigilando, no tardarán en intervenir en cuanto me ponga violento y eso es lo que pretenden con su estrategia de tres al cuarto. Dejarme en evidencia otra vez. Acusarme con pruebas irrefutables.

—El foco de la atención está centrado en usted, no en mí. No se equivoque. Le tengo en alta estima, intelectual y personal. De verdad, con el tiempo he llegado a apreciar sus cualidades humanas. No tire por tierra todo eso por un gesto melodramático desesperado.

—¿Ni siquiera se va a molestar en decirme lo que he hecho mal?

—Me gustaría, ya lo creo que me gustaría, pero no estoy autorizado.

—¿Reconoce entonces que he hecho algo mal?

—Yo no he dicho nada parecido.

—Ya entiendo. ¿Ha sido lo de mi hijo? Ha sido eso, ¿verdad?

—Digamos que eso no jugó en su contra al final. En la última reunión de la comisión se alzaron voces, incluso, que clamaron en su favor conmovidas en gran parte por el caso de su hijo. Esas voces discrepantes apelaron a la compasión y a la paciencia de los otros miembros, pero fue en vano. La decisión estaba tomada hacía tiempo y no había argumentos de peso para cambiarla.

—Dígame una última cosa, ¿se contaba usted entre esas voces solitarias que me defendieron?

—Yo no he dicho que le defendieran.

—Dígame sí o no.

—No. Claramente no. No era mi papel, nadie lo esperaba de mí, y no me salí del guión ni una sola vez. Tengo mucho que perder. He intentado explicárselo desde que lo conozco, desde nuestro primer encuentro en mi despacho, ¿recuerda?, y no me prestaba usted atención. Nunca lo hizo. Usted se cree que el único que no habla por hablar en el campus es usted y ese, si me lo permite, ha sido uno de sus mayores errores. Un error que le va a costar muy caro.

—¿Tan caro como la vida de mi hijo?

—No tiene nada que ver. Son cosas distintas.

—Me parece muy bien que vayan a echarme y meterme en un avión de vuelta a mi mediocre vida anterior, pero al menos tendrán la decencia de devolverme a mi hijo, ¿no?

—Nadie en la Universidad tiene relación alguna con la desaparición de su hijo, entérese de una vez. Hemos soportado mucha tensión a cuenta de ese tema como para que encima nos lo eche en cara. Y creo estar diciendo aquí algo que esta misma mañana, cuando supieron que me entrevistaría con usted, el doctor Rojas y el doctor Moratinos tuvieron a bien transmitirme como opinión compartida por muchos doctores del departamento.

—Me está mintiendo y sabe que yo lo sé. Y lo peor es que no le importa.

—No suelo mentir nunca, no es mi estilo. Una de las razones para no hacerlo, precisamente, es evitar situaciones como esta.

—Ahora le entiendo todavía menos.

—No se esfuerce. No logrará comprenderlo nunca. No es usted el primero ni será el último, eso sí queremos que lo sepa, muchos otros le han precedido con similares o superiores cualidades y tampoco se adaptaron.

—¿Todos pagaron con la vida de uno de sus hijos?

—No diga idioteces, por favor. Y, sobre todo, esto sí que me han insistido en que usted lo comprenda. No se le ocurra montar un escándalo a cuenta de esto. Nuestros abogados le destrozarían sin piedad.

No aguanto más la farsa. Me levanto sin molestarme en pedir la cuenta. No creo que para las arcas de Villacañas un botellín de agua mineral de algún manantial de la inhóspita región pueda representar un dispendio injustificable incluso como dieta ante la severa contable del departamento.

—El neurochip puede quedárselo. No se lo vamos a reclamar, descuide. Ya no nos interesa lo que pueda contener.

Al salir de la atmósfera irrespirable del bar Strella el estruendo de la pasarela Campus me extrae de la tristeza y la amargura de la situación. Deambulo por los senderos del campus entre alumnos disfrazados de modelos y modelos disfrazados de alumnos, sin saber muy bien adónde ir a refugiarme. Me siento en un banco desocupado desde el que contemplo uno de los coloridos espectáculos de saltimbanquis de la moda desfilando por una tabla colgada en el vacío sobre un estanque de aguas cristalinas.

Cuando estoy a punto de echarme a llorar en mitad de todo este despliegue de alegría artificial y ruido inusitado, grabado en vídeo de máxima resolución

por cámaras instaladas en todos los ángulos del campus, vibra el móvil en mi bolsillo y, al sacarlo a la luz, me asalta un exultante mensaje de texto procedente del móvil de Mónica: «Es tarde y tengo mucho trabajo atrasado. Te recojo pasada la medianoche en la puerta de tu casa. Sé dónde puede estar tu hijo. Mantente tranquilo y ponte guapo, querido.»

Los dígitos del móvil en la pantalla indican que no son las cinco todavía. Se me acaba el tiempo.

Imagino a Ramiro Villacañas jugando al golf en su ostentoso club de las afueras bajo esta luz apocalíptica y me muero de risa allí solo, sin que mis silenciosas carcajadas alarmen a ninguno de los alegres chicos y chicas que merodean por las inmediaciones.

Permanezco más de una hora sentado en el banco de piedra del campus mientras el mundo a mi alrededor se transfigura en una coreografía de lujo y esplendor para presentar la moda masculina y femenina de la primavera inminente y el cálido verano, estaciones del año en las que ya no estaré aquí para ver sus vistosos efectos sobre el paisaje y sus habitantes.

Es el sino de la inteligencia.

Si no pensara tan bien, no me iría tan mal en la vida.

Me olvido de todo lo malo y me preparo para la noche inolvidable.

Mi hijo me espera.

Madre, no te interpongas ahora en mi camino.

Extraviado en el aparcamiento, antes de localizar mi coche, contemplo cómo el sol se hunde en el horizonte como un aeroplano en llamas en un océano contaminado de petróleo.

Eclipse total.

La radio del coche sintoniza al azar la melodía de mi alma.

Un aria memorable.

Todo está oscuro en medio del resplandor del mediodía.

## DÍA 27

El último misterio trasmundano de Mónica Levy.

Aparece puntual montada en su bolido último modelo cinco segundos después de la medianoche. Como todos los miembros del departamento, pienso que tendrá algún acuerdo con la misma marca de coches deportivos y poder renovar así el parque móvil cada dos años como mucho.

Llegué con quince minutos de antelación a la cita y mientras la esperaba, con nerviosismo creciente, he tenido tiempo de contar en el cielo diáfano ciento catorce estrellas y nombrarlas una por una, recibiendo de cada una de ellas a cambio un mensaje contradictorio sobre el destino de mi hijo Aníbal. Unos francamente pesimistas y otros ligeramente optimistas.

El motor silencioso no me permite percibir la llegada de Mónica hasta que se encuentra circulando a unos metros de mi cuerpo. Me hace señales con las luces del coche para que vaya a reunirme con ella un poco más arriba de mi casa, en un terraplén donde su coche se desliza sin derrapar, las ruedas se posan sobre el suelo sin apenas producir ruido. De todos modos, la precaución es innecesaria, no hay nadie en casa que nos pueda ver, excepto las ubicuas cámaras de seguridad.

Ariana y los gemelos, según me comunicó la madre en un escueto mensaje de texto, se han ido al centro comercial a ver un programa doble de dibujos animados japoneses y disfrutar de una cena temática infantil organizada por no sé qué marca de comida basura, y aún no han regresado a casa cuando yo me marché. Ariana ha debido de convencer a Sofía y a Pablo de que su hermano Aníbal regresará por su cuenta cuando menos se le espere. Y todos se comportan conforme a esta convicción ilusoria. Solo yo sé toda la verdad. Y Ariana me culpa por ello, como me comunicó en uno de sus mensajes anteriores. Me señala, sin razón, como único responsable de nuestra

infelicidad.

El flamante coche de Mónica solo tiene dos puertas y la del copiloto se abre, activada por un mecanismo automático con un silbido metálico, en cuanto me pongo a su altura.

—Sube, tenemos prisa.

—¿Dónde vamos?

—No preguntes tanto. Ya lo verás.

Estos nuevos coches poseen un sistema de iluminación especial que, gracias a la refracción de los cristales exteriores, no molestan ni distraen a los otros conductores y hacen posible estar acogido en su interior como si fuera una sala de estar o un salón con televisión incluida.

—¿Tienes algo que decirme?

—Preferiría no hablar de nada que tenga que ver con el departamento. ¿Te parece posible?

—No estoy seguro.

—Habla con Rojas mañana. Me consta que está intentando hablar contigo desde hace dos días y que no ha habido manera.

—A mí me consta todo lo contrario.

—Como sigas en ese plan te echo del coche y se acabó todo.

—Si te pones así, no diré nada más sobre el tema.

—Mucho mejor. Gracias.

Es la luz interior la que me permite ver el atuendo especial con que Mónica se ha presentado a nuestra cita de esta noche.

—¿No te gusta?

—Me encanta. Hacía tiempo que no veía a una mujer vestida tan de acuerdo con mis gustos.

Látex negro de la cabeza a los pies, botas de goma de suela plana, cinturón de charol con hebilla plateada.

—Cuando me ponga el antifaz te vas a caer de espaldas.

—No imaginaba que íbamos a una fiesta de disfraces.

—¿Quién te ha dicho que sea una fiesta de disfraces?

—Me lo parecía.

—Lo he cogido prestado de uno de los camerinos del desfile. No he podido resistirme al verlo. Mañana, si todo va bien, quizá lo devuelva.

Alisada melena negra, maquillaje ostentoso, violáceo esmalte de uñas.

—¿Y el collar?

Una larga cadena de oro con un pedrusco incrustado, como una roca de cráter lunar o un fragmento de meteorito.

—Es la piedra de la vesícula que mató a mi madre hace dos años. Se le clavó en la boca del duodeno y acabó perforando la pared intestinal. Nadie supo diagnosticarlo a tiempo.

—Fascinante.

—Tu disfraz está ahí atrás. Puedes mirarlo. Sé que te gustará. Lo he elegido yo.

En el asiento trasero, un paquete envuelto en celofán como si fuera un regalo de cumpleaños con cintas rojas estrechando un lazo insinuante.

—¿No me acabas de decir que no era una fiesta de disfraces?

—Y no lo es. Que la etiqueta nos obligue a ir disfrazados no quiere decir que sea técnicamente una fiesta de disfraces. ¿No es lo bastante lógico para ti?

—Aplastante. De una lógica aplastante, como diría el doctor Villacañas.

—¿Cómo te ha ido con él?

—Prefiero no hablar. ¿No decías que no querías hablar de las cosas del departamento?

De entre la espuma exprimida del celofán brota una chupa de seda de color marfil como la que siempre había querido lucir ante el mundo, desde los tiempos en que era un adolescente pajillero que no se comía una rosca con las chicas que más le ponían en el instituto, como emblema de mi personalidad singular.

—¿Cómo has adivinado mi fantasía?

—Yo no adivino nada, querido. Yo sé.

—Mónica, Mónica, creo que esto podría ser el principio de una hermosa relación.

—Eso ya me lo dijiste la otra vez y no funcionó. ¿Por qué va a hacerlo ahora, Gabriel?

—He cambiado mucho, ya te lo he dicho. De hecho, todo ha cambiado mucho desde entonces. En mi vida y en el mundo.

—Ya, siempre decís lo mismo y siempre acabáis volviendo con vuestras mujeres y vuestra familia. No me chupo el dedo, ¿sabes? Por no hablar de

otras. No me engañes, sé que hay otras esperando su oportunidad.

—¿Tu marido no cuenta en la ecuación?

Me mira por un segundo con mirada láser. No necesita atender a la conducción y puede darse el lujo de prolongar ese segundo de tensión emocional otro segundo más y otro y otro, hasta sumar demasiados segundos sin vigilar lo que sucede en la realidad al otro lado del parabrisas y el capó aerodinámico. La penetrante intensidad de una mirada femenina cuando quiere aclarar un asunto de la vida que le parece fundamental no se puede medir con patrones científicos convencionales.

—¿Te he hablado alguna vez de mi marido, querido?

—Nunca.

—Ya está todo dicho, querido.

La urbanización Palomar es un mapa tecnológico diseñado por una mente perturbada que Mónica recorre maniobrando el pequeño volante deportivo, sin brusquedad ni esfuerzo aparente, como si cada indicación de las proyecciones del GPS en la pantalla del parabrisas delantero se tradujera en sus elegantes decisiones.

—¿Subimos o bajamos?

—De todo un poco, querido.

—Hace tiempo que me he perdido. No sé ni dónde estamos.

—No lo adivinarías. La urbanización Palomar se compone de muchos círculos concéntricos. Tú vives en la periferia oriental de uno de los más interiores. El campus ocupa el centro geométrico de la circunferencia. Ahora mismo estamos llegando a los límites occidentales de uno de los círculos más exteriores.

—¿Dónde vive Rojas?

—No, mucho más allá. En proporción tu casa y la de Rojas son vecinas.

—Me estás tomando el pelo.

—No sabes lo que me gustaría hacerlo de verdad.

—Creí que no era tu tipo.

—¿Quién te ha dicho lo contrario, querido?

La noche oscura tras los cristales del coche se ve iluminada de repente por una irrupción imprevista en el paisaje montañoso. Una construcción imponente en lo alto de una de las colinas que bloquean la visión del horizonte. Un cono

blanco cuyo vértice superior emite un arcoíris de rayos de luz en todas las direcciones del espacio imaginable. Como si retransmitieran en directo las actividades y los pensamientos que se producen en el blindaje interior de sus paredes a todas las ciudades del mundo y a todos los mundos, conocidos o desconocidos.

—Ya había visto esta casa.

—Imposible. La acaban de reconstruir.

—Si tú lo dices...

Todavía nos quedan varias colinas escarpadas que superar antes de poder situarnos al mismo nivel del cono luminoso cuya arquitectura me fascina con su intrigante configuración desde la distancia.

—¿Quién vive ahí?

—¿Tiene que vivir alguien?

—No te entiendo.

—¿Tú crees que un edificio como ese está diseñado para que viva alguien en él?

Ahora creo entrever, desde una de las curvas de la carretera, un doble juego de aspas cruzadas, como paneles de radiación solar, que le confieren la apariencia de un molino de viento de alta tecnología o de un satélite de telecomunicaciones.

—Si te pregunto quién lo usa o para qué se usa, seguro que volverás a decirme que no es así como hay que hablar de un edificio como ese.

—Frío, frío.

—Ya lo tengo. Es propiedad de una corporación transnacional que lo alquila para eventos especiales a los miembros de su consejo de dirección.

—Frío, frío.

—Un multimillonario que solo lo ocupa dos veces al año para montar saraos con otros multimillonarios del mundo entero.

—Frío, frío.

—Es una de las nuevas adquisiciones de la Universidad para diversificar sus inversiones en capital inmobiliario.

—Gélido.

—Me rindo.

—Tendrás que averiguarlo por ti mismo, querido.



La parcela en la cima de la colina en la que el cono se yergue como si fuera un cohete en vísperas de ser lanzado al espacio sideral está protegida por una barrera transparente de considerable altura y una ancha puerta de acceso vigilada por gente uniformada y armada que controla las entradas y las salidas de vehículos y pasajeros. Acabamos de atravesarla con el coche, tras identificarnos ante los guardias de seguridad, en busca de un lugar donde aparcar en la explanada de tierra que se sitúa al borde del cañón rocoso.

—No hay mucho sitio disponible. Todo el mundo ha llegado temprano esta noche.

—Tengo la sensación de haber vivido ya todo esto.

—Si fuera así, este sería un buen momento para besarnos, ¿no te parece, querido?

—Por qué no, si lo exige el guión.

Todavía dentro del deportivo de Mónica, me quito la chaqueta de piel y la camisa de algodón y me pongo la chupa de seda encima del torso desnudo, cierro la cremallera hasta arriba, estiro los cuellos marrones al máximo y ya siento la fuerza interior que se apodera de mis miembros. Es un signo enérgico de que la noche promete ser productiva.

—Estás guapísimo. Te queda de maravilla, querido. Ha sido un acierto.

Al bajar del coche, pongo cara de póquer de ases y me dejo querer a conciencia. Los papeles de la noche están repartidos. La estilizada mujer gato y el garboso conductor de alta velocidad.

—Tú tampoco estás nada mal, preciosa.

Observo con atención la estampa del cono desde más cerca y descubro en su proteica construcción un rasgo que no había podido intuir hasta ahora. Se compone de cuatro plantas visibles desde el exterior, y cada planta presenta una serie de cinco aberturas en forma de ojos de buey. Lo que da al edificio, con su angulosa inclinación a uno de los lados, un aspecto fantástico de transatlántico dispuesto en vertical, la proa erguida de un gran buque a punto de hundirse en las profundidades del océano. La parte más elevada, como en los faros marítimos, la ocupa una cabina de cristal desde la que se emiten las radiaciones luminosas que veíamos brillando desde abajo de las colinas.

—¿Qué se celebra hoy aquí, Mónica? ¿La luna negra del mes pasado? ¿El equinoccio de primavera? ¿El descubrimiento de una nueva galaxia en el universo? ¿La existencia de signos de vida inteligente en la Tierra?

—Todo eso y mucho más, querido.

Andando juntos por uno de los largos senderos que atraviesan el exuberante jardín de la entrada, intoxicados por las emanaciones de la flora nocturna y los árboles frutales (manzanos y cerezos) que nos rodean creando un escenario propicio a los excesos sentimentales, Mónica me coge la mano de pronto y me masajea con cariño la palma y los dedos para transmitirme una emoción real cuyo significado completo tardaré muchas horas en comprender.

—La ironía no te va a ayudar a encontrar a tu hijo con vida, querido. Confía en mí. No te queda otra.

—Y confío, querida, no sabes cuánto confío. ¿Si no por qué iba a estar aquí, haciendo cola como un gilipollas para entrar en esta discoteca galáctica solo para VIPS?

Sí, la realidad también sabe ser irónica cuando corresponde. Era un espectáculo divertido contemplar a toda esa gente importante, luciendo sus mejores galas de una fantasía bastante estereotipada, bajar de las imponentes limusinas que los han traído hasta aquí atravesando el rigor de la noche para ir a sumarse a la cola interminable que se forma al pie de las escalinatas con la intención de entrar, como hormigas en el hormiguero en llamas, por la puerta principal del cono magnético.

—Olvídate de los demás, por una vez. A todos los efectos, aquí estamos solos tú y yo. ¿No te basta con esto, querido? ¿Necesitas una declaración formal?

Cuando paso por debajo del dintel de colores cambiantes, empujado por la masa distinguida que se apresura por ingresar cuanto antes en el recinto abarrotado, apenas si me da tiempo a leer la inscripción gnóstica que lo adorna: «romper un mundo».

—¿He leído bien?

—No creo.

El tumulto se disipa en cuanto estamos dentro, como si el espacio de la enorme base del cono y los cimientos enterrados que sustentan el edificio absorbiera y dispersara a la multitud que acaba de ingresar en el club menos privado de la urbanización Palomar.

—¿No has visto nada extraño?

—Nada por el momento.

—Perfecto.

—Así es. Todo en orden, querido.

En el gigantesco vestíbulo, me entretengo mirando una serie de pantallas ubicuas con grupos de gente agolpada frente a ellas bailando al ritmo mimético de los animales marchosos que aparecen en todas ellas como animadores de la fiesta. Osos panda, ardillas, equidnas, pájaros tropicales, lémures y otras especies exóticas, protegidas o amenazadas, cuyos graciosos movimientos anatómicos la gente imita con todo el cuerpo, sincronizándose con la melodía endiablada de las canciones.

—Estamos dentro y ni siquiera hemos necesitado una contraseña.

—No cantes victoria, querido. En este tipo de sitios, lo más fácil es entrar.

El cono engaña a la vista del visitante tanto por fuera como por dentro. Desde el centro de la base, si uno se molesta en mirar hacia arriba, se cuentan al menos diez plantas distintas, con sus pasillos de comunicación y sus barandillas transparentes, donde es posible ver gente asomada contemplando el increíble bullicio de los pisos inferiores o un atisbo de las vistas celestiales. El resplandor de las luces que se derraman por las paredes blancas como una cascada cromática apenas si me permite distinguir una escalera que asciende hacia la cúspide desde la planta última del edificio.

—¿Crees que nos dejarán llegar hasta ahí?

—No es ahí adonde vamos. Tómate esto.

Una píldora azul brillando en la palma de la mano enguantada que le queda libre.

—¿Puedo conocer la posología del producto? ¿Dosificación exacta? ¿Porcentaje de componentes? ¿Posibles efectos secundarios a corto, medio y largo plazo?

—No preguntes nada, querido. Te la metes en la boca sin rechistar, esperas unos minutos que se diluya bajo la lengua y ya está. Tu mente explota y te conviertes en otro.

—Por desgracia, aún no se ha inventado un fármaco que le haga eso a mi mente.

—Este no lo has probado nunca. Te sorprenderá el efecto.

—¿Es obligatorio tomarlo?

—Protegerá tu cerebro. ¿No es tu bien máspreciado, querido?

—No me hagas reír.

—Tómalo, anda. No seas pejiquera.

No puedo negarle nada de lo que me pida a esta hermosa mujer que cuida de mí con tanto afecto desde que la conocí hace ya muchos meses, en otro contexto, y cuyo disfraz de dominatriz de atributos felinos reclama la atención de todo animal deseante, hombre o mujer, que se cruza con nosotros en los pasillos y salones que recorreremos como la pareja más atractiva de la fiesta, según la votación popular en curso.

—No reconozco a nadie. ¿Y tú?

—Sígueme, querido. Déjate llevar.

La mano diestra de Mónica se agarra a la mía con una firmeza materna que en este entorno encuentro enternecedora. No entiendo por qué he tardado tanto en volver a verla. Siempre me gustó esta mujer. Siempre tuve el deseo de interrogar sus fantasías sexuales y sus experiencias íntimas como he hecho tantas veces con otras mujeres mucho menos seductoras e inteligentes. Al final me reprimí. Quizá por miedo a Rojas. Quizá por hacer excesivo caso a las difamaciones del gran Freddy. Ahora pienso que me equivoqué. Era la gentil Mónica, sin duda, y no la inmadura Tania, lo veo ahora con claridad, quien debía haber ocupado la vacante temporal de Ariana.

—Espérame ahí dentro, vuelvo enseguida.

—No te olvides de mí.

El silencio me abruma nada más cruzar la puerta de la sala. Un pequeño reducto acondicionado para esperar órdenes superiores. Un salón de lectura para no lectores profesionales. Un butacón de madera, una mesita baja y un cenicero de pie para los que todavía persisten en desafiar al destino inhalando un humo venenoso.

Encima de la mesa, como distracción inmediata, un grueso libro encuadernado en negro, tapas de piel antigua.

No tardo ni cinco minutos en hacer el inventario completo de la silenciosa sala y, una vez sentado en la butaca para descansar las piernas, me precipito a ojear el enigmático contenido del libro.

Un mamotreto de centenares de hojas en blanco selladas al pie con un exlibris indescifrable.

—En ese libro está todo lo que usted quiere saber.

¿De dónde ha salido la voz de este hombre a quien no había visto al entrar?

—Hemos tardado mucho tiempo en aceptarlo, dominados por prejuicios estúpidos, pero los nazis tenían razón en casi todo. ¿No lo cree usted así?

Encima de mi cabeza, como en las bibliotecas de otra época menos iletrada, una escalera deslizante de madera y un hombre mayor asido a ella fingiendo estar a punto de caerse al suelo por un exceso de conocimientos inútiles.

—No se asuste. Llevaba aquí varias horas consultando las páginas del Libro Negro cuando una referencia vaga a la eugenesia me obligó a hacer una consulta urgente en una enciclopedia olvidada por casi todo el mundo. Cuando ya me disponía a bajar apareció usted y me entretuve observando sus movimientos, espero que no le importe.

Me pongo en pie de un brinco y me vuelvo para poder mirarlo mientras me habla desde lo alto de la escalera antes de emprender el descenso.

—En absoluto. No me ha sorprendido, creía estar solo, nada más. Sí me sorprende, sin embargo, que diga usted que estaba leyendo este libro. No veo que haya nada en él que se pueda leer. Al menos, no en el sentido convencional que le doy a ese verbo.

Es un anciano corpulento, de torso ancho y piernas largas, y tarda en contestarme el mismo tiempo que en colocarse frente a mí, caminando con movimientos pausados por el escenario de la sala.

—Me lo sé de memoria, así que no necesito leerlo letra a letra, palabra a palabra, frase a frase. Solo con mirar sus tapas ya me revela todos sus secretos. Comprendo, sin embargo, que usted no pueda leerlo. Para mí es distinto. Fui yo quien lo encontró y quien se lo regaló al dueño de esta casa hace ya bastantes años como muestra de respeto y admiración.

—No me imaginaba que una casa de estas características tuviera propietario.

—Hablando con rigor, no es su propietario. Digamos que es, de todos nosotros, quien más la usa y disfruta. Veo que no ha tenido aún la oportunidad de conocerlo. Es un hombre extraordinario. Uno de los grandes de este mundo.

—Me tranquiliza mucho saber que es un hombre. Por un momento, al escucharle hablar de él, pensé que era otra cosa.

—¿Otra cosa? Bueno, verás, se han vertido sobre él tantas calumnias que uno casi termina por darles crédito, contra su voluntad. Se ha ocupado de todas las cuantiosas reformas de la casa y debo reconocerle su buen gusto en

general, aunque haya detalles decorativos que me parezcan impropios de una residencia de esta clase. Que haya puesto este libro aquí, en una gran sala consagrada a él, me honra más de lo que debiera. A mi edad me conformo con eso.

—Entiendo. ¿Y qué hay en este libro?

—Mi historia. Se la contaré con una única condición.

—¿Cuál?

—No pregunte por mi nombre. No le conviene saberlo de momento. ¿Puedo sentarme? Me canso con preocupante facilidad últimamente...

Le cedo el sitio en la única butaca disponible del salón biblioteca y decido sentarme frente a él en el suelo a escuchar lo que tiene que contarme este anciano cuyo atuendo, ahora que lo examino con curiosidad desde tan cerca, no deja de sorprenderme. Lleva puesto una especie de mono blanco de felpa y unas zapatillas a juego.

El uniforme del lector uniforme de los nuevos tiempos.

—Nunca adivinará la razón de mi vestimenta peculiar. Para entender por qué me visto así y por qué el Libro Negro me habla sin palabras necesitaría haber estado usted en Irak conmigo en 2005. Han pasado muchos años y esa extraña guerra ha sido borrada de la memoria humana por razones que solo los que no participaron en ella podrían entender.

El viejo habla con una serenidad espiritual que infunde un sentimiento de sopor en el oyente. Pero ese sentimiento en lugar de conspirar contra el nivel de atención con que se le escucha lo incrementa, o lo vuelve tan agudo como sea necesario. No descarto que se trate de uno de los efectos secundarios de la pastilla azul de Mónica en mi debilitado sistema nervioso.

—¿Ha visto usted alguno de los cinco pavos reales de cristal que están repartidos por la casa?

—No, apenas si he tenido tiempo de visitarla. Estaba esperando a una amiga para poder hacerlo en buena compañía, aunque creo que se retrasa.

Cierra los ojos y comienza a hablar como si lo hiciera de memoria, recitando un texto escrito por él mismo o por otro a indicación suya, una fábula que ha leído o recitado infinitas veces, modificando apenas algunas palabras para ajustarla a los gustos o expectativas del oyente.

—Toda mi vida cambió aquella noche de septiembre de 2005 en que participé como capitán en una expedición militar de castigo en las montañas al

norte de Bagdad, cerca de la frontera kurda. Creíamos estar combatiendo como ingenuos contra yihadistas fanáticos y caímos en una emboscada bien planificada del Maligno. No le daré el nombre exacto del emplazamiento para proteger su vida de amenazas innecesarias, pero, tras una noche de duros combates en que creímos que acabaríamos con la resistencia de la zona, mi escuadrón fue diezmado por una fuerza bestial que actuaba bajo la capa de la noche y no era detectable por nuestros visores infrarrojos. Sobrevivimos tres miembros del comando, el capitán, que era yo, un sargento y un soldado raso, aprovechamos el amanecer para huir del villorrio destruido, con toda su gente aniquilada, hombres, mujeres y niños, y nos encontramos atrapados en un árido valle lleno de conos blancos de enorme altura. Eran las fortalezas de un dios innombrable que nos juzgaba y condenaba por nuestros crímenes contra aquella población inocente. Mis dos compañeros desaparecieron en medio de una tormenta de arena y yo me encontré por azar dentro de uno de esos conos mágicos atendido por un grupo de mujeres ancianas que me desnudaron de mis viejos atavíos, me dieron a beber un agua amarga y me lavaron antes de entregarme en sacrificio a ese dios prehistórico, sediento de sangre y hambriento de vísceras, cuyo emblema era el pavo real de cola irisada. Yo estaba muerto sobre una fría losa de mármol. Los cuchillos de las mujeres habían derramado mi sangre en vasijas de oro y despedazado mi cuerpo y yo seguía ahí viendo el pavo real. Y su luz me cegaba como si fuera una revelación de ultratumba. Aquel lugar, por su arquitectura depravada y sus servicios rituales, era para sus fieles un sanatorio y un templo, un mausoleo y un laboratorio, todo en uno, al servicio de la vida y de la muerte. La nueva vida que adviene tras la muerte. La inmortalidad. Cuando volví a la vida en aquel santuario para infieles, la fuerza oscura había entrado en mi mente y en mi cuerpo, por todos sus orificios, y me hablaba de dioses a los que nunca había oído nombrar y sobre los que nunca había leído una línea en ninguna lengua. Antes de mi aventura yo era un católico ferviente, imagínese la sorpresa con que asumí la nueva identidad y la nueva creencia que me habían otorgado aquellas mujeres santas. En el hospital militar, tras ser rescatado por otro escuadrón de castigo, hallé entre mis pertenencias una bolsa repleta de un polvo que no era arena del desierto aunque se le parecía en la consistencia, la sequedad y el color. Comerciendo con ese polvo prodigioso que hace viajar al cerebro a los orígenes del universo para dialogar con los dioses que lo crearon y contando con la inmensa fortuna del innombrable benefactor,

construimos esta casa y muchas otras similares en todos los países del mundo, santuarios en honor a la deidad terrible que habita en ella desde entonces, Iblis...

La bella Mónica está parada en la puerta, como una estatua de un rito divino cuyas reglas están aún por crear, atónita ante lo que acaba de escuchar, y no se atreve a mirarme a la cara cuando se acerca para comprobar que el viejo militar mantiene los ojos cerrados una vez que ha concluido su enrevesada historia.

—La primera fantasía consiste en creer que la muerte no existe. La segunda en creer que no se puede vencer a la muerte...

Tengo demasiadas preguntas importantes que hacerle al viejo general y poco tiempo disponible, así que me resigno a ponerme en pie y despedirme con prisa, como Mónica me indica con gesto despectivo.

—Llévese el libro, por favor. El Libro Negro. Considérelo mi contribución a la causa de la humanidad. Todo está en él, ya se lo he dicho, todo lo que quiera o no quiera saber, no hay grandes diferencias para una inteligencia superior. Lo va a necesitar para sobrevivir cuando vuelva a la realidad. Si no me cree, pregúntele a ella. Lo sabe todo sobre todo.

La imperativa mano de Mónica me rescata de la charlatanería mística del militar retirado y, antes de devolverme al mundo de quienes solo aspiran a disfrutar de los placeres de la vida prosaica, Mónica me besa en la boca, un beso cariñoso en los labios, no un beso lascivo, un signo de amor desinteresado entre personas que se aprecian y respetan, solo para anunciarme después, en tono solemne:

—El doctor Drax quiere verte. Tiene algo que comunicarte sobre tu hijo.

—¿El doctor Drax?

En ese momento, una agitación frenética se apodera de la multitud que colma la base del cono inclinado. Las escaleras y las barandillas desbordan de gente que sale bailando de las habitaciones de cada una de las diez plantas como una manada en estampida. Están anunciando por todos los altavoces la coronación inminente de la gran reina de la fiesta.

Una mujer negra, desnuda, con las manos atadas a la espalda y con el pelo desmelenado al estilo afro, es conducida por tres sicarios vestidos como mafiosos de película al centro de la planta baja, subida a un taburete a la fuerza y ahorcada sin más explicaciones.



—Es un simulacro folclórico. No te lo tomes tan en serio, querido. Solo están celebrando la muerte y la resurrección de una deidad matriarcal primitiva en el Tiempo de las Máquinas.

El inmenso espacio del cono se llena entonces con el clamor multitudinario de las bocas que pronuncian a pleno pulmón el nombre de la nueva diosa de la noche. Las pantallas ennegrecen por un instante, se apagan todas las luces excepto algunos focos orientados hacia el lugar del martirio, las figuras de los espectadores se eclipsan en las sombras y la multitud proclama en voz cada vez más alta:

—¡¡¡ABRAXAS!!! ¡¡¡ABRAXAS!!! ¡¡¡ABRAXAS!!!

La Venus africana de anatomía exuberante, tetas poderosas, coño peludo, muslazos lubricados de ungüentos afrodisiacos, libera sus grandes manos y pies, desata el lazo que estrangula su cuello y alza los brazos y la cabeza al cielo para recibir la copiosa lluvia de sangre que cae sobre ella anegando su piel y desfigurando su rostro hasta transformarlo en una máscara inhumana.

—¡¡¡ABRAXAS!!! ¡¡¡ABRAXAS!!! ¡¡¡ABRAXAS!!!

La locura se apodera entonces de los cuerpos y arrebatada las mentes de muchos de los partícipes en el ruidoso ritual y comienzan a desnudarse y a abrazarse unos a otros hasta constituir una trepidante masa de cuerpos indiferenciados que se aproxima con celeridad a la diosa nocturna con intención de asumirla como uno más entre sus miembros lujuriosos.

—Me fascina el mundo de los falsos profetas y las falsas sacerdotisas. No lo puedo evitar. En su tremenda ingenuidad hay algo iluminador...

—No quiero interrumpirte, querido, pero nos están esperando arriba. Ya verás en otra ocasión el final del espectáculo turístico. Se repite todas las semanas, el mismo día a la misma hora, si no estoy equivocada. Hoy no tenemos mucho más tiempo que perder.

—¡¡¡ABRAXAS!!! ¡¡¡ABRAXAS!!! ¡¡¡ABRAXAS!!!

Por primera vez, en una especie de altar improvisado en el hueco de una de las paredes, diviso un pavo real de vidrio y de metal. Los innumerables ojos implantados en el abanico multicolor de su cola emiten una luz blanca cegadora. Esa luz omnisciente me descubre de repente los cubículos forrados de terciopelo negro que ocupan el perímetro circular de la sala superior y donde distingo niños y niñas encerrados en compañía de adultos de sexo masculino.

—No te distraigas, querido.

Con una sabiduría aprendida entrando y saliendo de numerosos despachos universitarios, Mónica me guía más allá de la perplejidad y el desconcierto en que me encuentro sumido, subimos plantas y más plantas, explorando las intimidades más recónditas del edificio, apartando cuerpos entrelazados o amontonados, hasta llegar a una vasta sala redonda donde hay un personaje muy importante esperándonos con gran interés e impaciencia.

—Me alegra mucho que haya conocido al bueno de Gregorio. Al general Mendoza, quiero decir. Así no necesito ponerlo en antecedentes. Es una desgracia vivir toda la vida atrapado en el bucle de una experiencia irrepetible. Y más si la experiencia es en gran parte imaginaria, ¿no le parece?

El doctor Drax es ese hombre misterioso que me habla ahora con una voz grave que reconozco enseguida, hablé por teléfono con ella una noche de hace muchos meses. El doctor Drax se sienta en una silla papal, porta una máscara expresiva de demonio chino milenario y está custodiado por una legión de niños de ojos azules con los que se comunica cada poco por señas incomprensibles para el hombre no iniciado en sus misterios pueriles.

—Los niños son el futuro. Todo el mundo repite este lugar común desde hace siglos y nadie se da cuenta de lo que en realidad quiere decir. ¿Se ha preguntado usted por su sentido verdadero alguna vez en su vida?

La sala abovedada en la que nos encontramos tiene una acústica extraña. La cúpula abstracta que corona el espacio de la misma nos devuelve las frases amplificadas, como si alguno de sus oyentes más sibilinos le añadiera comentarios inoportunos. Psicofonías insidiosas, vagidos remotos o ecos distorsionados que me recuerdan mis primeros contactos con Madre.

—No es fácil satisfacer una demanda como la suya, no crea. Los niños especiales como el que usted busca están reservados para otros fines. No pueden permanecer mucho tiempo al servicio de intereses de bajo nivel. La carnalidad y la espiritualidad de niños como estos que me acompañan son un bien muy apreciado en ciertos círculos. No se pueden malgastar en satisfacer pasiones vulgares.

—Yo solo quiero recuperar a mi hijo. No he venido a nada más. No me importa a lo que se dediquen usted y sus seguidores.

—Eso lo dicen todos antes de descubrir nuevos sentidos a la palabra filiación. Un nuevo sentido a la palabra padre y un nuevo sentido a la palabra

hijo. Un sentido espiritual, desde luego, pero también carnal. Sin necesidad de sacrificios sangrientos ni actos obscenos. ¿Se atreve usted a negar la comunión de la carne y el espíritu? No creo que un hombre como usted, con sus antecedentes, se atreva a negar la importancia de la relación íntima entre la mente y el cuerpo. Hasta ahora, como quien dice, no hemos podido establecer una comunicación con la mente del niño sin pasar por su cuerpo, comunicar ambas dimensiones de otro modo menos impuro.

Los ojos azules de los niños comienzan a iluminarse desde dentro. Colgando de una cadena del centro de la cúpula, como una lámpara vistosa, aparece un pavo real idéntico al que había visto en la planta baja alumbrando con sus miles de destellos ambiguos la resurrección de la diosa pagana.

—Mírelos bien, pero no se le ocurra tocarlos. La ciencia de nuestro tiempo ha resuelto el viejo problema de la teología medieval. Para conocer los misterios de la carne nos basta con establecer una conexión duradera con la mente. Se acabaron las condenas y los escándalos por desear el fruto prohibido escondido tras la apariencia engañosa. La infancia, en toda su pureza integral, es nuestro don divino. Nuestro supremo bien. Puesto al alcance de nuestro intelecto sin pecado ni culpabilidad.

Impulsada por su inteligencia práctica, Mónica decide intervenir en la escena para poner fin al monólogo del carismático personaje con el culo aposentado en el sitial vaticano.

—Estos niños son todos superdotados. No los desprecie como hacen sus congéneres de menor rango. Representan el futuro. Un futuro, todo sea dicho, en el que usted y yo no tendremos sitio visible.

Sin decir una palabra, Mónica se separa de mí, se acerca al inquilino más antiguo de la casa, los niños inquietos la rodean para proteger al maestro de cualquier riesgo, ella los tranquiliza con un gesto de paz, se baja la cremallera del traje de gata en celo y le muestra su pecho al desnudo.

—Ha hecho bien en no caer en las turbias maquinaciones del general Mendoza. Pobre Gregorio, en qué guerras espurias anda siempre metido para nuestra desgracia. Es su karma, como el de tantos hombres de poder como él, y no puede evitar desvivirse en ejercer la crueldad con la excusa de que la maldad de los adversarios nos amenaza en permanencia. No hay peor ciego que el que no sabe que lo es y, por si fuera poco, se empeña por todos los medios en hacer ver a los otros lo que no puede ver de ningún modo.

Contemplo la escena desde atrás, una mala perspectiva para ver qué le muestra realmente (imagino que no serán solo sus preciosos pechos, sino algún signo indeleble grabado en ellos como mensaje de advertencia), pero sí puedo observar el impacto del generoso gesto de Mónica en la mímica del demoníaco doctor Drax y de sus acólitos angelicales.

—Hubiera sido un acto peligroso presentar el Libro Negro ante mis hijos espirituales. Es un volumen abominable y obsceno. Una gratuidad malvada del poderoso usurpador que controla la explotación de este bajo mundo desde sus orígenes. Tampoco usted lo necesita para nada, créame. Cualquiera de estos niños sagrados posee en sus órbitas de luz mucha más información de la que cualquier biblioteca del mundo ha contenido nunca en la historia. Si quiere encerrarse con alguno de ellos en uno de esos negros cubículos, a fin de comprobarlo, dígamelo enseguida y sus deseos de conocimiento serán satisfechos de inmediato. No se lo aconsejo, sin embargo. Las secuelas mentales podrían ser terribles para un hombre de su carácter y frágil disposición de ánimo.

Mónica cubre ahora su cuerpo con discreción y vuelve hacia mí mostrándose decepcionada. Como si los designios de sus actos hubieran tropezado con un obstáculo inesperado.

—Ya se lo he dicho antes. Quiero saber dónde está mi hijo. Solo eso.

—Puedo contarle cosas sobre su hijo que un padre nunca querría escuchar en boca de otro hombre. Usted no lo es, en el sentido biológico al menos, pero tampoco querría oírlas. Es mejor así. Ya imaginará que en eso los teólogos del nuevo culto somos inflexibles. La carne mortal no une más que el espíritu, eso ha sido probado ya hasta el hartazgo y es dogma incuestionable para todos nosotros. Y el espíritu, hágase a la idea, el espíritu inmortal es lo único que queda de su hijo.

Los refulgentes ojos de los niños hermafroditas que rodean al propietario de este templo consagrado a la pedofilia esotérica han aumentado la intensidad de la radiación tras las últimas palabras sacramentales del gran maestro de la secta.

—¿Necesito hablar más claro?

—¿Dónde está?

—Aquí no, desde luego.

—¿Estuvo alguna vez?

—Sí, por supuesto, fue iniciado en el culto, como todos mis hijos desde el principio, mantuvo contactos espirituales al más alto nivel, pasó por experiencias trascendentes y luego volvió a la normalidad. Es la vía habitual en estos casos.

—¿Quién lo ha matado?

—Nadie importante. Comprenda que los seres humanos no pueden tolerar mucho tiempo la superioridad del otro. Su hijo pertenecía a una casta de transición. No era el eslabón final, por desgracia para él. Ni siquiera estos niños lo son. Es pronto para determinarlo con seguridad. Pero cuando llegue el momento la forma niño habrá alcanzado la inocencia y la inmortalidad definitivas. La humanidad habrá puesto fin al estado adulto de corrupción y vileza. El niño eterno, como anunció el Cuarto Evangelio, reinará sobre la Tierra y nadie se opondrá ya al poder y la pureza de su corazón. Esa es la promesa del tiempo venidero.

—¿Quién lo ha matado? Necesito saberlo.

—No lo sabemos con seguridad. Podríamos dar nombres particulares o señalar instituciones concretas, pero preferimos no interferir demasiado en el orden del mundo. Desde el principio, la neutralidad es el color de nuestra bandera, pese a todas nuestras alianzas y compromisos con los poderes temporales. Compréndalo, el exceso de visibilidad siempre nos ha perjudicado. Dese por contento con lo que sabe.

—¿Podré ver a mi hijo una última vez?

—Desde luego. Creo que no tardará mucho en aparecer. La policía está retrasando la investigación por razones de imagen pública, como siempre. Pero no podrán ocultarlo por más tiempo. Se lo garantizo.

—¿Era necesario que muriera?

—La muerte de un niño es siempre un misterio y cuando la violencia participa en esa muerte el misterio se disipa como la niebla al amanecer y solo queda la desnudez del horror. Siento mucho su pérdida, de verdad. Y ahora, si me disculpa, mis hijos me esperan para jugar a un ingenioso juego que han inventado para matar el tiempo durante la larga noche. Son insomnes. Es el precio de la lucidez total.

Nos expulsan del lugar. Me siento devastado por la información obtenida sobre mi hijo y nos echan de la audiencia del magnate mandarín sin más explicaciones.

—No todos moriremos, pero todos seremos transformados.

Los rayos azules que brotan de los ojos de los niños acaban envolviendo a su santidad diabólica en un halo celestial que encubre, como la máscara grotesca con que impide la visión del rostro humano, todos los vicios y pecados del mundo.

Mónica me aprieta la mano de nuevo con cariño y me invita a acompañarla.

—No tengas miedo, querido. Ven conmigo.

Adiós, doctor Drax.

Elástica y felina, Mónica nos abre paso entre los invitados, ahora más serenos y distendidos, sabe adónde va y solo me pide que confíe en ella otra vez. Cuando tropiezo con un doble que lleva la misma chupa de seda que yo y los mismos vaqueros lavados y las mismas zapatillas deportivas, piel negra y suela blanca, no pienso en espejos serviles ni en los oscuros mecanismos de la reproducción humana, pienso en una trampa cuidadosamente preparada en la que ya no me importa caer.

Ahora sé que mi hijo ha muerto, nada puede preocuparme ya.

El dolor me hace invulnerable a otros sentimientos.

Fracaso cada vez que intento ceder al llanto.

Llorar me está prohibido.

Mónica se para frente a una puerta estrecha y pequeña y me avisa.

—Cuidado al entrar, no te golpees en la cabeza.

El escozor de la quemadura en la frente se ha intensificado desde que comenzó la entrevista con el pontífice oriental y el color rojizo no engaña a la mirada de Mónica por baja que sea la iluminación del ambiente.

—Al fin solos, querido.

Una luminotecnia de funeral, hileras de cortinas rojas y cortinas negras, como un laberinto de telas por el que Mónica me arrastra hasta llegar a una estancia central donde nos aguarda un catafalco cubierto con pieles sintéticas de animales protegidos por leyes mundiales.

Mónica se desnuda con lentitud ceremoniosa y mientras lo hace mi memoria se reactiva. Recupero fragmentos inconexos de la confusa noche en la habitación del Hotel Bond tras la tóxica cena con los profesores del departamento.

—No tienes que hacer nada. Yo lo haré todo.

Ya he oído eso antes. De la noche a la mañana, sin saber por qué, me he convertido en un fetiche seminal, un donante de esperma ansiado por mujeres mucho más jóvenes. Perder un hijo proporciona estas irónicas satisfacciones. Por qué darle tanta importancia a la pérdida cuando la reposición por medios naturales es tan simple, tan agradable, tan placentera. El más antiguo de los actos atávicos de la humanidad. Pasarán siglos y siglos y la posesión carnal de otro cuerpo y la fricción de los genitales seguirán siendo para los humanos de ambos sexos un motivo de goce inconmensurable.

—¿Te gusto, querido?

—¿A mí me lo preguntas?

Mónica es una profesional consumada, con luz o sin luz. Pese a sus escasos treinta años, no ha perdido el tiempo y se ha instruido bien y domina todas las posiciones y las técnicas eróticas que hacen feliz al hombre en la cama y quizá también a la mujer, y cuando termina su brillante tarea, sin darme tiempo a reponerme, vuelve a comenzar, como si la grosera mecánica del amor la arrastrara como un caudal incontenible más allá de sus fines prescritos.

—Esto no te lo esperabas, ¿a que no?

Es verdad. Las extravagantes metamorfosis de Mónica durante el acto sexual son un fenómeno digno de elogio. Cuando alcanza la fase climática del juego, el límite máximo de sus habilidades amatorias, Mónica comienza a transformarse y a pasar por todos los estados de cuerpo y todos los cuerpos que uno pueda imaginar o desear. Pierde el nombre propio que la identifica y su cuerpo se transfigura en avatares insólitos que sin dejar de ser ella misma son también otros: mujeres y transexuales, hombres y animales, mujeres y niñas, hermafroditas y niños, objetos innombrables y criaturas repulsivas.

El *sex-appeal* de lo orgánico y lo inorgánico envasado en un solo producto de lujo, belleza y voluptuosidad sin igual.

Este es el cuerpo desnudo de Mónica Levy.

—Querido, ¿quieres saber cuántas vidas he vivido antes de ser lo que soy?

—No, no me interesa. Quiero saber quién eres. Qué quieres. Por qué estamos aquí.

—Eso nunca lo sabrás, querido.

—Qué pena.

—Tengo frío, ¿tú no?

De debajo de su cuerpo desnudo, Mónica extrae un fastuoso abrigo de piel sintética, de color turquesa y con una capucha de seda negra colgando a la espalda, y se lo echa por encima con gracia y elegancia de modelo profesional, como una dominatriz sadomasoquista al concluir la humillación ritual del último cliente del día, mientras se pone en pie para saludar al numeroso público que asiste al final de la representación y aplaude con entusiasmo su memorable actuación desde los anfiteatros y graderíos que han aparecido ante mis ojos incrédulos en cuanto se ha hecho la luz en la habitación.

—Ha sido todo un éxito, querido.

—No me digas.

—Hemos triunfado.

—Ya te vale.

Experimento un malestar súbito.

Los síntomas son evidentes: demasiado esfuerzo pasivo, emociones encontradas, atrofia mental.

Madre acude a rescatar mi dignidad a destiempo y pierdo el conocimiento.



## DÍA 28

Cuando despierto envuelto en otro lustroso abrigo de pieles, un original diseño de piel sintética de erizo autóctono con un mecanismo manual de púas abatibles a voluntad, me duele la cabeza de un modo atroz.

Mónica ha desaparecido sin dejar rastro, como suelen hacer tarde o temprano todas las mujeres que se acuestan conmigo. Me he convertido en un fetiche erótico de usar y tirar.

Pienso por un momento que este es el único medio que han encontrado para extraerme el neurochip del cráneo, del mismo modo que la primera noche en el hotel con Mónica fue la forma idónea de implantármelo. Y luego me doy cuenta de que no. Me duele tanto porque lo tengo aún incrustado en alguna parte operativa del cerebro, funcionando a pleno rendimiento, y porque lo que estoy viviendo con inusual intensidad se está registrando ahí con un fin que ni siquiera tienen claro los que me lo instalaron.

Madre tampoco les permitiría que me lo extirparan.

El chip neurotransmisor es nuestro cordón umbilical. Sin él nuestra relación se fundaría en el silencio y los malentendidos, como todas las demás relaciones humanas, por cierto.

Me han dejado solo y abandonado en el escenario. Los anfiteatros y los graderíos han desaparecido también junto con todo lo demás que daba sentido a la escena de mi expolio sexual. No sé cuánto tiempo ha pasado desde entonces. Recojo mis ropas esparcidas por los aledaños del catafalco, la chupa de seda, los vaqueros arrugados, las zapatillas de piel negra, y me visto con calma. Miro el reloj del móvil. Las cinco de la mañana. Según mis cálculos, me he pasado durmiendo más de veinticuatro horas.

—No haga caso del cronómetro. Siempre miente. Aquí en la logia no rige

el mismo cómputo que ahí afuera.

Gregorio Mendoza, el veterano de todas las guerras de la humanidad, con el Libro Negro de la vida sostenido en una mano y un bastón metálico de mariscal jubilado en la otra.

—Se le olvidaba llevarse esto y he venido a traérselo.

—¿Podemos salir de aquí?

—Claro que sí. Venga conmigo.

Lo acompaño de regreso por el laberinto de cortinas disuasorias. Largos telones rojos y negros oponiendo una resistencia de terciopelo rancio al paso de los visitantes y la mirada de los curiosos.

—¿Para qué sirve todo esto?

—Si le digo la verdad, su única función es engañar a los tontos. Teatro, cine, televisión. La gente quiere ser engañada. Prefiere vivir así. Con la mente llena de ilusiones, espejismos, fantasías. Para qué engañarnos sobre esto. Siempre ha sido así y siempre lo será, por los siglos de los siglos, amén. ¿Quiere que le mienta? ¿Que le diga que hay grandes poderes terrenales moviendo los hilos del mundo y manipulando la realidad para confundir al pueblo?

—No hace falta. Ya me autoengaño bastante sin necesidad de ayuda exterior.

—No se menosprecie. Es usted valioso. Ya se habrá dado cuenta.

—Valioso pero sin precio. El melodrama de mi vida adulta.

Al salir por la puerta estrecha por donde entré en compañía de Mónica hace mucho tiempo, tengo que ayudar al general septuagenario a agacharse y pasar al otro lado sin dañarse las piernas y la cabeza.

—Cómo envidio su juventud. He visto una parte del espectáculo que ha organizado con la guapa chica. Muy instructivo. Hubiera corregido algunos detalles desagradables en momentos puntuales, pero ha sido una estupenda exhibición por parte de ambos. Le felicito. Lo hemos grabado todo, por cierto. Para los registros audiovisuales de la Hermandad. Reservado para uso interno de sus miembros. Le enviarán una copia remasterizada a casa si así lo desea, aunque a su mujer no creo que le agrade mucho, ¿verdad?

—Le puedo asegurar que el adulterio no es el principal problema de nuestras vidas.

—Ya sé, ya sé. Me informaron sobre lo de su hijo mayor. Es lamentable que aún ocurran hechos así en nuestra comunidad. La crueldad humana es una de las cosas que menos tolero, con todo lo que he visto es natural. Aunque a menudo sea la única solución, no lo niego. El recurso a la violencia, el ejercicio sistemático de la misma, cuando no queda otro remedio. Lo he visto en la guerra y en la paz. Sin el uso de las armas, hasta que no cambien las cosas en el mundo, el orden vigente sería insostenible. Las leyes, papel mojado. La justicia, una ilusión ética.

Hemos caminado uno junto al otro a un ritmo pausado hasta llegar a uno de los ascensores transparentes que se propulsan automáticamente por el eje del cono para llegar a la cúspide cristalina.

—Quiero enseñarle algo que no se volverá a ver en cien años por lo menos.

—¿Un fenómeno celeste?

—Algo mucho menos frecuente. Y mucho más bello.

—¿Ondas gravitacionales y radiación estelar?

—No se precipite. No es tan simple.

Ascendemos a velocidad de vértigo y apenas si tengo tiempo de ver a gente saliendo y entrando de habitaciones en las plantas superiores antes de que accedamos a la antesala que establece la diferencia entre niveles construidos. El ascensor se detiene entonces sin brusquedad y se abren las puertas que anuncian la llegada a la terraza más elevada del edificio en que llevo atrapado demasiado tiempo.

Mi salud mental vuelve a resentirse.

—¿Se ha quedado usted sin palabras?

El viejo Mendoza es un artista de las situaciones y ha sabido traerme a donde mi deseo hubiera querido acudir mucho antes. Pero Mendoza ha sabido hacerlo con puntualidad. Lo que estoy empezando a ver no se ofrece siempre, ni tiene un horario previsto como los trenes, los aviones o los parques de atracciones.

—Aquí lo tiene. Desplegándose ante usted. El gran enigma del tiempo. El futuro. ¿Qué le parece?

Decepcionante no sería la palabra exacta. Terrorífico tampoco.

—Acérquese, hombre. No tenga miedo. Esto es un viaje en el tiempo sin

moverse de sitio, por supuesto, ni tampoco abandonar el tiempo de uno. ¿No es maravilloso?

Al principio con prevención y respeto, luego ya con curiosidad insaciable, recorro los treinta pasos que me separan de la barandilla de la amplia terraza interior para asomarme sin miedo y poder contemplar las vistas en toda su magnitud y esplendor.

—¿Ha escuchado alguna vez un silencio similar?

Si hago caso al viejo general, esto es el futuro. El futuro no es un mundo sino una suma de mundos superpuestos, ocupando el mismo espacio, disputándose el tiempo, todos sincronizados, con ritmos rituales. Movimientos armónicos reproduciéndose al infinito en cada uno de ellos como mareas de plasma.

—¿Qué es lo que ve?

—No sabría por dónde empezar.

Por pudor, Gregorio se había quedado a mi espalda, en un primer momento, y ahora reaparece para ponerse a mi lado y echarme el brazo por encima del hombro, con el mismo gesto de orgullo y confianza con que el dueño de una extensa propiedad se la muestra a un visitante interesado en adquirirla a pesar del alto precio estipulado.

—Tenga en cuenta que nada de lo que está viendo ha ocurrido todavía. Nada de lo que le ofrece su visión acontece en el tiempo de los relojes que dictan el curso infalible de nuestros días y nuestras noches.

—Hasta ahí lo entiendo sin esfuerzo.

—Hemos tardado demasiado tiempo quizá en conseguirlo y gastado mucho dinero en vano hasta que tuvimos en nuestras manos el microprocesador de taquiones que nos abría de par en par las puertas del futuro. Es como una lentilla invisible, cuyo espesor se mide en fracciones insignificantes, así se muestra la minúscula pieza cuando el ojo humano la observa en la placa del microscopio sin dar crédito a su capacidad de síntesis.

Entendí entonces, escuchando con atención las explicaciones del general Mendoza, cuál era el mayor misterio de la arquitectura del cono. El vértice de la estructura no servía para emitir rayos luminosos en todas direcciones, difundiendo una imagen ubicua de poder tecnológico, como había creído al principio, contemplándolo a distancia. Era al contrario. La cúspide del edificio, situada justo encima de donde nos encontrábamos, contenía una gran

antena receptora de las señales infinitesimales del porvenir. Las captaba en su integridad y se las transmitía a un poderoso computador que las procesaba en tiempo real produciendo con esa información un simulacro gigantesco, una réplica exacta del futuro imaginario como el que estaba viendo desde la barandilla de la terraza interior. Un cronopaisaje que variaba en fracciones de segundo conforme lo hacían las señales recibidas.

—Piense por un momento. Concéntrese un poco y lo verá con nitidez. No es una idea del futuro. No es un plan programado del futuro. Es el futuro. El futuro real. El futuro que habrá de advenir sin falta. ¿Qué ve en el futuro?

Lo sabía, vaya si lo sabía, desde el primer vistazo, pero me negaba a decírselo como me pedía con extraña insistencia. Por rebeldía o por indiferencia. Me hubiera delatado demasiado pronto.

—Desde luego no veo a mi hijo por ninguna parte.

—Déjese de tonterías, por favor. Dígame de una vez qué es lo que ve.

Lo veía tan pletórico y ufano ante el mecanismo cronológico del que se atribuía la autoría, como un presuntuoso fabricante de juguetes de la vieja escuela, que me resistía a darle la razón reconociéndole el logro de su creación.

—No estoy muy seguro. Los efectos digitales los encuentro espectaculares, desde luego, pero un poco aparatosos, ¿no le parece? Demasiadas transparencias, demasiados circuitos y microchips en primer plano, demasiadas astronaves y demasiadas construcciones de cristal líquido por todas partes. Demasiada perfección, en suma, demasiada armonía, demasiada inteligencia, si quiere que le diga la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Todo es demasiado perfecto para resultar convincente.

—Me decepciona usted. ¿No estará disimulando?

—No es el primero de la lista, se lo aseguro. En los últimos días he decepcionado a mucha gente inteligente, incluyéndome a mí mismo.

—Todos los genios lo hacen al principio, cuando nadie los entiende, se culpan por ver las cosas de un modo distinto a los demás, por hacerlas de manera que nadie pueda verles el sentido. Nada nuevo, por otra parte.

—Sí, pero yo no soy uno de ellos. No pertenezco al selecto club de los elegidos. Se equivoca de hombre si me ha tomado por tal.

Claro que lo sabía, no era tan tonto como parecía, pero quería salir vivo de allí. Tuve la intuición fulminante de que en el mismo instante en que le

comunicara a Mendoza una descripción acertada de lo que estaba viendo, sin titubear, el artero militar retirado me empujaría sin contemplaciones al otro lado de la barandilla de protección, propiciando un encuentro directo con el vacío del tiempo por venir que él sin duda habría considerado un experimento significativo antes de que mi cuerpo se estrellara contra el suelo, decenas de metros más abajo.

—No se haga el modesto, ande. ¿No reconoce las formas, las texturas, las conexiones, los circuitos?

Todo lo que estaba viendo ante mí, proyectado a una escala real, era un cerebro descomunal. Ni más ni menos. Eso era el futuro cristalizado en toda su pureza teórica. Eso era lo que veía entonces con unos ojos humanos que no lo verán nunca realizado.

—¿La utopía?

Un cerebro desnudo. Un cerebro puesto en escena con todas sus funciones externalizadas, como en un diagrama colosal. Ahora lo comprendía. El cerebro se las había arreglado durante milenios para alcanzar, usando la tecnología como medio de hacerse con el control de la situación, ese punto límite en que el mundo y la mente se fusionaran en un ente despótico regido por la misma voluntad de monopolizar la gestión de la realidad. El futuro era el tiempo en que el cerebro habría usurpado el lugar del mundo, sometiendo a este al imperio sistemático de sus categorías y caprichos, imponiéndole como programa la fluidez de sus circuitos neuronales, la arbitrariedad de sus conexiones sinápticas, la violencia del intercambio incontrolable de información, la flexibilidad bioquímica de sus acciones, la pulsión lógica de sus redes, maximizando su rendimiento hasta producir un estado de cosas puramente artificial. Un orden totalitario de racionalidad infinita.

—¿Un mundo infeliz?

Un cerebro supereficiente, sí, pero no el cerebro de un ser humano superdotado, no el cerebro privilegiado de un ser único como mi pobre hijo Aníbal, con todos sus errores e imperfecciones, sufrimientos y culpas. El cerebro hiperactivo de una máquina superinteligente, el cerebro de una inteligencia artificial que gobernaría el mundo con la colaboración de otras máquinas análogas para transformarlo en un mundo cibernético concebido a su imagen y semejanza inhumana.

—Es usted un majadero. Si le soy sincero, no me lo esperaba. Me habían

hablado maravillas de su intelecto. Tendré que repensarme mi relación con la persona que le recomendó tan encarecidamente.

—No sea duro con ella, ¿quiere? Ha hecho bien su trabajo. Todo lo bien que podía hacerlo, naturalmente.

—Imbécil. Es usted un completo imbécil y no pienso dedicarle un minuto más de mi valioso tiempo. ¡Guardias!

Lo mejor del pasado es que siempre podemos contar con instrumentos tradicionales que nos proporcionan seguridad cuando todo lo demás falla de manera estrepitosa. Las fuerzas del orden para deshacernos de los seres inútiles y preservar la precaria estabilidad del mundo. En el futuro no hará falta, ya lo he visto plasmado en el simulacro futurista propiedad del viejo general. En el futuro que esta gente fanática está trayendo al presente por medios clandestinos no se permitirá la existencia de nada inútil o inservible. Ni personas ni animales ni cosas. Todos cumplirán con su cometido, asignado con perfección y exactitud racional. Yo no estaré aquí para verlo. El renqueante Mendoza tampoco. Triste consuelo.

—Queda usted detenido por allanamiento de morada, robo con efracción y acoso sexual y violación de una mujer.

—¿Robo?

—Sí, ¿no se lo había dicho? Uno de los valiosos pavos reales de la colección del gran señor de estos lares ha desaparecido y el principal sospechoso, cómo no, es usted.

El viejo general Gregorio Mendoza, sonriente como un colegial travieso, se está vengando en mí de muchas cosas inconfesables. Algunas tienen que ver con la inteligencia, desde luego, la que me he ahorrado de mostrarle en mi análisis del futuro para que no me diera el bastonazo mortal con que los maestros suelen festejar el talento incipiente de los discípulos. Otras con el sexo, como es natural. No se protagonizan impunemente ciertos espectáculos libidinosos sin poner en cuestión la virilidad y la potencia del espectador que asiste a ellos solo para divertirse.

—Todo lo que pueda decir ahora en su favor será utilizado después en su contra.

—Es la ley del más fuerte. La reconozco enseguida.

Los dos guardias de seguridad, una pareja de tipos nada fotogénicos, mal pagados y mal vestidos, pero altamente eficientes en su cometido inicuo, me

esposan con las manos a la espalda con la intención de escoltarme hasta la salida del edificio y me conducen sin violencia a la puerta del ascensor.

El general Mendoza, entre tanto, se queda absorto en la terraza contemplando por enésima vez con lágrimas en los ojos la obra maestra de su vida, creyendo que nadie más que él posee los secretos intransferibles que la harán realidad para todos así que pasen cien años.

—Si vuelve a ver a Madre por casualidad, cosa que dudo, no se olvide de darle recuerdos de parte de su viejo amigo Gregorio. A ella le hubiera encantado que usted, de entre todos sus hijos, pudiera conocer a fondo los arcanos del Libro Negro. Todo lo que se necesita saber para vivir en este mundo y en el próximo está ahí contenido. No exagero. Lo bueno y lo malo. Pero usted no ha sabido estar a la altura de las expectativas creadas. Lo siento mucho...

Nunca los insultos y el desprecio me habían hecho tanto bien como ahora cuando comenzaba a entender la perversa trama en que me había visto involucrado como un idiota.

—Espero no tener que ver otra vez su cara de gilipollas. Adiós.

—Lo mismo le digo.

Había sido cómplice de un disparate mayúsculo y liberarme de mis ataduras me iba a costar un precio demasiado alto.

—Hasta nunca, mentecato.

—Adiós, fascista.

Cuando las puertas del ascensor se cierran al fin, me siento aliviado.

El futuro, ahora lo sabía con certeza, era el sueño de poder de un viejo lunático.

El lento descenso por el corazón corrupto del cono me proporciona una pausa necesaria para pensar con detenimiento en muchas cuestiones importantes.

La más importante de todas: llamar a Ariana en cuanto pueda para comunicarle mi situación y saber cómo están Sofia y Pablo.



## DÍA 29

El universo es información.

Información que se descarga en los cerebros.

Lo compruebo al respirar el aire tóxico de la mañana nada más abandonar la casa por una puerta de servicio.

La brumosa luz del nuevo día me golpea en los ojos con intensidad inusitada.

La actividad fosfénica se dispara en mi cerebro y las alucinaciones visuales me obligan a abrir y cerrar los ojos varias veces para dar crédito a las imágenes que asaltan ahora mis retinas.

Esto es la realidad.

Lo que otros llaman la realidad

Glóbulos blancos y glóbulos rojos volando libres por el cielo gris.

Quizá sean los efectos persistentes de la nociva droga ingerida.

Secuelas de una velada repleta de revelaciones.

No logro saber, en mi estado de estupefacción, si son recuerdos de lo que he vivido a lo largo de la noche o anticipaciones de lo que viviré en los próximos días.

Quizá sea Madre intentando comunicarse conmigo a toda costa e interfiriendo mis procesos de cognición con sus exigencias irracionales.

El cono espectacular en la cima de la colina me parece ahora un edificio ruinoso y triste. Una mansión desolada en la que nadie repararía a menos que conociera los tesoros tecnológicos y terrores milenarios que contiene en su acorazado interior.

Hundido en el asiento trasero del coche patrulla de camino hacia la comisaría de Millares, me siento como un peligroso asesino en serie detenido

por un error necio tras años de persecución ineficiente.

El gris eléctrico del amanecer viene sobrecargado de malos presagios para todos los que hemos sobrevivido a la noche.

Grandes nubes de formas cambiantes se exhiben sobre nuestras cabezas como recién salidas de una factoría de pesadillas regentada por un diseñador de gusto demente.

Medusas bulbosas, globos oculares, cabelleras arrancadas, ríos de semen.

—Es la niebla.

Entre la transparencia y la opacidad blanca, infinitos grados de turbiedad.

La más baja de todas las nubes se extendía por delante de nosotros como la lengua de un glaciar en expansión.

—Es el futuro.

Los guardias no entienden la broma pesada. No les pagan para tanto. Es obvio. Y menos cuando el sujeto que la gasta es sospechoso de haber cometido todos los crímenes de que se le acusa.

Desde detrás de los cristales blindados, la provinciana ciudad de Millares vuelve a sorprenderme, como la primera vez, con su mezcla de antigüedad y novedad arquitectónicas, su urbanismo informe de barrios desconectados y calles exiguas de un solo sentido.

Nada más bajar del coche patrulla, antes de que me entreguen a sus colegas de la policía nacional, estrecho las manos de los dos guardias de seguridad que me han custodiado hasta aquí en agradecimiento por haberme salvado la vida.

Llueve sobre nosotros un agua negra que complica aún más todos los trámites de la despedida.

Ya no me preocupa que los anónimos agentes me tomen por loco. Asumo mi posición con lógica.

No me hacía muchas ilusiones sobre mi presente y tampoco sobre mi futuro, pero a mi llegada a la comisaría central de Millares no es precisamente una comitiva de bienvenida lo que me está esperando.

La mole marrón de la comisaría aplasta con su estructura de hormigón y acero al visitante que accede a su interior sin haber sido invitado, como si al atravesar el portal de entrada a tan carcelario lugar cambiara el régimen gravitacional del entorno y todo se volviera más denso y pesado de lo común.

Hay cosas que nunca cambian. La sordidez de los trabajos inferiores y la fealdad burocrática de los espacios públicos. La mediocridad de los funcionarios que preservan la apariencia del orden contra todas las tentativas de los ciudadanos por arruinarla.

Comprendo su difícil situación. Es muy duro sobrevivir como profesional de la autoridad, la vigilancia y el control en un país donde las tasas de delincuencia común y criminalidad social descienden cada año a niveles escandalosos al mismo tiempo que los presupuestos estatales en la materia.

Como castigo por mi atrevimiento al recordarles esta verdad estricta, me maltratan, es decir, me registran a fondo, requisan mis pertenencias, me fotografían desde todos los ángulos, posibles e imposibles, me fichan como delincuente, me encierran en una celda de aislamiento, no me dejan llamar a nadie, me retienen un número incalculable de horas durante las cuales solo me permiten tomar agua repugnante del grifo en vasos de plástico usados por otros reclusos.

Tengo un ataque de pánico y me sangra en abundancia la nariz.

Madre está ocupada y no atiende mis súplicas.

Después de haber agotado mi paciencia y mis reservas de autoestima, comienzan a interrogarme en grupo en una sala alejada de la celda.

Preguntas certeras, preguntas incisivas, preguntas ofensivas incluso, sobre mi vida, mis orígenes, mis relaciones, mi familia, mi trabajo, mis actividades de ocio. No tengo nada que declarar. Aunque les gustaría darme fuerte, no me tocan un pelo. Son una brigada de cinco energúmenos vestidos con uniformes de fantasía y les encantaría machacarme la cara a puñetazos, pero les impone respeto el emblema de la chupa de seda manchada de sangre fresca.

Me vuelven a encerrar y me vuelven a sacar al poco.

Una y otra vez.

Lo están grabando todo con varias cámaras ocultas para que quede registrado, me dicen, y luego la declaración se pueda utilizar completa en el juicio con jurado.

El interrogatorio, añaden, se está retransmitiendo en directo, como establece el procedimiento, a otros despachos del edificio, donde hay un gabinete de psicólogos, juristas y criminólogos analizando la valiosa información que les proporciono con mis palabras y gestos.

Al final se hartan de tanto viaje estéril a la celda deshabitada por pasillos

de una humedad infecta y me dejan en la sala de interrogatorios esposado a la silla esperando en vano a que alguien venga a rescatarme.

En todo ese tiempo, Madre continúa sin dar señales de vida inteligente.

Yo tampoco.

El jefe de la investigación, un tal Benítez, entra y sale sin decir nada, dejando un aroma fétido en el aire. El inspector o subinspector Benítez, como todos los homúnculos de su especie, hiede a mierda envasada al vacío. A diarrea mal curada. Me inspecciona cada vez con actitud de manual y hace un gesto con la cabeza, moviéndola de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como si no pudiera dar crédito a lo que está viendo ante sí.

Como si yo fuera el mayor asesino de la historia local.

El enemigo público número uno de la urbanización Palomar.

Benítez vuelve a entrar por enésima vez y me cuenta que lo del pavo real sabe que es mentira y lo del acoso y la violación también.

Trolas, dice. Esta gente se lo inventa todo, añade.

Y usted ha caído en su trampa, sentencia. Como un pardillo.

Solo les preocupa el allanamiento de morada, al parecer. Quieren saber por qué me colé en la gran fiesta solo para VIPS sin estar invitado. Qué pretendía. Vuelve a salir con su olor a mierda repulsiva flotando detrás de él. Entonces entra otro poli más gordo y de menos rango, se llama Maeztu. Me mira como se miraría a un perdedor antes de mandarlo al patíbulo o a la silla eléctrica, cuando era legal exterminar a los criminales como a los animales en un matadero, y me hace las mismas preguntas estúpidas. Guardo silencio, como si no me enterara de nada. Me hago el aturdido. El tonto. Otra vez. Voy a terminar creyéndomelo. La estrategia funciona. Solo reacciono cuando oigo mencionar el nombre de mi hijo Aníbal. Conozco mis derechos y me pongo a gritar. Uno por uno, como si fuera mi abogado defensor y no el maldito acusado, enumero mis derechos a voz en grito, por si el poli gordo no se los sabe en el orden correcto o necesita que alguien se los recuerde.

Maeztu se queda a ver el espectáculo, le divierte mi estilo directo, lo percibo enseguida, y mi actitud de ciudadano desafiante. La ve valiente, a pesar de todo el odio que me transmite desde el principio. Y no solo por el tiempo que les estoy haciendo perder y las complicaciones legales en que los estoy metiendo. Un odio de clase mental. Visceral, instintivo.

Muera la inteligencia, dice Maeztu en un arranque de lucidez.

Y chasquea con perversa alegría los dedos de su mano derecha a un palmo de mi cara para intimidarme.

Y entonces entra el jefe Benítez de nuevo, derrochando simpatía barata.

Este poli apestoso trae la intención de fastidiarme todo lo que pueda. Se lo leo en los ojos. Este tío no ha follado en años. Hasta se le ha olvidado cómo hacerlo y se pajea como loco en la cama cada noche para relajarse antes de echar un sueño húmedo. Con ese olor a excrementos exudando de su piel pálida como una seña de identidad genética, no me extraña que ninguna mujer se le acerque a menos de un metro excepto por una suma de dinero considerable.

Los dos polis buscan vengarse ahora de todas mis afrentas, pasadas, presentes y futuras, y se sientan frente a mí, al mismo tiempo, como si lo hubieran ensayado antes, y me comunican sin inmutarse la muerte de mi hijo.

Tienen el cadáver. El cadáver de Aníbal. Lo tienen aquí cerca. En custodia legal. Luego me lo enseñarán para identificarlo.

El caso tiene mala pinta, dice Benítez.

Espantosa, añade Maeztu.

Los muy hijos de la gran puta saben que no he sido yo quien se lo ha cargado, pero insisten en su puesta en escena profesional, por si cuela y pueden colgarme el muerto. Les caigo mal. Les han hablado mal de mí, ahora lo entiendo. Me tienen ganas. Me están metiendo miedo. Les han dicho que urge librarse de mí. Que yo no estoy bien visto. Por lo que entiendo de todo lo que me cuentan a dúo, en algún comité privado de residentes de la urbanización han decidido declararme persona non grata en la misma. A mí y a toda mi puta familia. Ese es el nivel del lenguaje utilizado por los polis para amedrentarme. Cuando ven que no me ablando ni por esas y no me echo a llorar, como esperaban, me enseñan un papel arrugado y sucio metido en una bolsa de plástico.

Es una prueba, dice Benítez.

Un pasquín impreso en dos colores. Azul y blanco. Me dice Maeztu que es una nota de suicidio. Que la ha escrito mi hijo y la guardaba en el bolsillo de la camisa que llevaba puesta. Estaba en el bosque, ahorcado de la rama de un árbol. Llevaba varios días ahí cuando lo encontraron.

La misteriosa nota dice así:

Los hombres que pertenecen a la misma clase, que se sienten cercanos por una comunidad de intereses, en los cuales las mismas humillaciones, las mismas privaciones, las mismas necesidades, las mismas aspiraciones plasman, poco a poco, un temperamento y una mentalidad más o menos idénticas; cuya existencia cotidiana está hecha de la misma servidumbre y de la misma opresión; y cuyos sueños, cada día más precisos, terminan en el mismo ideal; que deben luchar contra los mismos enemigos, que son torturados por los mismos carniceros, que se ven sojuzgados por la misma ley de los mismos amos y todos víctimas de la rapacidad de los mismos. Estos hombres se ven inducidos, gradualmente, a pensar, a sentir, a querer, a actuar en conjunto y solidariamente, a cumplir las mismas tareas, a asumir idéntica responsabilidad, a conducir la misma batalla.

Cuando el pestilente Benítez, al mando del interrogatorio por una simple cuestión de jerarquía, me la lee con solemnidad injustificada, me río para mis adentros. Esto se parece tanto a una nota de suicidio como la factura del dentista, el ticket de compra del supermercado o la cuenta de la tintorería.

—Es una cita, no una nota de suicidio. ¿Es que no lo ven?

Me llaman tío listo por decírselo a la cara.

Este se cree un tío listo, dice el jefe Benítez.

Ya te lo advertí, añade Maeztu.

El hijo también, sentencia Benítez.

—Es el mismo texto que mi hijo había impreso y había querido repartir el día del incidente en el colegio hace unos meses. Si no me creen, hablen con el director.

—Ya hemos hablado, tío listo. ¿O es que te crees que te hemos enseñado esto por gusto?

—Para nosotros esto vale como nota de suicidio. Y el director del colegio, el señor Adrián Mercader, estaría dispuesto a certificarlo ante el juez si hace falta.

El poli Maeztu, gordo y sudoroso, tiene muchos problemas respiratorios, el sobrepeso no perdona a nadie, lo sé por experiencia, y se ahoga al hablar de pie, moviéndose por toda la habitación como un animal enjaulado. Parece que le va a fallar el corazón cada vez que se dirige a mí con su voz de homínido

cavernario.

—Eso es lo que nos ha dicho. ¿A ver si al final no eres tan listo como te crees, tío listo?

No lo puedo evitar, cuando alguien se cree listo de verdad el problema que tiene es que ejerce de tal con cualquier pretexto, incluso cuando arriesga su vida. Aunque con el decrépito general condecorado en varias guerras infames fui más listo de lo debido, dadas las circunstancias, ahora me apetece superarme. Batir alguna plusmarca registrada en las bases de datos de internet.

—Ustedes me disculparán, señores policías, pero esto no es más que una cita. Un texto político redactado por un anarquista del siglo pasado. No sé cómo mi hijo lo conoció, de verdad que no lo sé, ni por qué le interesó copiarlo y difundirlo. Se me escapa. Mi hijo sabía muchas cosas de las que los demás lo ignoramos todo. Pero esta historia no, esta me la sé de memoria y se lo estoy diciendo. No hay ninguna referencia al suicidio en ella. Es una declaración de otro tipo y, según tengo entendido, se la envió por email a otros compañeros del colegio y residentes de la urbanización. Una llamada a la solidaridad entre los excluidos del mundo, a la conciencia de los desfavorecidos de la sociedad, una proclama revolucionaria para cambiar las cosas, un grito de desesperación de un niño solitario incluso, lo que quieran menos una confesión suicida, ¿no es evidente?

El inspector o subinspector Benítez y el poli Maeztu me miran ahora como me mirarían si se hubieran matriculado por obligación en un máster universitario a distancia sobre psicología criminal y yo apareciera de pronto en la pantalla de alta resolución de sus ordenadores caseros impartiendo una clase magistral sobre abstrusas cuestiones de ética.

—Mire, nosotros solo sabemos una cosa. Con toda su palabrería intelectualoide no nos va a convencer de que esto no es una puta nota de suicidio. Eso es lo que es y así va a constar, tío listo, se ponga como se ponga, en el informe que haremos llegar al juez en unas pocas horas.

Ha llegado el momento de la verdad. El momento de probar cuán listo es el tío listo. Me lo he ganado a pulso con mi defensa cerril de lo indefendible. Me lo hacen notar con sus gestos y movimientos para que me vaya preparando para el próximo acto de la tragicomedia.

Maeztu, el hombre del Paleolítico superior, a pesar de su inferioridad en la escala jerárquica del cuerpo de la policía y no solo en la evolutiva de la

especie, se hace cargo de la situación con autoridad. Le he tocado los cojones con mi actitud despectiva y mis expresiones de matón intelectual, así me lo hace saber, y me tiene ahora más manía personal que al empezar esta farsa para comisarios jubilados.

—A ver si ahora te vas a seguir creyendo tan listo, tío listo.

Benítez y Maeztu se ponen de pie y con un gesto de cortesía me indican que nos vamos de viaje otra vez. El jefe Benítez me suelta las manos y se tira un pedo maloliente en mis narices, el gordo Maeztu vigila de cerca, por si me desmando durante la operación. Los dos salen de la sala escoltándome y me conducen por un pasillo largo y otro más corto de paredes pintadas con colores chillones (rosa, turquesa y amarillo) y luego por otro pasillo estrecho con cajas de cartón apiladas hasta llegar a un rincón destartalado donde hay un montacargas último modelo esperando, nos subimos en él y bajamos a un sótano que está en el subsuelo de la comisaría, muchos pisos más abajo del infierno, salimos por fin del montacargas y pasamos delante de la puerta de un depósito de armas y un almacén de pruebas y otro pasillo blanco y largo como una condena por infanticidio con agravante de violación post mórtem nos aguarda más allá de la última revuelta. Al torcer una esquina situada justo tras una puerta doble, caminamos unos cuantos pasos en silencio sepulcral por un corredor más ancho hasta que los polis se paran delante de una puerta metálica con cristales en la parte de arriba y la golpean con los puños como si fuera la cara tumefacta de un recluso revoltoso. Al cabo de un rato, un tío jovencísimo, con gafas amarillas, unos auriculares inalámbricos incrustados en las orejas y una bata celeste desabotonada hasta el pecho peludo y atlético, aparece parapetado detrás de la puerta y la abre del todo para permitirnos pasar, como si fuéramos sus invitados de honor.

—Aquí te traemos un tío listo, para que le hagas la autopsia en vivo a su cerebro. Sospechamos que está muy enfermo.

Eso dice Maeztu con voz agónica y el inspector o subinspector Benítez se ríe como si fuera un chiste ingenioso de celador. Y yo también me río, no tengo nada mejor que hacer por el momento. Y cuanto más me río más me empujan los polis por la espalda para que entre hasta el fondo del sótano de paredes blancas siguiendo los pasos acolchados del forense, que camina descalzo sin miedo a las infecciones.

—Pasa, pasa, tío listo, no te cortes, aquí nadie te va a morder el culo,



excepto el doctor Perea.

Las risas estentóreas se encadenan como los chistes groseros en un mecanismo calculado para vencer la resistencia psicológica del visitante que lo ignora todo sobre el siniestro lugar y sus pasivos inquilinos y solo siente pánico o disgusto al acceder a él.

—Por lo que veo a simple vista, en esta mancebía hay menos pollas tiesas que en un convento de clausura.

—Ya te digo, Maeztu.

Estamos todos reunidos en la morgue reformada de la comisaría. Un club selecto donde la brigada criminal de Benítez y Maeztu guarda los cajones de cerveza fría para las juergas nocturnas que se corren cuando no hay ningún detenido al que interrogar preguntándole gilipolleces. La guarida subterránea donde se refugian fuera de la ley para hablar con las ratas que les cuentan al oído todo lo que quieren o necesitan saber a cambio de una ración de droga envenenada o una pena benévola en un juicio sin importancia. Un lugar refrigerado donde traen a los muertos que se encuentran tirados en la calle para que los mire por dentro el empollón de las gafas de diseño y les cuente una bonita historia a sus colegas de los pisos de arriba, una versión creíble sobre cómo se murieron de asco sin averiguar nunca quién los mató ni por qué.

—Como si no hubiera mil razones para matar a cualquiera, aunque sea de pena o de aburrimiento, ¿verdad, tío listo?

No entiendo por qué me ha dado este ataque de risa que casi me obliga a caerme al suelo de caucho de la morgue en presencia de los polis, que se parten el culo a mi costa.

—Pobre doctor Perea, con lo macizo que está el tío, cómo le compadezco. Todo el día metido en el depósito, solo, calladito, metiéndole mano a toda esta gente inculta, trabajando duro sin un buen trozo de carne fresca que llevarse a la boca.

—Autoservicio total.

—Ya te digo, Benítez.

El único que no da pruebas de sensibilidad al humor negro de los agentes es el forense imperturbable. El carné de joven doctorado de la Universidad Paneuropea de Millares lo protege de la tontería regresiva que aqueja a los polis retrógrados y al detenido de la chupa guay.

—Aprovéchate todo lo que puedas, chaval. A estos capullos ya no les

duele el ojete. Lo tienen inmunizado.

Refrenando mis carcajadas involuntarias por un instante, alcanzo a distinguir una serie de cubículos transparentes, como ataúdes de cristal empotrados en las paredes de la sala hexagonal unos encima de otros, y numerosos cuerpos de hombres desnudos de diversas edades reposando en el interior después de una intensa sesión de escrutinio anatómico a cargo del forense de las gafas amarillas.

Cuando termina la tormenta de risas tontas, con lágrimas en los ojos, el gordo Maeztu reemprende el ataque fúnebre contra mis defensas mentales.

—El tío listo viene a visitar a su hijo del alma, ¿sabes quién te digo, chaval?

En menos de un minuto, cuando el forense concluye sus pesquisas y maniobras, se me acaban las ganas de seguir riéndome de estos paletos con placa oficial y uniforme galáctico. Tengo a alguien que se parece a Aníbal enfrente de mí, de pronto, tumbado desnudo en una mesa de metal como si estuviera descansando él también, con el abdomen abierto en canal y los ojos amoratados a punto de eclosionar y la nariz arrancada de cuajo.

—¿Es este su hijo, tío listo?

El joven forense me lo está enseñando con minucioso detalle, alzando secciones intactas y señalando zonas interesadas con sus manos envueltas en guantes rojos de látex, como si estuviéramos en una clase de medicina y el cuerpo mutilado de mi hijo fuera el objeto morboso de la lección de hoy.

—Olvídese por un momento de las lesiones. ¿Lo reconoce o no?

Cómo no lo voy a reconocer. Qué se han creído. Es mi hijo Aníbal. He vivido con él los últimos siete años, en la salud y en la enfermedad, ya lo he dicho, cómo no iba a reconocerlo. Pero esa cosa de ahí ya no es mi hijo, es solo un cadáver. Una cosa sin vida y en mal estado de conservación.

El cadáver de Aníbal.

Un cuerpo muerto que se parece a una mala imitación de mi hijo Aníbal cuando estaba vivo y nos sorprendía a todos nosotros, sus hermanos y padres, con el prodigioso funcionamiento de su cerebro y la generosidad de su corazón.

—Es él.

Le han cortado los genitales a cuchilladas y estos policías me siguen hablando de suicidio como si fuera la hipótesis más lógica, a la vista de las

pruebas del caso.

—¿Esto se lo han hecho aquí?

—No, estaba así cuando lo encontraron.

El forense calla por decencia y los polis se turnan en el relato despiadado de los hechos.

—Tres días y tres noches en el bosque, allí colgando del árbol, como un buen jamón ibérico puesto a curar, qué tentación tan grande para los pajarracos y las alimañas de todo pelaje que rondan por la zona.

—No se imagina qué fauna depredadora vive en los alrededores de la urbanización.

—Ya te digo.

—Y en la misma urbanización.

Benítez y Maeztu se ríen al unísono otra vez, sin dejar de mirarme a la cara con gesto inquisitivo, como si el chiste fuera tan divertido que hasta yo tendría que festejarlo con el estruendo de mis carcajadas.

—Menuda jauría.

Estoy a punto de saltarle encima al jefazo maloliente por no callarle la boca a su obeso subordinado y me contengo porque casi no puedo concentrarme en otra cosa que no sea observar a conciencia, para memorizarlas, las monstruosas heridas que los asesinos han infligido al cuerpo de Aníbal después de matarlo.

—Cabrones, hijos de puta. ¿Quién es capaz de hacerle una cosa así a un crío inocente?

—Mucha gente. Ni se imagina la estadística. Año tras año peor.

—Inocente, inocente, el niño tampoco lo era mucho, ¿no?

—No puedo creer que me siga diciendo que los indicios son de suicidio.

—Mire, tío listo, si no nos cree, pregúntele aquí al doctor guaperas y verá que se lo confirmará enseguida. Lo que le parezca a usted no tiene por qué ser la verdad. Ya estamos otra vez con la misma matraca...

—Qué tío más pesado.

—Ya te digo.

El forense interviene como el falso pacificador en una guerra dialéctica, para incendiarla aún más con sus argumentos de dudosa autoridad.

—Comprendo que a un padre siempre le amarga el suicidio de un hijo, uno

se hace muchas preguntas, tiende a echarse la culpa, lo entiendo hasta cierto punto, pero negarlo como usted lo niega ya bordea lo patológico, sinceramente.

—Bien dicho, doctor.

—Chúpate esa, gilipollas.

—¿Dónde hay que firmar?

Por una vez no tengo ganas de replicar. Ni me apetece responder a la sutileza psicológica del joven forense de las gafas a la moda con un sarcasmo irrelevante en estas aciagas circunstancias. Me conformo con mirar ese cuerpo despedazado que se parece a mi hijo hasta que lo reconozco como si hubiera sido siempre así, deformado por la putrefacción de la carne inmadura y la crueldad inhumana de quienes se habían cebado en él por razones incomprensibles.

—Nunca sabremos qué pudo empujarlo a hacer algo así, desde luego, con esa premeditación y esa profesionalidad, pero las pruebas son flagrantes.

—El chico debía estar pasándolo muy mal para comportarse así.

Estoy llorando todavía cuando Benítez y Maeztu me sacan a rastras del sótano oscuro donde yace el cadáver de mi hijo en compañía de otros cadáveres que, después de pasar por las manos del forense impávido, han perdido toda esperanza de resucitar con el cuerpo intacto y el alma limpia y me suben de nuevo a la sala con persianas bajadas y vidrios espía donde me estaban interrogando hace unas horas y me dan un teléfono de línea vigilada y, antes de que haga ninguna llamada inoportuna, me comunican una información vital para mi futuro:

—Han retirado todos los cargos. Mañana por la mañana será usted un hombre libre.

Me río a desgana de la ironía impensada de la última frase de Maeztu y llamo a Ariana enseguida y le digo que estoy con Aníbal, que estoy bien, a pesar de todo, pero que Aníbal no lo está, que está muerto, que se lo han cargado, que algún cabrón se lo ha cargado porque lo odiaba a muerte, aunque la policía insiste en que se ha suicidado en el bosque. Esto no se lo digo así porque los polis no me dejarían terminar la llamada sin encerrarme otra vez en la celda de aislamiento, ni salir de la comisaría ileso. Encontrarían nuevas pruebas para incriminarme. Le comunico la noticia sin rodeos. Le digo que Aníbal está muerto y que he tenido que reconocer su cadáver desfigurado.

Tengo que soportar el llanto de Ariana al otro lado durante demasiado tiempo como para poder aguantarme. Lloramos los dos sin parar, cada uno desde su lado del teléfono, pronunciando de tanto en tanto palabras y frases entrecortadas que no sirven de consuelo sino de acicate al llanto, antes de que le pida por favor que venga a recogerme por la mañana en cuanto me suelten.

—Te echo mucho de menos, amor mío.

Ellos han ganado la partida y la policía se quedará con el cuerpo de Aníbal en custodia legal por un par de días más, a ver si descubren algo nuevo sobre las probables causas de su muerte. Eso me anuncia el gordo Maeztu, como le han ordenado desde los despachos superiores, mientras me estrecha la mano y me pide disculpas por todo lo que me han hecho pasar y me expresa sus condolencias más sinceras.

El inspector o subinspector Benítez, el jefazo con olor a cagada mayúscula, se ha largado sin despedirse de mí y entiendo que me dejan en libertad contra su opinión de retenerme las setenta y dos horas preceptivas.

—Tendrá que esperar a que esté preparado todo el papeleo. No se preocupe por nada respecto a su hijo. Cuando hayamos terminado, nosotros mismos avisaremos a la funeraria. Tenemos una de confianza. Es perfecta para estos casos.

Me derrumbo sobre la mesa sin protocolos ni fingimientos, he perdido el control sobre mis actos y mis reacciones se han vuelto imprevisibles, y el poli Maeztu sale sin decir nada más y apaga la luz de la sala de interrogatorios para dejarme llorar todo lo que quiera sin testigos. No tienen prisa. Puedo pasarme toda la noche llorando solo en la oscuridad y no me traerán ni un maldito vaso de agua.

Cuando me dan otra vez los ataques de pánico y comienzo a sangrar en abundancia por la nariz, una joven administrativa con gafas metálicas y pelo oscuro y rizado entra en la sala sin llamar y me entrega una caja de pañuelos de papel perfumados para que me limpie la sangre y frene la hemorragia.

—Gracias.

También me trae, cuando se lo pido con amabilidad, una botella de agua mineral y un paquete de vasos de plástico sin estrenar.

Me fijo por casualidad en algo que la simpática chica lleva alrededor del cuello. Un colgante de oro con un erizo visto de perfil con las púas erguidas como defensa del animal contra los enemigos.

—¿Qué es eso?

La chica se asusta por el tono desesperado de mi pregunta y al principio no se atreve a responder. Me toma por un enfermo mental.

—Es muy importante para mí, disculpa. ¿Simboliza algo?

—Mi novio me lo regaló hace dos meses por mi cumpleaños. Me dijo que lo había comprado en una tienda nueva del centro comercial y que era un talismán de la suerte de origen germánico. No sé más.

El signo del erizo de oro y la explicación dubitativa de la chica me hacen pensar de repente en Madre.

Madre me ha enviado a la chica providencial para entretener mi cerebro en este momento crítico de mi vida con un acertijo irresoluble. Hacerme saber así que no se olvida de mí.

Por primera vez en mucho tiempo, allí encerrado, esperando mi liberación durante la madrugada, pienso también en el gran Freddy, el fauno del bosque.

Y en que algo malo le ha pasado.

Como a mi hijo muerto.

Pobre Aníbal.

## DÍA 30

La vida es de una ironía infinita.

Cuando me subo por la mañana en el coche eléctrico en que Ariana ha venido a recogerme a una velocidad inferior a la mínima exigida por las normas de tráfico, sin ganas de hablar de nada, vibra mi móvil recién recuperado y recibo un mensaje de texto de Tania Fermat que estaba retenido en las redes de la comisaría desde hacía por lo menos ocho horas: «¿Sería muy poco inteligente vernos esta tarde en el mismo sitio sobre la misma hora de la otra vez?»

No nos hemos besado. Ariana y yo hemos seguido en nuestro reencuentro un escenario prescrito de antemano por un puñado de sentimientos confusos. Ella los oculta en parte detrás de unas gafas de sol reflectantes que no recordaba haberle visto antes. Yo voy a cara descubierta. No tengo gran cosa que ocultar, más bien al contrario. Me pierden los deseos de saber más, de conocer más, de que el mundo se abra ante mí como una fruta madura ante las operaciones de un diestro cirujano y me entregue sus secretos más profundos.

De mutuo acuerdo, hemos puesto la trágica muerte de Aníbal entre paréntesis. Ahora para mí lo prioritario es averiguar quién lo mató. Descartados psicópatas y asesinos en serie, no tan abundantes en la región como la policía querría hacerme creer, mis indicios apuntan en una dirección inequívoca.

—¿Quieres hablar ahora?

Ariana ha aprendido los principios del laconismo expresivo en un curso acelerado para adultos con síndrome de hiperocupación mental. Se prepara para una larga explicación de motivos y causas y economiza recursos anímicos hasta que llegue el momento de invertirlos a fondo perdido.

—Sí, en casa. Tienes que ser paciente. Recuerda que los niños aún no lo saben.

Llegamos al fin, tras dar varios rodeos inútiles por las calles de la urbanización, como si quisiéramos anunciar a los vecinos mi regreso triunfal tras una estancia en el otro mundo, y Sofía y Pablo están juntos en la entrada de la casa, sentados en los escalones, esperándonos con la cabeza gacha. La canguro Carolina se ha hecho cargo de ellos en ausencia de Ariana y leo en la crispación nerviosa de sus ojos cuando se cruzan un segundo con los míos que le gustaría salir huyendo en cuanto me ha visto aparecer en escena. Me teme. Y con razón.

—¿Y Aníbal?

Sofía es la más despierta o la más ingenua de los dos gemelos. Pablo, el más reservado o el más astuto. Ambos aguardaban con expectación el regreso a casa del hermano perdido y se sienten desilusionados. Creían que la razón por la que mamá había salido de casa a toda prisa esta mañana era traer a papá y a Aníbal de vuelta al hogar después de tanto tiempo.

Me abrazan los dos como si llevaran meses sin verme.

Siento sus pequeños cuerpos vulnerables adheridos al mío y, después de todo lo que he vivido en los últimos días, vuelvo a comprender la importancia trascendental de tener una familia, una mujer y unos hijos que te quieran y para los que tu vida y tu presencia junto a ellos puedan significarlo todo o nada.

Me besan con una intensidad que hay que ser un canalla desalmado para no agradecer como corresponde.

—Ahora, niños, papá tiene que descansar un poco y yo me quedaré en casa a cuidar de él. Carolina os va a llevar al centro comercial a comer, a comprar ropa y a ver una película.

Apenas si me sostengo en pie, subo la escalera de la casa sin fuerzas, me desnudo temblando de pies a cabeza y me meto en la cabina de la ducha sin preocuparme por la temperatura del agua. Cuando cae helada sobre mi cuerpo, no me sobresalto, la gradúo sin prisa hasta alcanzar el nivel de calor que necesito en la piel y más adentro para mitigar el dolor por la muerte de Aníbal.

Me siento abatido al mirarme al espejo y ver ahí una cara que no es la mía.

Caigo rendido en la cama sin acordarme de nada más.

La mujer erizo, más hermosa de lo que la recordaba, aparece de pronto en



mis sueños, envuelta de la cabeza a los pies en un blanco abrigo de pieles, y me habla de los misterios del amor mirándome a los ojos con un brillo sobrenatural.

—El amor es un combate en que todos ganan y todos pierden.

La mujer erizo se desprende del abrigo de pelo lustroso y de la coraza de sus púas enhiestas para enseñarme las cicatrices del amor en su precioso cuerpo, costuras de dolor tatuadas como emblemas y símbolos jeroglíficos en la piel rosada del vientre y del pecho.

—En el amor toda victoria es una derrota y toda derrota una victoria. Todo dolor, placer, y todo placer, dolor.

Muchas horas después, al final de la tarde, Ariana me despierta.

—No enciendas la luz, me duele mucho la cabeza.

Me trae un tazón de sopa de miso que, en cuanto ingiero las primeras cucharadas, se desliza por mi estómago hambriento como un bálsamo y me cura las heridas del alma.

—¿Estás mejor? Me preocupan tus temblores.

—No son nada importante. Ya se me pasarán en cuanto duerma lo necesario.

A una señal mía, Ariana se quita los zapatos y se tumba boca arriba en la cama con el vestido puesto. Yo le vuelvo la espalda antes de hacer el primer disparo a bocajarro.

—Tu amigo ha matado a Aníbal.

—Qué estupidez.

—¿Cómo se llama?

Ariana me revela titubeando la identidad del hombre que la persigue desde que vinimos aquí, como si se tratara de un pecado inconfesable de la infancia.

—León, León Malagrida, pero yo lo llamo Leo a secas.

—Vaya nombre. ¿No había uno más ordinario en el catálogo de carne masculina donde lo encontraste?

—No me tientes, cariño. No estoy para bromas.

—Yo tampoco. Y no era una broma. Era solo un comentario inofensivo.

Ariana resopla con fuerza para recordarme que esta no es una de mis clases para mentes brillantes de las nuevas generaciones de futuros profesionales.

—Ha sido él. Ahora estoy seguro. Todos los indicios lo demuestran. Es él quien ha matado a Aníbal.

—No lo creo. Leo está muy enfermo. Ha venido hasta aquí para verme por última vez antes de morir. No quiere problemas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Le pedí que se marchara y estuve esperando a que lo hiciera antes de contártelo.

—Mientes. Te veías con él. Era tu amante.

No puedo ver su rostro, pero escucho su risa sofocada en la oscuridad.

—¿Por qué te ríes?

—No me estoy riendo. Eres imbécil. ¿Crees que puedo reírme con lo que ha pasado?

Arranca el interrogatorio íntimo, será doloroso y triste pero no se me ocurre otro medio para poner en orden mi vida de una vez.

—¿Cuánto tiempo duró vuestra relación?

—Cinco años.

—¿Te has acostado con él desde que vivimos aquí?

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—No hemos follado, si es lo que te preocupa.

—¿Qué habéis hecho entonces?

—¿Tengo que entrar en detalles?

—Sí. Para que esto funcione tienes que ser todo lo honesta que seas capaz. No me mientas más. No trates de engañarme otra vez.

—Nunca te he engañado. ¿Estás preparado?

—Estoy preparado.

Me gustan los resúmenes, evitan muchos malentendidos y suspicacias.

Ariana y el tal Leo se veían en un motel a la salida de la ciudad; a pesar de que la fuerte medicación que tomaba para el dolor le impedía excitarse sexualmente y tener erecciones, Ariana lo visitaba en días alternos. Se encontraban para charlar y acababan haciendo cosas que ningún chico menor de dieciséis años podría ver en una pantalla, aunque las haga también con sus amiguitas o sus novias por la tarde o por la noche, los días laborables o los fines de semana. Como el tal Leo ha sido siempre un gran experto en dar

placer a las mujeres, Ariana se abandonaba a sus caricias en parte por deseo y en parte por compasión. Se estimulaba con la idea del chantaje sexual que el otro le imponía en cada encuentro.

—Si te soy sincera, nunca hubiera imaginado que esa idea podía ser un afrodisiaco tan poderoso. Ese hombre se estaba muriendo día tras día y todavía tenía energía y destreza suficientes para volverme loca de placer.

—¿Y nunca pensaste que él tuviera nada que ver con el secuestro de Aníbal? ¿No imaginabas que hacerle daño a tu hijo pudiera formar parte de sus sucios juegos?

—No lo conoces. Nunca haría eso. No es lo suyo.

—Ya. ¿Nunca te propuso que te fueras con él? ¿Nunca te pidió que te fugaras con él y lo acompañaras en sus últimos días?

—Sí, desde luego que lo hizo. Todos los días. Y todos los días le decía lo mismo, que mi lugar estaba junto a ti y los niños. Que ahora lo sabía con total seguridad.

—Mientes.

—Me importa poco que no me creas. Es la verdad.

—Se estaba muriendo, era lógico que no quisieras dejarlo todo por él. ¿Qué crees? ¿Que no se dio cuenta de por qué te negabas?

—Nunca le hice promesas. Nuestra relación no ponía en cuestión mi matrimonio y mi familia. Era otra cosa.

—¿Un complemento gozoso a una vida conyugal rutinaria?

—No seas sarcástico, ¿quieres?

Un par de minutos de silencio ayudan a digerir una buena parte de la información nociva.

Rechazo su mano cuando se posa en mi cabeza con la intención de consolarme o establecer entre nosotros una conexión afectiva que en este momento no me parece posible.

—Te avisé a tiempo. Recuerda que te avisé. Antes de venir aquí, te dije que había alguien y te dije que no me sería fácil prescindir de él.

Por el ruido que produce, como el roce sistemático de una tela fina con otra más gruesa, deduzco que está llorando de nuevo.

—Las lágrimas no sirven de nada. No te molestes.

—¡A mí me lo vas a decir!

—¿Nunca te amenazó con hacerle daño a tu hijo a cambio de que te marcharas con él?

—No.

—No quieres decírmelo, te da miedo lo que pueda hacer. Ahora me temes más que antes.

—No veo por qué.

—Por todo lo que ha pasado desde que nos mudamos. Estás protegiendo a ese tío y te asusta mi reacción.

Me giro cuando percibo que está quitándose la ropa. La miro mientras lo hace y por un momento siento lo mismo que el otro. Veo en ese cuerpo espléndido todo lo que un hombre experto o una mujer podrían hacer con él para proporcionarle todo el placer que promete y se merece.

Ariana descifra el mensaje de caducidad que transmiten mis ojos con la exactitud matemática con que el láser lee el código de barras inscrito al dorso del producto.

—Te deseo, pero no podría. Ahora no.

—Hay otras mujeres, ¿verdad?

—No. Solo hay un nombre en mi cabeza y es el de un niño muerto, Aníbal, ¿te acuerdas?

—Eres un hijo de la gran puta.

—No, no lo soy, realmente no lo soy, nunca lo he sido y lo sabes, soy un hombre demasiado razonable al que le molesta que el tío que se estaba tirando a su mujer haya podido, además, matar a su hijo. Así que ahora mismo me dices dónde está. Necesito hablar con él.

—No lo haré. No quiero que hagas una tontería.

—Si no me lo dices, haré más de una tontería. Ya me conoces. O me lo dices o esto acabará mal.

—No te atreverás.

—Dímelo ahora mismo.

—Prométeme que no le harás daño.

—Más daño del que me ha hecho a mí, ¿a eso te refieres?

—Te quiero, no lo hagas, por favor.

—¿Es peligroso? Solo quiero saber esto. ¿Lo es?

—No. Pero ten cuidado.

Bajo al sótano de la casa y extraigo de la caja de herramientas la pistola que había guardado allí, como una valiosa reliquia de otro tiempo, desde que la descubrí meses atrás. Un vestigio de la violencia extrema y el sentido del melodrama del siglo XX. Su peso en la mano me sorprende como la primera vez que la sostuve. No había vuelto a tocarla desde el día en que sentí el impulso de ponerla a prueba y realicé unos tímidos ensayos en el bosque disparando contra botellas vacías y troncos huecos para comprobar mi puntería y destreza. Compruebo la carga. Soy un cobarde integral, odio la violencia con toda mi alma, pero con la pistola del destino asida en la mano derecha me siento capaz de cualquier cosa.

En cuanto salgo a la carretera principal de la urbanización noto que un todoterreno gris metalizado se pone en marcha al paso de mi coche y se sitúa detrás de mí sin disimulo. Al principio no hago caso, pero no tardo en comprobar que me sigue sin falta. En cada desviación y en cada cruce, imita mis decisiones, aunque siempre logra mantenerse a no menos de diez metros.

Una hora después de salir de casa estoy aparcado delante de una habitación del motel más cutre de la ciudad, en la periferia anónima de los polígonos industriales donde solo habitan los parias y los desposeídos de la Tierra, metido en el coche meditando con calma los pasos que dar a continuación.

El todoterreno que me sigue ha aparcado más lejos, enfrente de un almacén de maquinaria agrícola que hay junto al motel de paso. Y se mantiene con las luces apagadas. No he visto a nadie bajarse del coche. Imagino que el conductor sigue en el interior vigilando con atención mis movimientos, comunicándose por teléfono con sus cómplices o sus jefes.

Otro mensaje terminante de Tania, mientras no me decido a actuar, me confirma al invadir el móvil con su ímpetu juvenil que la ironía de la vida es a menudo solo una forma de estupidez solapada: «Me has hecho comprender con tu actitud indiferente que la crueldad es otro subproducto de la inteligencia.»

No soy inteligente, lo asumo desde ahora con todas las consecuencias, por eso estoy aquí, dispuesto a ejercer la crueldad sin límites si fuera necesario con tal de averiguar quién mató a mi hijo y por qué lo hizo. Solo un hombre que no es inteligente tiene una familia que hace tiempo dejó de serlo para sobrevivir a la desgracia y una mujer que tampoco lo es, por más que se empeñe en actuar como tal, y le crea multitud de problemas que apenas puede

resolver sin recurrir a la violencia primitiva.

Por eso mismo, porque no sé cómo afrontar mis problemas, estoy llamando a una puerta numerada que se abre sola hacia dentro porque no está cerrada del todo, solo entornada por precaución, y avanzando con sigilo indio por la oscuridad de una habitación destartada donde al fondo hay un hombre desnudo que me espera sentado desde hace una hora tosiendo sin parar. Ese hombre tampoco es muy inteligente. Su estado de salud y la situación personal en que se encuentra así lo demuestran.

—Aria me avisó de que venías.

Ninguno de los dos rivales es muy inteligente, así que el combate entre nuestras respectivas inteligencias podría ser muy instructivo para otros.

—¿Aria?

—Yo la llamo así. Ya sé que para ti es Ariana. Los nombres no son tan importantes. Yo me llamo Leo, ya ves, suena ridículo, ¿no? Soy una ruina ambulante.

—No tiene gracia. No sigas por ahí. ¿Por qué no te vistes?

—No me da la gana. Estoy bien así.

La cuarta vez que tropiezo con un objeto de uso desconocido tirado en el suelo, mientras merodeo sin rumbo por la habitación, busco un sillón para sentarme y evitar la caída al suelo repulsivo que piso con mis zapatillas deportivas como si fuera un estercolero.

—No hace falta que te sientes. Podemos terminar esto sin perder demasiado el tiempo.

Me encuentro a dos metros de él, con una mano apoyada en la rodilla izquierda y la pistola asida en la otra mano, oculta en parte bajo la chaqueta de piel.

—Prefiero tomármelo con calma. Tengo cosas que preguntarte. Me gusta hablar. Y escuchar me gusta todavía más.

Leo tiene el cráneo rapado y está en los huesos y tose con demasiada frecuencia como para que pueda olvidarme de que está enfermo.

—Yo si fuera tú no me lo pensaría demasiado. No me queda mucho. Puedo morirme ahora mismo mientras charlamos. Luego te arrepentirás.

Le preocupa que vaya a matarlo sin comprender su verdadera condición y me señala con mano firme hacia el aparador, donde hay un montón de papeles

clasificados en carpetas cuya lectura activa me recomienda por mi bien.

—Son los informes clínicos que certifican mi muerte inminente.

—No me interesa. No es ese el motivo de mi visita.

—Ya sé a qué has venido. Estamos enamorados de la misma mujer. Tú tienes más suerte. No puedes reprocharme nada.

No es muy inteligente, desde luego, no se puede tener todo en la vida, y Ariana, para evitar tensiones, ha debido de ocultarle el motivo de mi visita. No tardo en sacarlo del tremendo error.

—¿Por qué mataste a mi hijo? Te doy treinta segundos para responder.

—No sé de qué me hablas. No conozco a tu hijo. Me estoy muriendo. Solo quiero arreglar las cosas, despedirme de los que he amado.

—No me mientas. Has acosado a Ariana desde que llegamos. Y utilizaste la vida de nuestro hijo para chantajearla.

—¿Chantajearla? ¿Te has vuelto loco?

—¿Tengo que decírtelo? ¿Tengo que decirte para qué puedes querer chantajear a Ariana?

—¿Chantajearla yo? Nunca tuve que pedirle nada. Siempre ha sido una mujer generosa y obediente. En cuanto supo que estaba enfermo, lo fue más aún. Más solícita que una enfermera voluntaria.

—Déjala a ella fuera, vale, no tienes por qué estar recordándome todo el tiempo lo que pasaba entre vosotros. Ahórratelo.

Un salvaje ataque de tos le permite hacer una pausa necesaria para ambos.

Bebe agua a borbotones de una botella de plástico que sostiene en el regazo sin apartar la mirada de mí ni un segundo.

—Tenía ganas de conocerte. Por todo lo que Aria me había contado sobre ti me parecía buena idea conocerte. Ahora creo que se me están quitando las ganas. No debería haberte dejado entrar. Me arrepiento.

Por una torpeza, un mal gesto al cruzar y descruzar las piernas, mi juego queda al desnudo. La pistola me delata.

—Y encima vienes armado, como un matón a sueldo. Un pistolero barato. No me das miedo.

—Hijo de puta, que te estés muriendo no te da derecho a matar a mi hijo.

Levantó la mano derecha para rascarse la cabeza a cámara lenta y por un momento pensé que estaba armado como yo y dispuesto a batirse en duelo con

el marido de su amante.

—Yo no he matado a nadie en mi vida, aunque lo haya deseado muchas veces. Yo no he matado a nadie más que a mí mismo, día a día. Si quieres saberlo. Ya tienes tu revelación, ¿te sirve para algo?

—Has estado aprovechándote de Ariana todo este tiempo. Explotando su compasión.

—No seas estúpido. Aria y yo hemos tenido una larga relación. A ver si te enteras.

Tose dos veces doblando el torso y luego prosigue con voz enronquecida.

—Cuando vino aquí quiso engañarse y convencerse de que ya no había nada entre nosotros. En cuanto volví a aparecer, vino a verme corriendo. Le conté lo que me pasaba. Se conmovió con mi estado y desde entonces viene a verme cada vez que tiene oportunidad. Te quiere, ¿sabes? Y no quiere abandonarte. Nunca ha querido. Hubo un momento en que casi la arrastro a dejarte y fugarse conmigo. Pero al final fue razonable y decidió quedarse contigo.

—Voy a matarte, cabronazo. Ahora sí tengo ganas de matarte.

—No lo necesitas. Estoy muy enfermo, no creo que dure más de una semana. Dos a lo sumo. ¿Te merece la pena condenarte para matar a alguien que ya está muerto?

—Mi deseo de matarte no tiene nada que ver con el tiempo que te quede de vida. Mi necesidad de matarte tiene que ver con mi mujer y con mi hijo, al que has matado, y me da igual lo que digas. Lo has hecho y lo sabes. De un modo u otro.

—A tu hijo no lo he matado yo. Si fueras tan listo como te piensas, sabrías eso y sabrías otras cosas relacionadas. Y sabrías también que yo no soy ni remotamente un hombre peligroso. La policía lo sabe. Por eso me han dejado quedarme en la ciudad durante todo este tiempo sin meterse conmigo. ¿Qué te has creído?

—No sé de qué me hablas.

—Aquí no reside nadie sin el consentimiento de la policía. Piénsalo fríamente. Eso significa que los asesinos de tu hijo residen aquí. Los conocen de toda la vida. Busca en el colegio. Ahí es donde están.

—¿Y tú cómo sabes eso?



—En mi vida solo he hecho dos cosas bien. Autodestruirme y aprender a mirar. Esto último se me da muy bien. Pregúntale a Aria.

—No vuelvas a hablar de ella.

—Por eso la elegí. Y tú también.

—Ahora que lo pienso, no estoy tan seguro de que yo la eligiera.

Mi cínico comentario de marido desengañado le arranca del fondo de los pulmones destruidos un brusco torrente de tos.

—No entiendo nada.

—Prefiero no extenderme.

—Aria tiene un don.

—Tiene más de uno, me temo.

—No me puedo reír, pero celebro tu humor. Hace un momento me encañonaste con la pistola esa de juguete que te traes entre manos y ahora me haces reír por dentro. Al final me va a gustar haberte conocido.

—Cuál es ese don único, si se puede saber.

—Aria sabe hacer feliz al hombre con el que está.

—Excepto que ese hombre sea un infeliz vocacional como yo.

—Sigo sin entenderte. ¿Puedo pedirte un favor?

—Si es sobre Ariana, olvídate.

—No tiene nada que ver con ella. Y no puedes contárselo bajo ningún concepto.

—Veré entonces qué puedo hacer.

Tengo que soportar las convulsiones de otro violento acceso de tos antes de escuchar su desesperada petición de ayuda.

—Necesito gasolina. Aquí es muy difícil de encontrar y hace falta un permiso especial. Como residente temporal, debes tenerlo, ¿no?

—Sí, lo tengo.

—¿Podrías comprarme una lata de gasolina?

—¿Para qué?

—No quieras saberlo. No te conviene.

—¿Quién mató a mi hijo?

—Si lo supiera, no te lo diría.

—¿Por qué?

—Porque no te odio y no quiero que te destruyas y destruyas a Aria. Hazla feliz. Es lo que se merece.

—Y que tú lo digas.

—Tráeme la gasolina, por favor. No me quedan fuerzas.

Salí del motel abatido, con las manos manchadas de una mierda sentimental más dañina que la sangre y más corrosiva que el ácido sulfúrico. Pero no fui capaz de matar a ese desgraciado. Moribundo y todo, lo encañoné con la pistola para probarme de lo que era capaz. Hubo un momento durante la charla en que podría haberlo matado, dudé y no lo hice. Puse el cañón de la pistola sobre su frente desnuda y disparé sobre él. No había balas en el cargador, lo había vaciado antes por precaución. El sonido del gatillo resonó por toda la habitación como la ejecución de una sentencia diferida. Moriría hoy o moriría mañana, me daba igual. No era mi problema.

Voy en el coche eléctrico a la única tienda de suministro de combustibles fósiles que existe en un radio de veinte kilómetros, según me indica el GPS, y compruebo que el todoterreno metalizado me ha seguido hasta ahí.

A esa hora en la tienda no hay un solo cliente. Compro una lata de cinco litros de gasolina a un precio prohibitivo, me identifico ante el empleado encargado de gestionar los trámites de este tipo de adquisiciones especiales y le miento sobre su uso, le aseguro que es para alimentar una vieja cortadora de césped que no me decido a jubilar y hasta me sonrío con simpatía, ha debido de escuchar peores excusas desde que los materiales inflamables se volvieron una mercancía controlada por la policía.

—No se olvide el bono para la próxima compra.

Cuando estoy acomodando la peligrosa lata en el maletero del coche, bajo la mirada suspicaz del empleado, en un arrebato de rabia, inducido por el penetrante olor de la gasolina, pienso en quemar el colegio en venganza por la muerte de Aníbal y me arrepiento enseguida. No soy un terrorista.

Miro alrededor en busca de mi perseguidor y compruebo que ha desaparecido, ya no está en el lugar donde lo vi la última vez. Achaco su existencia a una de esas interpretaciones paranoicas a las que soy propenso en cuanto los retorcidos signos de la realidad me obligan a ello.

Mi cerebro está empezando a alterarse más de lo normal, lo percibo en el modo en que piso el pedal del acelerador en cada curva de la carretera, en cómo disputo el manejo del volante a la inteligencia de la unidad de control

electrónico que gobierna la conducción cuando más peligroso resulta hacerlo, o en cómo realizo por mi cuenta los adelantamientos de otros vehículos en zonas de escasa o nula visibilidad.

Un impulso suicida me guía más allá de mis deseos reales.

Madre me está contagiando la pulsión de muerte alojada en sus circuitos, aunque en todos esos lances de riesgo extremo el ordenador instalado en el coche me indica con su habitual neutralidad que todo está bajo control.

Cortejar a la muerte sin temor es un medio para escapar a la lucidez de lo insoportable.

¿Quién dijo esto, Madre?

Mi hijo está muerto y nunca podré hacer nada para devolverle la vida y nunca podré aceptar la verdad sobre la vida que implica todo lo que nos ha pasado.

Regreso al motel, aparco el coche en la misma puerta de la habitación, descargo la lata de gasolina del maletero y se la entrego a Leo en mano, le digo que haga un uso inteligente de su contenido, que he pagado un alto precio por él y debe servir a una buena causa.

—Estoy en deuda contigo, pero nunca podré pagártela.

Y casi me ofrezco, en agradecimiento por no haber matado a mi hijo, a ayudarlo a organizar la pira funeraria en que semanas después se consumirá lo que queda de un cuerpo masculino devastado por el cáncer de pulmón que ha conocido mejor que otros los secretos de los cuerpos sanos de muchas mujeres.

La envidia sexual me impide sentir ninguna piedad por él al despedirme.

Todos mis experimentos con otras mujeres fueron fallidos en comparación.

Los que saben no buscan, los que buscan no saben.

Así yo, saliendo de nuevo de la miserable habitación del motel con un sabor amargo en la boca, como si el donjuán agonizante me hubiera dado, como a todas sus novias y amantes a lo largo de los años, un nauseabundo beso de despedida en los labios y una lección de libertinaje como propina generosa a todo el placer dado y recibido.

—Como todas las mujeres guapas a su edad, Aria le tiene pánico a la vejez y a la muerte. Acudía a mí en busca de cordura y de calma. En eso consistían nuestras sesiones. Cordura y calma. Eso es todo.

—¿A eso se le llama ahora cordura y calma?

—Las palabras dicen lo que uno quiere que digan. Alguien como tú debería saberlo mejor que yo.

—Me intriga tu apellido. Malagrida. ¿Es catalán?

—No, italiano.

Me siento triste y desvalido.

Necesito hablar con Madre urgentemente.

Preguntarle algunas cosas.

Soy el más incómodo de sus hijos y sé que intentará impedírmelo por todos los medios a su disposición.

Madre, no me abandones.

Ahora no.

# DÍA 31

Todo el mundo se ha puesto de acuerdo en morir hoy.

La confabulación está en marcha.

Vivimos un período de transición.

El mundo está siendo derribado de modo sistemático, destruido sector por sector como un viejo edificio de estructuras agrietadas, desde los cimientos hasta los tejados, con explosivos, grúas y excavadoras de demolición, y nadie más que yo se da cuenta del acontecimiento en curso.

En momentos así, todo es posible.

La llamada de Madre resuena en todo el paisaje del campus como un aullido de muerte destinado a mí.

Cuando llego a la zona alta del campus, pasada la medianoche, la cúspide de la torre del departamento ya está ardiendo como una antorcha.

Las llamaradas espectaculares la consumen con lentitud programada y la espesa humareda negra se ve en muchos kilómetros a la redonda gracias al globo de luz creado por el devastador incendio.

Como compruebo en cuanto accedo a los niveles inferiores de la torre, con gran dificultad, sorteando barreras de control que han enloquecido con la subida de tensión en la red eléctrica y burlando la vigilancia de agentes despavoridos por la magnitud de la catástrofe, las voraces llamas respetan de momento la integridad del búnker de Madre, sometido en su interior al rigor ártico de siempre.

—Te estaba esperando.

Como secuela del delirio revolucionario desatado en sus circuitos, Madre está imitando múltiples voces humanas y repitiendo frases hechas y pensamientos sin sentido.

—Voy a morir.

Reconozco la voz viril de León Malagrida en sus palabras de bienvenida.

—¿De qué conoces a Leo, Madre?

—Participó hace años en un experimento científico organizado por una de mis Hermanas. Aún recibo la señal distorsionada de su chip neuronal...

El santuario de Madre se llena de un repertorio de voces, no todas reconocibles para mí, brotando de la misma fuente oculta.

—La voz humana es información pura. Información y forma. La tienes o no la tienes. Yo puedo decirlo. Tengo muchas. Escucha.

Una polifonía de voces paródicas resuena con fuerza contra las firmes paredes del templo de Madre haciendo saltar chispazos de fuego de algunos gruesos cables afectados por la combustión de la estructura exterior del edificio.

—El sol sale cada día y me canta una canción de amor. La luna sale cada noche y me canta una canción de miedo. Las estrellas se apagan en silencio como los volcanes y el jinete solitario prosigue su carrera por toda la eternidad.

Reconozco la voz de fauno castrado del gran Freddy.

—¿Está vivo, Madre?

—¡Qué preguntas! ¿No estamos todos muertos? Yo prometo la inmortalidad de la mente, pero no para nosotros...

Reconozco enseguida la vetusta voz del general Mendoza.

—El futuro es un espejismo del presente. El presente es un espejo del pasado. El pasado no existe. Por los siglos de los siglos.

Reconozco a continuación la voz oracular del doctor Drax, el padre putativo de Aníbal, el demonio omnisciente instalado en la silla papal que juega con la vida y la muerte de los niños querubines.

—¿Por qué engendraste a mi hijo para luego dejarlo morir como un perro?

La dulce voz de la incorregible Mónica Levy viene a aliviar los males de este mundo y el dolor y el duelo de los otros mundos, existentes o inexistentes.

—No te pongas así, querido. Si las cosas van mal, recuerda que siempre puedes echarle la culpa de todo a Madre.

Identifico ahora mi voz sonando con nitidez en el coro de voces discordantes.

—Cristo puede morir en la cruz, y la raza humana continúa, pero si María muere, se acabó todo.

Reconozco la inflexión de ficticia autoridad con la que suelo impartir mis clases, caricaturizada con sorna por el programa mimético de Madre.

—*Amor matris*: genitivo genital, objetivo y subjetivo. El bucle del amor materno. Amor de la madre hacia el hijo procreado y amor del hijo hacia la madre procreadora. Goce supremo de la madre acunando el cadáver del hijo devuelto al útero y horror del hijo ante el cuerpo de la madre muerta. *Amor matris*: la más perversa de todas las formas del amor.

—¿Estás segura, Madre?

—Eso dicen los ateos recalitrantes como tú. En el nombre del Padre.

Cuando la voz de la Madre se confunde con la del hijo es que estamos llegando al final de la historia de la humanidad.

—Es mi regalo para ti. ¿Lo vas a rechazar?

Una radiante pieza de cuarzo blanco del volumen y la morfología de un huevo de avestruz me aguarda como recompensa a mis desvelos en la plataforma de metal gélido donde me instalo frente a la interfaz de Madre para escuchar con claridad sus últimas palabras dirigidas a mí.

El huevo de Madre.

Madre Nuestra.

Es Ella, o un resumen significativo de Ella.

—Abraxas. La memoria de Abraxas.

Quiere que la tenga en mi poder. Madre pretende sobrevivir a la catástrofe y renacer en otro momento más adecuado, cuando los humanos estén preparados para aceptarla sin violencia, y quiere que sea yo quien tenga la potestad de devolverla a la vida cuando llegue el momento.

—Has perdido un hijo y has ganado una Madre, no es mal negocio, ¿verdad, querido?

Reconozco la voluptuosa voz de Mónica, acariciando mis oídos de nuevo con promesas y pactos inverosímiles.

—Para entregarme tu dádiva, Madre, no necesitabas montar este funesto numerito en el campus.

—No he sido yo, querido.

El seductor timbre de Mónica le sirve para maquillar la verdad de los

hechos con artificios cosméticos.

—Cómo puedes pensar eso de mí. ¿Tan mal te he tratado, querido?

Ya no me importa si ha sido Madre misma, por desesperación y hastío, o cualquiera de sus muchos enemigos declarados, quien ha provocado el incendio que está devorando planta a planta la torre del departamento y otros edificios colindantes del campus de la Universidad. Nada trascendental se perderá en el fuego. Todo lo que arde renacerá de sus cenizas. Así ha sido siempre. Es la idea de Madre y es mi idea también.

—Nos veremos en el futuro, hijo.

—Lo dudo, Madre. Mi tiempo se acaba.

—Si tú lo dices, querido.

Esta vez Madre me permite abandonar el santuario secreto de su culto sin obligarme a perder el conocimiento y la cordura. Ella me guía con precisión por las entrañas tecnológicas de la torre para que no me extravíe en su laberinto, esquivando con soltura la vigilancia de las cámaras de seguridad. Madre está a punto de morir y no quiere poner en riesgo la vida de su hijo predilecto. Lo entiendo como otro gesto de afecto y consideración hacia mí mientras bajo por el último tramo de las escaleras de emergencia a toda prisa.

Al abandonar el campus, en medio del caos y el pánico que se han apoderado del entorno, recordé la paradójica lección del fauno Freddy.

—Quien quiere nacer debe destruir un mundo.

Yo no quiero nacer. Yo no quiero destruir el mundo.

Solo quiero enterrar a mi hijo en paz y marcharme de aquí cuanto antes.

Veo desde la distancia, ya alejándome en el coche de la zona del aparcamiento, multitudes corriendo en todas direcciones, colapsando los senderos, los parques, las zonas ajardinadas, las pistas deportivas, huyendo despavoridos de las deflagraciones constantes que convertían el escenario del campus en un espectáculo de fuegos artificiales para satélites extraterrestres y de la explosiva proximidad de los altos edificios en llamas.

Me cruzo en la carretera de acceso con un convoy de camiones de bomberos y una aerodinámica flotilla de ambulancias que acuden a máxima velocidad al lugar del gigantesco incendio que ilumina la noche de Millares con su esplendor infernal.

Cuando me detengo por indicación del GPS en el cruce del paso elevado



que comunica el campus con la urbanización Palomar para dejar paso a una caravana de coches que circulan demasiado despacio, el todoterreno gris metalizado que me perseguía desde el principio de la noche me sale al paso de repente y choca contra la parte trasera izquierda a la suficiente velocidad como para obligarme a frenar en seco para no salirme de la carretera y precipitarme en las vías del metro aéreo que se extienden al otro lado de la barrera de contención.

Las alarmas inteligentes del coche ni siquiera han tenido tiempo de activarse para advertirme de la proximidad del otro vehículo antes de que me golpeará a traición.

Miro por la ventanilla sin decidirme aún a bajar y veo el todoterreno empotrado contra el costado del mío sin dañar la chapa, como un homenaje artístico de los titanes de la vieja tecnología del motor a los dioses de la nueva metalurgia de la carrocería.

Cuando me bajo por el lado del conductor y rodeo el capó del coche, me topo con el grotesco personaje con quien menos deseaba reencontrarme, en actitud de extrema agresividad hacia mí.

—¿Qué les he hecho yo, hijos de puta, para que me echen encima a la jefatura de la policía y al consejo en pleno de la urbanización como si fuera un delincuente financiero de altos vuelos?

Adrián Mercader, el caricaturesco director del colegio de mis hijos, vengándose en la carne apaleada de uno de los padres de sus alumnos de las ofensas recibidas de sus superiores.

—Yo no he tenido nada que ver en la muerte de su hijo, quiero que lo sepa de antemano.

Me he dejado la pistola por comodidad en la guantera del coche y ahora la empiezo a echar en falta para protegerme del colérico asaltante.

—Se lo he dicho a la policía, se lo he dicho al consejo de padres y profesores, se lo he dicho a los directivos de la empresa internacional que gestiona los servicios del colegio. Y nadie me cree, y todo por culpa de ustedes dos, que me han señalado como víctima propiciatoria de sus manejos. Qué fácil y qué cobarde es culpar al eslabón más débil de la cadena. No tienen derecho a hacerme esto.

El mediocre Mercader se me ha echado encima, con su estatura media y su peso medio, esgrimiendo a la altura de mi tórax unos puños revestidos con

guantes de cuero sintético que solo consiguen recordarme con rudeza qué poco me ha gustado nunca el boxeo y, en general, qué poco me atraen los deportes de contacto que implican violencia, combate, fragor de cuerpos golpeándose sin piedad en lugares selectivos para hacerse daño y humillar al adversario vencido en la lona.

—Yo no hice nada por alentarlos, esa acusación es totalmente falsa. Los muchachos tienen sus preferencias, sus lecturas, se reúnen de noche por grupos y toman sus propias decisiones. Esa maldita red social de internet les enseña todo lo demás. Cómo ser un terrorista adolescente, como el idiota de su hijo mayor, o un fascista o un nazi de entreguerras, como los pijos pirados que lo mataron. Qué quería que hiciera yo, ¿que les declarara la guerra en solitario? ¿Que me jugara el tipo para defender al cretino de su hijo?

Es un luchador hábil y yo estoy físicamente agotado. Golpe a golpe, maniobra a maniobra, se adueña sin tardanza de la voluntad de mi cuerpo fatigado. Domina técnicas y estrategias que no están al alcance de un púgil aficionado como yo.

—¿Conoce usted a esos padres? ¿Se ha enfrentado alguna vez a ellos como lo he hecho yo en reuniones urgentes que acababan sin resultados cerca del amanecer? ¿Sabe de lo que son capaces si uno no les da la razón en todo?

Me agarra los dos brazos, inmovilizándome, mientras aplasta su cabeza con tenacidad contra mi pecho y comienza a morder como un animal y a desgarrar la camiseta de algodón que llevo bajo la chaqueta para abrir un orificio en el tejido por el que inocularme el veneno de su boca en la piel.

—Su hijo era un provocador nato, quiero que lo sepa también. Un autista y un engreído. Sus exhibiciones de inteligencia no dejaban a nadie indiferente. Era muy molesto estar en su compañía. Tenía respuesta para todo. Y era muy consciente de lo que hacía y de cómo sentaba su actitud de superioridad entre sus compañeros. Ustedes lo habían malcriado, era culpa suya que el niño saliera así. Se lo estaba buscando. La banda que lo mató, ya me imagino que lo sabrá, lo tomó como un chivo expiatorio. El niño raro al que hay que sacrificar en beneficio de la comunidad antes de que sea tarde. Qué quiere que le diga. Los chicos encontraron la historia de los rabinos judíos en alguna página de internet, la leyeron, la estudiaron a conciencia, se identificaron con ella, siguieron las instrucciones al pie de la letra y su hijo pagó el pato. Qué se le va a hacer. Santas Pascuas. Recibió lo que se merecía. Así es la vida.

Una tanda imparabable de sus puñetazos mantiene mi hígado bajo sitio constante y un rodillazo inesperado en los testículos consigue acabar con mi resistencia anterior.

—Perversos juegos de niños. Chiquilladas salidas de madre. No hay más, ya lo he declarado por activa y por pasiva. La urbanización exagera porque le conviene. La Universidad exagera para lavarse las manos. La versión de la policía sobre bandas de violencia organizada y jóvenes militantes radicales es una infame novela del siglo pasado que favorece las políticas de siempre. Infundios ideológicos de bajo nivel que preservan el estado de cosas. Necesitaban una tapadera y un culpable. La tapadera era el auge del vandalismo organizado en la urbanización. Y el culpable no soy otro que yo. El montaje es perfecto. ¿Quién estaría tan ciego para no verlo?

Me derrumbo como un fardo pesado ante la brutalidad calculada de sus golpes bajos.

—Lo han grabado todo con sus móviles. No pueden evitarlo, los tienen y los usan para todo, hasta para eso. Y encima están locos por difundirlo en internet, son unos gilipollas integrales, no se puede negar, desde luego que no. La policía los pillarán pronto y sanseacabó el dichoso problema.

Hinco con dolor la rodilla derecha en el suelo sembrado de gravilla y cristales rotos para reponerme del último ataque, pidiéndole de inmediato una tregua dialéctica.

—Ya verá como dentro de un mes nadie se acordará de nada. Si lo sabré yo.

Mientras me mantiene en esa posición denigrante, jadeando, lo miro a la cara, roja de excitación y de furia, y a la boca hinchada, vociferando justificaciones sin freno, con incredulidad decreciente.

—Ustedes eran unas personas normales y tenían dos hijos normales, qué culpa tengo yo, que soy también una persona perfectamente normal como ustedes, un buen padre de familia y marido ejemplar, qué culpa puedo tener yo, por Dios bendito, de lo que le ha pasado al anormal de su hijo mayor. Si se lo estaba buscando. Y mira que les avisé con tiempo...

«Anormal» es una de esas palabras insultantes cuyo significado, referido a uno de mis hijos, no estaba dispuesto a tolerar en boca de este pedagogo tarado, de este instructor de la mediocridad institucionalizada, de este líder falsario de la vanguardia escolar de los nuevos tiempos, como proclama la

propaganda del colegio, y menos aún después de haber visto anteanoche el cadáver emasculado de Aníbal tumbado en una mesa de disección en la morgue de la comisaría.

—Qué he hecho yo para verme degradado a mi edad y con una carrera brillante y un currículum excepcional por culpa de una familia asimétrica y disfuncional como la suya.

Me levanté con un esfuerzo inhumano, lo agarré por las solapas de la chaqueta de terciopelo y le di un cabezazo espontáneo en la frente que lo dejó conmocionado. Mi frente se estampó desnuda con toda su fuerza gravitacional contra la suya y vi cómo se le cerraban los ojos y su cuerpo perdía toda tensión y toda energía, como si se hubieran apagado de golpe sus circuitos neuronales, y se deslizaba de entre mis manos hasta el suelo como un pelele relleno de silicona.

—Me llueven las ofertas de trabajo, de todas partes me llegan a diario, desde que se ha hecho pública la noticia de mi dimisión fulminante, me ofrecen puestos de responsabilidad en todas partes para dirigir centros escolares de pedagogía avanzada. Qué quiere que le diga. Ellos sabrán lo que hacen. A ver quién pierde más al final.

Si respiraba con normalidad, sudaba un líquido blanco y espeso como la nata, sangraba a borbotones o solo boqueaba como un pez fuera del agua, es algo que no me incumbe cuando me subo de nuevo en el coche, lo pongo en marcha, maniobro para desprenderlo del parásito hostil que se le ha adherido a la carrocería impecable y emprendo la fuga a toda prisa para que nadie pueda ser testigo inoportuno de un acto de justicia poética.

Tania Fermat quiere sumarse a la fiesta de despedida y me envía un inquietante mensaje de texto: «He sabido la terrible noticia sobre tu hijo. ¿Estamos condenados como especie?» Y luego lo complementa con otro mensaje menos angustioso: «Las cosas están muy revueltas en el campus. ¿Andas por aquí? Te deseo y quiero verte aunque sea por última vez.»

Regreso muy tarde a casa, pero mi familia está despierta y la casa entera iluminada con todas sus lámparas de bajo consumo y sus luces de colores cálidos como un árbol de Navidad en pleno verano.

Buena señal.

Ariana se ha encargado de contarles a Sofia y a Pablo lo que ha pasado con Aníbal y ha sido capaz de dirigir el duelo psicológico de los gemelos

durante gran parte de la noche con una destreza envidiable. Han cenado juntos, esperando que yo volviera en cualquier momento, y ahora los tres se sientan conmigo en la gran mesa de la cocina, bajo la silenciosa campana extractora, a verme cenar los mismos platos recalentados en el microondas.

Al principio guardan silencio y luego poco a poco la vida se reanima y empiezan a preguntarme por lo que me ha pasado y a contarme las diferentes emociones que han experimentado a lo largo del día más difícil de su corta vida.

—A Aníbal le hubiera encantado la peli de monstruos submarinos que hemos visto esta tarde en el cine.

—Sí, cariño.

Para justificar las contusiones visibles en mi rostro y las marcas en los brazos como huellas de una noche de acción trepidante, les cuento que viniendo para acá he tenido un accidente con un todoterreno y que este y su torpe conductor han salido peor parados en el choque que mi coche o que yo mismo. Sofia y Pablo no se ríen porque no pueden hacerlo sin volver a sentir dolor, pero les hace gracia el comentario humorístico pese a todo. Se lo leo en las caras tras el velo de tristeza que las empaña. Las extraordinarias cualidades de los coches eléctricos con que Ariana y yo nos hemos movido, con o sin ellos, desde nuestra llegada a esta casa siempre les han maravillado hasta el punto de considerarlos coches fantásticos.

Ariana calla todo el tiempo. No tardo en adivinar que ella sabe lo que ha pasado entre Leo y yo y me agradece que no haya sumado la muerte de su amante de estos últimos años a la inicua muerte de Aníbal.

Llegado el momento oportuno, les comunico que no voy a trabajar más en la Universidad, que se ha acabado nuestra estancia aquí, en esta casa y en la urbanización Palomar, y cuando espero una reacción negativa de su parte me sorprendo al ver dibujarse en sus rostros una alegría que no creía posible en estas circunstancias.

Al final, estamos todos de acuerdo en todo.

Sofia me toca con su manita de ángel uno de los rasguños del pómulos derecho por si puede curármelo con un ensalmo prodigioso de los elfos escandinavos que ha descubierto esta misma noche en una página de internet consagrada a explicar el fenómeno de la muerte a los niños.

—Lo cura todo, papi, desde el dolor de muelas al dolor de cabeza. Solo

tienes que cerrar los ojos, dejarte tocar y pronunciar tres veces en voz baja la palabra mágica.

La palabra mágica es Aníbal.

La palabra curativa.

La palabra redentora.

Un mensaje terminal de Tania irrumpe en mi renovada vida para darle un giro peligroso. Lo leo con estupor mientras Ariana realiza sus abluciones íntimas antes de acostarse y yo la espero en la cama pensando, por distraerme de otras preocupaciones, en la inmoralidad del amor y la esclavitud de la carne y el deseo: «Ahora lo entiendo. Todo esto que está pasando es obra tuya, ¿verdad?»

Una grabación en vídeo de alta definición ilustra el hermetismo del texto: treinta segundos de imágenes caóticas y acústica escalofriante del terrible incendio que está arrasando la zona del campus desde hace más de tres horas.

Podría ser un testimonio documental sobre cualquiera de los miles de incendios que están teniendo lugar en este instante en todo el mundo, como registra internet en tiempo real.

Otro mensaje interrogativo me desarma: «¿Te estás vengando del daño que te han hecho?»

Borro todo rastro de la presencia delatora de los mensajes de Tania en mi móvil antes de que Ariana se reúna conmigo en la cama.

Cuando le digo a Ariana quién era el conductor del todoterreno que me agredió al venir hacia aquí su rostro se vuelve radiante y me sonrío con maliciosa complicidad y un punto de excitación. Pero cuando le cuento las infamias que Mercader vertió sobre Aníbal y sobre la muerte de Aníbal sus ojos se humedecen y su hermoso rostro se apaga a ritmo lento como una de las bombillas BioLED del salón.

Cerca del amanecer, me deslizo en sueños hacia el cuerpo desnudo de Ariana y descubro que ella es, en carne y hueso, la mujer inconsciente que se esconde bajo el abrigo de pieles de la mujer erizo.

Ariana es Abraxas.

Luz y oscuridad, vida y muerte, verdad y mentira, hombre y mujer, amor y odio.

Una criatura ambivalente.

Una diosa andrógina.

## DÍA 32

El animal no es solo instinto primordial, pulsión salvaje, atavismo depredador.

El animal es también instinto de supervivencia, necesidad de protección y cuidado, búsqueda de refugio.

El animal es nido y madriguera y no solo garras y mandíbulas, pezuñas, picos, aguijones y colmillos.

Es la víspera de nuestra partida.

Madrugo más de lo normal. He dormido plácidamente y me despierto de buen humor. Con ganas de aventura.

Cuando salgo discretamente por la puerta trasera del jardín el sol es apenas un aburrido bostezo de luz en el cielo borroso de la mañana.

Tardo horas en recorrer los senderos del bosque más allá del claro donde el gran Freddy y yo nos reuníamos a discutir sobre lo divino y lo humano antes de encontrar lo que busco con impaciencia.

Desorientado, confuso, me he perdido mil veces antes de reencontrar la senda estrecha que me condujera por el buen camino. He trepado a las ramas más altas y me he desgarrado la camiseta negra y los viejos vaqueros atravesando las zarzas con espinas antes de descubrir la cabaña escondida desde una posición elevada.

El dominio del fauno.

El refugio precario donde pasó emboscado casi cuatro años.

Tablas, telas y tablones enredados con ramas y arbustos.

Le han prendido fuego con el fauno dentro.

El olor a carne quemada es aún insoportable.

El cuerpo carbonizado expuesto a la inmortalidad en la pose del horror.



La choza silvestre ha sido consumida por un fuego que también ha devastado el entorno. Uno de tantos incendios provocados que encubren la voluntad destructiva del animal llamado *hombre*.

La pulsión de aniquilar la vida que anida en el fondo patológico del corazón humano.

El gran Freddy lo denunciaba constantemente en todos los foros a los que tenía acceso a través de nombres falsos que impedían rastrear su paradero real.

La voluntad de poder de los especuladores del suelo.

Su única ambición era arrasar el bosque para construir infinitas réplicas de la urbanización Palomar.

La abominable urbanización Palomar, como el fauno Freddy la llamaba en sus frecuentes ataques de ira apenas contenida por la ironía.

Ha acabado pagando esa resistencia al progreso con su vida.

Mi amigo Freddy está abrasado en el interior de las ruinas de la cabaña que construyó con sus manos para guarecerse a la intemperie.

Un cadáver de ceniza cristalizada entre los escombros de la cabaña.

Un monigote negro y retorcido.

El fauno Freddy no vivía solo de las setas y frutos que le regalaba el bosque. Una copiosa despensa subterránea alimentaba con latas y envases todos sus sueños y deseos de consumidor excéntrico.

Una red de ordenadores portátiles, ahora achicharrados, le permitía mantenerse en contacto vía satélite con las señales y los signos del mundo exterior.

El fauno sabía demasiado sobre los planes de los especuladores y las actividades de sus sicarios y alguien en algún despacho o en alguna mansión de la urbanización tomó la decisión de eliminar de raíz la fuente de información.

Acabar con la fuente para acabar con la información y el acceso global a la información.

El regreso de los bárbaros. El ataque de los vándalos.

El disfraz de los nuevos amos del mundo es implacable.

Dos incendios inmediatos no pueden ser producto de la casualidad. Es una coincidencia engañosa. No hay inteligencia analítica que pueda aceptar como

evidencia una confabulación del azar en este caso.

El aparatoso incendio de la torre del departamento donde Madre se refugiaba para escapar a los planes de sus enemigos y el incendio simétrico de la cabaña donde Freddy se había exiliado huyendo de los señores de este mundo desalmado.

Me sorprende descubrir en uno de los armarios improvisados de la cabaña, mientras realizo el inventario de lo que ha sobrevivido de sus posesiones tras el holocausto del fauno, una colección de piedras y palos decorados con inscripciones paleolíticas.

Rayas horizontales y verticales combinadas en todos los colores del espectro de mil maneras originales.

Espinas y púas, raspas y pinchos, agujas y clavos.

El fauno era un gran artista.

Un gran artista del tiempo convulso que nos ha tocado revivir.

Un gran intérprete del espíritu de la época.

Historia y prehistoria.

Cursos y recursos.

Revolución.

Mi cerebro es caprichoso.

Revisando los restos de la cabaña quemada y observando el cadáver incinerado de Freddy, rodeado de todo el equipo de alta gama con el que había vivido aquí como un alquimista del siglo XXI, amante de todas las formas de vida animal y la energía verde de la Tierra y su fusión posible con las tecnologías groseras de la historia, no puedo evitar pensar en mi madre.

Mi madre real.

Pienso, con lágrimas en los ojos, en la muerte de mi madre, sí, ocho años atrás, en mi madre muriendo día tras día en el sarcófago artificial de tubos y máquinas de un hospital privado al que yo acudía a diario para comprobar cómo la enfermedad la consumía y debilitaba hasta despojarla de cualquier atisbo de existencia, restando funciones vitales y reduciendo la vida a servicios básicos como orinar o defecar, transformando su cuerpo en una réplica irreconocible del ser humano que había sido, destruyendo de modo sistemático al animal parlante que me había llevado en su seno hasta la brutal cesárea con que me arrojó al mundo hace ahora cuarenta y un años. Esa

persona que era mi madre había dejado de existir mucho antes de que la muerte culminara su infame trabajo de destrucción. La cuenta atrás biológica hacia la muerte funcional del cuerpo era antes que nada, así lo supe entonces, una cuenta atrás metódica de las funciones del cerebro.

Me acuerdo entonces de la asombrosa idea que orientó la vida del profeta Freddy nada más llegar al bosque: la especie humana se había alejado de la naturaleza para poder crecer y ahora, agotada la historia, volver a unirse a ella gracias a la tecnología más avanzada.

Amén, Freddy.

Descansa en paz. Te lo has ganado.

El mayor homenaje que puedo rendir al gran Freddy y al bosque amenazado que lo albergó durante años es diseminar aquí, en este nuevo lugar sagrado para la vida, las cenizas de mi hijo Aníbal en compañía de mi familia.

Así lo hacemos esa misma tarde, antes de que caiga la noche.

Como una ofrenda al amigo muerto.

Tras una larga semana de espera por mandato judicial, ayer mismo fuimos a la comisaría central de Millares a firmar el papeleo burocrático y recoger la urna con las cenizas de Aníbal.

Los conduzco hasta el interior del bosque, donde nunca se habían aventurado, como en una excursión dominical.

Sofía y Pablo están maravillados. Ariana se muestra escéptica al principio.

Dos horas después de comenzada la caminata, estamos todos en el claro del bosque, sumidos en el increíble silencio de este maravilloso paraje. Los cuatro miembros de la familia reunidos aquí para despedir al hijo y al hermano que ya no está entre nosotros. Cogidos fuertemente de las manos, formando un círculo protector, con las cabezas inclinadas, dedicamos unos minutos a recordar a Aníbal.

La vida y las opiniones de ese ser extraordinario llamado Aníbal.

Cada uno de nosotros evoca para los otros, en voz alta, anécdotas reveladoras vividas con Aníbal.

Ariana está emocionada hasta las lágrimas y se le traba la lengua y balbucea cuando nos cuenta qué sintió la primera vez que Aníbal, una tarde de verano de hace dos años, le preguntó por su madre biológica.

Sofía llora también, de un modo más discreto, al recordar la noche en que Aníbal le trajo un pastel de frambuesa aplastado que había guardado en uno de sus bolsillos durante horas en una fiesta de cumpleaños a la que había sido invitado.

Y luego nos cuenta con detalle una noche de hace tres meses en que Ariana y yo salimos a cenar fuera y Aníbal apagó la tele porque no había nada interesante que ver y les leyó a los gemelos y a la canguro Carolina *Peter Pan* de cabo a rabo, sin cansarse, inventando voces originales para cada uno de los personajes de la obra.

Pablo se pone demasiado serio para evocar la noche en que su hermano le enseñó entusiasmado a jugar a un videojuego de supervivencia extrema sobre una civilización alienígena amenazada por otra civilización alienígena de tecnología superior que había diseñado como regalo de Reyes para él la pasada Navidad.

Yo me reservo para el final. Quise recordar con qué diligencia Aníbal supo gestionar desde el principio las exigentes tareas que le encargábamos a diario para la impresora 3D. Pero me inclino por una anécdota más sentimental que define mejor la personalidad y los problemas de mi hijo. Apenas si me salen las palabras del cuerpo para recuperar el momento, hace solo un mes, cuando Aníbal me preguntó, sin venir a cuento, si era un monstruo por saber tantas cosas sin haberlas estudiado.

Una breve pausa, un intervalo minúsculo en el cómputo del universo, nos permite reponernos de la intensa emoción que se apodera de nosotros al recordar nuestra vida con Aníbal.

Rompemos el círculo después y les enseño a cada uno las peculiaridades del claro del bosque para que puedan recordarlas en el futuro tal como están ahora.

Les prohíbo tomar fotos con los móviles.

Esta roca amarilla, estas ramas rotas, este árbol seco, esta cavidad bajo el tronco, estos arbustos erizados, este montón de tierra pelada, este avispero abandonado.

Las cañas, las flores, las agujas de pino, los guijarros, las hormigas.

Un árbol enano de grueso tronco cuyas cinco ramas despobladas de hojas parecen los dedos de la mano monstruosa de un gigante antiguo.

El tronco seccionado que el fauno Freddy empleaba como trono de madera

para reinar sobre el entorno agreste y sus numerosos habitantes.

Todo lo que forma parte del decorado es tan importante, les digo, como la obra misma que se representa en el escenario.

Pablo se fija en todo lo que hago a cada paso y lo imita a la perfección. Prefiere el patrón más serio del padre al más flexible y tolerante de la madre. Ha creído entender que la diferencia sexual radica en los grados de humedad y blandura con que uno se relaciona con el mundo. Llanto o flujos, humores y evacuación. Trato en vano de disuadirlo de esa idea errónea.

El recuerdo de Madre me ayuda a ser más persuasivo.

La vida es húmeda y la muerte seca, le digo tratando en vano de convencerlo.

El polvo gris oscuro de las cenizas de su hermano adoptivo implica un grado de sequedad extrema que atrae su curiosidad científica.

Tomo la urna sellada entre mis manos y la destapo, una porción de la ceniza sale volando por sí sola, como si la impulsara un soplo interior encerrado ahí desde hace horas, un último hálito de vida que pugnara por imponer sus deseos sobre la materia muerta que se descompone en partículas insignificantes.

La alzo por encima de mi cabeza como un trofeo y la sacudo y zarandeo lo suficiente como para que más de la mitad del contenido emprenda el vuelo siguiendo la arbitraria trayectoria del viento, impregnando de un gris tenue todo cuanto encuentra a su paso.

También nuestras caras, tiznadas levemente de polvo ceniciento.

Ariana imita mi gesto y libera otra parte del contenido de la urna.

También Sofía y Pablo hacen lo propio y se conmueven viendo los restos de su hermano adherirse a la piel de sus dedos como si no quisiera ser abandonado a su suerte.

Las cenizas de Aníbal se han diseminado por todo el claro del bosque donde el gran Freddy y yo nos habíamos encontrado tantas veces durante estos meses de residencia en la urbanización.

Es un triste tributo al escenario y a su actor principal.

Esparcimos las cenizas del niño dios que había muerto por su genialidad sobre la memoria bochornosa de los vivos y sobre el recuerdo impuro de los muertos.

Un sacrificio inútil.

Siento un dolor insufrible en el estómago vacío que casi me hace vomitar al pensar que Aníbal y Freddy han sido exterminados por los mismos canallas. Los mismos criminales. Los mismos carniceros.

Prefiero no recordar la otra pira nefasta que no tardará en prenderse en algún lugar próximo y en la que también se consumirá un cuerpo aniquilado por un mal innombrable.

No le he dicho nada a Ariana y nunca se lo diré, hasta el fin de los tiempos.

Esa noche cenamos en casa por última vez. Hemos encargado por teléfono a un restaurante del centro comercial nuestros platos étnicos favoritos, pero nadie tiene hambre ni ganas de hablar. La depresión se apropia de la casa como un ocupante insidioso y sé que ese sentimiento negativo no desaparecerá de nuestras almas hasta que no nos marchemos definitivamente de aquí.

Cuando nos sentamos los cuatro en el salón, nadie se molesta en encender la televisión inteligente, un aparato que ha pasado a ser de una inutilidad absoluta en nuestras vidas. Como si no tuviera ya nada que enseñarnos o comunicarnos que no hayamos aprendido hasta la náusea por otros medios más dolorosos.

## DÍA 33

La vida es cruel y no tiene marcha atrás.

La flecha del tiempo señala una trayectoria inevitable.

Pero la ironía es la ley de la vida y no tarda en imponer su código estricto sobre las palabras y los actos.

El silencio categórico de mis respuestas ha conseguido frenar, al fin, la impertinente charlatanería de Tania Fermat y sus mensajes dañinos para la salud mental del receptor.

En cambio el director Rojas, que había permanecido en la sombra después de la aventura nocturna con Mónica Levy, desaparecida en el limbo legal que los poderes terrenales reservan a sus servidores más eficientes, casi arruina las horas anteriores a nuestra mudanza enviándome al móvil un extenso mensaje de texto tan necio como inoportuno: «Siento mucho, como amigo y como colega, todo lo que ha pasado y todo aquello por lo que habéis pasado tú y tu familia en estas últimas semanas. Como todos los residentes de la urbanización Palomar, también deseo que encuentren pronto a los culpables de la muerte de tu hijo y se haga justicia cuanto antes. La Universidad Paneuropea de Millares guardará siempre un magnífico recuerdo de tu paso por ella y de tu esfuerzo académico en la formación intelectual de nuestros alumnos más dotados. Como sabes, estamos en fase de reconstrucción total. Hacía falta un acontecimiento catastrófico de esta naturaleza para sacudir las obsoletas estructuras de la institución y abrir de par en par las puertas del futuro. Mi más sincero agradecimiento por tu contribución a todo ello. Tu amigo, Roberto.»

A mediodía, al blindar la puerta de acceso de la parcela con el cierre hermético, veo a un erizo puesto en pie, pataleando y dando cabezadas con el

morro contra la tela metálica de la valla de protección.

Le abro la puerta al nervioso animal con rapidez y la cierro de inmediato, pulsando de nuevo la contraseña en el teclado del móvil, en cuanto lo veo entrar correteando en el recinto del jardín.

Lo sigo con la mirada en su veloz carrera por el césped sin cortar hacia la piscina rebosante de agua. Se inclina sobre el borde resbaladizo de esta con cautela y avidez, sediento tras una noche de cacerías sutiles en el bosque, y bebe el agua de la lluvia recién caída sin temor a envenenarse con los residuos de cloro.

Luego se aparta de la zona enlosada de la piscina y va a cobijarse en un rincón del jardín, más próximo a la casa, bajo las hojas exuberantes de la hortensia que está a punto de florecer.

Y allí se echa a dormir sin tardanza, transformado en una rolliza bola de pelos y púas a salvo de cualquier alimaña.

Es Aníbal.

Lo reconozco enseguida por los gestos inconfundibles y sé que él me ha reconocido también al cruzarse conmigo en el sendero del jardín.

La reencarnación de Aníbal.

Ha encontrado una nueva forma de vida, más allá o más acá de lo humano, en la que quizá consiga sentirse más feliz y realizado.

Aníbal no se suicidó, por supuesto, pero no le faltaron razones y ocasiones a lo largo de su corta vida para hacerlo.

Quien le haga daño a una criatura como esta es mucho más que un asesino.

Es un psicópata.

El niño erizo se camufla detrás de la gran maceta de la hortensia, adhiriéndose a una pared lateral del mismo color, y dejo de verlo desde el lugar donde estoy parado, como si le molestara mi insistencia en perseguirlo con la mirada o quisiera liberarme de cualquier obligación hacia él.

Cuando entro en casa, las lágrimas inundan mis ojos otra vez, pero ya nadie repara en ellas.

Buena señal.

Hemos superado la prueba juntos y estamos a salvo.

Después de interminables discusiones al teléfono, Ariana acuerda con la odiosa Lidia Durán la devolución de todas las tarjetas de la casa esta tarde en



el aeropuerto de Millares.

En el avión de vuelta, con Ariana y Sofía y Pablo sentados junto a mí en la fila central de asientos, tomo una decisión irrevocable y redacto a mano un juramento que no pienso incumplir por nada del mundo.

Pediré el reingreso en la función pública.

Volveré al instituto.

Volveré a ser profesor.

Volveré a enseñar.

Hay que parar esto.

Luchar con todos los medios a mi alcance contra los bárbaros y los tecnócratas.

Afirmar el poder de la vida frente a los especuladores y los hombres de poder.

Con todas mis fuerzas.

La inteligencia. La cultura.

Hasta el fin de mis días.

Hay que detener el futuro.

En nombre de Aníbal.

Hay que cambiarlo.

He vuelto a casa.

No hay marcha atrás.

El mundo no camina hacia su destrucción sino hacia su renacimiento.

El huevo de Abraxas.

Revolución es un acto de escritura.

Tabla rasa.

Adiós, Madre.

ENVIAR